

A decorative symbol consisting of a stylized, calligraphic 'e' or similar character, positioned in the top right corner of the cover.

El caso Coen

SAM BAKER



Lectulandia

Londres, 13 de Junio de 2013. Mientras esperan plácidamente en su hotel el vuelo que debe llevarles de regreso a Italia, los profesores Campbell y Milanelli reciben la inesperada visita del comisario Chavier. La historia que creían finalizada parece que no ha hecho en realidad más que comenzar al enterarse que varios ministros del gobierno británico han desaparecido.

Conociendo la importancia que los tres profesores tuvieron en el secuestro de Deneux y convencidos de que entre manos tienen un nuevo caso que es obra de las mismas personas, el comisario Brian Godwin y el jefe de la Agencia Europea de Inteligencia, Michael Bailey, piden ayuda a Chavier para trasladarles hasta Londres con la esperanza de que puedan ser tan útiles para encontrar con vida a sus ministros como lo fueron en París.

A su llegada, los profesores son ampliamente informados de todo lo sucedido y de las razones por las que la policía sospecha que los autores son los mismos que secuestraron a Deneux. Por desgracia, pronto se dan cuenta del cambio de actitud que los secuestradores siguen en este caso lo que lleva a Milanelli a ser el primero en plantear que la nueva manera de actuar que están mostrando tiene que estar relacionada con la razón política con la que hace tan solo unas horas explicaron todo lo vivido en París.

Por si lo que comienzan a encontrar en Londres no fuese suficiente, Margaux se da cuenta rápidamente de que esta vez los secuestradores no solo quieren que ayuden a la policía a intentar recuperar a los ministros, sino que han planteado un problema que va mucho más allá y que les llevará hasta Roma con el objetivo de descubrir el modo de salvar la vida de uno de ellos. Un ministro que pronto descubrirán que es completamente diferente al resto.

Lectulandia

Sam Baker

El caso Coen

Conspiración - 2

ePub r1.0

Titivillus 10.09.16

Título original: *El caso Coen*
Sam Baker, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Ahora esos recuerdos vuelven a perseguirme
Me persiguen como una maldición
¿Es un sueño una mentira si no se hace realidad?
¿O es algo peor?

The River - Bruce Springsteen

Nota del autor

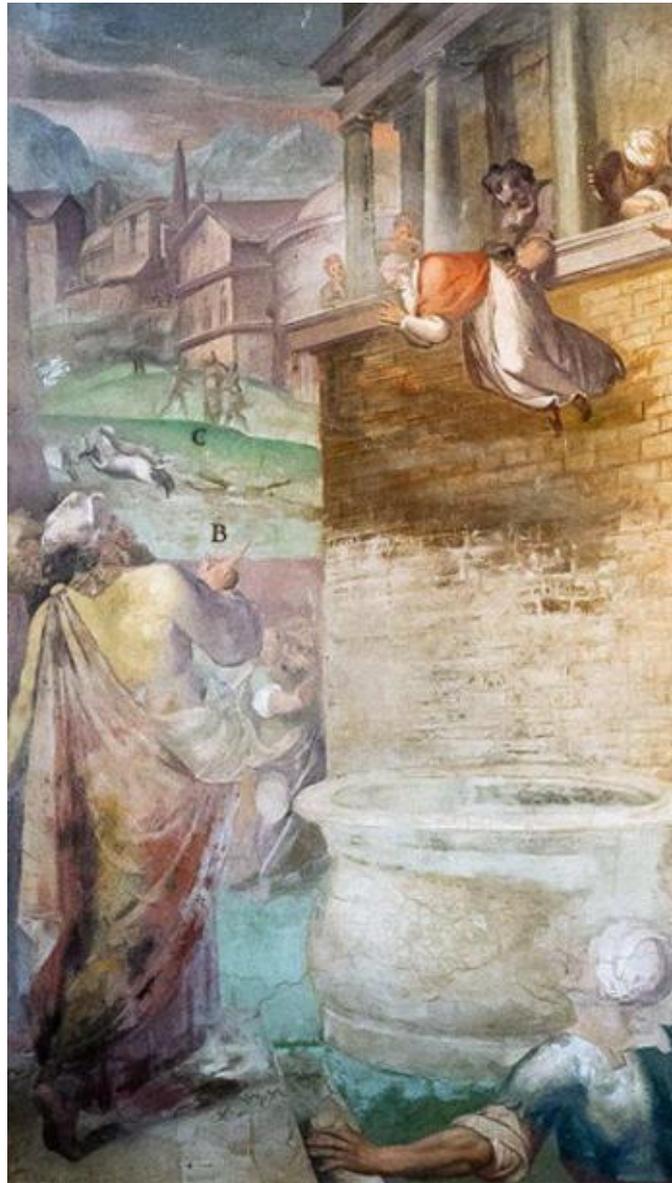
Todas las pinturas, cuadros, libros y lugares referidos en este libro son reales. Las características y la distribución interior de los edificios sin embargo, forman parte, en muchos casos, de la ficción de la obra.



Martirio - Niccolò Circignani (Siglo XVI)



Martirio - Niccolò Circignani (Siglo XVI)



Martirio - Niccolò Circignani (Siglo XVI)



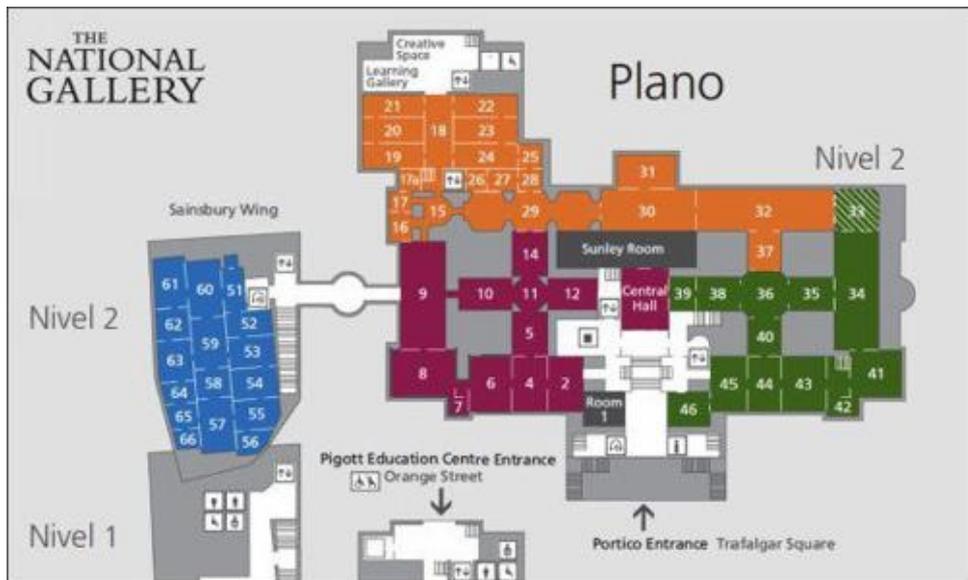
La masacre de los inocentes - Peter Paul Rubens (1611-1612)



La masacre de los inocentes - Peter Paul Rubens (1638-1639)



El jardín de las Hespérides - Frederic Leighton (1892)



Plano parcial del Nivel 2 del museo The National Gallery (Londres).

Capítulo 1

En la habitación 309 del hotel Sheraton Paris Airport, los profesores Campbell y Milanelli se preparaban antes de coger el vuelo que les llevaría de vuelta a Italia. Después de todo lo que habían vivido aquella noche, encontrarse de nuevo envueltos en una situación rutinaria les resultaba paradójicamente aburrido.

—Créame cuando le digo, profesor, que lo que hemos vivido hoy ha sido lo más extraño que me ha ocurrido en toda mi vida.

Campbell se pasó agua fría por la cara y se quedó unos segundos pensativo mirándose en el espejo mientras escuchaba al profesor Milanelli.

—¿Y qué me dice del hombre que encontramos en la basílica del Sagrado Corazón? Bien sabe Dios que siento enormemente que no pudiéramos ayudarlo, pero debo reconocer que cuando le vi pensé que el razonamiento que llevábamos defendiendo toda la noche se había ido al traste.

Sin responderle, Campbell se secó con la pequeña toalla que tenía justo encima del lavabo y comenzó a esparcir un poco de espuma de afeitar por la barbilla.

—Al menos —continuó—, los números que tenía grabados en sus manos nos permitieron, por fin, descubrir dónde se encontraba Deneux.

—No creo que Sanoir hubiese aguantado que le dijéramos una vez más que seguíamos sin saber dónde podría estar secuestrado —dijo finalmente en voz alta.

Milanelli sonrió al escuchar aquellas palabras.

—Para ser sincero, creo que habría sido mucho más feliz si alguno de nosotros tres hubiésemos dicho al principio de la noche, en el Palacio del Elíseo, que éramos los secuestradores del hijo del presidente.

—Eso habría sido realmente interesante, desde luego —afirmó Campbell.

—¿Se imagina, profesor? Buenas noches, mi nombre es Fabricio Milanelli y yo he secuestrado a la persona que están buscando.

Campbell no podía imaginar, ni por un momento, cuál habría sido en ese caso la respuesta de Sanoir.

—Y es más, lo llevo escondido en el bolsillo de mi chaqueta —finalizó intentando aguantar la risa.

A lo largo de toda la noche que habían pasado recorriendo la ciudad de París, Campbell había mantenido siempre el mismo sentimiento hacia Sanoir. Sabía que la responsabilidad que pesaba sobre él era quizá aún mayor que la que tenía el comisario Chavrier puesto que era el servicio secreto el encargado de la seguridad del hijo del presidente. Sin embargo, tampoco podía olvidar cómo desde el principio había intentado incriminarles en su secuestro y cómo, en todo momento, se había mostrado contrario a lo que ellos proponían.

—Afortunadamente para nosotros —dijo nuevamente en voz alta intentando asegurarse de que Milanelli escuchaba sus palabras— la profesora Margaux se ocupó en muchas ocasiones de intentar que comprendiera que nuestro papel aquí esta noche

no era otro que ayudarles a encontrar a Deneux.

En ese momento, varios golpes en la puerta interrumpieron su conversación.

—¿Espera a alguien? —preguntó Milanelli desde la habitación.

Campbell observó detenidamente la imagen que proyectaba el espejo que tenía delante. Se encontraba con una toalla de baño anudada en la cintura y con media cara cubierta de espuma de afeitar.

—Yo no, profesor —contestó finalmente—. El comisario no debería llegar hasta dentro de veinte minutos. El vuelo no sale hasta las doce y aún son...

—Creo que en ese caso se ha adelantado —le interrumpió Milanelli.

Campbell miró fijamente su reloj. Todavía faltaban más de cuarenta y cinco minutos hasta las doce del mediodía.

«Menos mal que tomamos un vuelo privado.»

Al abrir la puerta, Milanelli se alegró de ver otra vez una cara conocida.

—Buenas días, profesor.

La voz de Chavier era inconfundible. Campbell se quedó inmóvil para escuchar atentamente cuál podría ser la razón de que hubiese adelantado su llegada.

—Pensaba que el profesor Campbell se encontraba aquí con usted —escuchó comentar.

—Sí, así es, comisario —respondió Milanelli—. Está en el baño terminando de prepararse. No le esperábamos hasta dentro de un rato.

Campbell comenzó a sentir que algo no iba bien, de modo que se aclaró la cara lo más rápido que pudo y salió a la habitación a descubrir qué estaba ocurriendo.

—Buenos días de nuevo, profesor —le saludó Chavier intentando aparentar normalidad.

Con gesto tenso, Campbell le devolvió el saludo moviendo levemente la cabeza.

—Siento haber llegado antes de lo que les había dicho —comenzó disculpándose— pero creo que ha sucedido algo que cambia por completo lo que tenían planeado.

Ambos profesores se miraron extrañados.

—¿Le ha pasado algo a Deneux? —preguntó Milanelli.

—Oh, no, no. El señor Deneux se encuentra perfectamente.

—¿Entonces? —preguntó Campbell confuso.

El comisario reflexionó durante unos instantes intentando encontrar las palabras adecuadas para explicarles lo que había sucedido. Al igual que la pasada noche mientras buscaban a Deneux, el tiempo corría una vez más en su contra.

—Me temo, profesores, que no podrán viajar de vuelta a Italia como habíamos acordado.

Lejos de extrañarse por aquella noticia, Campbell continuó mirándole esperando más información acerca de lo que estaba diciéndoles. Desde que le había escuchado entrar en la habitación ya había asumido que ese plan había quedado descartado.

—Por desgracia —continuó—, ha ocurrido algo en Londres hace tan solo unas horas que requiere su presencia allí.

El profesor Milanelli no sabía si expresar su alegría ante lo que estaba escuchando o mantener una falsa apariencia de contrariedad, puesto que, como había reconocido minutos antes, aquella última noche había sido probablemente la más emocionante de toda su vida, y solo pensar que podría repetirse le hacía olvidar por completo su viaje cancelado a Italia.

—¿Un secuestro de nuevo? —preguntó Campbell.

—Seis para ser exactos, profesor —respondió sin vacilación.

—¡¿Seis?! —exclamó Milanelli.

—¿Han secuestrado a seis personas? —preguntó Campbell casi al unísono antes de que pudiera contestar.

El comisario entendía perfectamente la sorpresa que ambos estaban mostrando. Su respuesta minutos antes había sido la misma.

—Exactamente, profesores. Seis ministros del gobierno británico han desaparecido esta noche.

—Pero eso... —alcanzó a decir Campbell.

—Eso es imposible. Lo sé, profesor —respondió Chavier—. Parece ser que una vez más las cosas imposibles están haciéndose realidad.

—¿Como en el secuestro de Deneux se refiere? —preguntó Milanelli.

—Así es, profesor. Como la mismísima desaparición del hijo del presidente. Como todo lo que hemos vivido aquí esta noche.

Campbell se sentó en una de las sillas de la habitación totalmente confundido.

—Pero ese secuestro... Esos ministros... ¿tienen algo que ver con Deneux? —preguntó.

—No directamente, profesor. Pero sí parece que es obra de las mismas personas. De eso no hay duda.

—Sí, pero una cosa es secuestrar al hijo del presidente y otra a seis ministros a la vez —replicó Campbell.

Chavier asintió entendiendo su desconcierto.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted en eso, profesor. De hecho, podríamos decir que no estamos completamente seguros de que estén secuestrados. Lo que sí es indudable es que todo ellos están, hasta el momento, desaparecidos.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? —preguntó contrariado Milanelli temiendo que al final no fuese a ser necesaria su ayuda.

—Es sencillo, profesor. La policía británica cree que es obra de las mismas personas que secuestraron a Deneux, como les acabo de decir.

Campbell no era capaz de asimilar lo que les estaba contando.

—Entonces ellos sí que están tratando su desaparición como un secuestro ¿no es así?

—Sí, así es —contestó Chavier.

—¿Y por qué están tan seguros de que es obra de las mismas personas que secuestraron a Deneux? —insistió intentando encontrar un hilo de esperanza que les

permitiera desvincularse de aquella historia.

El comisario no tenía ninguna duda de que debía transmitirles toda la información de la que disponía hasta ese momento para que lo entendieran.

—Bueno, profesor, la razón principal para que piensen de esa manera es porque, al igual que nos ocurrió a nosotros, la policía británica también ha recibido una grabación.

—¿En la que se ven a los ministros secuestrados?

—No exactamente —respondió enigmático.

Milanelli mostró su malestar por la falta de confianza que aparentemente estaba mostrando después de todo lo que habían vivido juntos aquella noche.

—Tengo la sensación de que no estoy siendo capaz de entenderle —dijo lo más educadamente que pudo.

Chavier desvió su mirada hacia la ventana de la habitación durante unos instantes.

—Verán, profesores, esta situación es diferente a lo que vivimos nosotros aquí hace unas horas...

—Pues yo le veo bastantes puntos en común, la verdad —afirmó Milanelli interrumpiéndole.

El comisario volvió a hacer una pequeña pausa antes de continuar.

—El problema —les explicó— es que lo que ha ocurrido en Londres está fuera de mi jurisdicción y la información que me han facilitado es secreta.

Campbell quiso entender los impedimentos legales que podía tener a la hora de compartir con ellos la información que tenía sobre aquel secuestro, pero también debía hacerle ver que si quería que le ayudaran tendría que confiar en ellos de nuevo.

—Comprendo que su posición puede ser comprometida, señor —comenzó—. Y entiendo que exista información que no pueda revelarnos, como no lo hicieron en su momento los inspectores Paccaud y Bingleau cuando fueron a buscarme a Milán. De modo, que sin comprometerle a usted pero para que el profesor Milanelli y yo podamos comprender lo que está pasando, entiendo que lo que quiere usted de nosotros es que vayamos a Londres a ayudar a la policía británica con el secuestro de seis de sus ministros, ya que según ellos los responsables de su desaparición son las mismas personas que secuestraron a Deneux ¿no es así?

—Así es, profesor —respondió escuetamente Chavier.

—Y esa relación entre ambos sucesos se basa en que la policía británica también ha recibido en esta ocasión una grabación como la que ustedes recibieron de Deneux ¿cierto? —preguntó Milanelli.

—No del todo —respondió el comisario—. A eso me refería antes. En la grabación que nosotros recibimos sí se veía al señor Deneux amordazado y con una venda cubriéndole los ojos. El problema es que la grabación que ha recibido la policía británica simplemente muestra las fotografías de siete de sus ministros.

—¿Siete? —preguntó rápidamente Campbell—. Creí entenderle que habían

desaparecido seis.

—Y así es, profesor. Seis ministros han desaparecido y el séptimo, el único que aún no ha desaparecido, se encuentra ahora mismo en su casa bajo vigilancia.

Milanelli sintió cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo al escuchar aquellas palabras. No había duda que estaban envueltos en algo importante.

—En ese caso, es obra de los secuestradores de Deneux, efectivamente.

Chavrier le miró sorprendido.

—¿Por qué se muestra tan seguro, profesor?

A ojos de Milanelli la respuesta era evidente.

—Por lo que nos acaba de decir, señor. En realidad no creo que sea esa grabación la que una ambos sucesos, sino la complejidad que acompañó al descubrimiento del lugar donde se encontraba Deneux y lo que nos acaba de decir usted ahora mismo.

—¿El qué, exactamente? —preguntó confundido.

—Los siete ministros, comisario. Siete en la grabación y seis desaparecidos.

—¿Eso le dice algo? —insistió sin terminar de comprender qué estaba queriendo decirle.

—Absolutamente —contestó sin dudar—. Eso me dice que sin duda alguna los secuestradores de Deneux son los responsables de la desaparición de esas seis personas.

Chavrier no acababa de estar convencido de ello.

—¿Usted piensa lo mismo? —le preguntó a Campbell.

—Sí, señor —dijo poniéndose de nuevo de pie—. Creo que Milanelli tiene razón.

—Pues yo no entiendo por qué —respondió algo malhumorado.

Campbell sabía que debía intentar explicarle de una manera menos intuitiva la razón que tanto él como Milanelli tenían para pensar que el hecho de que seis de los siete ministros hubiesen desaparecido era, precisamente, lo que unía más fuertemente aquel suceso con el secuestro de Deneux.

—Supongo, comisario —comenzó buscando que entendiera la idea que ambos tenían en su cabeza—, que lo normal hubiese sido que las siete personas que aparecen en esas imágenes hubiesen desaparecido ¿no es así?

—¡O ninguna, profesor! —contestó rápidamente sin responder a su pregunta.

—Sí, señor, estoy de acuerdo. Quizá no me he expresado correctamente. Lo que quiero decir es que si la policía británica ha recibido una grabación en la que aparecen siete de sus ministros, tal vez lo normal sería que todos, o ninguno, hubiesen sido secuestrados ¿no le parece?

Chavrier le miró contrariado por no poder entender a dónde estaba intentando llegar.

—Piénselo de una manera mucho más simple —dijo Milanelli—. Lo que vimos esta pasada noche con el secuestro de Deneux fue un cúmulo de acontecimientos perfectamente planificados que progresivamente fueron más y más difíciles de resolver ¿verdad?

—Sí, en eso estamos de acuerdo —respondió con cierto desahogo.

—Bien, pues lo que nosotros intentamos decirle es que el hecho de que hayan recibido un vídeo en el que aparecen siete personas y seis de ellas hayan desaparecido convierte a esa situación en algo realmente extraordinario. ¿Por qué siete personas para luego secuestrar a seis?

—Puede que no hayan sido capaces de hacer todo lo que se habían propuesto inicialmente —respondió.

—¿Lo dice en serio, comisario? ¿Después de lo que hemos visto esta noche aquí no cree capaces a esas personas de secuestrar a siete ministros si es eso lo que quieren?

Chavrier se quedó en silencio sin saber qué responder.

—Tenga en cuenta lo que hicieron en el Louvre con aquellos cuadros de gran tamaño. Lo que hicieron en la Asamblea Nacional, en el Panteón... —dijo Campbell.

—Bien, está bien —asintió dándoles la razón—. Supongamos que han dejado voluntariamente a uno de los ministros. ¿Por qué demonios iban a incluir su foto para luego no secuestrarlo?

Milanelli sonrió.

—Por la misma razón por la que dejaron números en las manos de las personas que nosotros encontramos esta noche. O por la misma razón por la que dejaron aquella fórmula en el cuadro de *La consagración de Napoleón*.

Chavrier entendió por fin lo que ambos estaban intentando explicarle.

—Para jugar con nosotros de nuevo... —dijo con la mirada perdida.

—Así es, comisario —afirmó Campbell acercándose a recoger la ropa que había tendida encima de la cama—. Y algo me dice que debemos darnos prisa en localizar a la profesora Margaux cuanto antes. Creo que tenemos mucho trabajo por delante.

Capítulo 2

La plaza del Carrusel se encontraba en ese momento llena de turistas. Las primeras colas empezaban a formarse en la entrada del Louvre mientras cada vez más y más personas se agolpaban en los alrededores de la gran pirámide de cristal. Margaux observaba desde la distancia aquella situación ajena a todo el ruido que la rodeaba pensando cómo podía ser posible que en aquel mismo lugar hubiese sucedido tan solo unas horas antes lo que ellos habían vivido aquella noche.

Mientras distraía su mirada en los diferentes grupos de personas que estaban en aquella plaza creyó ver la silueta de dos hombres a los que conocía muy bien. Consciente de que era fruto de su imaginación, cerró los ojos unos instantes y se frotó suavemente el rostro con ambas manos a la vez que no pudo evitar una sonrisa.

«Creo que necesito dormir un buen rato.»

Al retirar las manos del rostro, sin embargo, comprobó cómo aquellas dos personas se encontraban ahora mucho más cerca y se dirigían caminando rápidamente hasta donde ella se encontraba.

—No puede ser —murmuró.

Cuando estaban a unos veinte metros de distancia, uno de ellos levantó la mano derecha para saludarla a la vez que decía su nombre en voz alta.

—Inspector Paccaud —respondió sorprendida.

Algo sofocados, los inspectores Paccaud y Bingleau se detuvieron delante de Margaux que los miraba incrédula. Habían pasado menos de dos horas desde que se había despedido de ellos en el museo de Orsay y ahora, de nuevo, estaban delante de ella.

—¡Buenos días, profesora! —exclamó Bingleau.

Fruto de la sorpresa, Margaux no fue capaz de contestar.

—Veo que está sorprendida —le dijo Paccaud con una sonrisa intentando tranquilizarla.

—Sí, yo... No puedo negar que me sorprende volver a verles.

—Y nosotros entendemos su confusión, profesora —respondió el inspector—, pero ha sucedido algo importante y me temo que vamos a necesitar su ayuda una vez más.

Margaux no acababa de salir de su asombro.

—Pero ¿cómo sabían...?

—¿Dónde se encontraba? —le preguntó Bingleau interrumpiéndola.

Margaux afirmó con la cabeza.

—Gracias a su teléfono móvil —dijo señalando su bolso.

Asombrada, desvió su mirada hacia el punto que le indicaba el inspector.

—Siento que nos encontremos otra vez en esta situación, profesora —insistió Paccaud al apreciar su desconcierto—, pero creo que debe acompañarnos.

Al escuchar aquellas palabras no pudo evitar recordar el momento en el que dos

miembros del servicio secreto se habían presentado un día antes en su despacho de la Universidad de Nantes. Todo lo que había ocurrido desde entonces había sido realmente desagradable, sobre todo por las personas que habían encontrado asesinadas. Por ello, no pudo evitar que un enorme miedo volviera a invadirla por completo.

—¿Acompañarles a dónde, inspector? —preguntó a duras penas.

—Tenemos órdenes del comisario Chavrier de llevarla junto a Milanelli y Campbell, profesora —respondió amable Bingleau.

Su cara denotaba la confusión que sentía.

—¿Con los profesores?

—Así es —respondió Paccaud rápidamente.

Margaux necesitó unos instantes para intentar entender qué era lo que estaba ocurriendo.

—Pero ellos... Ellos se iban a Italia.

—Ese era su plan, efectivamente. Aunque me temo que también han tenido que modificarlo.

Las palabras de Paccaud no le aclaraban precisamente las cosas.

—Pero ¿por qué...?

Bingleau miró su reloj. Tenían menos de veinte minutos para llegar al Aeropuerto de París-Charles de Gaulle donde se encontrarían con el comisario Chavrier.

—Profesora, entiendo perfectamente su confusión, pero si nos acompaña le explicaremos todo en el trayecto —dijo a la vez que extendía su brazo derecho indicándole el camino.

Todavía aturdida por lo que acababa de escuchar, comenzó a caminar junto a ellos. Durante un par de minutos los tres permanecieron en silencio. Ambos inspectores miraban continuamente de un lado para otro de la plaza, como si hubiese algún peligro cerca, lo que no pasó desapercibido para la profesora. Al llegar a su vehículo, Bingleau se adelantó para abrirle la puerta trasera.

—No se preocupe. Todo irá bien —le dijo en voz baja.

Margaux le miró con gesto amable. En diferentes momentos a lo largo de la noche, él había sido su pareja cuando necesitaron separarse para buscar a Deneux. Primero en el Louvre y más tarde en la cripta del Panteón, por lo que aquellas palabras le aportaron parte de la tranquilidad que necesitaba.

—Como le hemos dicho antes, profesora —comenzó Paccaud al tiempo que arrancaba su vehículo— ha sido el comisario Chavrier quien nos ha ordenado que viniésemos a buscarla. Ahora mismo nos dirigimos al Aeropuerto de París-Charles de Gaulle desde donde los profesores debían coger su vuelo de regreso a Italia.

A pesar de la pausa del inspector, Margaux prefirió no decir nada para que siguiera explicándole qué era lo que estaba ocurriendo.

—Y como le hemos dicho también —continuó—, ha ocurrido algo que requiere su colaboración y la de Campbell y Milanelli.

—¿El qué, exactamente? —preguntó intrigada.

Bingleau resopló suavemente y miró a su compañero antes de contestar.

—Verá, profesora, parece ser que la policía británica tiene en sus manos en estos momentos un caso similar al secuestro de Deneux.

Margaux sintió que se le helaba la sangre.

—Y es por eso —prosiguió— que nos han solicitado que les traslademos hasta Londres para ver si pueden ayudarles del mismo modo que hicieron aquí con nosotros.

Al escuchar aquellas palabras, el cuadro de Las Marías en el sepulcro volvió de golpe a su memoria.

—¿Londres?! —preguntó sorprendida.

—Eso es, profesora —respondió Bingleau imaginando la razón de su sorpresa.

—De la National Gallery de Londres era el último cuadro que vimos la pasada noche ¿no lo recuerdan?

Paccaud miró por el retrovisor buscando su rostro.

—Por supuesto que sí. Y me atrevería a decir que esa es una de las razones por las que ambos sucesos están conectados.

Margaux necesitó mirar durante unos instantes por la ventanilla para recomponer sus ideas.

—Pero el señor Deneux está bien ¿no? —preguntó finalmente.

—Sí, profesora. Se encuentra en el hospital bajo vigilancia. Recuperándose, tal como usted le vio esta mañana.

—¿Entonces...?

—Lo que ha ocurrido en Londres no tiene nada que ver con él —dijo Bingleau entendiéndolo su confusión—. Pero es muy posible que los responsables de lo que allí ha sucedido y los que secuestraron a Deneux sean las mismas personas.

Margaux no podía creer que después de todo lo que habían visto aquella noche, después de todo lo que habían visto que eran capaces de hacer, también hubiesen hecho algo en otra ciudad diferente.

—Eso explicaría, entre otras cosas, por qué encontramos en el Louvre un cuadro de la National Gallery —añadió Paccaud.

La profesora no salía de su asombro.

—¿Han comprobado si era el cuadro original? —preguntó con curiosidad.

—Sí, aunque no de una manera oficial. Tenga en cuenta que nadie debe saber lo que ha ocurrido aquí.

Margaux entendió perfectamente a lo que se refería Bingleau. Aún así, le causaba gran inquietud saber cómo habían sido capaces de descubrir algo tan importante.

—Entonces ¿cómo...?

—Eugene, profesora —respondió rápidamente Paccaud—. Eugene ha sido quien lo ha descubierto.

Margaux miró a Bingleau extrañada.

—Nuestra compañera se ha colado en el sistema informático de la National Gallery —comenzó el inspector— y ha descubierto que ese cuadro en concreto, Las Marías en el sepulcro, no se encuentra en estos momentos expuesto al público sino que figura entre los cuadros almacenados para realizarles tareas de mantenimiento.

—Pero ¿lo han robado o no? —preguntó inquieta.

—Sí, sí —respondió Bingleau—. Desde ayer a mediodía hay una alarma interna del museo que informa de su desaparición.

—Pero no se ha hecho público...

—Claro que no, profesora —afirmó contundente Paccaud.

—Entonces eso demuestra que los secuestradores de Deneux también estuvieron en algún momento en Londres ¿no es así?

Bingleau miró por la ventanilla un cartel anunciando que se encontraban en dirección al Aeropuerto de París-Charles de Gaulle. Por un momento, pensó en esperar y que fuese Chavier quien le explicase todo lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, algo le decía que debían ser ellos quienes la informaran. Al fin y al cabo, ya se había ganado sobradamente su confianza.

—Verá, profesora, el problema que tenemos planteado en estos momentos va mucho más allá de eso.

Margaux se incorporó de su asiento para acercarse lo más posible al inspector. Por fin iba a descubrir qué era lo que estaba ocurriendo.

—Que los secuestradores de Deneux han estado en Londres parece fuera de toda duda gracias al cuadro que encontramos en el Louvre. Sin embargo, nuestro problema ahora, y la razón por la que de nuevo necesitamos su ayuda, es porque han desaparecido seis ministros del gobierno británico y la policía, como le dijimos antes, está segura de que los secuestradores de Deneux son los responsables.

Bloqueada por lo que acababa de escuchar, dejó caer lentamente su cuerpo hasta apoyarse en el respaldo del asiento. Por su mente pasaron decenas de imágenes de las diferentes situaciones en las que se habían visto envueltos tan solo unas horas antes. Lo que había ocurrido en Londres, según le estaba informando el inspector Bingleau, parecía ir mucho más allá de lo vivido por ellos haciéndole temer si el secuestro de Deneux había sido tan solo un pequeño paso frente a todo lo que sentía que estaba a punto de suceder.

Capítulo 3

El jefe de la Policía Metropolitana de Londres, Brian Godwin, observaba nervioso el cartel de objetos que la Agencia Francesa de Aviación prohíbe transportar en cualquiera de los aviones comerciales que despeguen de suelo francés. La sala VIP del Aeropuerto de París-Charles de Gaulle en la que se encontraba tenía, aproximadamente, el doble de tamaño que su oficina. Estaba completamente limitada por paredes de cristal con una sobria decoración que no permitía hacer olvidar a cualquier persona que la visitara la verdadera razón por la que se encontraba en aquel lugar.

«Tal vez así no se olviden de coger su vuelo», pensó irónicamente.

A pesar de haber leído ya dos o tres veces aquel cartel por completo, Godwin seguía manteniendo su mirada fija en él con una aparente normalidad. No era sencillo conseguir una de esas salas VIP en un aeropuerto tan importante, y menos aún reservarla de manera exclusiva, por lo que para conseguirlo había tenido, no solo que identificarse, sino asegurar que dicha sala era necesaria para un trabajo que tenía que realizar la policía de Londres. Gracias a aquella explicación había conseguido rápidamente su objetivo y ahora lo único que tenía que esperar era a que su homólogo, el comisario Chavier, llegara con los profesores universitarios que, según le había contado unas horas antes Michael Bailey, habían sido fundamentales para encontrar con vida al hijo del presidente francés.

Impaciente, sacó su teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta con el deseo de tener alguna noticia de sus compañeros. Todavía albergaba una pequeña esperanza de que todo aquello, aunque enrevesado, hubiese sido una enorme coincidencia y que todos los ministros hubiesen aparecido sanos y salvos en algún lugar, el que fuese, eso ya no era un aspecto importante en aquel momento. Decepcionado por ver que no tenía ningún aviso, lo guardó de nuevo y resopló con fuerza. Después del anuncio que le había dado Bailey, juntos habían recabado mucha más información acerca de lo que había ocurrido aquella noche en París. Lo que inicialmente parecía un simple secuestro se había convertido en una auténtica película de terror con varias personas asesinadas que le hacía temer lo peor sobre el futuro de los ministros.

Cuando había conseguido contactar con Chavier, y este le había informado de primera mano sobre todo lo ocurrido, no pudo imaginarse ni por un momento lo que supondría que llegase a la opinión pública lo que hasta entonces solo un puñado de personas conocía.

En ese momento, el sonido de una conversación lejana hizo que dirigiera su mirada hacia el largo pasillo que tenía a su izquierda.

«Por fin.»

A pesar de su enorme experiencia, no pudo evitar que el corazón se le disparase. No había duda de que aquellas personas tenían que ser quienes debían ayudarles a encontrar a los ministros que habían desaparecido. Según se iban acercando, sin

embargo, se dio cuenta de que, por lo menos, faltaba una pues estaba seguro de que su información era que se trataba de tres profesores entre los que se encontraba una mujer joven, la cual, claramente, no venía en ese grupo.

Al llegar a la puerta, vio cómo uno de ellos se adelantaba ligeramente y pedía levantando sutilmente una mano a los otros dos hombres que se detuvieran. No había duda de que aquel debía ser el comisario Chavrier. Además, el aspecto de las otras dos personas encajaba mucho más en el hipotético estereotipo de un profesor universitario antes que en el de un comisario de policía.

—Buenos días, caballeros —se adelantó a decir Godwin seguro de la identidad de aquellos hombres.

—Comisario Brian Godwin, supongo —respondió Chavrier estrechando su mano—. Estos son los profesores Fabricio Milanelli y James Campbell.

Ambos se acercaron a saludarle igualmente.

—Tenía entendido que eran ustedes tres... —deslizó educadamente.

Chavrier era consciente de que se había comprometido a llevar personalmente a los tres profesores hasta el aeropuerto y, efectivamente, allí solo estaban dos de ellos.

—Sí, así es —se disculpó—. La profesora Margaux está en estos momentos viniendo hacia aquí con dos de mis hombres, por lo que estoy seguro que será cuestión de unos pocos minutos tenerla con nosotros.

Godwin mostró su satisfacción al comprobar que todo iba según habían planeado. Si tenía algo absolutamente claro era que debían ser los tres profesores, sin excepción, los que debían acompañarle a Londres.

—Podría aclararnos lo que está ocurriendo mientras esperamos a que llegue la profesora ¿no le parece?

La franqueza con la que Milanelli se expresaba le sorprendió gratamente.

—Por supuesto que sí, profesor.

No había ninguna duda de que necesitaba la máxima colaboración de aquellos hombres y eso pasaba, aunque no sería lo deseable inicialmente, por transmitirles hasta el último detalle de toda la información de la que disponía. Mostrando precaución para evitar que nadie más que ellos tres pudiese escuchar lo que estaba a punto de contarles, se acercó hasta la puerta para asegurarse que se encontraba bien cerrada. A continuación, buscó a ambos profesores con la mirada.

—Como supongo que el comisario ya les habrá informado para convencerles de venir hasta aquí —comenzó con un tono de voz templado—, seis de nuestros ministros se encuentran en estos momentos en paradero desconocido. Las casas de cada uno de ellos están siendo minuciosamente revisadas con la esperanza de encontrar algo que nos diga dónde pueden encontrarse.

—Créame —dijo rápidamente Milanelli—, no van a encontrar nada en absoluto.

De nuevo, Godwin se mostró sorprendido por lo directo que se mostraba el profesor.

—¿Por qué piensa de ese modo? —preguntó con cierto malestar.

—No es que ponga en duda la capacidad de sus hombres, en absoluto. Sin embargo, el comisario nos ha explicado que ustedes están convencidos de que la desaparición de esas personas es obra de los secuestradores de Deneux ¿cierto?

Godwin afirmó repetidas veces moviendo la cabeza.

—Bien —continuó Milanelli—. En ese caso, si ellos son realmente los responsables, simplemente le digo que puede destinar los esfuerzos de sus hombres en algo más interesante ya que en esas casas no encontrarán nada.

—Sinceramente, profesor, me cuesta creer que seis personas puedan desaparecer sin más como usted está sugiriendo.

Campbell entendía la sorpresa que estaba mostrando Godwin. Era indudable que, sin haber vivido lo que aquella noche había sucedido en París, las palabras de Milanelli no eran fácilmente asimilables.

—Entiendo su sorpresa, señor —dijo mostrándose lo más educado posible—, pero lo que le está diciendo el profesor es cierto. A lo largo de la pasada noche hemos estado yendo de un sitio a otro de esta ciudad guiados por lo que los secuestradores de Deneux han ido dejando en varios cuadros del Louvre, y en ningún caso hemos encontrado nada que nos diese información sobre quiénes eran ni cómo han conseguido hacer las cosas que nosotros hemos encontrado.

Chavier no pudo evitar sentir un elevado grado de responsabilidad ante la afirmación que estaba haciendo el profesor Campbell, puesto que si bien era cierto que la habilidad y el cuidado con el que los secuestradores habían planeado cada uno de sus pasos habían sido perfectos, era muy difícil aceptar que no pudiesen encontrar nada para poder averiguar algo sobre ellos.

—Eso que usted dice de los cuadros del Louvre le puedo asegurar que es una de las cosas que más nos ha llamado la atención —reconoció Godwin.

—Indudablemente ha sido algo rebuscado —contestó Campbell.

Milanelli sintió la necesidad de defender a la policía francesa al creer que aquel hombre estaba menospreciando el trabajo que ellos habían hecho aquella noche.

—Tan rebuscado, de hecho —añadió—, que hasta encontramos uno de sus cuadros como bien sabrá.

Godwin mostró su sorpresa ante aquel comentario.

—¿Uno de nuestros cuadros?

—Sí, señor —respondió seguro de que le había dicho algo que ignoraba—. Uno de los cuadros de la National Gallery estaba esta noche aquí, en el Louvre.

Godwin se quedó sin palabras. Ignorar aquella información le parecía un fallo imperdonable.

—En cualquier caso —dijo Campbell notando su sorpresa—, lo importante es que los secuestradores de Deneux nos han demostrado esta noche que son capaces de hacer cosas increíbles sin dejar rastro alguno. Y como le acaba de decir el profesor Milanelli, robar un cuadro de la National Gallery para que apareciese en el Louvre ha sido solo una de ellas.

Chavrier también sintió la necesidad de reconocer la capacidad de aquellas personas para evitar que descubriesen cómo habían podido organizar todo aquello sin que la policía hubiese podido en ningún momento adelantarse a ellos.

—Como le han dicho los profesores —comenzó— no creo que consigan encontrar nada en las casas de sus ministros que les sirva para descubrir dónde se encuentran.

—Pero ustedes tienen el rostro de dos de ellos —replicó sin disimular su sorpresa al ver que incluso él mismo daba por imposible aquella tarea.

—Sí, así es —afirmó Chavrier—. Pero como bien sabrá, de momento no hemos sido capaces de identificarles.

Godwin bajó la mirada y respiró profundamente durante unos segundos muy consciente de que, a pesar de poseer también las imágenes de aquellas dos personas, ellos tampoco habían sido capaces de descubrir su identidad.

Capítulo 4

«¿Seis ministros?»

Hacía ya unos minutos que los inspectores le habían explicado en detalle la razón por la que el comisario Chavrier les había enviado a buscarla. Margaux, sin embargo, se mantenía mirando fijamente a través de la ventanilla del coche intentando entender qué era lo que la policía de Londres querría de ellos. En su opinión, la carta que había recibido en su despacho un día antes era la señal inequívoca de que los secuestradores de Deneux la habían involucrado en aquella historia. Sin embargo, no sabía qué relación podría tener ella, o cualquiera de los otros dos profesores, con la desaparición de seis ministros británicos y mucho menos cómo podrían ayudar a la policía a descubrir dónde se encontraban.

Cuando Paccaud detuvo el vehículo, Margaux sintió un halo de nerviosismo que la invadía por completo. Dentro de aquel edificio que tenían justo delante se encontraban los profesores Campbell y Milanelli. Verles de nuevo y poder tratar aquella historia con ellos era lo que más podía desear en ese momento.

En silencio, los tres comenzaron a caminar hacia la puerta de entrada. Una vez más, de manera similar a como había hecho minutos antes en la plaza del Carrusel, observó la cantidad de gente que había en el aeropuerto preguntándose si alguno de ellos sería consciente de lo que había ocurrido esa noche en París o de lo que, según acababa de descubrir, estaba ocurriendo en ese mismo instante en Londres.

A poca distancia, Godwin seguía intentado recabar información que pudiera serles de ayuda en el gran problema que tenían por delante.

—Por tanto —prosiguió—, lo que ustedes han hecho a lo largo de toda la noche ha sido seguir lo que los secuestradores les dejaban indicado en los cuadros ¿no es así?

—Básicamente, señor —contestó Campbell—. Aunque más bien lo que hicimos fue interpretar lo que nos querían decir con cada uno de ellos ya que realmente no nos dejaron en ningún momento ninguna instrucción en concreto.

—No era eso lo que yo tenía entendido —replicó con una expresiva mueca.

—Es que veré —dijo intentando explicarse mejor—, en realidad, como le digo, ningún cuadro contenía nada en particular...

—Pero encontraron esa fórmula escrita en uno de ellos —le interrumpió.

—Sí, es cierto —respondió Milanelli—. Una fórmula que describe la velocidad angular de desplazamiento de un cuerpo sobre un plano. Si a usted eso le indica un lugar de París quizá no necesite que le acompañemos.

Godwin se dio cuenta de que le había ofendido con sus palabras.

—No, no me mal interprete, por favor. Simplemente pensaba que en cada uno de esos cuadros habían encontrado una dirección a la que acudir, ya que eso fue

exactamente lo que hicieron si no me equivoco.

—En realidad —dijo Campbell—, el primer cuadro que descubrimos en el Louvre, como estoy seguro que sabrá, fue *La Libertad guiando al pueblo*. La razón por la que ese cuadro nos llevó a la Asamblea Nacional fue una interpretación de lo que estaba representado en él, no un mensaje concreto. Sin embargo, en el segundo cuadro, *La consagración de Napoleón*, encontramos escrita la fórmula que le acaba de decir el profesor Milanelli, y fue gracias a que él supo interpretarla que dedujimos que querían que acudiésemos al Panteón.

—¿Cómo pudieron deducir tal cosa? —preguntó intrigado.

—Esa fórmula —contestó Milanelli— fue expuesta por Bernard León Foucault que se valió de un péndulo gigante para demostrar su teoría sobre la rotación de la tierra. Por tanto, solo tuvimos que descubrir en qué punto de París se había hecho ese experimento para localizar el lugar que nos estaban indicando los secuestradores.

Godwin escuchaba las explicaciones de los profesores completamente fascinado. Cada vez tenía más claro que iban a resultar fundamentales para ayudarle a encontrar a los ministros desaparecidos.

—Y el último cuadro —añadió Campbell—, Las Marías en el sepulcro, es el que antes el profesor le ha indicado que apareció esta noche aquí en París, en el museo del Louvre, cuando se supone que se trata de un cuadro de la National Gallery de Londres.

—¿Y ese cuadro les llevó a la basílica del Sagrado Corazón?

—Créame —dijo Chavrier—, la manera en la que estos dos hombres hicieron esa interpretación fue la más sorprendente de todas.

—En realidad, yo le di una razón mucho más sencilla ¿no lo recuerda, comisario?

Los cinco se sobresaltaron al escuchar la voz de una mujer. Estaban tan concentrados en su conversación que no se habían percatado de que una persona más había entrado en aquella sala. Detrás de ellos, la profesora Margaux les miraba con una sonrisa dibujada en su rostro. La misma que durante toda la noche anterior había conseguido calmar los ánimos de Chavrier y Sanoir ante las dificultades que se iban encontrando.

—¡Me alegra verla de nuevo, profesora! —exclamó efusivamente el comisario.

Milanelli se acercó hasta ella para saludarla. A continuación, Campbell hizo lo mismo aunque en esta ocasión Margaux se abalanzó sobre él para darle un fuerte abrazo.

—Creo que estamos de nuevo como al principio —le susurró al oído.

Sin contestar, Campbell se separó de ella y la miró fijamente a los ojos. Margaux no necesitó que dijera una palabra ya que interpretó perfectamente aquella mirada. En ella pudo ver reflejado el mismo miedo que habían sentido ambos en Notre Dame justo después de encontrar el primer cadáver.

—Y este hombre, profesora, es el comisario Brian Godwin de la policía londinense —dijo Chavrier presentándole a la única persona de la sala que no

conocía.

Al igual que había ocurrido a su llegada al Palacio del Elíseo, su gran timidez afloró nuevamente de tal manera que no pudo más que asentir levemente con una pequeña sonrisa a modo de generoso saludo.

—Entonces, según le acabo de escuchar —dijo Godwin percibiendo su incomodidad— usted fue quien descubrió que ese cuadro les llevaba hasta la basílica del Sagrado Corazón ¿no es así?

—Así es, señor. Aunque en realidad fue algo realmente sencillo. Posiblemente me ayudó el hecho de haber vivido aquí en París durante mis años en la universidad, y el hecho de conocer bastante bien esta ciudad. O por lo menos algunos de los lugares más característicos y más turísticos que tiene.

—¿Y cómo lo hizo? Si no le importa que se lo pregunte.

—Oh, no, no... Por supuesto —respondió algo avergonzada todavía—. Los profesores fueron los que dijeron que la basílica era el lugar que nos indicaba aquel cuadro. Yo simplemente me limité a confirmar que tenían razón. Para hacerlo utilicé un pequeño mapa de París que aparece en los planos del Louvre y señalé los puntos en los que ya habíamos estado anteriormente. Al marcar cada uno de ellos junto a la basílica del Sagrado Corazón y unir esas marcas entre sí, se formaba un triángulo dentro del cual quedaba encerrado el museo del Louvre.

Godwin mostró visiblemente que no estaba entendiendo cómo aquel simple dibujo les había confirmado su idea.

—Verá, señor —dijo Campbell intentando aclarar su confusión—, como muy posiblemente sabrá también, el primer lugar al que acudimos la pasada noche fue a la catedral de Notre Dame.

Godwin asintió ante las palabras que estaba escuchando.

—Bien —continuó el profesor confiado—. Pues en ese lugar fue donde llegamos a la conclusión de que los secuestradores querían que fuésemos al museo del Louvre. Y la manera en la que lo descubrimos, o mejor dicho la razón por la que lo descubrimos, fue porque encontramos ese mismo símbolo que la profesora dibujó sobre el mapa de París, un triángulo con un ojo en su interior, en dos lugares diferentes de la catedral. Después de eso, solo tuvimos que hacer una interpretación un poco arriesgada de su significado para saber a dónde teníamos que ir a continuación.

—¿Y ese mismo símbolo les decía que debían acudir a la basílica?

—Más bien la basílica del Sagrado Corazón —respondió Margaux— era el lugar que ya habían elegido ellos. Al hacer ese dibujo simplemente comprobamos que efectivamente era el lugar adecuado ya que nos permitía cerrar nuestra búsqueda de Deneux.

Chavrier percibió en Godwin las mismas dudas que a él le habían acompañado en muchos momentos de la noche.

—Créame cuando le digo que si de verdad quiere encontrar a esas seis personas

desaparecidas con vida debe confiar plenamente en los profesores. No le podría resumir en un solo día la cantidad de dudas que yo mismo tuve a lo largo de esta noche al escuchar los razonamientos que proponían. Sin embargo, todos ellos fueron acertados, sin excepción. Y como usted me indicó esta mañana por teléfono, lo que ha ocurrido en Londres verdaderamente parece obra de las mismas personas que secuestraron a Deneux, por lo que si quiere encontrarles deberá confiar ciegamente en ellos y hacer justo lo que le digan.

Capítulo 5

Godwin se alejó un par de metros después de disculparse educadamente. Alguien le estaba llamando y para él resultaba fundamental mantenerse al corriente de cualquier novedad que tuviese lugar. Tras un par de minutos en los que prácticamente se limitó a escuchar lo que la persona que le había llamado le decía, estiró el brazo para poder visualizar su reloj.

—En cinco minutos, entendido —dijo antes de dar por finalizada la conversación.

Con gesto serio, se acercó de nuevo hasta donde se encontraba el comisario Chavrier con los profesores.

—Creo que nuestro vuelo ya está listo —dijo señalando la pantalla que tenían justo a su lado.

Los cuatro se giraron con curiosidad para ver qué era lo que les estaba indicando.

—¿Vuelo NCA-2?

Campbell siempre había considerado ese tipo de nombres una tontería.

—¿Qué demonios significa NCA-2? —preguntó seguro de que no tendría sentido.

—Me temo que eso no puedo decírselo. Tenga en cuenta que no es un vuelo comercial, sino un vuelo privado de la Agencia Europea de Inteligencia.

Milanelli le miró fascinado.

—No sabía que en Europa también teníamos nuestra propia CIA.

A Godwin no le hizo demasiada gracia aquel comentario. Efectivamente, la Agencia Europea de Inteligencia no es un organismo conocido para los ciudadanos europeos, o desde luego no tanto como la CIA americana.

—Eso será porque no sale en las películas, profesor —le contestó finalmente.

Chavrier hizo un pequeño ruido con la garganta para atraer la atención.

—Creo que es momento de que los inspectores y yo volvamos al trabajo.

Godwin observó a los dos hombres que se encontraban esperando en el exterior de aquella sala VIP.

—Le mantendré informado de todo lo que descubramos hoy, comisario. No lo dude.

Chavrier agradeció sus palabras con un ligero movimiento de cabeza. Apenas habían pasado unas pocas horas desde que se despidiese de los profesores en el museo de Orsay. En aquel momento, estaba convencido de que lo peor ya había pasado y que, como le había dicho a Eugene por teléfono, descubrir la identidad de aquellas dos personas que habían encontrado en las grabaciones de las cámaras de seguridad del Louvre sería una tarea que podrían tomarse con calma. Por desgracia, los nuevos acontecimientos que estaba viviendo le hacían darse cuenta de que no podía haber estado más equivocado al decir aquellas palabras. A pesar de que habían conseguido recuperar a Deneux con vida, las personas responsables de aquel acto habían hecho en Londres algo que parecía mucho más grave. Algo que, desde luego, no se habría podido imaginar nunca que podría llegar ocurrir. Ahora, por tanto, debía

prestar toda su colaboración a la policía británica para ayudarles a identificar a aquellas dos personas y, en lo posible, con la búsqueda de los ministros desaparecidos.

—No dude que trabajaremos sin descanso hasta que hayamos identificado a los dos secuestradores —dijo abriendo la puerta de la sala—. Y a ustedes, profesores, les deseo suerte y que tengan el mismo acierto que han tenido esta noche con nosotros.

Ante aquellas palabras, Margaux sintió una amarga sensación de soledad. Cuando se habían despedido horas antes lo había hecho con una indudable sensación de satisfacción. La misma que sentía siempre que realizaba una tarea que le había supuesto un gran esfuerzo. Pero ahora, sin embargo, las sensaciones eran muy diferentes.

Sin poder sonreír en esta ocasión, acompañó a los dos profesores y a Godwin adentrándose en el túnel de acceso al avión que debía llevarles a Londres. A su cabeza vinieron imágenes de la noche que habían pasado en París. Sus recuerdos al llegar en helicóptero, las sensaciones que había revivido al pisar de nuevo la biblioteca de su universidad o el desagrado que le había producido descubrir los cuerpos sin vida de todas aquellas personas. Y ahora, sin poder remediarlo, se veía empujada a comenzar de nuevo con una historia que se presentaba mucho peor que todo lo que habían vivido hasta el momento.

Capítulo 6

—Siento que este vuelo no sea el que tenían pensado coger —dijo Godwin viendo cómo el profesor Campbell llevaba varios minutos con la mirada clavada en la ventanilla.

—No se preocupe —respondió educadamente—. ¿Sabe? Esta es la segunda vez en menos de veinticuatro horas que me subo a un avión privado. Nunca en mi vida lo había hecho y ahora... dos vuelos casi en el mismo día.

El comisario entendió lo que los profesores debían estar pasando.

—Francamente... —comenzó intentando encontrar las palabras adecuadas.

—No es culpa suya —le interrumpió Margaux—. Incluso puede que sea culpa nuestra.

Godwin no entendió a qué se refería.

—Quiero decir que tal vez tengamos algo especial que haga que los secuestradores de Deneux quieran que estemos siempre presentes en cada una de las cosas que hacen —le aclaró con una sonrisa intentando que percibiera el tono distendido de su comentario.

—Sin duda esas personas nos están planteando un desafío mucho mayor en esta ocasión —añadió Milanelli sentándose junto a él.

—¿Por qué dice eso? —preguntó intrigado.

Campbell sonrió al ver cómo el comisario había caído en la trampa que le había tendido el profesor.

—Porque es innegable que lo que está ocurriendo en Londres va mucho más allá del secuestro del hijo de un presidente ¿no le parece?

Godwin no tenía ninguna duda al respecto.

—En ese caso —continuó—, mi interés se centra en descubrir si lo que nos vamos a encontrar ahora es la misma situación que ya hemos vivido esta noche aquí, o si por el contrario, el planteamiento que han preparado esta vez es completamente diferente.

—Habla de ello como si esto fuese...

—¿Un juego? —se adelantó a preguntar Milanelli.

Godwin afirmó convencido.

—Es que es exactamente eso, señor. Para su tranquilidad debo decirle que tanto el comisario Chavrier como Sanoir mostraron la misma sorpresa que usted está mostrando ahora. Incluso me atrevería a decir que durante gran parte de la noche tuvieron dudas acerca de lo que les decíamos hasta que, por supuesto, no tuvieron más remedio que aceptar que teníamos razón.

—Pero lo lógico sería pensar que esto será diferente —dijo Campbell.

—¡Exacto!

Milanelli se alegró de comprobar que los tres mantenían la misma manera de razonar. En su opinión, aquel era un aspecto fundamental para conseguir solucionar el

gran problema que ahora tenían por delante.

—Creo que me he perdido, profesores —reconoció Godwin.

Margaux le miró sonriendo.

—No me extraña, señor. Cualquiera se sentiría perdido estando en su lugar.

—Verá —comenzó Campbell—, tanto el profesor Milanelli como yo pensamos que la situación que están sufriendo ustedes en Londres es completamente diferente a la que hemos vivido nosotros esta noche.

—Contraria, para ser más precisos —dijo interrumpiéndole.

—Eso es, contraria. Porque lo que vivimos en París —continuó— fue el secuestro de una sola persona a la que estuvimos buscando durante toda la noche. Sin embargo, en su caso, lo que tenemos por delante es la desaparición de seis personas y eso hace que, indudablemente, la situación que nos presentan ahora los secuestradores sea totalmente diferente.

—Por no mencionar que realmente son siete las personas que aparecen en la grabación ¿no es así? —dijo Milanelli.

Godwin no pudo responderle, perplejo por la velocidad de razonamiento que estaban mostrando.

—Por tanto, si son siete las personas que aparecen en ese vídeo —añadió tomando su silencio como una afirmación— y seis las desaparecidas, quiere decir que han decidido introducir un elemento de caos en esta historia.

—¿Un elemento de caos? —preguntó sorprendido.

Margaux no pudo evitar una gran sonrisa.

—No le haga caso, señor. Son cosas de matemáticos —dijo en tono burlón—. Lo que el profesor le está queriendo decir con eso del caos es que el problema al que nos enfrentamos ahora no es un planteamiento cerrado como nos ocurrió con Deneux. Con él, sabíamos que había desaparecido el hijo del presidente y que había que encontrarlo. Simplemente.

—Eso es —añadió Campbell—. Pero en esta ocasión no es una sola, sino seis las personas desaparecidas cuando en la grabación que ustedes tienen aparecen siete.

—Pero eso es, simplemente, porque la séptima persona está bajo nuestra vigilancia.

Milanelli se preguntó por un momento si todos los policías del mundo seguirían el mismo razonamiento.

—Créame cuando le digo que no es así, señor. Y le diré una vez más que esa misma fue la respuesta que hace más o menos una hora nos dio el comisario Chavier. Pero no es así. Si en la grabación aparecen siete de sus ministros y han desaparecido seis de ellos, tenga por seguro que es sencillamente porque los secuestradores de Deneux así lo han querido.

—Tengo la sensación de que, en adelante, tendremos que dejar de referirnos a estas personas como los secuestradores de Deneux ¿no les parece? —propuso Margaux.

Godwin se mostró de acuerdo con la profesora. Indudablemente, el hijo del presidente francés era una persona importante, y él era el primero en alegrarse de que todo se hubiese solucionado, pero no le cabía duda por otra parte que lo importante en ese momento, y en lo que debían concentrar toda su atención, era la desaparición de sus seis ministros.

—Entonces ¿me están diciendo que los secuestradores han dejado voluntariamente a uno de ellos?

—Exacto, señor —contestó Campbell.

—Pero eso ¿qué sentido puede tener? —preguntó confuso.

—Es difícil contestar a esa pregunta, desde luego —respondió Milanelli—. En cualquier caso, lo que tendremos que hacer es estudiar individualmente a esas personas para intentar descubrir por qué ellos de entre todos los ministros de su gobierno.

—Y por qué han dejado libre a uno ¿no le parece?

Campbell se alegró al comprobar que Godwin parecía asimilar su manera de razonar mucho más rápido de lo que lo habían hecho la noche anterior el comisario Chavrier y Sanoir.

—Sin duda. Desde luego tiene que existir una razón particular que una a esas siete personas, y de entre todas ellas, tendremos que descubrir qué hace especial al hombre que no han secuestrado.

—Por eso no deben preocuparse —comentó orgulloso el comisario—. Mis hombres están recopilando toda la información disponible de cada uno de los ministros desaparecidos y ustedes mismos tendrán acceso a esa información en cuanto lleguemos a mi oficina.

Campbell volvió a dirigir su mirada por la ventanilla unos instantes recordando el viaje desde Milán hasta París junto a los inspectores Paccaud y Bingleau. En aquella ocasión no había recibido ningún tipo de información acerca de lo que estaba ocurriendo. Tan solo sabía que aquellas dos personas se habían presentado en medio de una de sus conferencias y le habían pedido que les acompañara a París. Lo que había sucedido en adelante prefería no recordarlo.

—Le agradezco la confianza que deposita en nosotros —dijo finalmente—. Estoy seguro que entiende la importancia de que conozcamos hasta el último detalle de cada uno de ellos para tratar de descubrir qué es lo que les ha llevado a esta situación.

—Por supuesto, profesor —respondió Godwin sin dudar.

Campbell tenía la sensación de que no había entendido lo que había querido decirle, de modo que lo intentó de nuevo de una manera más directa.

—Entiendo, por tanto, que no habrá ningún problema con que sean miembros del gobierno ¿verdad?

Godwin mostró su extrañeza ante ese comentario.

—Quiero decir —le aclaró al ver su cara— que supongo que con el puesto que ocupan estas personas puede que exista cierta información comprometida.

El comisario se dio cuenta, en esta ocasión, de a lo que se estaba refiriendo el profesor y, evidentemente, sí existía información confidencial que ellos no podrían conocer.

—Lo que puedo asegurarle, profesor, es que intentaré al máximo proporcionarles toda la información que necesiten para resolver este caso.

Margaux quiso tranquilizarle dado que, en su opinión, tampoco necesitarían recabar excesivos datos sobre ellos.

—Como hemos dicho antes, señor, esta situación es muy diferente a la de Deneux porque ahora son seis las personas que han desaparecido. Pero en cualquier caso, existirá mucha información que no necesitaremos conocer por lo que estoy segura de que no tendremos ningún problema en ese sentido.

Capítulo 7

El ministro de Justicia George Tilden corría aterrado por el largo pasillo en el que se encontraba. Nadie parecía atender a sus gritos de auxilio ni a los continuos golpes que daba en cada una de las ventanas que se iba encontrando.

«¿Cómo puede ser que no haya nadie en un lugar como este?», pensaba abatido.

Con la boca llena de sangre, era precisamente el enorme dolor que sentía y el miedo a la persona que le había hecho aquello los que evitaban que cayera desmayado. Desesperado al observar que ninguna de las personas que veía a través de los cristales atendía a su llamada continuó corriendo tan rápido como podía. Lo que estaba haciendo, sin embargo, era algo estúpido. No podía seguir moviéndose en círculos durante mucho tiempo o aquel hombre le volvería a encontrar.

De repente, el sonido de una de las puertas del piso inferior hizo que recobrara la esperanza de salir de aquel lugar con vida. Tan solo debía llegar hasta la persona que había entrado y pedirle ayuda. O mejor aún, debía encontrar aquella puerta, la única que parecía estar abierta en aquel maldito lugar, y escapar de allí tan rápido como fuese posible.

Al ver que ninguna de las puertas le permitía salir de aquel pasillo se asomó al balcón que lo bordeaba. La distancia con respecto al piso inferior no parecía excesiva y, sin duda, era su única vía de escape si pretendía salir vivo de allí. Sin dudarlo, se descolgó con cuidado rezando para no romperse una pierna en la caída. Con los brazos estirados aguantando todo su peso, observó por última vez la distancia que debía salvar.

—Es el único camino posible —se dijo a sí mismo.

Al soltarse, el golpe secó de su cuerpo al chocar con el suelo retumbó en toda la sala. A pesar de que había soportado con frialdad el dolor de la caída en silencio, aquel ruido fue suficiente para atraer la atención de la persona que acababa de entrar allí.

Tilden notó cómo el sonido de las pisadas se escuchaba cada vez más cercano.

«Estoy salvado».

Todavía en el suelo, observó su sombra cubrir por completo la luz que entraba por una de las ventanas cercanas.

—¿De verdad pensabas que podrías escapar?

Capítulo 8

El Aeropuerto de London City es posiblemente el menos conocido de los cinco que tiene la ciudad. Se encuentra situado en la parte Este, en el distrito de Newham, y lo utilizan de manera casi exclusiva altos ejecutivos provenientes de diferentes partes del mundo por su cercanía con el centro financiero.

—No sabía que existiese un aeropuerto dentro de la ciudad —comentó sorprendido Campbell mientras aterrizaban al ver lo cercanos que estaban los edificios.

—Es normal, profesor —respondió Godwin—. No creo que un avión de la British Airways proveniente de Nueva York aterrizara aquí. Este solo lo utilizan los hombres de negocios para entrar y salir de Londres con mayor rapidez. En nuestro caso, también nos será de gran utilidad ya que, como verán, el edificio New Scotland Yard está relativamente cerca.

En la pista de aterrizaje, un todoterreno de gran tamaño y otros dos coches de color negro esperaban su llegada. Antes de que se encendiesen las luces de color verde en la cabina, el comisario se levantó de su asiento y presionó el botón que permitía abrir la puerta de salida.

—Desde luego eso no podría hacerlo en un avión de la British Airways —comentó Campbell acercándose hasta él.

Cuando el avión se detuvo por completo, los cuatro bajaron las escaleras que les daban acceso a la pista de aterrizaje. Un hombre corpulento, de gesto serio, descendió del todoterreno y caminó unos metros hasta su encuentro.

—Profesores —dijo Godwin—, este es el Michael Bailey, jefe de la Agencia Europea de Inteligencia. Nuestra CIA, profesor Milanelli.

Bailey saludó uno por uno a los profesores y les invitó a subir al todoterreno. Sin desperdiciar ni un instante, el vehículo se puso en marcha en cuanto los cinco se encontraron en su interior. Si por fuera su aspecto era sorprendente, por dentro aquel vehículo era un prodigio de tecnología. Una oficina rodante que sorprendió de manera especial a Campbell.

—Bien, profesores —comenzó Godwin—, si el tráfico de Londres no nos traiciona en poco más de diez minutos llegaremos al edificio New Scotland Yard donde, como ya les dije antes, les daremos toda la información que necesiten de cada uno de los ministros desaparecidos.

—¿Han encontrado algo en las casas de esas personas? —preguntó Milanelli.

Bailey no pudo disimular su sorpresa por el conocimiento que aquel hombre mostraba acerca de los pasos que la policía había tomado para intentar descubrir su paradero.

—Me temo que todavía no —contestó seguro de que habría sido el comisario quien les habría dado esa información.

—En ese caso —añadió—, lo primero que deberíamos hacer cuando lleguemos

será establecer de manera muy clara las posibles relaciones entre estas siete personas.

—Seis, profesor —se adelantó a corregirle Bailey.

Godwin notó cómo la manera de razonar que tenían los profesores y la de ellos dos eran completamente diferentes. Para ellos, el ministro que permanecía bajo su vigilancia era una persona que debía estar al margen de la investigación. Los profesores, sin embargo, pensaban todo lo contrario.

—En su opinión —dijo intentando explicarle la razón por la cual el profesor Milanelli incluía al séptimo ministro— todos los que vimos en ese vídeo deben ser investigados.

—Pero Hudson está a salvo.

—Sí, señor, así es —le aclaró Campbell—. Pero si quieren entender la manera de actuar de las personas que han secuestrado a seis de sus ministros, considerando que son las mismas que secuestraron a Deneux, es necesario que replanteen la manera en la que creo que están enfocando lo que está ocurriendo en estos momentos. Si uno de esos ministros aparecía en la grabación que ustedes recibieron, y sin embargo no ha desaparecido, es sencillamente porque ellos así han querido que ocurriera.

Bailey vio que su compañero se mostraba de acuerdo con ese planteamiento.

—Está bien, está bien —aceptó—. De modo que nuestro problema no es que tengamos a seis ministros desaparecidos sino a siete ¿no es así?

—Eso es, señor —respondió Milanelli—. Entiendo perfectamente que su principal preocupación sea recuperar con vida a esas seis personas, pero para hacerlo debe considerar que los secuestradores han elegido a siete diferentes.

—¿Y cómo proponen que les encontremos?

Margaux tenía muy claro que aquella era una pregunta que ninguno de ellos podía contestar en ese momento. Aún cuando después de mucho esfuerzo hubiesen conseguido encontrar a Deneux con vida.

—¿Quién recibió la grabación de la que nos hablan? —preguntó intentando recabar información para así poder responder a la pregunta planteada por Bailey.

—Yo, profesora —contestó rápidamente Godwin—. Esta mañana cuando llegué a mi despacho tenía encima de mi mesa un DVD que contenía esa grabación.

—Y lo que había en ella, según tengo entendido, eran tan solo fotografías de esas siete personas ¿verdad?

—Así es.

Margaux permaneció unos instantes pensativa.

—¿Se le ocurre algo? —preguntó Bailey.

—En verdad sí, señor. Creo que los profesores estarán de acuerdo conmigo en que, de entrada, existen dos aspectos que diferencian claramente este caso del secuestro de Deneux.

—¿Aparte de que sean seis personas en vez de una? —preguntó Godwin.

—Siete —le corrigió Milanelli.

El comisario movió varias veces la cabeza mostrando su aprobación.

—Sí, señor. Efectivamente, que el número de personas desaparecidas es mayor en este caso es una obviedad. Pero en mi opinión hay otras dos cosas que, según lo que usted nos está diciendo, diferencian claramente este caso.

Margaux miró durante unos segundos a Campbell para comprobar si él sabía a lo que se estaba refiriendo. Si iba a plantearles a aquellos dos hombres algo que marcaría la manera de enfocar la investigación quería estar segura de que, por lo menos él, opinaba lo mismo.

—No se les ve —dijo el profesor tras unos instantes con el mismo tono de voz de quien acaba de descubrir algo importante.

—¡Exacto! —exclamó Margaux aliviada.

—¿Cómo dicen? —preguntó Bailey.

—Son solo fotografías... —murmuró Milanelli entendiendo también la idea de los profesores.

Margaux sentía que si los tres estaban de acuerdo todo sería mucho más sencillo.

—Verán, en el caso de Deneux —comenzó intentando explicarles su idea— la policía francesa recibió una grabación en la que se le podía ver amordazado y con los ojos vendados.

—Sí, eso ya lo sabemos —replicó Bailey.

—Bien —prosiguió sin darle importancia a la interrupción—. Pues eso es lo que hace diferente a ambas grabaciones. Allí la policía podía tener la completa seguridad de que los secuestradores tenían a Deneux porque le estaban viendo en un vídeo, pero lo que ustedes tienen de esos siete ministros es tan solo una sucesión de fotografías.

—¿Insinúa que no han sido secuestrados? —preguntó Godwin sorprendido.

—No... no, no, no, en absoluto. Creo que la profesora no les está diciendo eso —se adelantó a responder Campbell—. Lo que creo que ella está queriendo decirles es que el hecho de que en su grabación no se vean imágenes de estas personas sino simplemente fotografías puede tener un significado que tal vez hayan pasado por alto.

—¿Qué significado, profesor? —preguntó Bailey.

—Verá, señor, de camino aquí, en el avión, le planteamos al comisario Godwin la necesidad de establecer claramente las diferencias que este caso tiene con respecto al secuestro de Deneux.

—¡Pero los secuestradores son los mismos! —exclamó algo enojado.

—Sí, señor, lo sé. Y es justo por eso por lo que debemos plantear esta situación desde un punto de vista diferente.

—Campbell tiene razón —dijo Milanelli en su apoyo—. A lo largo de toda la noche de ayer hemos ido de un lado para otro de París haciendo justo lo que ellos querían que hiciésemos y, a pesar de lo que en algún momento pudimos pensar, en cada una de esas situaciones encontramos cosas completamente singulares. En ningún momento repitieron nada que ya hubiesen hecho previamente.

—¿Y qué quiere decir con eso, profesor?

—Sencillamente que no deben pensar que lo que aquí está ocurriendo es una

segunda parte del secuestro de Deneux ni que se va a resolver de una manera similar porque no será así. Si algo hemos podido aprender esta noche es que siempre tienen perfectamente planeada cada una de las cosas que hacen y que nunca repiten dos veces lo mismo.

—Entonces ¿qué proponen que hagamos? —preguntó Godwin.

—Nada en especial, comisario —contestó Margaux—. Lo único que nosotros estamos intentado hacerles ver es que si en su grabación no aparecen imágenes de los ministros es posiblemente porque no han podido grabarlas.

Ambos se quedaron en silencio observándola.

—Y la razón más sencilla —dijo al ver su respuesta— es pensar que no han podido hacerlo porque no se encuentran secuestrados en el mismo lugar.

Capítulo 9

El edificio New Scotland Yard se encuentra situado en el barrio de Westminster en el número 10 de Broadway. Se trata de una imponente mole de cristal con un estilo tan sobrio y homogéneo que lo único por lo que puede llamar la atención es por sus enormes dimensiones.

En su interior, los tres profesores siguieron en silencio al comisario Godwin observando atónitos todo lo que les rodeaba. Desde que dejaran el vehículo que les había llevado hasta allí desde el Aeropuerto de London City, Milanelli llevaba contados cuatro controles de seguridad diferentes que se habían saltado sin ninguna contemplación.

«Ventajas de ir con el jefe».

El silencio que les acompañaba denotaba, además, la situación de tensión que existía dentro de aquel edificio. De entre todos los casos de gran importancia que allí se trataban a diario, la desaparición de seis ministros del gobierno era, sin duda, el más importante de todos. Al llegar al sexto piso, todos caminaron en fila desde la puerta del ascensor hasta llegar al despacho de Godwin.

—Por favor, pónganse cómodos, profesores —dijo cerrando la puerta.

Margaux echó un rápido vistazo a aquella enorme habitación en la que se encontraban intentando calcular cuántas de las cajas llenas de libros que se apilaban en su despacho podrían caber en aquel lugar.

—Si les parece —comenzó Bailey atrayendo su atención—, creo que lo más indicado es que comencemos por mostrarles la grabación que hemos recibido y, a continuación, estudiaremos una por una a cada una de esas siete personas a ver si entre todos conseguimos entender por qué demonios han sido secuestradas.

Campbell se sentó junto a los otros dos profesores en la mesa de reuniones que les señaló el comisario. Prácticamente al mismo tiempo que este comenzó a hablar, la luz del despacho se atenuó ligeramente al tiempo que sobre la pared que tenían a su derecha comenzaron a aparecer proyectadas las imágenes de aquellas personas.

—En sí mismo —dijo Godwin— esta grabación dura apenas un minuto. Y debo reconocer que saber lo que la pasada noche ocurrió en París nos ayudó bastante a la hora de interpretarla correctamente.

Tal como decía el comisario, durante algo menos de un minuto aparecieron sucesivamente las imágenes de siete personas tomadas en diferentes momentos. No se trataba de las típicas imágenes oficiales que cada uno de ellos tendría sin duda, sino capturas de su vida cotidiana en las que su identidad era fácilmente reconocible.

Ninguno de los profesores fue capaz de decir una palabra. En la mente de todos ellos estaba el reto al que en ese momento se estaban enfrentando. Todos sentían que si descubrir el paradero de Deneux había resultado una misión colosal que les había llevado al límite, aquella nueva situación se presentaba como un desafío prácticamente imposible de afrontar.

—Esto es todo lo que tenemos —dijo con tono seco el comisario al finalizar la grabación.

Campbell se preguntó, por un momento, si lo que acababan de ver podría servirles realmente de alguna ayuda más allá que para conocer el nombre y el aspecto de esas personas.

—¿Cuál de todos ellos es el que no ha desaparecido? —preguntó intentando salir del paso ante el silencio que se había apoderado de la sala.

—Benjamin Hudson —contestó Godwin rápidamente a la vez que volvía a poner la grabación y la detenía posteriormente en su fotografía—. Ministro de Trabajo y uno de los miembros más antiguos del partido. Ya había formado parte del gobierno a finales del pasado siglo en el mismo ministerio.

—¿Edad? —preguntó Milanelli.

—Cincuenta y cuatro años, profesor.

Margaux se quedó mirando unos instantes la fotografía que veía proyectada en la pared. En ella, aparecía un hombre sonriente que saludaba a la persona que le estaba abriendo la puerta de su vehículo.

—¿Hay algo que le diferencie del resto de ministros que sí han desaparecido?

—Nada en concreto, profesora —contestó Bailey decidido—. La vida de los ministros es sobradamente conocida por todos los británicos ya que nuestro gobierno tiene una estricta política de transparencia.

Milanelli le miró extrañado.

—¿A qué se refiere con eso, exactamente?

—Bueno verá, tras varios escándalos que tuvieron lugar hace unos años el gobierno actual aprobó una serie de medidas que permitiesen a los ciudadanos tener información acerca de los ministros que lo componen.

—¿Qué tipo de información? —preguntó Campbell con curiosidad.

—De todo tipo, profesor. Cualquier ciudadano puede acceder a la página web del gobierno y ver la actividad detallada que cada uno de ellos tiene cada día. Y también, a modo de resumen, pueden saber cuáles son las diferentes competencias de cada ministerio en particular.

La contestación de Godwin no le dejaba del todo satisfecho.

—¿Y también existe información personal?

El comisario dudó unos instantes.

—Bueno, solo la esencial. Normalmente se detallan aspectos personales como la fecha de nacimiento o su estado civil, nada más.

—No es posible, por tanto, conocer dónde viven ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Bailey asombrado—. ¡Esa es una información absolutamente reservada, profesor!

—Pero según están diciendo... —añadió Milanelli compartiendo las dudas del profesor.

—No se confundan, profesores —le interrumpió Godwin—. Una cosa es que el

gobierno ponga en conocimiento de los ciudadanos información acerca de la actividad de sus ministros, y otra completamente diferente que ponga en peligro su seguridad publicando información que debe ser confidencial.

—Entonces —dijo Margaux intentando encauzar de nuevo la conversación hacia lo que era realmente interesante— no hay nada en particular en este hombre que permita entender cuál ha podido ser la razón que explique por qué ha sido el único de los siete que no ha desaparecido ¿no es así?

—Eso es, profesora —contestó Godwin.

—¿Y ahora se encuentra bajo vigilancia?

—Así es. En estos momentos permanece aislado en su domicilio con una pareja de policías acompañándole en todo momento y un fuerte dispositivo de seguridad vigilando su calle y los alrededores.

—Debemos suponer, por tanto, que está seguro allí —deslizó Campbell.

Bailey contuvo con mucho esfuerzo la rabia que le produjo aquel comentario.

—Absolutamente seguro, profesor. Por eso les dije en el aeropuerto que son los seis ministros desaparecidos quienes deben preocuparnos.

Milanelli escuchó la firmeza de aquellas palabras preguntándose si después de lo que ellos tres habían vivido en París algo así se podía afirmar con tanta seguridad.

—En ese caso —dijo intentando ignorar su propio pensamiento—, como usted dice, lo que debe centrar nuestra atención en estos momentos son las otras seis personas desaparecidas.

—Cierto, profesor —contestó Bailey.

—Me gustaría, si es así, que nos dijeran lo que saben de cada una de ellas a ver si somos capaces de descubrir algo que nos ayude.

Godwin hizo que la grabación comenzase de nuevo y la detuvo en el momento en el que pareció en pantalla la primera persona.

—Andrew Dean, ministro de Hacienda. Al igual que ocurría con el señor Hudson, Dean es uno de los ministros que ya formó parte del gobierno anteriormente. Susan Johnson —dijo pasando a la siguiente fotografía—, ministra de Educación, a diferencia de los otros dos es la primera vez que forma parte de un gobierno.

—Y es la única mujer —dijo Margaux.

El comisario se giró hacia ella.

—¿Perdón?

—Es la única mujer si no me equivoco ¿verdad? De los siete ministros, ella...

—Sí, sí, perdone... —contestó disculpándose—. Efectivamente, Susan Johnson es la única mujer entre los siete ministros que aparecen en esta grabación.

—¿Acaso eso le resulta importante? —preguntó rápidamente Bailey.

Margaux dudó. Lo que acababa de preguntar le había salido casi de manera inconsciente por lo que ahora tenía que justificar, en cierto modo, su pregunta.

—No necesariamente, señor. Pero no puedo evitar que me llame la atención la diferencia de sexos que existe entre las personas desaparecidas.

—¿Cuántos ministros tiene su gobierno? —preguntó Campbell intentando salir en su ayuda.

—Veinte más o menos, profesor.

Su cara ante aquella respuesta hizo comprender a Godwin que no había sido suficientemente preciso.

—Tenga en cuenta —añadió intentando explicarse— que hay que contar con los secretarios de Estado para Escocia, Irlanda del Norte y Gales, además de los líderes de la Cámara de los Comunes y de la Cámara de los Loes.

Milanelli se mostró sorprendido por la complejidad del gobierno británico.

—Y a eso habría que añadir al Viceprimer Ministro y al secretario parlamentario del Tesoro —añadió Bailey.

—Entonces... —balbuceó Campbell confundido.

—Profesor —dijo Godwin—, si su pregunta no es cuántos ministros sino más bien cuántas personas conforman el gobierno, la respuesta sería veintisiete en total.

Margaux por fin sintió que estaba más cerca de donde quería llegar con su pregunta anterior.

—Y de esas veintisiete personas ¿cuántos son hombres y cuántas mujeres?

Bailey y el comisario se miraron el uno al otro algo sorprendidos por la pregunta.

—Si no estoy confundido son doce mujeres y quince hombres —contestó Godwin con clara inseguridad.

—Lo que quiere decir que existe una aparente igualdad entre ambos sexos en el gobierno —dijo ella—. La cifra exacta tampoco me parece importante pero lo que quiero hacerles ver es que el hecho de que entre las personas secuestradas únicamente haya una mujer puede tener un significado que debemos tener en cuenta.

—¿En qué sentido, exactamente?

—Comisario —respondió Milanelli de inmediato—, si usted pretende atentar contra el gobierno británico secuestrando a siete de sus miembros lo normal sería que, si más o menos existe un número similar de hombres y de mujeres, también existiese entre los secuestrados ¿no le parece?

Godwin afirmó con la cabeza sin dudar.

—Por tanto —añadió Margaux—, creo que este puede ser un punto de partida válido para nosotros y una demostración más de lo que ya les hemos dicho en varias ocasiones. Si los secuestradores han elegido a esas siete personas es por alguna razón en concreto que debemos descubrir.

—Y eso explicaría por qué solo hay una mujer entre ellos ¿verdad? —preguntó señalando la imagen proyectada en la pared.

—Así es, comisario.

Bailey resopló a la vez que se pasaba la mano derecha por el rostro.

—Créame, profesora, que estoy completamente de acuerdo con su planteamiento, pero hasta el momento no hemos conseguido encontrar nada que les relacione.

—¿Y algo que les diferencie? —preguntó rápidamente Milanelli.

Godwin se giró hacia él.

—¿Cómo dice, profesor?

Campbell se dio cuenta en ese momento de que tal vez Milanelli había dado con la clave para descubrir la razón de su secuestro.

—Creo que tiene razón —dijo con una gran cara de sorpresa—. Creo que el profesor Milanelli tiene razón. Puede que no deban buscar algo que les una sino algo que les diferencie del resto.

—¿Algo como qué? —preguntó Bailey.

—No lo sé, señor. Yo no puedo contestar a esa pregunta. Pero sí estoy seguro de que los secuestradores les han elegido por algo en particular, y si no han sido capaces de encontrar nada que una a esas siete personas, quizá debamos empezar a plantearnos que lo que debemos buscar es algo que les diferencie del resto de miembros de su gobierno.

Capítulo 10

Al abrir los ojos por primera vez, Tillden sintió el mayor dolor que jamás había experimentado en su vida. Cuando minutos antes había comprobado que aquel hombre que había escuchado entrar en el edificio era la misma persona que le había capturado horas antes, no había podido soportar la angustia que le había producido ver de nuevo su rostro y se había desmayado.

—Me alegro de que esté despierto —le dijo aquel hombre—. Sin duda será mucho más entretenido si siente lo que le estoy haciendo.

Sin apenas poder razonar las palabras que estaba escuchando, Tillden giró levemente la cabeza y escupió toda la sangre que tenía acumulada en la boca.

—Así, muy bien. No me gustaría ver que muere ahogado.

Tras reponerse mínimamente, intentó moverse. Era inútil. Sus brazos y sus piernas estaban fuertemente atados. Con los ojos semiabiertos miró a su alrededor. No había duda de que seguía en aquel mismo edificio. Haciendo uso de las últimas fuerzas que le quedaban incorporó levemente la cabeza y observó aterrado lo que aquel hombre estaba haciendo en su cuerpo. El origen de tanto dolor. Al ver su curiosidad, este le sonrió.

—¿Le gusta?

A continuación, cogió de nuevo el gran cuchillo que tenía a su lado y con la mano izquierda presionó sobre una de las piernas de Tillden.

—Así será más divertido —le dijo.

Sin mostrar signo alguno de remordimiento rajó toda la parte superior de su pierna derecha. El grito de dolor que lanzó se escuchó durante varios segundos.

—¿Ve por qué quiero que esté despierto?

Capítulo 11

—Entonces —dijo Milanelli con clara intención—, ya conocemos la identidad del ministro que sale en este vídeo y que no ha desaparecido y la de dos de los que sí lo han hecho.

—Así es, profesor —respondió Godwin reiniciando la grabación—. Las otras cuatro personas que también han sido secuestradas son Oliver Hudson, ministro de Sanidad, Jack Brown, Interior, George Tilden, Justicia y Steven Austen, ministro de Defensa.

Campbell mostró su sorpresa.

—Tres de ellos están muy relacionados entre sí.

—En efecto —dijo Bailey—. Y no le negaré que esa fue una de las cosas que antes tuvimos en cuenta. Sin duda, que en un caso de secuestro se vean implicados los ministros de Interior, Justicia y Defensa no debe ser algo casual.

—Por supuesto que no —añadió rápidamente Milanelli—. Nada de lo que hacen estas personas es al azar. Todo está perfectamente planeado, tal como pudimos comprobar en el caso del secuestro de Deneux.

—¿Cree usted lo mismo, profesora? —le preguntó Godwin.

—Totalmente, señor. Como le dijimos hace un momento cuando planteamos la diferencia de sexos que existe entre los desaparecidos, si los secuestradores han elegido a estas siete personas es por algo en particular.

—En ese caso, creo que ustedes están aquí para responder a esa pregunta —opinó Bailey.

Campbell sintió, por un momento, que se estaba repitiendo la misma situación de París. De nuevo, ellos debían ser los que encontrarán las respuestas a todos los problemas que iban surgiendo.

—Agradezco su confianza —dijo en tono educado intentando contradecir aquella afirmación— pero no creo que el futuro de sus ministros deba depender exclusivamente de lo que nosotros hagamos aquí hoy.

Godwin se mostró confundido.

—Siento no estar de acuerdo con usted, profesor. Eso es exactamente por lo que están aquí ahora mismo.

—Sí, señor —respondió consciente de que no había entendido sus palabras—. Y estoy completamente seguro de que ha sido el desenlace afortunado del secuestro de Deneux el que ha hecho que estemos aquí. Pero debe tener en cuenta que en aquella ocasión nuestro nombre figuraba en una lista que había recibido la policía francesa y, si no me equivoco, eso no ha ocurrido en esta vez.

—Efectivamente, no ha ocurrido —reconoció el comisario—. Sin embargo, no puede negar el enorme paralelismo que existe entre el secuestro de Deneux y el de nuestros ministros.

Campbell no encontró respuesta a aquella afirmación.

—Lo que creo que el profesor quiere decir —comenzó Margaux apoyándole— es que nosotros les ayudaremos cuanto podamos, al igual que hicimos con el comisario Chavrier y con Sanoir la pasada noche. Pero no pueden depositar únicamente sus esperanzas de encontrar a estas personas con vida en lo que nosotros podamos hacer aquí.

—Créame que no es así —dijo Bailey—. Ahora mismo toda la policía y la Agencia Europea de Inteligencia están trabajando en este caso.

Margaux inclinó la cabeza agradeciendo la comprensión que revelaban aquellas palabras.

—Sencillamente —continuó—, ambos esperamos que puedan ayudarnos tanto como lo hicieron en París.

—Y lo haremos sin lugar a dudas —afirmó con rotundidad Milanelli intentando zanjar aquella conversación improductiva—. Y para ello, lo más importante ahora que ya conocemos las identidades de esas personas, es descubrir por dónde debemos empezar a buscarles.

—Estoy de acuerdo —respondió el comisario con énfasis.

—El problema es —dijo Milanelli mostrando claramente que no le había dejado terminar— que el primer obstáculo al que nos enfrentamos es el hecho de que, precisamente, no tenemos ninguna idea de por dónde empezar.

Godwin no podía negar que aquello era totalmente cierto.

—¿Cómo hicieron en París? —preguntó buscando alguna idea que pudiera servirles.

—La pasada noche —respondió Campbell— fue relativamente sencillo saber que los secuestradores de Deneux querían que nos dirigiéramos en primer lugar a la catedral de Notre Dame puesto que la profesora había recibido en su despacho una carta con las indicaciones necesarias.

—Aquel número romano y la letra *ene*, ¿verdad? —preguntó Bailey.

—Así es, señor —respondió ella—. Pero, como ya le dijimos antes, no deben considerar que este caso se va a desarrollar de la misma manera en que lo hizo el secuestro de Deneux.

—¿Quiere decir que no tendremos manera de saber dónde se encuentran los ministros?

—Efectivamente —respondió Milanelli—. Y como ya dijimos también con anterioridad, lo más seguro es que no exista un único lugar sino que lo más probable es que se encuentren separados en dos grupos, por lo menos, o que incluso cada uno de ellos esté ahora mismo en un lugar diferente de Londres.

En ese momento, el ruido de una persona llamando a la puerta hizo que el profesor detuviese su respuesta.

—Disculpe la interrupción, señor —dijo el hombre que entró en el despacho—, pero creo que ha ocurrido algo que debe saber.

A Margaux se le detuvo súbitamente el corazón. ¿Otra vez los secuestradores les

indicaban dónde buscar como les había ocurrido en París?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Godwin con gesto contrariado.

Aquel hombre miró a los profesores y de nuevo dirigió su mirada al comisario.

—No se preocupe —afirmó entendiendo su reticencia—. Puede decir lo que sea delante de ellos.

Sabiendo la importancia de lo que estaba a punto de comunicarles, se detuvo un instante y respiró profundamente antes de continuar.

—Ha aparecido el ministro Tilden, señor.

Campbell no pudo evitar un mal presentimiento al escuchar las palabras que había elegido aquella persona para anunciar que ya habían encontrado al primero de los ministros desaparecidos.

—¿Y bien? —preguntó el comisario con nerviosismo.

—Me temo que lo han encontrado muerto, señor.

Godwin se quedó helado al escuchar aquellas palabras.

—Pero el problema no es ese —añadió—. Nuestro problema es cómo ha aparecido muerto.

Capítulo 12

Margaux no podía creer lo que acababa de escuchar relatar a aquel hombre. De nuevo la misma brutalidad que habían visto en París.

—Creo que esto es algo que no esperábamos, comisario —dijo Milanelli al observar el estado de *shock* en el que tanto él como Bailey habían quedado—. Pero tenga en cuenta lo que hicieron la pasada noche con las tres personas que tenían números grabados en sus manos.

—Entiendo lo que nos quiere decir, profesor —expresó tras unos instantes Godwin levantándose de la mesa—, pero que los ministros puedan aparecer muertos no es una posibilidad que hubiésemos contemplado hasta ahora.

Campbell apreció el momento tan delicado que estaban viviendo. Para ellos tres aquella noticia no resultaba especialmente llamativa visto lo que habían vivido en París. Sin embargo, parecía claro que ni Godwin ni Bailey habían pensado en ningún momento que alguno de los ministros pudiese ser asesinado.

—Tal como le ha dicho Milanelli, la violencia de los secuestradores es algo que ya vivimos en París y, por desgracia, es algo que creo que vamos a tener que ver aquí hoy. Además, el hecho de que su ministro haya aparecido asesinado confirma, en mi opinión, que efectivamente se trata de las mismas personas que secuestraron a Deneux.

—Si eso es cierto —dijo el comisario saliendo de su despacho en dirección a los ascensores—, creo que debemos replantearnos la manera en la que enfocamos este caso. Parece ser que está lejos de poder resolverse de la misma manera que lo hizo el secuestro de Deneux lo que indudablemente nos obliga a estar preparados por si algo similar le sucede al resto de ministros.

—Siento enormemente lo que ha ocurrido, comisario —comenzó Margaux—. Pero efectivamente yo también estoy de acuerdo en que debemos ponernos en la peor situación posible. Pensar en recuperar a todos con vida se me antoja una situación excesivamente optimista que no iría acorde con lo que nosotros vimos en París.

Durante los pocos segundos que el ascensor en el que estaban tardó en llegar al sótano, los cinco permanecieron en silencio.

—Entenderá, profesora —respondió finalmente Godwin dirigiéndose rápidamente hacia el coche—, que ahora más que nunca necesitamos encontrarles lo antes posible.

—Si me permiten decirlo —expresó Milanelli planteándoles una duda que rondaba su cabeza desde que había escuchado aquella noticia— tengo la sensación de que aquí hay algo que no acaba de encajar.

—¿El qué, profesor? —preguntó el comisario arrancando el vehículo.

—La muerte que nos ha relatado su compañero. Las formas. No le encuentro sentido.

—No creo que matar a un hombre a cuchilladas hasta que muere desangrado pueda tener en ningún caso algún sentido —respondió molesto.

—Sí, sí... por supuesto. En eso estamos totalmente de acuerdo. Lo que quiero decir es que nosotros encontramos en París los cadáveres de varias personas a las que les habían hecho también cosas horribles. Sin embargo, en todos ellos había, por decirlo de algún modo, una razón para ello.

—¿Qué razón puede existir en algo así? —preguntó Bailey.

—Quizá la palabra razón no sea la más indicada, lo reconozco. Lo que quiero decir es que en el hombre que encontramos en el altar de la catedral de Notre Dame había una espiral dibujada en su pecho y ese fue el primer paso que nos acabó llevando al Louvre. Y, después, en las tres personas siguientes encontramos números escritos en sus manos que nos ayudaron a encontrar a Deneux.

—¿Y piensa que encontraremos algo similar en esta ocasión?

—No lo sé, señor —contestó exponiendo sus dudas—. Pero ya ha escuchado las palabras de su compañero. No parece haber nada más allí aparte de la manera horrible en la que le han asesinado.

Godwin mostró su confusión.

—Creo que le estoy entendiendo, profesor. Aunque no sé a dónde quiere ir a parar.

—Sencillamente —respondió Campbell— creo que Milanelli nos está diciendo algo que sin duda desmarcaría a esta muerte de todas las que hemos visto en París la pasada noche. Si efectivamente no hay nada en el cuerpo de esa persona que nos oriente de algún modo, creo que es porque este caso y el de Deneux, como ya les hemos dicho en varias ocasiones, son completamente diferentes.

Al girar en Knightsbridge Road, Godwin encendió la sirena y aceleró a fondo.

—Eso a su vez nos obligaría, más que nunca, a tratar de descubrir cómo encontrar al resto de ministros antes de que algo similar vuelva a suceder —dijo el comisario.

—Sí, es cierto —añadió Campbell—. Aunque lo que más temo realmente es que en este caso ocurra algo que ya vimos ayer.

—¿El qué, profesor? —preguntó Bailey.

—Verán, todo lo que vivimos en París, todos los lugares que visitamos y las señales que los secuestradores nos dejaron, fueron cada vez más y más complicadas. Desde la carta que recibió la profesora hasta lo complejo que resultó descubrir que la basílica del Sagrado Corazón era el último lugar al que debíamos dirigirnos, o que el señor Deneux estaba escondido en las catacumbas.

—¿Y cree que esa complejidad también se da aquí?

—Más bien lo que temo, para serle sincero, es que esa complejidad se haya trasladado a aquí. Quiero decir que, desde mi punto de vista, lo que ha ocurrido con sus ministros es un paso más en lo que los secuestradores están haciendo. Ya no se trata de una sola persona desaparecida sino de seis, lo que indudablemente complica nuestro trabajo infinitamente.

Godwin detuvo el vehículo en seco en un semáforo y se volvió hacia el asiento trasero donde estaban los profesores.

—Pues en verdad espero que estén tan inspirados hoy como lo estuvieron en París, profesores, porque allí es donde empieza su trabajo —dijo señalando a través de la ventanilla al edificio Royal Albert Hall que se adivinaba al fondo de la calle.

Capítulo 13

Tras bajarse del coche, los tres profesores siguieron a Godwin y a Bailey en silencio hasta la entrada. Que aquella situación era completamente diferente a lo que habían vivido en París estaba fuera de toda duda y, aún así, continuamente aparecían nuevas evidencias que reforzaban aquella idea. Unos metros antes de llegar a la entrada Margaux se detuvo y observó durante unos segundos la cantidad de gente que rondaba aquel edificio.

—No debemos entretenernos, profesora —dijo Godwin al ver que se quedaba atrás.

Margaux estaba tan concentrada en la idea que tenía en su cabeza que no hizo caso de aquel comentario.

—¿Profesora? —repitió en un tono algo más enérgico.

—Sí, sí... perdone, comisario —contestó sin desviar su mirada de la gente.

Godwin y Campbell se acercaron hasta ella.

—¿Ocurre algo? —le preguntó el profesor.

Margaux se giró al escuchar su voz.

—¿No te llama la atención nada de lo que ves aquí?

Campbell echó un vistazo a su alrededor sabiendo perfectamente a lo que se refería puesto que él había pensado lo mismo al llegar a aquel lugar.

—¿Acaso ocurre algo malo? —preguntó Godwin intrigado.

—Es esto, señor —respondió ella mientras señalaba con su mano el alboroto de personas que había en los alrededores.

—Me temo que yo no veo nada especial —dijo confundido el comisario.

Margaux se volvió hacia él. Sabía que sin haber estado en París no podría entender a qué se estaba refiriendo.

—Lo que me llama la atención, señor, es la cantidad de gente que hay aquí.

—Profesora —respondió interrumpiéndola—, esto es Londres, y estamos al lado de Hyde Park. Harrods está a un par de calles de aquí. En mi opinión, esto es perfectamente normal.

—Lo sé, señor. Lo que quiero decir es que me sorprende enormemente la diferencia que existe entre esta situación y la que vimos en París.

—Allí —añadió Campbell intentando dejar claro que ambos pensaban igual— todos los lugares a los que acudimos, desde la catedral de Notre Dame hasta la basílica del Sagrado Corazón, estaban completamente vacíos.

—También era de madrugada, profesor —replicó Bailey acercándose hasta ellos acompañado de Milanelli.

—Sí, por supuesto que sí. Pero el hecho de que en París todo se desarrollara de noche, y que todos los lugares que visitábamos se encontraran completamente tranquilos, marcan nuevamente una clara diferencia entre esta situación y el secuestro de Deneux.

—¿En qué sentido? —preguntó tenso el comisario.

—En el sentido —dijo Milanelli— de que los secuestradores están complicando las cosas que hacen y arriesgando cada vez más. Llevar un cadáver al Panteón en plena noche puede que sea arriesgado pero desde luego no tanto como traerlo aquí de día y con la cantidad de gente que hay alrededor.

Godwin observó el bullicio de personas que les rodeaban.

—Pues para poder resolver ese misterio —dijo caminando de nuevo hacia la entrada— lo que tendremos que hacer es averiguar cuándo lo han traído y qué es exactamente lo que han hecho con él.

A su llegada, la entrada del Royal Albert Hall estaba tomada por coches de policía. Al contrario de lo que podría imaginarse, aquel hecho no parecía preocupar en absoluto a las personas que merodeaban por la zona. Ni siquiera a los turistas que estaban fotografiando el edificio. En su interior, una intensa luz proveniente del escenario dejaba claro dónde se encontraba el cuerpo que estaban buscando. Según se acercaban, Margaux comenzó a caminar más y más despacio.

«Otra vez no».

Campbell la cogió delicadamente de la mano apreciando su miedo.

—No es nada nuevo para nosotros ¿verdad? —le susurró.

En el escenario, cuatro focos de gran potencia iluminaban el cuerpo desnudo de un hombre sobre el que trabajaban varios policías forenses que interrumpieron por un momento lo que estaban haciendo al ver llegar a Godwin. Bailey se acercó hasta la cabeza para ver de cerca su rostro. A pesar de la cantidad de sangre que lo cubría no había duda de su identidad.

—Es Tillden —dijo mirando al comisario.

Milanelli se colocó entre ambos y comenzó a observarlo detenidamente sin poder evitar dirigir su mirada a sus manos en primer lugar mientras Campbell y Margaux se mantuvieron prudencialmente a unos metros de distancia.

—No hay nada escrito —murmuró.

Sin perder detalle, observó a continuación uno a uno cada corte que tenía hecho en su cuerpo.

—¿Ve algo que le llame la atención? —preguntó Bailey.

—Nada de momento —respondió a regañadientes.

Godwin dirigió su mirada a los profesores.

—Sé que no es algo agradable, pero tal vez puedan...

Campbell y Margaux se acercaron al cuerpo. No hacía falta que el comisario terminase de hablar ya que sabían perfectamente qué quería de ellos.

—No cabe duda de que el modo en que han elegido asesinar a este hombre es completamente diferente a lo que encontramos en París —opinó Campbell.

—Y no solo eso sino que mucho me temo que en esta ocasión vamos a necesitar agudizar nuestro ingenio porque no hay nada aquí que nos indique qué debemos hacer ahora —dijo Milanelli dando por concluida su búsqueda de algo que los

secuestradores hubiesen dejado en el cuerpo de aquel hombre.

—¡Pero eso no puede ser! —exclamó Godwin enojado—. ¡Tienen que saber cómo encontrar al resto de ministros!

—Sí, señor —afirmó Campbell entendiendo su frustración—. El problema es que en París cada vez que encontrábamos un cuerpo, encontrábamos también unos números que nos indicaban dónde estaba Deneux. Incluso las páginas de *Ética Nicomáquea* y *Timeo* que encontramos dentro de sus bocas. Pero en esta ocasión no hay nada.

—¿Entonces? —preguntó Bailey.

—Simplemente ocurre lo que ya les hemos dicho —respondió Milanelli intentando imponer un poco de lógica en lo que estaban viviendo—. Los secuestradores han complicado aún más lo que están haciendo y me temo que ahora no va a ser tan fácil descubrir dónde se encuentran secuestrados.

Godwin respiró profundamente para intentar calmarse. No olvidaba las palabras de Chavrier diciéndole que debía hacer exactamente lo que ellos dijeran.

—Lo que dice el profesor —añadió Margaux— está en la misma línea de lo que yo les dije hace un momento antes de que entráramos aquí. Los secuestradores han dado un paso adelante en lo que están haciendo y no solo han traído este cuerpo hasta un edificio tan conocido como es el Royal Albert Hall a la luz del día, sino que no nos han dejado ninguna información en él que nos sirva de ayuda.

—Quizá no haya nada que encontrar —opinó Bailey.

Los tres profesores se quedaron mirándole sin comprender.

—Quiero decir que quizá no quieran que descubramos nada aquí.

—No, eso es imposible —afirmó Campbell con rotundidad—. Si tenemos algo claro es precisamente que siempre existe una razón particular que explica cada uno de sus actos.

—Estoy de acuerdo con el profesor —le apoyó Milanelli—. Lo que debemos comprender es qué sentido tiene para ellos haber traído hasta aquí este cadáver.

—Eso no es del todo cierto —dijo uno de los forenses al escucharle—. Lo más seguro es que esta persona estuviese viva cuando la trajeron.

Margaux sintió horror al escuchar aquellas palabras.

—Entonces hace poco que murió ¿no es así? —preguntó Milanelli.

—Aproximadamente una hora, sí.

Godwin se pasó una mano por el rostro, desesperado.

—Me está diciendo que uno de nuestros ministros ha sido asesinado de esta manera salvaje en uno de los edificios más conocidos de Londres en pleno día ¿y no hemos podido evitarlo? —preguntó enfurecido.

El enorme enfado que trasmitían sus palabras hizo que incluso los policías que se encontraban en la puerta se volvieran para ver qué estaba ocurriendo.

—Eso no puedo decírselo, señor —se disculpó el forense—. Lo único que puedo asegurarle es que por el estado del cuerpo y de las heridas, este hombre falleció en

torno a las 14:00 horas.

Bailey no tuvo más remedio que aceptar que el problema al que se estaban enfrentando era mucho más grave de lo que ellos mismos habían considerado inicialmente.

—Creo que entenderán que la gravedad de la situación nos apremia a descubrir cómo encontrar al resto de ministros antes de que una sangría como esta pueda repetirse.

Los tres profesores se mantuvieron en silencio. Aquel escenario era incluso peor que lo que habían visto en París.

—Entiendo que les estamos pidiendo algo muy difícil —añadió Godwin—, pero ustedes son los únicos que se han enfrentado ya a estas personas por lo que creo que solo ustedes pueden decirnos qué hacer ahora.

Campbell se acercó a observar las manos de aquel hombre al igual que había hecho Milanelli anteriormente.

—En París, comisario —comenzó—, cada vez que encontrábamos un cuerpo volvíamos al Louvre porque sabíamos que los secuestradores dejarían allí la información necesaria que nos permitiría descubrir dónde continuar nuestra búsqueda. Pero aquí...

—En ese caso, tal vez debamos encontrar nuestro propio Louvre.

Margaux no pudo evitar acordarse de Sanoir al escuchar una idea tan poco elaborada como la que acababa de plantear Bailey.

—En París había una razón para volver al Louvre. Aquí no la tenemos —afirmó tajante.

—Pero está ese cuadro de la National Gallery.

—¿Las Marías en el sepulcro? —preguntó sorprendida.

—Sí, profesora —contestó el comisario—. Es posible que con ese cuadro quieran que vayamos a la National Gallery igual que hicieron ustedes en París con el Louvre.

Campbell y Margaux se miraron a la vez. Aquel era un razonamiento teóricamente posible pero los dos tenían claro que no era lo que los secuestradores querían de ellos.

—Eso no es posible —afirmó Milanelli con rotundidad—. Nunca harían algo tan tonto y evidente como repetir aquí lo que ya hicieron en París.

—Entonces creo que nuestras opciones se reducen considerablemente —dijo algo molesto Bailey.

Los profesores sabían que estaba en lo cierto.

—Como ya hemos dicho —insistió Milanelli—, es evidente que han dado un paso adelante con este cadáver y ahora nos toca a nosotros avanzar igualmente en nuestra manera de razonar y debemos tratar de entender qué quieren decirnos dejándolo aquí. No podemos limitarnos a pensar que encontraremos rápidamente algo que nos diga a qué punto de Londres debemos dirigirnos.

Godwin caminó unos pasos hasta colocarse a su lado.

—Sabe, profesor, que tanto Bailey como yo somos todo oídos.

Milanelli le miró con una sonrisa nerviosa.

—Siento hacer esta pregunta —dijo dirigiéndose al forense—, pero ha dicho que este hombre murió hace una hora ¿verdad?

—Sí, aproximadamente, sí.

—Y antes ha mencionado que lo sabe por el estado del cuerpo y por el de las heridas.

—Sí, así es —respondió.

—¿Quiere decir eso que esto se lo hicieron cuando todavía estaba vivo? —preguntó señalando uno de los cortes que tenía sobre su cuerpo.

—Sin duda —contestó decidido—. La cantidad de sangre indica que todos, o por lo menos la mayoría de los cortes, se hicieron cuando aún estaba con vida. De hecho, fueron sus gritos los que alertaron a un policía que estaba en el exterior del edificio.

Margaux se llevó ambas manos a la cabeza al escuchar aquellas palabras del forense.

—¡Eso es! —exclamó.

—¿Qué ocurre, profesora? —preguntó Bailey atraído por su reacción.

Lejos de escucharle, observó durante unos instantes aquel cuerpo y posteriormente comenzó a caminar para poder contemplar con detenimiento el aspecto interior del lugar en el que se encontraban.

—¡Es este edificio!

Campbell sintió en su estómago el mismo nerviosismo que había sentido en París cada vez que conseguían descubrir qué era lo que los secuestradores querían de ellos.

—¿Este edificio, profesora? —preguntó Godwin confundido.

Margaux bajó las escaleras que daban acceso al escenario y caminó varios pasos hacia la parte central observando con detalle todo lo que le rodeaba.

—Este edificio es justo lo que querían que descubriéramos —murmuró en voz baja fascinada.

—¿Puede explicarnos lo que está pensando, por favor? —le preguntó Bailey.

Sin hacerle caso, comenzó a correr hacia la entrada.

—¡Este edificio es la respuesta, comisario! —volvió a exclamar en voz alta mientras se alejaba.

Capítulo 14

—¿Saben ustedes a dónde se dirige? —preguntó Godwin comenzando a caminar hacia la entrada.

—La verdad es que no —respondió Milanelli siguiéndole—, pero la última vez que le vi hacer algo similar acabamos descubriendo los últimos números que necesitábamos para encontrar a Deneux, de modo que yo le daría un voto de confianza.

Al salir al exterior, el comisario vio cómo la profesora se encontraba mirando con cara de asombro la fachada del Royal Albert Hall. Si no supiera lo que estaba ocurriendo allí, perfectamente podría pasar por una turista más de los muchos que había en los alrededores. Un par de metros antes de llegar hasta donde se encontraba se giró para intentar entender qué era lo que le resultaba tan interesante de aquel edificio.

—¿Piensa decirnos qué ha descubierto? —le preguntó Bailey.

—Este edificio es lo que estábamos buscando, señor —repitió sonriente.

Godwin mostró claramente que no sabía a qué se estaba refiriendo.

—Verá, señor —dijo intentando explicarse—, no ha sido hasta que le he escuchado decir al forense que fueron los gritos de aquel pobre hombre los que alertaron a la policía que me he dado cuenta de que, ni lo que le han hecho en el cuerpo ni que esté en este edificio en concreto, es fruto de la casualidad.

—En verdad ustedes siempre han defendido que los secuestradores hacen las cosas con un objetivo ¿no es así?

—Sí, comisario. El problema es que creo que nos estábamos centrando por completo en encontrar en el cuerpo algo que nos dijera qué hacer a continuación de manera similar a como ocurrió, por ejemplo, en Notre Dame.

—Pero no han encontrado nada —replicó Bailey.

—¡Exacto! Y eso ha sido sencillamente porque no teníamos que encontrar nada en esta ocasión. Una nueva demostración de que han complicado aún más lo que están haciendo como ya les ha dicho antes Milanelli.

—¿Y qué has descubierto? —le preguntó Campbell.

Margaux le miró con alivio. Sabía que él no cuestionaría lo que iba a decirles.

—Los cortes que le han hecho a ese hombre en todo el cuerpo, que se los hayan hecho mientras todavía estaba con vida y que le hayan dejado precisamente en este lugar es, en mi opinión, lo que los secuestradores quieren que relacionemos.

—¿Y eso le dice a dónde debemos dirigirnos ahora? —preguntó Godwin.

—Sí y no, comisario. Lo que le han hecho al ministro Tilden es una escenificación de uno de los martirios representados en la iglesia de San Estefano Rotondo de Roma. Esa iglesia tiene una forma circular igual que la de este edificio —dijo señalándolo.

La sorpresa del comisario fue mayúscula.

—¿Me está diciendo que tenemos que ir a Roma?

—No, por supuesto que no, señor. Lo que le digo es que los secuestradores han elegido este sitio en particular para que entendiéramos por qué le han asesinado de esa manera.

—Pero eso podría ser una simple coincidencia —replicó Bailey.

—No lo creo, señor —contestó Campbell—. En los primeros tiempos del cristianismo el Imperio Romano, persiguió, torturó y asesinó sistemáticamente a los cristianos sobretodo bajo las órdenes de Nerón, Trajano y Marco Aurelio. Estos acontecimientos dieron con el tiempo a la aparición de muchos mártires que sufrieron muerte terribles como la que hemos visto ahí dentro y que podrá encontrar representadas en muchas iglesias.

—Y precisamente es el hecho de que ese hombre estuviese vivo cuando le hicieron los cortes en el cuerpo lo que hace que esa muerte se pueda asemejar a las torturas que sufrieron muchos cristianos en esos tiempos —añadió Margaux.

El comisario no pudo disimular su sorpresa ante aquel razonamiento.

—¿De modo que han elegido este edificio para que sepamos que se refieren a esa iglesia de Roma?

—Sí, señor. Francamente, no puedo afirmar que no existan más en el mundo, pero desde luego que yo conozca, la única iglesia con planta circular y en la que se represente una muerte como la de su ministro es la de San Estefano Redondo.

—Y si, además, tenemos en cuenta que la planta circular es algo excepcional en las construcciones de templos cristianos, creo que no hay ninguna duda de que lo que les está diciendo la profesora es plenamente cierto —añadió Campbell.

Godwin buscó con la mirada a Bailey. Por fin tenían en sus manos el punto de partida que habían estado buscando desde que recibieran la grabación esa misma mañana.

—Entonces —comenzó tratando de asimilar aquella idea— supongo que lo que tendremos que averiguar ahora es por qué nos están indicando ese lugar si, como usted dice, nosotros no tenemos que ir allí.

—Ir a Roma seguro que no —contestó rápidamente Campbell—. En París vivimos una situación similar a esta la primera vez que encontramos los números.

—Efectivamente —añadió Milanelli—. En aquella ocasión no supimos interpretar, al principio, qué querían decirnos con aquellos números. Incluso se llegó a plantear que hiciesen referencia a una pequeña ciudad a un par de horas de París.

—¿Qué hicieron entonces? —preguntó Bailey.

—Bueno, creo que tanto los profesores como yo teníamos muy claro que no debíamos movernos de París, por lo que rápidamente descartamos esa posibilidad. Sencillamente aceptamos que no podríamos entender su significado hasta que no encontráramos el resto de números que faltaban.

—¿Y cómo podemos trasladar ese razonamiento a la situación en la que nos encontramos? —preguntó el comisario sin comprender.

—La razón más coherente es pensar que nos están mostrando nuestro propio Louvre —respondió vagamente Margaux—. Tal como ustedes reclamaban hace unos minutos.

—Eso sería una gran noticia.

La profesora levantó la mirada ante el entusiasmo que aparentemente mostraba el comisario ya que sin duda no había entendido lo que había querido decir.

—Me temo que no —reconoció.

—¿No es una buena noticia saber de dónde sacaremos la información para encontrar a los ministros? —preguntó Bailey asombrado.

—No, señor —contestó taxativa—. Si mi idea es cierta lo que hemos descubierto aquí no es positivo ni para nosotros ni para ellos, créame.

Campbell mantuvo un respetuoso silencio permitiendo que fuese ella quien se lo explicase, aunque él, con el leve conocimiento que tenía de aquella iglesia, tenía también muy claro que no era en absoluto algo bueno lo que acababan de descubrir.

—No tengo más remedio que pedirle que nos explique por qué exactamente piensa de ese modo, profesora —dijo Godwin.

Margaux desvió su mirada de nuevo hacia la fachada del Royal Albert Hall y recordó por un momento el aspecto del cuerpo de aquel hombre.

—Que hayamos conseguido entender qué es lo que los secuestradores querían decirnos dejando a su ministro aquí sin duda es un paso importante. Sin embargo, a pesar de que creo que hemos descubierto algo parecido al Louvre, esto no es bueno para nosotros ni desde luego es bueno para sus ministros.

Siendo muy consciente de lo que estaba a punto de decir, hizo una breve pausa para respirar profundamente.

—Y no lo es porque en esa iglesia no solo está pintado el martirio que hemos visto escenificado en ese hombre, sino también muchos otros que me temo que son los que tienen pensado reproducir individualmente con cada uno de ellos, comisario.

Capítulo 15

Godwin sintió que se le helaba la sangre al escuchar las palabras de la profesora.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó incrédulo Bailey.

—Sé que es difícil de asumir, señor —se disculpó—. Pero mucho me temo que los secuestradores han hecho esto para que lo relacionáramos con la iglesia de San Estefano Rotondo que, como les acabo de decir, recoge varias pinturas en las que se escenifican diferentes martirios sufridos por los cristianos, tal como les explicó antes el profesor Campbell.

—Pero eso... —murmuró Godwin.

—Eso, señor —dijo Milanelli—, sería algo perfectamente acorde con su manera de actuar y con todo lo que hemos visto hasta ahora. Tenga en cuenta que en París lo que hicieron fue tenernos de un lado para otro buscando la información necesaria para descubrir dónde se encontraba secuestrado Deneux y para ello utilizaron los cuadros del Louvre. Y ahora, aquí en Londres, lo que nos muestran es una iglesia donde están representadas esas torturas, las que les van a hacer a sus ministros y quieren que nosotros consigamos descubrir cuál le van a hacer a cada uno antes de que ocurra.

—¡Pero saber eso es imposible! —exclamó enfadado Bailey.

—Tenga por seguro que no, señor —respondió Campbell—. Simplemente es una complicación extrema de la situación que vivimos en París. Allí el juego consistió en buscar los números para descubrir el paradero de Deneux y ahora su juego es que descubramos qué martirio harán a cada uno de ellos y dónde.

Godwin se llevó las manos a la cabeza desesperado.

—¿Y cómo vamos a saber eso?

—De entrada —contestó Milanelli— sabiendo lo antes posible qué otras pinturas hay en esa iglesia para saber a qué nos enfrentamos.

—Eso no debería ser un problema —reconoció Bailey—. Mis hombres pueden tener esa información en cuestión de minutos.

Margaux murmuró algo inteligible pero suficiente como para atraer la atención del comisario.

—¿Opina otra cosa, profesora? —le preguntó.

—Creo que no servirá con buscarla por Internet, señor.

—¿Por qué no? —preguntó molesto Bailey—. ¡Podríamos tener esa información enseguida!

—Precisamente por eso —dijo Campbell apoyándola—. Los secuestradores no nos indican lugares para que los busquemos por Internet. Si nos indican ese lugar es porque quieren que *vayamos* a ese lugar.

—Pero usted ha dicho antes que no tenemos que ir a Roma.

Godwin no conseguía entender qué estaban tratando de decirle los profesores.

—Y así es —reconoció Margaux—. Pero también es cierto lo que él dice.

—Entonces ¿qué quieren que hagamos? —preguntó confundido.

—Creo que tenemos que saber qué hay en aquella iglesia pero también está claro que nosotros debemos permanecer en Londres —contestó Campbell.

—Solo se me ocurre una manera de poder hacer eso —dijo Milanelli mirando los profesores.

—Podría enviar a algunos de mis hombres allí. Estarían...

—No, comisario —le interrumpió Margaux—. Tiene que ser alguien que conozca la manera de actuar de los secuestradores. Alguien en quien podamos confiar plenamente.

Godwin entendió por fin a quién se estaban refiriendo.

—¿Chavrier?

La profesora mostró una media sonrisa de alivio.

—No creo que sea la opción más inteligente —criticó Bailey.

—Siento decir que estoy totalmente en desacuerdo con usted —dijo Milanelli—. No me cabe la menor duda de que el comisario Chavrier es la persona más indicada para ir a esa iglesia y averiguar si allí hay algo en especial que debemos encontrar. De la misma manera que nosotros estamos aquí ayudándoles, él también se ha enfrentado a los secuestradores anteriormente, e incluso me atrevería a decir que ellos también quieren que sea él quien vaya a Roma.

—¿Lo dice en serio? —preguntó Godwin.

—Totalmente, señor. En París, la desaparición de Deneux no trascendió a la opinión pública sino que se mantuvo como un asunto privado entre los secuestradores y la policía. Ahora, nosotros tres estamos aquí, ayudándoles, tal como estoy seguro que ellos querían que pasara. Y también estoy seguro de que sabían que les diríamos que es necesario enviar a alguien a Roma, alguien de confianza, y tanto ellos como nosotros queremos que esa persona sea el comisario Chavrier.

De nuevo, Godwin sintió que le venían a la cabeza aquellas palabras aconsejándole que hiciera siempre lo que los profesores le dijeran. En ese momento, no pudo evitar preguntarse si el propio Chavrier sería consciente de que esa recomendación acabaría por involucrarle a él también en aquella investigación.

—Está bien. Por tanto proponen que vaya allí y haga ¿qué, exactamente?

—Eso no podemos decírselo en este momento, señor —reconoció Margaux—. Lo único que creo que tenemos claro es la relación entre lo que hemos visto aquí dentro y la iglesia de San Estefano Rotondo.

—Tenga en cuenta, además —añadió Milanelli—, que esta situación es la misma que vivimos en París. Ya le dije antes que la primera vez que encontramos números en la mano de una de aquellas personas simplemente tuvimos que asumir que no sabíamos qué hacer con ellos. E incluso en Notre Dame, que en mi opinión fue una situación muy similar a la que estamos viviendo en este momento, descubrimos que teníamos que dirigirnos al Louvre sin conocer por qué ni qué nos encontraríamos allí.

Godwin dirigió su mirada hacia Bailey que le hizo un gesto de conformidad.

Estaba claro que aquella era la única opción que tenían.

—Le llamaremos si eso es lo que ustedes creen que debemos hacer —dijo finalmente—. Aunque nadie nos asegura que vaya a aceptar hacer lo que queremos que haga.

—Estoy convencido de que no tendrá ningún inconveniente, señor —afirmó seguro Campbell.

—Además —añadió la profesora—, en el aeropuerto le dijo que nos ayudaría en todo lo que estuviese en su mano, de modo que no veo una manera mejor de hacerlo.

Godwin resopló fuertemente y, a continuación, sacó su teléfono móvil de un bolsillo interior de la chaqueta deseando que sus palabras se correspondiesen con las intenciones de Chavier.

—Sea cual sea la contestación que nos dé —se anticipó a decir Bailey antes de que hiciera la llamada— nosotros tendremos que pensar qué es lo que vamos a hacer ahora.

Los profesores le miraron sin comprender.

—Quiero decir que no podemos simplemente llamarle y decirle que coja un vuelo a Roma a ver las pinturas que hay en una iglesia. Creo que debemos demostrarle que tenemos una idea bastante más consistente que eso acerca de lo que aquí está sucediendo.

—Entiendo lo que quiere decir, señor —admitió Margaux—, y asumo la responsabilidad de pedirle que acuda a Roma. Pero como bien sabe, tampoco entendemos mucho más de lo que ha ocurrido hasta ahora.

—Sí, lo sé, profesora —respondió—. Me refiero más bien a que nosotros debemos pensar qué es lo que haremos mientras él llega a esa iglesia. No pretenderán que nos quedemos de brazos cruzados hasta entonces.

Campbell no pudo evitar reconocer que no sabían por dónde continuar y, en efecto, tampoco tenían planeado qué tenían que hacer mientras Chavier llegaba a Roma. En cierto modo, no pudo evitar sentir que se encontraban en la misma situación que habían vivido en París la pasada noche. Con información en sus manos pero sin saber cómo y dónde seguir buscando.

—En mi opinión, lo más inteligente sería que volviéramos a su despacho y que intentáramos descubrir todo lo que podamos acerca de esa iglesia y de las pinturas que se encuentran representadas en ella.

Margaux y Milanelli mostraron su acuerdo con aquella propuesta.

—Está bien —dijo Godwin—. Volveremos ahora mismo y estudiaremos una a una todas y cada una de ellas. Y en verdad espero que, entre lo que puedan descubrir ustedes y lo que el comisario Chavier encuentre en la iglesia, podamos saber dónde se encuentran los ministros antes de que a uno solo de ellos le hagan algo parecido a lo que han hecho con el ministro Tilden.

Capítulo 16

Chavier caminaba furioso por el pasillo que comunicaba el laboratorio de Eugene y el laboratorio forense. Era la segunda vez en apenas dos horas que se acercaba a preguntar si ya habían conseguido identificar a alguno de los dos cadáveres que habían encontrado desfigurados en la Asamblea Nacional y en el Panteón.

—Todavía no, señor. Lo siento.

La respuesta había sido la misma en ambas ocasiones.

No olvidaba la promesa que le había hecho a Godwin en la sala VIP del aeropuerto. Sin embargo, hasta ese momento su aportación había sido nula. Los dos cadáveres seguían sin identificar, y lo que era más importante, tampoco habían conseguido conocer la identidad de las dos personas que habían visto en las grabaciones del Louvre. A pesar de que inicialmente Eugene había conseguido hacer rápidos progresos consiguiendo aislar con claridad los rostros de ambas, la búsqueda en las diferentes bases de datos había resultado un rotundo fracaso.

—¿Alguna novedad? —preguntó al entrar de nuevo en el laboratorio de Eugene.

—No, señor. Las bases de datos que estoy utilizando no nos devuelven ningún resultado. Parece como si estas personas no existieran.

Hacía varios años que ambos se conocían y a pesar de que en algunos momentos habían tenido sus más y sus menos, Chavier sabía reconocer que Eugene era, con diferencia, la mejor informática que tenían en el cuerpo. De modo que si ella no estaba siendo capaz de descubrir la identidad de aquellas dos personas, nadie dentro de aquel edificio podría hacerlo.

—Tendremos que seguir buscando —afirmó resignado—. Lo que está claro es que esas dos personas son de carne y hueso, y por lo tanto tienen que tener una identidad.

Eugene observó fijamente durante unos instantes los dos rostros que ocupaban la pantalla de su ordenador.

—¿Han tenido más suerte los forenses?

Chavier sintió una punzada en su orgullo.

—Me temo que no —reconoció a duras penas.

Durante varios segundos el silencio inundó aquella sala.

—Tiene que haber algo que no estamos haciendo bien.

El comisario sintió que ante ellos se aparecía un halo de esperanza. Siempre que Eugene comenzaba a elucubrar los resultados que obtenían eran altamente satisfactorios de modo que se apresuró a incentivar su curiosidad.

—¿Por qué lo dice? —le preguntó en tono amable.

—Por esto —respondió señalando la pantalla—. Y por lo que está ocurriendo en el laboratorio forense.

—¿Le sorprende que no hayan identificado a esas personas?

Chavrier escogía cuidadosamente cada una de las preguntas que le hacía.

—¿Que no lo hayan hecho todavía? Desde luego —afirmó con rotundidad—. ¿Cuántas horas llevan trabajando en esos cuerpos?

—Bastantes —contestó sintiendo que estaba consiguiendo su objetivo—. En el caso del hombre que encontramos en la Asamblea, de hecho, unas doce horas aproximadamente.

—¡A eso me refiero! —exclamó—. ¿Cuándo han tardado tanto?

Chavrier se encogió de hombros.

—Y luego está esto —dijo señalando de nuevo la pantalla—. No puede ser que estas personas no figuren en ninguna base de datos.

—¿Cree entonces que ambas cosas tienen relación?

—¿Que ninguno de nosotros seamos capaces de identificar a las personas con las que estamos trabajando?

De nuevo una punzada en su orgullo.

—Sí —reconoció entre dientes.

—Totalmente. En mi opinión es indudable que estas personas se han encargado muy bien de que no las pudiéramos identificar, de la misma manera que quienes asesinaron a esos dos hombres se tomaron muchas molestias para que los forenses tampoco estén siendo capaces de hacerlo.

—¿Entonces?

—No lo sé... —respondió en voz baja—. Quizá...

Chavrier sentía que estaba a un solo paso de conseguir ese razonamiento que necesitaban.

—¿Quizá? —le preguntó.

—Verá, comisario, desde que no consiguiera identificar la primera vez a estas dos personas en nuestra base de datos civil, he tenido la misma sensación. Inicialmente pensé que era un presentimiento equivocado, pero ahora mismo, visto el resultado que estamos teniendo, creo que puede ser correcto.

—La escucho —dijo rápidamente al ver cómo se detenía.

—Para ser sincera, señor, la única manera en la que creo que podríamos explicar lo que está pasando, es decir que no aparezcan en ninguna de nuestras bases de datos, es que sus identidades hayan sido eliminadas.

Chavrier se quedó sorprendido al escuchar aquellas palabras.

—¿Eliminadas?

—Sí, señor. Sé que es una opción difícil, pero creo que es la única viable.

—Pero eso es imposible —renegó—. Nadie puede hacer eso.

Eugene se giró buscando al comisario con la mirada.

—Señor, eso sí que es posible. El problema es que para poder hacerlo se necesitan dos cosas. La primera, unos conocimientos de informática increíbles dado el alto nivel de encriptación que tiene nuestro sistema. Y la segunda, un acceso de máximo nivel para poder modificar esas bases de datos.

—¿Y de verdad cree que los secuestradores de Deneux podrían hacer algo semejante?

Eugene se volvió a girar para ver de nuevo los rostros de las dos personas que estaban tratando de identificar.

—No lo sé, señor. Pero es la única opción que se me ocurre.

Chavier sabía que de ser cierto lo que ella estaba proponiendo se encontrarían en una situación más vulnerable que nunca.

—Y si han hecho eso no podremos identificarles, supongo.

—Esa es la buena noticia —respondió rápidamente—. Nuestro sistema puede ser violado pero siempre queda un registro codificado de lo que se ha hecho sobre él. De modo que si alguien ha pirateado nuestra base de datos y ha borrado dos identidades para que no podamos saber quiénes son estas dos personas, es posible que consultando el registro sepamos quién lo ha hecho.

El comisario sintió que aquello suponía un gran paso en su investigación.

—¿De verdad puede saber quién ha borrado sus identidades?

Eugene se dio cuenta demasiado tarde de que no había elegido adecuadamente sus palabras.

—No estoy segura de si podremos saber quién lo ha hecho, pero es muy posible que sí podamos saber desde dónde lo han hecho al menos.

—Bien. Y en ese caso ¿puede hacer esa comprobación?

—Claro, señor —contestó sin dudar—. Aunque no se trata de algo sencillo por lo que me llevará bastante tiempo.

—El que necesite, por supuesto. Además, estoy seguro que está en lo cierto ya que también entraron en el sistema de seguridad del Louvre para hacer saltar la alarma de la sala 77, y más tarde para alterar el funcionamiento del sistema de aire acondicionado.

Al escuchar ese comentario Eugene se preguntó si alguien que no fuese informático podría entender la enorme diferencia que existía entre piratear el sistema de seguridad de un museo y una base de datos de la Interpol.

—¿No cree? —le preguntó apreciando su silencio.

—Sí, señor —afirmó sin querer entrar a explicarle su opinión al respecto—. Es posible que esa sea una señal de que mi idea es correcta.

Capítulo 17

El sonido de las campanas le hizo despertar. Con un dolor semejante en todo su cuerpo, las fuerzas no le respondían. Era imposible. Poco a poco fue recobrando las sensaciones.

«No puede ser».

A pesar de no poder moverse, sí que pudo apreciar la humedad que tenía el suelo en el que se encontraba tendido. Fue precisamente el olor inconfundible de aquel líquido el que le espoleó para intentar incorporarse. No podía permanecer ahí. Con todas sus fuerzas intentó ponerse de pie, sin embargo, su incapacidad para hacerlo era evidente y el suelo resbaladizo no le ayudaba a conseguir su objetivo.

El arrullo de una paloma hizo que dirigiera su mirada hacia la oscuridad que tenía delante de él. El miedo le paralizó completamente.

—¿Quiere que le ayude? —le preguntó una voz desde la penumbra.

Capítulo 18

Chavier retrocedió un par de pasos para dejarle mayor libertad. La idea que había tenido era lo suficientemente importante como para intentar, por lo menos, descubrir si efectivamente los secuestradores de Deneux habían pirateado también los archivos policiales y habían conseguido borrar toda la información referente a aquellas dos personas que no eran capaces de identificar.

Mientras la observaba en silencio, notó cómo comenzaba a vibrar su teléfono móvil. Rápidamente, lo sacó de su bolsillo para evitar que aquel ruido la distrajesen. Sin embargo, cuando vio quién le estaba llamando no pudo evitar inconscientemente tardar unos instantes en contestar.

—Me alegra tener noticias tuyas, comisario —dijo aparentando normalidad.

—Le digo lo mismo —respondió Godwin—. ¿Ha conseguido identificar a las personas del Louvre?

Chavier cerró los ojos. La pregunta maldita no había tardado ni un segundo en aparecer.

—Me temo que todavía no hemos podido. Aunque tenemos una nueva idea sobre la que estamos trabajando.

—¿De qué se trata? —preguntó Godwin con interés.

—Tenemos la sospecha de que si estas dos personas no aparecen en ninguna de nuestras bases de datos puede ser porque los secuestrados hayan accedido a ellas para eliminar su identidad.

Chavier escuchó cómo alguien por detrás hacía un comentario que no alcanzó a entender.

—Eso sería fantástico, sin duda —dijo Godwin—. Pero hay una persona a mi lado que quiere hacerle una pregunta al respecto, por lo que si no le importa...

—No, no, por supuesto —afirmó.

Chavier percibió, tras unos segundos, un sonido hueco en la señal que recibía.

—Acabo de conectar el sistema de manos libres para que así podamos hablar todos con usted —le informó Godwin—. Acabamos de salir del Royal Albert Hall donde hemos encontrado al primer ministro.

Durante un instante se hizo el silencio.

—Como podrá suponer —continuó—, por desgracia no le hemos encontrado con vida. De hecho, en cierto modo, ha aparecido de manera similar a los hombres que ustedes encontraron la pasada noche en París.

—¿También tenía el rostro desfigurado? —preguntó con sorpresa.

—No, no... —contestó rápidamente—. Me temo que en esta ocasión a los secuestradores no les ha importado que conozcamos su identidad. Me refiero a que ha aparecido con el cuerpo lleno de cortes que, según los forenses, fueron hechos con un cuchillo de generosas dimensiones.

Chavier no pudo dejar de pensar en ese momento en lo que habría sentido

Margaux ante semejante espectáculo.

—Siento que hayan tenido que ver algo así —dijo con tono serio.

—Por suerte —continuó Godwin restando importancia al cuerpo de Tilden—, la profesora ha descubierto una razón que explica tal crueldad.

A pesar de la gravedad de lo que estaba escuchando, el comisario sonrió al ver que los profesores estaban nuevamente resolviendo los problemas que se encontraba la policía.

—¿No había ninguna marca en su cuerpo?

—No, señor —contestó Margaux—. A diferencia del hombre que encontramos en Notre Dame, este no tenía nada que nos indicara qué es lo que tenemos que hacer ahora o a dónde debemos dirigirnos.

—No es posible que los secuestradores no dejaran información, profesora.

Campbell apreció en aquella frase la prueba que Bailey y Godwin parecían necesitar para estar seguros de que Chavier era la persona indicada para ir a Roma.

—Lo sé, comisario. De hecho, sí que nos dejaron información. El problema es que lo han hecho de una manera completamente diferente a como habíamos visto hasta ahora.

La curiosidad de Chavier crecía por momentos.

—¿Y cómo ha sido esta vez? —preguntó.

—En esta ocasión ha sido la unión de lo que han hecho en el cuerpo junto al lugar donde lo han dejado lo que nos ha permitido saber qué es lo que quieren de nosotros ahora.

—¿Y qué han descubierto?

Margaux respiró profundamente. Suya era la idea y ella debía explicársela.

—Verá, señor, lo que han hecho en ese hombre creemos que es una representación de un martirio que aparece pintado en la iglesia de San Estefano Rotondo en Roma. Además, lo que nos da una mayor seguridad acerca de que esta idea es cierta es que el edificio que eligieron para dejar el cuerpo, el Royal Albert Hall, tiene una planta circular igual que esa iglesia.

—No hay duda entonces de que su idea es correcta.

Margaux cerró por un instante los ojos pensando cuánto habría costado convencerle de eso mismo unas horas antes mientras buscaban a Deneux.

—Es por eso —dijo Godwin— que en opinión de los profesores es necesario que sepamos qué hay exactamente en esa iglesia y por qué la han elegido.

—Sin duda —respondió—. Pero ustedes no deben moverse de ahí.

—Eso mismo han dicho ellos —reconoció Bailey—. Nuestro temor ahora, comisario, es que el resto de ministros vayan a ser objeto de otros martirios que también aparecen pintados en esa iglesia.

Godwin percibió inmediatamente cómo Chavier se quedaba unos segundos en silencio al escuchar aquel comentario de alguien que no conocía.

—Quien le acaba de hablar, comisario, es Michael Bailey, jefe de la Agencia

Europea de Inteligencia.

—Sí, bien, bien. Discúlpeme. En ese caso —respondió—, si los profesores piensan de esa manera no cabe duda que hay que ir allí y conocer de primera mano qué es lo que tienen pensado hacerles a sus ministros.

Milanelli notó cómo unos y otros estaban evitando el objeto de la llamada, de modo que decidió preguntárselo directamente.

—Señor, lo que nosotros le hemos dicho al comisario Godwin es que estamos seguros de que debe ir alguien que conozca la manera de pensar de los secuestradores. Y dado que nosotros no podemos movernos de Londres creemos que usted es la persona más indicada para hacerlo.

Bailey detuvo el vehículo justo a la entrada del aparcamiento del edificio New Scotland Yard. No quería que la conexión se cortara en un momento tan importante.

—¡Ningún problema! —respondió con entusiasmo—. Yo me encargaré de ir a esa iglesia que dicen y veremos qué es lo que han dejado allí para nosotros.

Godwin respiró aliviado.

—Gracias, comisario. Entenderá lo importante que es para esta investigación su ayuda.

—No se preocupe —insistió excitado—. Ya le dije la primera vez que nos vimos que podía contar con toda mi colaboración.

—Si le parece, comisario, puedo encargarme de que un avión le esté esperando en Aeropuerto de París-Charles de Gaulle en treinta minutos.

Chavrier consultó su reloj.

—Creo que puedo llegar a tiempo, sí —afirmó seguro.

—Lo más importante —les interrumpió Campbell— es descubrir qué es lo que tienen preparado para los ministros. Ahora mismo de los siete que aparecían en la grabación, uno permanece vigilado por la policía y otro, por desgracia, ya ha aparecido muerto, de modo que nos quedan cinco por encontrar y no tenemos ninguna duda de que elegirán algunas de las torturas que están allí representadas para asesinarles. Lo que debemos conseguir es anticiparnos a ellos y descubrir cuál tienen pensado hacer y en qué lugar de Londres.

El comisario Chavrier no podía disimular su entusiasmo al poder ayudar de una manera activa en aquella investigación.

—Sin duda, profesor —respondió—. Y, entre tanto, espero sinceramente que seamos capaces de identificar a las dos personas que encontramos asesinadas esta noche aquí en París y también a las dos personas del Louvre.

—Respecto a eso —se adelantó a comentar Bailey—, antes ha dicho que creen que tal vez los secuestradores hayan pirateado su sistema informático para evitar que les identifiquen ¿verdad?

—Sí, así es.

—Pero según tengo entendido ustedes realizaron la búsqueda en la base de datos de la Interpol.

—En efecto. Y también en nuestra base de datos criminal y en la civil.

—Sí, pero eso no es posible. Nadie puede acceder a la base de la Interpol.

El comisario notaba en las palabras de Bailey más o menos la misma sorpresa que había sentido él mismo minutos antes al escuchar a Eugene.

—Eso mismo pensaba yo, se lo aseguro.

Bailey no salía de su asombro.

—Comisario, creo que no me ha entendido —insistió—. Que alguien haya modificado una sola coma de cualquier base de datos de la Interpol es imposible. Solamente hay tres personas en el mundo que tienen acceso y está hablando con una de ellas.

Chavrier aceptaba las explicaciones que estaba escuchando, pero su confianza en Eugene estaba por encima de la de alguien a quien ni siquiera conocía.

—En ese caso, quizá tengamos que averiguar dónde están las otras dos personas y descubrir si saben cómo ha podido ocurrir algo así.

Capítulo 19

Al entrar de nuevo en el ascensor que debía llevarles a la sexta planta del edificio New Scotland Yard, Campbell se sorprendió al ver cómo, en esta ocasión, Godwin pulsaba el botón del piso -1.

—¿No vamos a su despacho?

La velocidad con la que se desplazó aquel ascensor fue tal que nada más cerrarse las puertas, estas volvieron a abrirse de nuevo.

—No, profesor —dijo orgulloso de la vista que apareció frente a ellos—. Creo que es hora de que conozcan el trabajo que la policía está haciendo para encontrar a nuestros ministros.

Los tres profesores observaron extasiados el lugar en el que se encontraban. No había duda de que era una especie de centro de vigilancia lleno de pantallas y una veintena de personas estudiando cada detalle que aparecía en ellas.

—Esto se parece bastante a la sala del Louvre —dijo en voz baja Milanelli intentando evitar que Godwin se pudiese molestar al escuchar su comentario.

—Más bien a una versión potenciada de la sala de vigilancia del Louvre —replicó Campbell—. Y llena de gente, además.

Sin perder de vista cuál era su objetivo, ambos siguieron al comisario hasta una sala acristalada de enormes dimensiones donde una atractiva joven se encontraba organizando, con la ayuda de una especie de mando a distancia, las imágenes que se proyectaban sobre una gran pantalla de color blanco.

—Esta es la agente especial Lilian Shahi —dijo Godwin a modo de rápida presentación a la vez que entraban en aquella sala—. Ella dirige la investigación que se está llevando desde aquí dentro, por lo que creo que era necesario que se conocieran.

Con gesto serio, la agente Shahi inclinó levemente la cabeza mientras miraba a los profesores.

—¿Algún avance? —preguntó Bailey al tiempo que cada uno tomaba un asiento.

—No, señor. Ya hemos repasado las grabaciones de las últimas cuatro horas pero todavía no hemos encontrado nada.

Milanelli sintió curiosidad por saber con más precisión qué era exactamente lo que estaban buscando.

—Supongo que se refiere al Royal Albert Hall ¿verdad?

—Así es, profesor —se adelantó a contestar Godwin—. Desde que descubrimos el cadáver de Tilden, ese edificio se ha convertido en nuestra prioridad número uno. Por eso estamos revisando todas las grabaciones para descubrir la identidad de las personas que lo han hecho.

—¿Grabaciones? —preguntó extrañado.

Por un momento sintió que de nuevo hablaban del Louvre.

—Las cámaras de seguridad que están en las inmediaciones, profesor.

Milanelli correspondió con una clara mueca de desconocimiento.

—Creo que no sabe que Londres cuenta con uno de los sistemas de vigilancia más avanzados del mundo —dijo Bailey—. Cada rincón de esta ciudad está vigilado por una cámara de seguridad que graba cada detalle que ocurre en ella.

—De modo que piensan encontrar a los secuestradores así —interpuso Margaux.

—Exacto, profesora. En algún momento han tenido que acceder al edificio con el ministro Tilden y eso es precisamente lo que estamos buscando.

Campbell mostró sus dudas ante aquella actitud optimista de Bailey.

—Eso puede que sirva en este caso en particular, pero no servirá para el resto de ministros.

—De momento —contestó Godwin— estamos centrándonos, como ya he dicho, en el Royal Albert Hall y por supuesto mantenemos una vigilancia especial sobre los domicilios de todos ellos.

—Sí, pero ¿no creerán que podremos descubrir dónde se encuentran a través de esas grabaciones? —insistió.

—Por supuesto que no, profesor —respondió seriamente Shahi—. Nuestra prioridad es mantener vigilados sus domicilios, como le acaba de decir el comisario, y a la vez repasar las grabaciones de las cámaras de seguridad con la intención de descubrir en qué momento desaparecieron cada uno de ellos.

—¿Qué sentido tiene que dediquen su tiempo a vigilar sus casas si ellos ya no están allí? —preguntó Milanelli.

—Ellos no están, ciertamente, pero sí que están sus familias y nuestro deber es protegerlas para que no les ocurra lo mismo.

Campbell observó la imagen que aparecía proyectada en la pantalla.

—¿Es esa una de las casas?

Todos miraron hacia donde estaba señalando.

—Sí, profesor. Ahí vive Benjamin Hudson. El único ministro que no ha desaparecido —respondió Godwin.

—¿Y dice que de momento no han encontrado nada? —preguntó Margaux extrañada viendo el imponente dispositivo de vigilancia que tenían a su disposición.

—No, profesora. Pero no dude que lo haremos —respondió Shahi segura de sí misma.

Milanelli soltó un llamativo resoplido que no pasó desapercibido para el comisario.

—¿Desea hacer alguna aportación, profesor?

—Para ser sincero, señor —respondió—, me alegra ver que esta ciudad cuenta con un sistema de vigilancia tan avanzado como el que me acaba de describir. Y, de hecho, estoy seguro de que los secuestradores estarán incluso más contentos que yo de que eso sea así, ya que de ese modo lo que han conseguido hasta ahora tiene mucho más valor.

—Esto todavía no ha terminado —replicó Bailey molesto.

—Lo sé, lo sé. Y en verdad espero que el final sea mucho más satisfactorio para nuestros intereses que para los de los secuestradores, tal como ocurrió en París, pero en verdad creo que hay dos cosas que no estamos tratando adecuadamente.

—¿Cree que la policía no sabe hacer su trabajo?

Era indudable que a la agente Shahi tampoco le estaban gustando las palabras de Milanelli. Godwin levantó una mano pidiéndole que dejara explicarse al profesor.

—No dudo de su trabajo, señorita, créame. Lo que estoy diciendo es más bien una crítica hacia *nuestro* trabajo. Creo que nos estamos equivocando al considerar que, de alguna manera, vamos a ser capaces de encontrar a esas personas con vida.

Bailey montó en cólera.

—¡¿Cómo que no vamos a encontrarles con vida?!

Aquella respuesta era justo la que esperaba Milanelli.

—Verán, creo que debemos aceptar que lo que acabamos de ver marca una diferencia clave con respecto al secuestro de Deneux.

—¿Se refiere a la muerte del ministro Tilden? —preguntó Godwin.

—Exactamente.

—Pero ustedes también encontraron personas asesinadas de un modo similar — criticó Bailey.

—Lo sé, y precisamente ahí es donde creo que reside la gran diferencia entre ambos casos. En París, la persona secuestrada era el hijo del presidente y enseguida tuve la sensación de que le encontraríamos con vida. Por desgracia, entremedias tuvieron que morir varias personas cuya identidad todavía no conocemos.

—Pero ¿por qué es esa situación diferente a esta? —insistió el comisario.

—Sencillamente porque el objetivo de nuestra presencia en París era encontrar a Deneux, al cual los secuestradores mantuvieron con vida. Sin embargo, aquí está claro que debemos encontrar a sus ministros y ya hemos encontrado uno muerto.

Al ver la reacción que estaban teniendo con la propuesta del profesor, Campbell sintió que debía apoyarle.

—Francamente, comisario, yo también opinó lo mismo que él. En París dijimos que encontraríamos a Deneux con vida porque hubiese sido una estupidez por parte de los secuestradores asesinarlo. Pero aquí...

—¡Aquí ya han visto lo que han hecho con Tilden! —les espetó Bailey.

—Por eso mismo, señor. Creo que tendremos que empezar a pensar en la posibilidad de que no vayamos a encontrarles con vida.

Godwin dejó caer el peso de su cuerpo sobre el respaldo de la silla y se pasó una mano por la cabeza.

—¿Cuál es la otra razón, profesor? —preguntó—. Antes dijo que tenía dos razones.

—Cierto —respondió sorprendido por cómo se había tomado las palabras de Campbell—. La segunda razón por la que creo que estamos planteando este problema de manera equivocada es por la falta de información que tenemos. Indudablemente,

lo que nos dijo la profesora sobre la relación entre el tipo de asesinato y el edificio que eligieron para dejar el cuerpo concuerda a la perfección con la manera de actuar de los secuestradores.

Milanelli hizo una breve pausa.

—El problema —prosiguió— es que, en mi opinión, aunque el comisario Chavier vaya a la iglesia de San Estefano Rotondo y pueda decirnos qué es lo que encuentra allí, no creo que eso nos proporcione suficiente información para descubrir dónde se encuentran los ministros.

—No puedo negar que lo que nos está diciendo no nos aporta muchas esperanzas —señaló Godwin decepcionado.

—Siento que suene de esa manera —dijo Margaux apoyando a su compañero—, pero creo que Milanelli está en lo cierto. Es evidente que tenemos que ir allí, a Roma, pero también tengo la sensación de que hay algo que nos estamos saltando.

Shahi dio inicio a la grabación que tenía preparada.

—No dudo que el comisario Chavier será de gran ayuda cuando llegue allí —comenzó— pero mientras tanto creo que sería interesante que vieran estas imágenes. Sé que han dicho que los secuestradores no quieren que busquemos esta información de esta manera, pero entenderán que hasta que llegue nosotros tenemos que seguir avanzando en nuestra investigación.

Los tres profesores mostraron con su silencio la resignación y la impotencia que sentían en ese momento.

—Esta que ven aquí —continuó Shahi— es la pintura más importante. O por lo menos para nosotros es ahora mismo la más importante. Por lo que he podido ver en algunas de las fotografías, la reproducción que han hecho de ella sobre el cuerpo de Tilden es increíblemente fiel a la original.

Margaux hizo un esfuerzo por recordar cómo eran el resto de torturas representadas en aquella iglesia. A pesar de que las había estudiado en la universidad lo único que recordaba era la crudeza que mostraban, tal como estaba diciendo Shahi.

Milanelli, por su parte, se levantó para acercarse un poco más a la pantalla donde aparecía la imagen de aquella pintura. Al ver el cuchillo que aparecía representado le vino a la mente la explicación que Sanoir le habían hecho en la catedral de Notre Dame acerca de cómo podían saber qué tipo de utensilio había utilizado quién grabó una espiral sobre el pecho del hombre que habían encontrado allí muerto.

—¿Ve algo interesante, profesor? —le preguntó al ver cómo en cierto modo había interrumpido su explicación.

Sin pretenderlo, demoró algunos segundos su respuesta.

—Hay algo que se nos escapa —murmuró sin apartar la mirada de la pantalla.

—Profesor, usted mismo inspeccionó ese cuerpo —le dijo Godwin.

—Sé muy bien lo que vi, efectivamente —respondió volviendo a su silla—, pero no puedo dejar de pensar que hay algo que se nos está escapando.

Shahi hizo un pequeño sonido con la garganta intentando atraer la atención. Para

ella, lo que estaba en esa grabación era lo realmente importante ya que les podía dar información acerca de los planes que podrían tener los secuestradores.

De nuevo en silencio, los profesores observaron una secuencia de imágenes de las diferentes torturas. De entre todas ellas, la que le habían hecho a Tilden era sin duda la más desagradable con diferencia.

—Creo que tenemos un verdadero problema —opinó Campbell justo al terminar la grabación.

—¿Usted también, profesor? —le preguntó decepcionado Godwin que hasta el momento había mantenido la esperanza de que al menos él pudiese ser más optimista.

—Sí, señor. Lo siento, pero Milanelli tiene razón. ¿No le ha llamado la atención nada de lo que acabamos de ver?

El comisario no supo qué contestar.

—La secuencia de imágenes, señor. En París la policía también recibió una grabación pero allí podían ver a Deneux vivo. Ustedes, sin embargo, lo que tienen es una sucesión de imágenes, las de sus siete ministros y, de nuevo, esta que nos acaba de mostrar ahora la agente es exactamente lo mismo, una serie de imágenes. Por tanto, no he podido evitar pensar en las fotografías de cada uno de ellos que tengo grabadas en mi cabeza cada vez que veía una de esas torturas. O mucho nos confundimos, o me temo que deberían estar preparados para que nos vayamos encontrando, uno por uno, los cadáveres de sus ministros salvajemente torturados.

Capítulo 20

Treinta minutos.

Chavrier caminaba lo más rápido que podía a través del largo pasillo que debía darle acceso a las escaleras de emergencia. No se planteaba siquiera esperar a que llegara el ascensor.

«Un tiempo precioso».

La noticia que había recibido por parte del comisario Godwin había sido tan imprevista que había salido a toda prisa del laboratorio donde se encontraba Eugene.

—Avíseme si descubre algo —le había dicho.

La precipitación con la que se había despedido de su compañera no pareció inmutarla lo más mínimo puesto que estaba tan concentrada intentando descubrir si su idea era correcta que apenas se había percatado de su ausencia.

Al comenzar a subir las escaleras que daban acceso al primer piso se maldijo interiormente.

«¿Cómo he podido decirle que estaría en el aeropuerto en treinta minutos? ¿Quién podría llegar allí en treinta minutos?».

Por desgracia, ya se había comprometido, de modo que tenía que estar allí costase lo que costase.

Al llegar al segundo piso divisó enseguida la puerta del despacho que estaba buscando.

—¡Inspectores! —exclamó casi sin aliento.

Tanto Paccaud como Bingleau se levantaron sobresaltados al verle aparecer.

—¿Qué ocurre, señor?

Chavrier necesitaba unos segundos más para recuperarse.

—Nos vamos... Nos vamos a Roma ahora mismo.

Ambos se miraron asombrados. Hacía un par de horas que habían llevado a la profesora Margaux al encuentro de los otros dos profesores como él mismo les había ordenado. Ahora, sin embargo, eran ellos los que debían ir... ¿a Roma?

Sin hacer una sola pregunta, los dos siguieron al comisario que salió de nuevo corriendo hacia las mismas escaleras que acababa de subir.

—¿Alguno de ustedes lleva las llaves de algún coche? —preguntó en voz alta desde varios escalones más abajo de donde se encontraban los inspectores.

—¡Yo, señor! —respondió Paccaud—. ¡Segundo sótano!

Chavrier maldijo interiormente.

«Más escaleras no, por favor».

—Señor —preguntó Bingleau con precaución—, ¿cómo es que tenemos que ir nosotros a Roma ahora?

El comisario esperó a que ambos accedieran a la planta del aparcamiento en la que él se encontraba.

—¿Dónde está su coche, inspector? —preguntó.

Sin contestar, Paccaud caminó rápidamente a donde tenía aparcado su vehículo.

—Tenemos que ir a Roma —le respondió finalmente— porque los profesores creen que los secuestradores de los ministros así lo quieren.

Mientras terminaba de informales de lo que había sucedido, los tres se subieron al vehículo.

—¿A dónde vamos, señor? —preguntó el inspector.

—Al Charles de Gaulle —respondió consultando su reloj—. Y tiene que llegar en menos de veintitrés minutos, así que le recomiendo que encienda la sirena y haga lo que sea necesario pero tenemos que llegar exactamente a esa hora.

Tan rápido como era posible Paccaud salió del aparcamiento y accedió a Rue la Fayette. Sabía que lo más complicado sería sortear el tráfico del centro de la ciudad. Una vez que consiguieran incorporarse a la autopista llegarían sin problema.

—¿Y qué ha ocurrido en Londres para que los profesores quieran que vayamos a Roma?

Bingleau sentía que estaba haciendo más preguntas de las que el carácter de Chavier podría soportar en ese momento. Sin embargo, le resultaba algo tan increíble que necesitaba saciar su curiosidad.

—Ya ha aparecido el primer ministro —respondió en tono serio—, y parece que ha sido objeto de un nivel de violencia similar al que vimos en los cuerpos de la Asamblea y del Panteón.

Ninguno de los inspectores se atrevió a hacer comentarios al respecto.

—Según la profesora —continuó— la manera en la que han asesinado a ese hombre, unido al lugar en el que encontraron el cuerpo, es una señal que nos dirige a una iglesia de Roma donde están representadas el tipo de torturas como la que le han hecho a su ministro.

A Paccaud no le pasó inadvertido el *nos dirige* empleado por Chavier y que les implicaba directamente en una investigación que se estaba desarrollando en otra ciudad a miles de kilómetros de distancia. Antes de hacer la pregunta que tenía en su cabeza, aceleró al máximo para poder girar a Rue du Faubourg Saint-Denis antes de que se cerrase el semáforo.

—¿Y cómo vamos a poder ayudarles desde esa iglesia? —preguntó extrañado.

—Para ser sincero, no puedo decirle que yo tenga idea de cómo vamos a hacerlo. Solo sé que ella está convencida de que los secuestradores nos están indicando esa iglesia y que yo le prometí al comisario Godwin que haría todo lo que estuviese en mi mano para ayudarles. De modo que sencillamente tenemos que ir allí y ver qué es lo que nos encontramos.

Capítulo 21

El centro de operaciones de la policía situado en el piso -1 del edificio New Scotland Yard es un lugar altamente secreto al que ningún civil ajeno al cuerpo o a la Agencia Europea de Inteligencia puede acceder. Tan solo dos años antes, con motivo de la inauguración de las nuevas instalaciones, se había permitido el acceso de dos medios de comunicación debidamente acreditados que acompañaban al ministro de Interior, Jack Brown, en la protocolaria y obligada puesta de largo. Por tanto, hasta ese momento, los profesores eran las únicas personas que conocían uno de los lugares más secretos de la policía británica.

—De modo que no piensan obtener en esa iglesia tanta información como creían ¿verdad? —preguntó Bailey.

—No, señor. Lo único que hemos dicho desde el primer momento, yo la primera, es que por alguna razón los secuestradores quieren que vayamos a la iglesia de San Estefano Rotondo donde están las pinturas de esos martirios. Nada más.

—Lo que parece claro —opinó Milanelli— es que hay algo en toda esta historia que se nos está escapando ya que es imposible que conocer el paradero de sus ministros dependa exclusivamente de lo que Chavrier pueda encontrar en Roma.

—¡A eso me refiero! —exclamó Bailey.

—Hasta donde yo he entendido —dijo Campbell percibiendo el modo en que les estaba criticando injustamente—, ustedes tampoco han encontrado nada que pueda ayudarnos ¿o sí?

—No hemos encontrado nada aún —contestó Shahi—, aunque solo es cuestión de tiempo que lo hagamos, profesor.

Godwin seguía confiando en que los profesores serían quienes podrían sacarles del callejón sin salida en el que aparentemente estaban metidos, de modo que lejos de incentivar la crítica que estaba vertiendo sobre ellos Bailey, intentó animarles a encontrar una solución a su problema.

—Estoy seguro de que con el trabajo de todos nosotros al final conseguiremos descubrir qué se nos está escapando como usted dice, profesor —dijo dirigiéndose a Milanelli—. Entre tanto, me gustaría que me dijeran si la situación en la que nos encontramos es similar en algún modo a alguna otra que hayan vivido en París la noche anterior.

Campbell tenía la sensación de saber a qué se estaba refiriendo.

—¿Respecto a no saber muy bien qué hacer, comisario?

—Sí, exacto —respondió.

—Bueno, en realidad no es que nos encontráramos una única vez en una situación como esta, sino que más bien fue la nota predominante de la noche.

Bailey mostró su sorpresa con una llamativa mueca.

—Sí, no me miré así, señor. Es cierto que la búsqueda de Deneux tuvo un final feliz, pero en varias ocasiones a lo largo de la noche he de reconocer que estuvimos

bastante perdidos respecto a qué hacer o a dónde dirigirnos.

—Como ahora mismo —comentó con doble sentido Shahi.

A Campbell no le quedó otra que aceptar que tenía razón.

—Sí, así es.

—Y cuando se encontraron en esas situaciones ¿cómo descubrieron finalmente el modo de seguir adelante? —preguntó Godwin.

—En todos ellos —respondió Margaux— fueron los propios secuestradores los que se ocuparon de darnos algún tipo de indicación para poder saber qué hacer a continuación, comisario.

—¿Como cuál? —preguntó con curiosidad la agente Shahi.

—Por ejemplo —contestó rápidamente Milanelli— en el momento en el que dejó de funcionar el aire acondicionado de una de las salas del Louvre. Estoy seguro que conoce perfectamente la historia.

Shahi agachó la cabeza ligeramente avergonzada. Su pregunta, efectivamente, era más una trampa para los profesores que una duda real ya que, como se acababa de ocupar de decir bien alto Milanelli, conocía de sobra hasta el más mínimo detalle de lo que había ocurrido en París.

—Es decir que siempre que se encontraron en una situación como la nuestra actual los secuestradores simplemente se pusieron en contacto con ustedes ¿no es así?

—Básicamente, sí —contestó Margaux—. Aunque suene sencillo, así fue.

—¿Y por qué ahora no ocurre lo mismo? —preguntó Bailey.

—Bueno, señor, como estoy seguro que sabrá, nuestra noche en París tuvo como eje central el museo del Louvre ya que allí fue donde encontramos las indicaciones que necesitábamos para ir a la Asamblea Nacional, al Panteón y a la basílica del Sagrado Corazón en último lugar. Y como también estoy seguro que sabrá, estábamos convencidos de que, de alguna manera, los secuestradores habían pirateado su sistema de seguridad y por tanto podían vernos a través de las cámaras colocadas a lo largo y ancho de todo el museo. A partir de ahí, creo que simplemente esperaron el momento apropiado para hacer saltar la alarma de la sala 77 o para detener el sistema de aire acondicionado de la sala 14, como les dijo antes Milanelli, para que consiguiésemos saber por dónde seguir buscando a Deneux.

Godwin deseó interiormente que aquellas «ayudas» ya les hubiesen ocurrido también a ellos en ese momento.

—¿Y por qué ahora no podemos contar con que ocurra algo similar? —preguntó.

—Muy sencillo, comisario —respondió Campbell—. Porque, o controlan el sistema de seguridad que tienen ustedes aquí, o no creo que tengan la menor idea de qué es lo que estamos haciendo.

—Esa opción puede tener por seguro que está completamente descartada —afirmó con rotundidad Bailey.

—Por eso mismo, señor —dijo Margaux—. En esta ocasión no saben lo que estamos haciendo. Es posible que ni siquiera sepan dónde nos encontramos por lo que

no tienen manera de hacer algo similar a lo que vivimos en el Louvre.

Shahi desvió su mirada un instante para observar la última imagen que aparecía proyectada en la pantalla.

—¿Es por eso que creen que encontraremos muertos a todos los ministros?

La crudeza de sus palabras hizo que Campbell reflexionara por un momento lo que efectivamente ellos mismos habían afirmado con anterioridad.

—Dicho de esa manera suena...

—Suena a realidad —le interrumpió Bailey—. Si no tenemos manera de saber qué hacer salvo esperar a que Chavier llegue a esa iglesia de Roma no creo que la esperanza de salir con vida de esta situación para el resto de ellos sea mayor que la que tenía Tilden ¿no le parece?

En ese momento, el teléfono de la sala comenzó a sonar.

—¿Quién demonios sabe que estamos aquí? —preguntó Godwin sobresaltado.

—Nadie, señor —respondió Shahi sin vacilar.

En silencio, el comisario caminó unos pasos hasta el lugar donde se encontraba, dejó que sonara un par de veces más y, a continuación, contestó la llamada.

Capítulo 22

Con las manos entrelazadas encima de su cabeza y apoyada de manera poco ortodoxa en el respaldo de su silla, Eugene miraba con una enorme sonrisa la imagen que tenía en la pantalla de su ordenador. Lo que le había dicho minutos antes al comisario Chavrier había resultado ser cierto. La búsqueda de casi veinte minutos que había puesto en marcha había dado, por fin, sus frutos. El ordenador mostraba en pantalla dos registros, uno por cada modificación que se había hecho en la base de datos de la Interpol. La base de datos civil y la criminal no habían devuelto ningún resultado por lo que ya había llegado hacía varias horas a la conclusión de que las dos personas del Louvre no podían ser francesas.

«Ya que no han necesitado borrar sus identidades».

A pesar de que la primera mitad del trabajo ya estaba hecha, lo que tenía por delante era la parte más difícil de todas. Ahora debía saber desde dónde se habían infiltrado en esa base datos. Si conseguía descubrirlo, todo lo que había hecho la noche anterior quedaría reducido a un trabajo de aficionado. Encontrar a la persona que había conseguido acceder a una de las bases de datos más seguras y protegidas del mundo le producía una excitación difícilmente explicable. Se trataba de una lucha de igual a igual con aquella misteriosa persona y, desde luego, tenía muy claro que sería ella quien acabaría venciendo.

Capítulo 23

El guardia de seguridad encargado de permitir la entrada de vehículos a la pista privada del Aeropuerto de París-Charles de Gaulle comprobaba desde su ordenador las identidades de aquellas tres personas que tenía delante de él. A pesar de que según aparecía en sus identificaciones los tres eran miembros de la policía francesa, las normas de seguridad del aeropuerto eran muy claras al respecto. La identidad de cualquier persona que quisiera acceder a esa pista debía ser estrictamente comprobada.

Chavrier desde el coche maldecía el tiempo que les estaba haciendo perder aquel hombre. Quedaban exactamente dos minutos para que se cumpliera el plazo que había acordado con Godwin y desde luego no estaba dispuesto a faltar a su palabra. No ahora que podía ver en la distancia el avión que debía trasladarles a Roma.

—¿Hay algún problema? —preguntó Paccaud viendo el retraso del guardia.

—No, señor, ninguno. Es un proceso rutinario.

El inspector resopló intentando mantener la compostura y rezando para que el comisario no terminara por perder la suya.

—Todo en orden —dijo finalmente devolviéndoles las identificaciones a cada uno de ellos.

Tan pronto como se elevó mínimamente la barrera que les impedía el paso, Paccaud pisó fuertemente el acelerador. En la pista de despegue, un avión les esperaba ya con la escalera bajada mientras un hombre con gafas de sol miraba nervioso su reloj.

Al llegar justo delante, una segunda persona salió del interior y bajó rápidamente las escaleras.

—Comisario Chavrier ¿verdad? —preguntó.

—Sí, el mismo —afirmó en voz alta.

—Bien, señor, yo me ocuparé de su vehículo. El capitán les llevará hasta Roma. Tenemos órdenes expresas de que deben llegar allí lo antes posible.

El hombre al cual se refería aquella persona, y que segundos antes consultaba nervioso su reloj, ya había desaparecido en el interior del avión y había puesto sus motores en marcha.

—¡Perfecto! —exclamó Chavrier justo antes de subir al avión.

Una vez dentro, los tres comprobaron cómo tan solo ellos y el piloto conformaban el pasaje de aquel vuelo. Sin tiempo para tomar asiento y abrocharse los cinturones de seguridad, el avión comenzó a moverse al tiempo que la voz ronca del piloto comenzó a escucharse a través de los altavoces.

—Buenas tardes, caballeros. Nos dirigimos al Aeropuerto de Roma-Ciampino. Ese aeropuerto es el más cercano a la iglesia de San Estefano Rotondo de los dos que hay en la ciudad.

El comisario se sorprendió de que el piloto conociese cuál era su destino.

—Como podrán comprobar en el plano que tienen sobre la mesa, desde el propio aeropuerto simplemente necesitarán coger Via Appia Nuova y adentrarse en la ciudad hasta que lleguen a la Piazza dei Re di Roma. Una vez en ella, deberán acceder a Via Cerveteri y continuar por Via Gallia. Recuerden que la iglesia de San Estefano Rotondo está muy cerca del Coliseo, de modo que si en algún momento se pierden les recomiendo que busquen las indicaciones para llegar a este.

Los tres miraban el plano intentando seguir las instrucciones que el piloto les estaba dando. Bingleau, por su parte, tenía serias dudas de si darles tales instrucciones a la vez que despegaban no sería una importante distracción para él.

—Una vez que lleguen al final de Via Gallia no tendrán más que continuar todo recto en el cruce que encontrarán para finalizar su trayecto por Via della Navicella. Allí, verán a su derecha la iglesia de San Estefano Rotondo.

—Dicho así parece sencillo —comentó en voz baja Paccaud.

—Respecto al trayecto —continuó el piloto—, el vuelo a Roma debería ser de unas dos horas. Sin embargo, dadas las instrucciones que he recibido, intentaremos llegar en aproximadamente una hora y media. Una vez allí, si utilizan todas las medidas que sean necesarias, podrán llegar en unos quince minutos hasta su destino.

Chavrier percibió la diferencia que sin duda existía entre la misión que tenían por delante y lo que habían vivido la última noche. Claramente, ese comentario de «todas las medidas necesarias» no llevaba implícito hacer las cosas con discreción.

Capítulo 24

Al colgar el teléfono, un brillo especial en su mirada denotaba que había recibido una buena noticia. Tras cogerlo segundos antes, la persona que hacía la llamada le había pedido conocer con quién estaba hablando.

—El comisario Godwin —había contestado ofendido con tono autoritario.

Después de eso, las noticias recibidas habían hecho que rápidamente se hubiese olvidado de aquella falta de respeto.

—Creo que ya hemos encontrado lo que estábamos buscando, profesores —les dijo sin más explicaciones.

—¿La información que nos faltaba? —preguntó Campbell sorprendido.

—Sí, profesor.

La excitación y el nerviosismo por ese nuevo descubrimiento se mezclaban a partes iguales en el corazón de Godwin aunque su cargo y su posición en la investigación que él mismo dirigía le obligaban a mantener la compostura en todo momento. Si efectivamente habían dado con ese *algo* sobre el que tanto insistían los profesores, quizá estarían mucho más cerca de encontrar al resto de ministros con vida.

—¿Cómo...? —alcanzó a decir Shahi.

—Los forenses, agente. Me temo que no inspeccionamos el cuerpo de Tilden tan bien como creíamos.

Bloqueados por aquella misteriosa respuesta, ninguno de los profesores supo qué contestar. Si efectivamente había algo en aquel cuerpo que no hubiesen sido capaces de descubrir no les cabía la menor duda de que, con aquel error, les costaría mucho más que confiaran en las recomendaciones que les diesen a partir de ese momento.

—Apague esa grabación —le ordenó el comisario a Shahi—. Usted bajará con nosotros hasta el laboratorio forense. Quiero que también vea en persona lo que me acaban de decir por teléfono.

El modo enigmático con el que se expresaba estaba consiguiendo el efecto que tal vez buscaba.

—Pero ¿qué han encontrado? —preguntó Campbell siguiendo al comisario que, sin decir ni una palabra más, acababa de salir de aquella sala.

Durante unos segundos, este se mantuvo en silencio mientras todos le seguían.

—Enseguida lo verá, profesor. Creo que es mejor que lo vean directamente.

Al fondo del pasillo, Margaux divisó unas puertas similares a las de los quirófanos de los hospitales.

«El laboratorio forense».

Nadie dijo una palabra en los metros siguientes. Al entrar, el ruido de sus pisadas se asemejaba al de una marabunta en medio de un lugar tan silencioso. En aquel laboratorio se encontraba en ese momento tan solo una persona que a su llegada se estaba acabando de lavar las manos.

—Buenas noches, señor —le saludó el forense consciente del error que había cometido al no reconocer su voz por teléfono.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó con frialdad el comisario.

Sin perder un instante, el forense se secó las manos con un poco de papel y se dirigió hasta el primero de los tres cuerpos que se encontraban cubiertos con una fina tela blanca.

—Aquí, señor.

Todos se dispusieron de manera ordenada en torno a aquella mesa. El deseo de saber qué habían dejado los secuestradores en aquel hombre ardía en el ánimo de los profesores.

—Debo reconocer que nunca había visto nada igual, señor. Ni siquiera sé cómo alguien ha podido hacer algo semejante —dijo antes de descubrir el cuerpo.

Al levantar la sábana los seis pudieron comprobar cómo efectivamente lo que estaban viendo delante, a escasos centímetros de distancia, era tan increíble como solo podría serlo algo hecho por los secuestradores. El cuerpo de Tilden se encontraba boca abajo completamente limpio. Ya no había ni una gota de sangre y todas las heridas habían sido cuidadosamente cosidas. En la parte central de su espalda y justo a la altura de la nuca aparecían, sin embargo, tres palabras escritas en latín.

—¿Cómo demonios se nos ha podido escapar algo como esto?! —maldijo Bailey furioso.

—Es imposible que ustedes lo hubiesen visto, señor —respondió el forense.

—¿A qué se refiere? —le preguntó sin rebajar su enfado.

—Este texto que ven no estaba aquí cuando llegó el cuerpo al laboratorio.

Margaux retrocedió un paso al escuchar aquellas palabras.

—¿No estará insinuando que alguien de la policía ha podido hacerle esto? —preguntó Godwin visiblemente enojado.

—No, por supuesto que no, señor. Lo que digo es que ustedes no pudieron verlo porque cuando lavamos el cuerpo para eliminar toda la sangre y coser las heridas estas palabras no estaban ahí.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Shahi poniendo en duda algo que parecía imposible.

—Completamente.

—Entonces ¿cuándo han aparecido? —preguntó Milanelli.

El forense agradeció que, por fin, alguien le hiciese una pregunta que no cuestionara su trabajo.

—Ha sido al empezar a limpiar el cuerpo con alcohol cuando han aparecido.

—Como en el cuadro de *La consagración de Napoleón...* —dijo Campbell fascinado.

Bailey le miró sin comprender.

—¿A qué se refiere, profesor?

—Al cuadro de *La consagración de Napoleón*, señor. Fue el segundo que los secuestradores de Deneux nos indicaron en el Louvre.

—Sí, eso ya lo sé —respondió interrumpiéndole.

—Pues también sabrá que en él escribieron una fórmula matemática que estaba oculta a la vista.

—¿Igual que estas palabras? —preguntó Shahi.

—Exacto. Y en esa ocasión tuvimos que usar una lámpara especial que está desarrollando la policía francesa para poder verla y saber qué era lo que nos estaban queriendo decir con ella.

—Por tanto para usted esto es lo que decían que les faltaba ¿verdad? —preguntó Bailey.

—Totalmente, señor.

Margaux se acercó para intentar leer lo que ponían aquellas tres palabras.

—¿Puede decirnos qué significado tienen, profesora?

—Sí, señor —respondió sin dudar—. Aunque tengo la sensación de que sea lo que sea está incompleto.

Campbell temió por un momento que de nuevo tuviesen ante ellos solo una parte de la información, al igual que les había ocurrido en París con los números que iban encontrando en los diferentes cadáveres.

—Efectivamente, es muy posible que esté incompleto, señorita —respondió el forense—, ya que les he avisado en cuanto vi que aparecían las primeras palabras.

—En ese caso, necesitamos ver hasta dónde llega para intentar comprender cuál es su significado —le respondió observando el resto de la espalda de Tilden.

Godwin no necesitó decir una palabra. Su mirada era lo suficientemente elocuente. El forense se acercó hasta una mesa a coger un bote de alcohol y un poco de algodón para descubrir el resto del texto que permanecía oculto.

—Ni quiera es necesario hacerlo con mucho cuidado —dijo comenzando a humedecer la piel con el algodón empapado en alcohol—. No sé cómo habrán podido hacer esto pero una vez que las letras aparecen ya no se borran.

Lentamente, Margaux fue leyendo en su interior cada nueva palabra que iba apareciendo. Cuando finalizó, el texto cubría prácticamente toda su espalda.

*Sors salutis
et virtutis
michi nunc contraria,
est affectus
et defectus
semper in angaria.
Hac in hora
sine mora
corde pulsum tangite;*

*quod per sortem
sternit fortem,
mecum omnes plangite!*

—Creo que esto es todo —dijo el forense pasando el algodón de manera rápida por las escasas zonas que habían quedado sin humedecer.

—Sin duda —contestó convencida—. No creo que haga falta seguir buscando. Esto es precisamente lo que necesitábamos, comisario.

Godwin no pudo disimular su alegría.

—Entonces ¿sabe lo que pone ahí? —le preguntó señalando el texto.

—Sí, señor. Y usted también. De hecho, no solo usted sino todos nosotros lo sabemos porque este texto es muy conocido. Lo que ocurre es que posiblemente nunca lo haya visto escrito antes sino que lo habrá escuchado.

Campbell mostró su sorpresa al oírle decir eso.

—Es la parte final del poema *O Fortuna* —le aclaró Margaux con una sonrisa.

El profesor se llevó ambas manos a la cabeza. Si en verdad no entendía lo que estaba allí escrito, sí que conocía la versión musical del poema al que hacía referencia la profesora.

—¿Y dice algo acerca de dónde pueden estar los ministros? —preguntó Bailey.

—Eso me temo que no, señor. Creo que este mensaje es similar al que los secuestradores dejaron en los cuerpos que encontramos en la Asamblea y en el Panteón.

—Se refiere a las hojas de los libros de Platón y Aristóteles ¿no es así? —le preguntó Shahi.

Margaux la miró y asintió con sutileza.

—¿Podría, por favor, traducirnos lo que dice? —preguntó Godwin.

La profesora se desplazó ligeramente para leer con más claridad.

La Suerte en la salud
y en la virtud
está contra mí,
me empuja
y me lastra,
siempre esclavizado.
En esta hora,
sin tardanza,
toca las cuerdas vibrantes,
porque la Suerte
derriba al fuerte,
¡llorad todos conmigo!

—¿Y eso qué demonios tiene que ver con los ministros desaparecidos? —preguntó Bailey tras permanecer todos en silencio unos segundos.

—No mucho a decir verdad —reconoció Milanelli—. Pero le aseguro que se equivoca si pretende que los secuestradores nos indiquen de una manera simple y directa dónde se encuentran. En mi opinión, descubriendo este texto hemos dado un paso gigante. Hasta hace unos pocos minutos nos encontrábamos en un callejón sin salida, sencillamente. Recuerde que usted mismo dijo antes que no podíamos limitarnos a sentarnos y esperar a que Chavrier llegase a Roma.

—Pero ¿cómo piensan relacionar esto con lo que ha ocurrido aquí? —preguntó Shahi.

—La cuestión no es cómo relacionarlo, agente —respondió Campbell—, sino tratar de entender por qué han elegido este texto y por qué lo han dejado en la espalda de este hombre en particular.

—Bien —dijo Godwin—. Y en ese caso ¿cuál es su teoría?

El profesor se quedó en silencio sin poder responder a esa pregunta.

—En mi opinión —contestó Milanelli—, lo más lógico sería que empecemos averiguando todo lo que podamos acerca de este poema a ver si de esa manera conseguimos encontrar algún punto de unión con este caso.

—Eso no será necesario —le contradijo Margaux—. *O Fortuna* es un poema medieval del siglo XIII dedicado a Fortuna, la diosa romana de la suerte.

—¿Y cómo puede ayudarnos eso en nuestro problema, profesora?

Antes de responderle, dedicó unos segundos a buscar las palabras adecuadas.

—Creo, señor, que en este punto debemos intentar descubrir si es el texto en sí mismo el que nos llevará a descubrir dónde se encuentra, por lo menos, el siguiente ministro que tienen pensado asesinar, o si por el contrario, es algo relacionado con él lo que nos permitirá saberlo. Y, además, estoy segura de que para conseguirlo el espectacular dispositivo que tienen en la otra sala puede servirnos de gran ayuda.

Capítulo 25

Cogidos de la mano, una joven pareja de recién casados paseaba tranquilamente a su golden retriever por las inmediaciones de Gresham Street. A pesar de que Londres es una ciudad con enormes zonas verdes para disfrutar y abstraerse del estrés que provoca la aglomeración de turistas, la City es, sin duda, la parte de la ciudad menos indicada para salir de paseo con un perro. Precisamente por eso, tenían la costumbre de acercarse casi todos los días hasta la plaza del Guildhall para que pudiera correr a sus anchas sin molestar a nadie. Desde hacía unos días aquel edificio se encontraba, además, cerrado por lo que la plaza estaba completamente vacía en esos momentos.

Como era costumbre, cada uno de ellos se situó en un extremo diferente de la plaza y comenzaron a lanzarse la pelota ante la atenta mirada de su golden que corría como una exhalación de un extremo a otro intentando recuperar la pelota antes de que sus dueños la cogieran.

En uno de esos lanzamientos, el perro la golpeó en el aire haciendo que esta saliera despedida hacia la propia puerta del Guildhall. Rápidamente corrió a cogerla, sin embargo, al acercarse se detuvo súbitamente con la pelota tan solo a unos metros.

—¡Cógela, Leo! —gritó el chico desde la distancia.

Asustado, el perro comenzó a ladrar. Quería acercarse pero había algo que se lo impedía.

—Leo, vamos ¡coge la pelota!

Al ver que su nerviosismo aumentaba, la chica se acercó apresuradamente para poder continuar jugando. A medida que se aproximaba se dio cuenta de que había un olor extraño. El perro, al verla acercarse, multiplicó sus ladridos saltando y corriendo en círculos alrededor de ella. Al llegar hasta la puerta observó, además, cómo una pequeña columna de humo salía débilmente por la única la ventana que se veía abierta en aquella fachada. Lo que escuchó en el interior la dejó paralizada.

Capítulo 26

Los acertijos nunca habían sido del gusto del comisario Godwin. Ya en sus primeros años en la academia siempre había cumplido a regañadientes con las pruebas mentales a las que se les sometía. En su opinión, aquello no tenía nada que ver con llegar a ser un buen policía. Nunca había entendido cómo ser capaz de descubrir qué letra se escondía tras figuras de formas extrañas o unir sin equivocarse ni una sola vez dos puntos separados entre sí por un enorme laberinto, le podían ayudar a mejorar sus aptitudes mentales. Él, a diferencia de la mayoría de sus compañeros de promoción, siempre había confiado mucho más en su instinto. A su juicio, la mente siempre se puede ver condicionada por el entorno que le rodea, o incluso en ocasiones por sus propios recuerdos, mientras que el instinto es una herramienta primitiva exenta de distracciones y que, además, en sus años de profesión nunca le había fallado.

—Sea lo que sea lo que este texto pueda significar, les recuerdo que nuestra prioridad absoluta es encontrar al resto de ministros —les dijo—. Ahora mismo tenemos a uno muerto y cinco desaparecidos por lo que es esencial que avancemos en nuestra investigación.

Margaux miró de nuevo la espalda de Tilden.

—Como le acabo de decir —respondió—, creo que el paso que deberíamos dar en este momento es descubrir si, de algún modo que ignoro, este poema está relacionado con Londres o con algún lugar en concreto de esta ciudad. Si fuese así, sin duda sería el lugar indicado al que los secuestradores nos estarían indicando que debemos dirigirnos.

—¿Y en ese lugar estarían los ministros? —preguntó Bailey.

—Lo que nos indicaría, señor —contestó Campbell—, sería el lugar al que quieren que nos dirijamos en este momento. Si encontrásemos a alguno de sus ministros, o no, es imposible saberlo hasta que no lleguemos allí.

—¿Qué sentido tendría, sino? —preguntó algo contrariado.

—Bueno, quizá sencillamente puede ser un paso más en nuestra búsqueda, de una manera similar a lo que vimos en el hemiciclo de la Asamblea Nacional, por ejemplo —propuso la profesora.

Godwin observó durante unos segundos el cuerpo del ministro. No quería imaginarse, ni por un momento, que los otros cinco pudiesen tener un final parecido.

—¿Podemos afirmar que ya no existe nada más en este cuerpo que debemos descubrir?

El forense sintió que aquella pregunta iba directamente dirigida a él.

—Creo que sí, señor. Como les dije antes, les avise en cuanto las primeras palabras comenzaron a aparecer en su espalda. El resto del cuerpo, no obstante, ya está completamente limpio y, como ven, no ha aparecido nada más.

—Bien —respondió—. En ese caso, creo que ya hemos terminado aquí nuestro

trabajo. Debemos volver a la sala para descubrir todo lo que sepamos sobre ese poema si les parece, profesores.

Los tres afirmaron levemente con la cabeza. La sensación de todos ellos era que con ese texto ya habían encontrado todo lo que los secuestradores les habían dejado y ahora era su responsabilidad entender qué querían decirles con ello exactamente.

Entendiendo su conformidad, Godwin comenzó a recorrer el camino que les llevaría de regreso a la sala donde habían estado minutos antes. Al pasar por el centro de vigilancia observó atentamente cómo todas las pantallas mostraban planos diferentes de la ciudad y cómo sus compañeros se afanaban en estudiar cada detalle que aparecía en aquellas grabaciones.

«Tenemos que encontrar algo tarde o temprano».

Resignado al ver que el enorme trabajo que estaban haciendo no había dado ningún fruto todavía, abrió la puerta de la sala de reuniones cediendo el paso a los profesores y a sus compañeros Bailey y Shahi. Cuando todos se encontraron dentro observó por última vez desde la distancia las pantallas del centro de vigilancia. Si aquellas personas no habían conseguido encontrar nada quizá los profesores lo harían. Al fin y al cabo, esa se supone que era la razón por la que se encontraban allí.

Sin decir una palabra, la agente Shahi se acercó hasta su ordenador y proyectó sobre la misma pantalla en la que habían estado trabajando anteriormente la imagen que se veía en su ordenador.

—Según han dicho —comenzó— el primer paso es encontrar toda la información que podamos acerca de ese poema.

Al tiempo que hablaba, los profesores observaron cómo abría un explorador de Internet y escribía el texto «poema *O Fortuna*» en la barra del buscador. Al cargarse los resultados, abrió el primero de ellos.

—Ahí lo tienen, profesores —les indicó.

Milanelli se levantó al igual que había hecho la primera vez y comenzó a leer entrecortadamente el texto que todos estaban viendo en la pantalla.

—Efectivamente, esto es lo mismo que nos leyó antes la profesora en el laboratorio forense —reconoció al terminar.

—¿Podría, por favor, seleccionar la parte en la que aparece el texto completo del poema? —le preguntó Campbell seguro de que en aquel resultado no había nada nuevo que pudiera serles de ayuda.

Shahi hizo lo que le pedía el profesor.

—Como ven —dijo Margaux al aparecer la nueva imagen en pantalla— este poema consta de tres estrofas de las cuales los secuestradores han elegido la última.

—Eso tendrá algún significado ¿no le parece? —preguntó Godwin.

La profesora dudó un instante.

—No estoy segura de eso, señor.

—Pero sería lo más razonable —le contradujo Campbell sin comprender muy bien aquella respuesta.

Margaux le miró y le dedicó una sonrisa entendiendo su confusión.

—¿Sería posible que escucháramos la versión musical de este poema? —le preguntó a Shahi.

Sin contestar, la agente tecleó rápidamente lo que la profesora le estaba pidiendo.

—¡Perfecto! —exclamó en voz baja viendo los resultados de la búsqueda—. ¿Podría ahora volver a poner en pantalla el poema completo para que puedan seguir la letra a la vez que lo escuchan y así poder entender a lo que me refiero?

De nuevo, sin contestar, hizo lo que le pedía.

—¿Qué pretende, profesora? —preguntó Bailey.

Margaux levantó la mano justo cuando la música comenzó a sonar.

—Escuchen —dijo en voz baja.

Tal como había dicho al descubrirlo en la espalda de Tilden, en efecto, para la mayoría de las personas, el poema *O Fortuna* es conocido por la versión musical que el músico Carl Orff realizó en 1936. Desde entonces, la fuerza que transmite dicha versión ha hecho que haya sido ampliamente utilizada en multitud de ocasiones para ambientar películas de terror en las que se evoca la figura del exorcismo o del diablo.

En silencio, todos la escucharon siguiendo la petición de la profesora. La suavidad con la que se desarrollaban las dos primeras estrofas contrastaba completamente con la fuerza que transmitía la que los secuestradores habían elegido.

—¿Entienden ahora a lo que me refiero? —preguntó Margaux al finalizar.

Godwin se mantuvo unos instantes con la mirada fija en la pantalla, seguro de haber sentido justo lo que la profesora buscaba.

—Por eso les digo —prosiguió al ver que ninguno decía nada— que tal vez no sea tanto el significado que tenga el texto de la parte elegida como su representación.

—Desde luego es imponente —reconoció Milanelli.

—En esencia —reconoció Margaux— no creo que haya una gran diferencia entre lo que dice una estrofa u otra, pero como acaban de escuchar, sí que pueden considerarse muy diferentes.

—En ese caso ¿qué sentido tendría? —preguntó Shahi.

La profesora era muy consciente de que ni ella misma tenía la respuesta a aquella pregunta.

—¿Qué ha sentido al escuchar la última estrofa?

Shahi volvió su vista a la pantalla antes de contestar.

—Miedo, para ser sincera —respondió.

Margaux sonrió.

—Eso es exactamente a lo que me refiero. Es posible que en esta ocasión los secuestradores hayan elegido este párrafo, de entre los tres que componen el poema, precisamente por lo que transmite esta versión musical y no tanto por lo que dice su letra.

Milanelli estaba de acuerdo con la profesora.

—Esa podría ser una buena razón. No hay duda de que lo que le han hecho a

Tildden es algo realmente desagradable y, a diferencia de lo que ocurrió en París, todo parece indicar que su intención no es permitirnos que encontremos a sus ministros con vida.

—Por tanto, según su opinión, el objetivo de haber dejado esto en la espalda de Tildden ¿es...? —preguntó Godwin dejando el final en el aire.

—Asustarnos, señor —contestó Campbell—. Darnos un toque de atención. Mostrarnos de qué son capaces y qué es lo que tienen pensado hacer.

Al comisario le vinieron a la mente las imágenes de lo visto en el Royal Albert Hall.

—Y, sobre todo —añadió Milanelli—, dejarnos claro que esto no va a ser como lo ocurrido en París. Aquí no vamos a buscar a unos ministros que han sido secuestrados. Aquí lo que vamos a llevar a cabo es una búsqueda desesperada para intentar evitar la matanza que tienen pensado hacer con ellos.

Capítulo 27

Eugene observaba sorprendida el mapa que se estaba dibujando en la pantalla de su ordenador. Tras descubrir que habían sido eliminadas dos identidades de la base de datos de la Interpol como ella le había sugerido al comisario Chavrier, se había puesto manos a la obra con el objetivo de descubrir quién había sido el autor de aquella violación de su sistema de seguridad y, si fuese posible, recuperar también aquellas dos identidades.

«Me ganaría al comisario para siempre», pensó con una media sonrisa.

Para intentar descubrir el primero de los dos objetivos que se había propuesto, en primer lugar había ejecutado un algoritmo de búsqueda que, partiendo de las entradas que habían sido borradas, consiguiese llegar al origen de aquella intrusión.

«Así sabré desde dónde se ha hecho».

Sin embargo, esa idea que sobre el papel parecía sencilla, había derivado en lo que ahora mismo estaba observando en su pantalla. Idealmente, la ejecución de aquel algoritmo debería unir, de una manera más o menos rápida, los dos puntos que estaba buscando. El punto de destino, la base de datos de la Interpol, era conocido y fijo en el mapa del mundo que aparecía en la pantalla, ahora el sistema debía marcarle desde dónde se había hecho la incursión. El problema para sus intereses, sin embargo, era que aquel algoritmo llevaba algo más de diez minutos marcando puntos aleatorios en diferentes partes del mundo tejiendo una especie de tela de araña irrastreable.

Con cada punto nuevo que se marcaba, Eugene sonreía un poco más.

—¿Con que quieres jugar sucio? Pues juguemos...

Capítulo 28

Godwin sintió como si una enorme lanza le atravesara el estómago al escuchar las palabras del profesor. No podía ser que los ministros estuviesen avocados a ser salvajemente torturados, uno por uno, mientras ellos eran incapaces de hacer algo por evitarlo.

—Pero *La Libertad guiando al pueblo* fue similar a esto y en esa ocasión ustedes sí que buscaron cuál era su significado.

En efecto, tal como decía la agente Shahi, en París Campbell había sido quien había interpretado la razón por la que los secuestradores de Deneux habían escogido aquel en concreto de entre todos los cuadros del Louvre. Por ello, sentía la responsabilidad de responder aquel comentario.

—Yo fui quien propuso que *La Libertad guiando al pueblo* nos indicaba que debíamos dirigirnos a la Asamblea Nacional, en efecto. Y es cierto, también, que lo que han hecho los secuestradores dejándonos ese texto podría señalarnos un punto de Londres. Sin embargo...

Las dudas que tenía no le permitieron acabar lo que estaba diciendo.

—Sin embargo —continuó Milanelli—, como les acabo de decir, tenemos que asumir que es muy probable que aquí todo aquello que nos dejen puede que no tenga el significado que tuvo en París. Para empezar, su intención no parece ser permitirnos que encontremos a esos ministros con vida a diferencia de lo que ocurrió con Deneux.

—Pero entenderá que no podemos quedarnos de brazos cruzados esperando ¿verdad?

La impotencia que sufría Shahi ante aquella situación no era menor que la del resto. Si bien aquella actitud no era, para Margaux, la mejor para intentar avanzar en el problema que tenían planteado.

—Que los secuestradores han podido elegir esta parte del poema *O Fortuna* por una razón diferente a la que yo les he planteado es sin duda una posibilidad. Y dado que ahora mismo no tenemos nada mejor en lo que apoyarnos, es cierto que podemos intentar descubrir si hay algo detrás de su historia que nos sirva de ayuda.

Godwin agradeció la comprensión de la profesora.

—Y en base a su conocimiento sobre el mismo ¿qué podría ayudarnos?

—Para empezar, no tiene ningún autor conocido —respondió echando un vistazo rápido a la pantalla donde aparecía proyectado—, lo cual le diferencia de los cuadros que vimos en el Louvre. Incluso de la fórmula que descubrimos en *La consagración de Napoleón*. Por lo que no tenemos nada que nos ayude por esa parte.

—Pero algo tiene que haber —opinó Bailey.

A pesar de que, en varios momentos durante la noche anterior, los profesores se habían encontrado en situaciones en las que no sabían por dónde debían continuar buscando a Deneux, en todas ellas los propios secuestradores se habían ocupado de indicarles el camino. Eso no parecía estar ocurriendo en esa ocasión, sin embargo.

—No lo sé, señor —reconoció desesperanzada—. *O Fortuna* es realmente parte de un conjunto de poemas que se recogen en una obra llamada *Carmina Burana* formada por poemas de los siglos XII y XIII.

—¿Y qué temas tratan? —le preguntó Milanelli intentando ayudarla.

—Esa obra se ordena en seis partes diferentes. Cada una con una temática propia como la religión, el amor o la moralidad.

—No parecen que haya nada interesante —opinó Godwin.

La profesora resopló suavemente. Lo que decía el comisario era incuestionable.

—Por eso antes les dije que posiblemente la intención de los secuestradores vaya más por la versión musical que sobre lo que dice o la obra bajo la cual se engloba.

A pesar de lo que habían sentido minutos antes cuando el forense lo había descubierto en el cuerpo de Tilden, ahora parecía que aquel texto no les aportaba ninguna información valiosa para conocer el paradero de los ministros. En opinión de Campbell, el efecto que había producido era más bien todo lo contrario ya que se trataba de un elemento nuevo que no eran capaces de entender.

Justo en ese momento, un pitido hizo que todos se sobresaltaran al mismo tiempo. Godwin dirigió inconscientemente su mirada al centro de vigilancia.

—¡Por fin! —exclamó antes de salir corriendo de la sala.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Campbell sorprendido.

—Ya empieza a dar fruto nuestro trabajo —le respondió Shahi orgullosa a la vez que salía también de la sala junto a Bailey.

Excitados ante la posibilidad de descubrir algo que pudiese ayudarles, los profesores siguieron a la agente hasta uno de los puestos de control. Allí, una pequeña luz roja parpadeante denotaba que había sido aquel policía quien había activado la alarma que acababan de escuchar. En la pantalla que tenían delante, cuatro cámaras mostraban desde diferentes ángulos la fachada de un edificio en el cual se agolpaban cada vez más y más personas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Godwin después de echar un rápido vistazo a las imágenes.

—El Guildhall, señor —contestó el policía—. Algo ha ocurrido que no para de llegar gente a la entrada.

Margaux miró a Campbell. Ninguno de los dos necesitó decir una palabra.

—¿No sabe qué es lo que ha ocurrido, entonces? —insistió Shahi.

—No —respondió incrédulo—. Sea lo que sea acaba de suceder hace unos segundos.

La agente se acercó a la pantalla para observar más detenidamente la imagen que mostraba una de las cuatro cámaras.

—Amplíe esta —le ordenó señalando una de ellas con la mano.

—¿Está saliendo humo del Guildhall? —preguntó Bailey asombrado.

La cara de Godwin mostraba su temor porque ahí dentro se encontrase el cuerpo de otro ministro.

—¿Por qué no tenemos a nadie ahí todavía?! —preguntó hecho una furia—. ¡Quiero a esa gente fuera de esa plaza ahora mismo!

—Ya están avisados, señor —respondió el policía deseando que apareciesen en pantalla cuanto antes.

—¡Fíjense en esas personas! —exclamó Margaux.

La imagen que señalaba la profesora era bastante elocuente. Las personas que estaban en la primera fila gesticulaban de manera muy expresiva. Incluso alguna de ellas se acercaba a la puerta para intentar acceder a su interior.

—¿Qué demonios...?

La confusión sobre lo que estaba ocurriendo realmente en aquella plaza tenía bloqueado por completo al comisario.

—Creo que hay alguien dentro —dijo Milanelli.

Shahi le miró aterrada.

—¿Cómo dice?

—Mire a esas personas —respondió decidido—. Están intentando entrar. Tienen que estar escuchando a alguien que está ahí dentro para querer entrar al interior de un edificio en llamas.

Margaux se llevó las manos a la cabeza.

—¡La hoguera! —exclamó asustada.

Todos la miraron deseando que no fuese lo que estaban pensando. La expresión que reflejaba el rostro de Godwin era de pavor.

—Ahí dentro está uno de los ministros ¿verdad?

Totalmente paralizada, no supo qué responderle. Estaban presenciando en directo la muerte de otro de los ministros sin poder hacer nada para remediarlo.

—La hoguera es uno de los martirios que aparecen en la iglesia de San Estefano Rotondo —contestó Campbell—. Tal como hemos visto antes en las imágenes.

—Entonces no hay duda —deslizó Bailey en voz baja observando la pantalla.

En ese momento, dos camiones de bomberos llegaron escoltados por varios coches de policía. Los agentes se bajaron rápidamente de sus vehículos y comenzaron a alejar a la gente de la entrada estableciendo un perímetro de seguridad. Los bomberos, por su parte, entraron con rapidez al interior del edificio tras forzar repetidas veces la puerta.

—¡Quiero saber qué está ocurriendo ahí dentro ahora!

El nerviosismo de Godwin era tal que ninguno de los profesores se atrevió a decir una palabra. A pesar de que en París el hombre que se habían encontrado en la basílica del Sagrado Corazón había muerto pocos segundos después de encontrarlo, lo que estaban presenciando en aquel momento era algo mucho más cruel.

El número de personas que llegaban a la plaza atraídos por la curiosidad era cada vez mayor lo cual, sin duda, iba en contra de los intereses de la investigación. Hasta ese momento, la desaparición de los ministros no había trascendido a la opinión pública. Ni siquiera la muerte del ministro Tilden.

—¡Lo tengo, señor! —dijo el policía que estaba en la mesa de al lado sosteniendo en su mano un teléfono.

Godwin lo cogió sin dudar.

—¿Quién está ahí?!

—Agente Nolan, señor —respondió una voz.

Campbell creyó reconocer en las imágenes al policía que estaba hablando con el comisario.

—¿Saben ya qué es lo que ha pasado ahí dentro?

El nerviosismo de Godwin era absoluto.

—Parece que ha habido un incendio provocado dentro del Guildhall, señor.

—¿Y sabe si hay alguien herido?

Los pocos segundos que tardó en responder parecieron eternos.

—Se escuchan gritos, señor.

Margaux cogió la mano de Campbell. Por un momento sentía que no podía continuar escuchando lo que sabía que acabaría por decirles aquel hombre.

—Quiero que entre y que me diga exactamente cuántas personas hay ahí dentro ¿entendido?

—Señor, el humo...

—¿Es que no me ha entendido?! —gritó furioso.

—Sí, señor.

El hombre al que Campbell observaba en la pantalla del ordenador se acercó al camión de bomberos que tenía más próximo.

—Creo que es este —dijo señalándolo.

Godwin vio cómo aquel hombre que les indicaba el profesor hablaba brevemente con uno de los bomberos y, a continuación, se colocaba una mascarilla.

—Voy a entrar, señor.

El sonido hueco no dejaba lugar a dudas. Efectivamente, aquel era el policía con el que estaban hablando. La máscara anti-humo alteraba apreciablemente el sonido de su voz.

Durante unos segundos, el silencio en la sala del centro de vigilancia fue absoluto. Margaux apretó con todas sus fuerzas la mano de Campbell. En ninguna ocasión previa se habían encontrado en una situación como la que estaban viviendo en ese momento. En París, salvo en el caso del hombre de la basílica, siempre se habían encontrado los cadáveres que los secuestradores habían dejado a su paso.

Inconscientemente, todos los policías que estaban allí trabajando habían detenido momentáneamente sus tareas y aguardaban en silencio para conocer quién se encontraba en el interior de aquel edificio. A través del teléfono, los gritos de los bomberos y la respiración cada vez más acelerada del policía provocaban que la tensión que había en aquella sala aumentara exponencialmente cada segundo que pasaba sin noticias.

—Esto es increíble —se escuchó decir al policía.

Indudablemente, aquella frase no estaba dirigida al comisario sino que era fruto del escenario que tenía delante de él. Por esa razón, Godwin prefirió esperar a que le respondiera a la pregunta que le había hecho.

—Solo hay un cuerpo, señor —dijo finalmente.

Godwin cerró los ojos. Milanelli quiso pedirle que le preguntara si era un hombre o una mujer pero se contuvo.

—Está muerto —añadió—. Está completamente calcinado, señor.

Capítulo 29

El edificio Guildhall, situado en pleno corazón de la City, ha jugado un papel importante en la historia de Londres siendo durante siglos sede del ayuntamiento de la ciudad. En la actualidad, sin embargo, su uso se ha vuelto menos trascendente y está destinado a albergar diferentes eventos de importantes empresas y suntuosos banquetes donde se concentra la clase adinerada londinense. Con una clientela que incluye a las principales compañías internacionales, organizaciones benéficas y organismos profesionales y académicos, el Guildhall les ofrece una combinación única con un entorno histórico de aire medieval cuyas instalaciones han sido renovadas para adaptarse a los nuevos tiempos. Entre las citas más destacadas de su calendario se encuentra el banquete organizado cada vez que hay un nuevo alcalde electo y que sirve como homenaje y despedida al alcalde que abandona su cargo y en la que el propio Primer Ministro se encarga de amenizar la velada con un protocolario discurso.

Tras informar al comisario Godwin, el policía se quitó la máscara y permaneció durante unos segundos observando la macabra escena que tenía justo delante. Él, como todo el cuerpo de policía, sabía perfectamente lo que había ocurrido con varios de sus ministros. Desde primera hora de la mañana todos los hombres disponibles se habían movilizado para encontrarles y no existía ni un solo punto en toda la ciudad en el que no se les estuviese buscando. Y ahora, sin quererlo, tenía claro que había por lo menos uno menos que encontrar.

—¿Sabe quién es este hombre? —le preguntó un bombero.

El policía contestó moviendo la cabeza negativamente. Aunque tenía prácticamente segura su identidad todavía rezaba interiormente porque no fuese así.

Durante unos segundos ambos permanecieron observando el cadáver calcinado de aquella persona mientras el resto de bomberos comenzaban a salir del edificio. A partir de ahí, le tocaba a la policía descubrir quién era y por qué le habían hecho algo semejante.

—No hay duda que ha sido intencionado ¿verdad?

El bombero sonrió levemente.

—Ninguna. No sé quién habrá hecho esto, pero está claro que lo tenía muy bien planeado.

La cara de extrañeza del policía fue evidente.

—Fíjese —dijo el bombero agachándose—. ¿Ve esto? ¿Ve la diferencia que hay entre la zona que estaba en llamas y la que no?

A pesar de que la única luz que tenían era la que se filtraba por las cristaleras, el policía pudo apreciar claramente lo que le estaba indicando. En el lugar donde se encontraba el cadáver se podía distinguir un límite formado por una especie de polvo blanco cuidadosamente distribuido alrededor del cuerpo.

—¿Qué es? —preguntó extrañado.

—Polvo químico —respondió con seguridad—. Se utiliza para apagar el fuego o, como en este caso, para limitar su avance.

—¿Y lo han utilizado para asegurarse que no se propagara?

—Efectivamente, aunque como verá —dijo mirando a ambos lados— tampoco es que hubiese mucho riesgo ya que ahora toda esta parte del edificio está completamente vacía. Creo que la razón ha sido más bien para asegurarse que el cuerpo se quemaba por completo.

El policía necesitó unos instantes para asumir aquella idea. En sus años de servicio había vivido multitud de situaciones muy poco agradables pero aquella era, sin duda, una de las peores que recordaba.

—¿Y cómo...? ¿Cómo lo han...?

—Con gasolina —respondió certero—. Simplemente.

Por un momento le vino a la mente la imagen del comisario. Acababan de encontrar al que posiblemente era el segundo de los ministros desaparecidos y sabía que, antes o después, Godwin aparecería hecho una furia y le tocaría a él explicarle con detalle todo lo que habían encontrado.

—De modo que lo que han hecho con este hombre ha sido rociarlo con gasolina y, además, han limitado toda esta zona entorno a su cuerpo —dijo señalándola— para evitar que el fuego se propagara.

—Eso es.

—¿Y todo eso estando vivo?

El bombero se encogió de hombros.

—Usted oyó sus gritos igual que yo, señor.

Como decía aquel hombre, cuando habían llegado a la plaza del Guildhall minutos antes alertados por «un posible incendio en su interior y la presencia de una cantidad de personas que se concentraban en el exterior corriendo un importante peligro» según le habían dicho por radio, nunca habría podido imaginar que se encontraría algo como eso. Por desgracia, cuando trataba de delimitar un perímetro de seguridad en torno a la entrada, él mismo había escuchado los gritos que salían del interior del edificio. Al recordarlos, sintió cómo se le revolvía el estómago.

La pregunta que le había formulado Godwin minutos antes volvió fugazmente a su cabeza.

—¿No había nadie más cuando entraron?

El bombero le miró incrédulo.

—¿Aquí dentro? No, nadie. Tan solo este pobre hombre.

El policía dudó.

—Entonces, si estaba vivo y no había nadie más con él ¿por qué no intentó escapar? ¿Por qué no salió de este círculo?

Sin contestar, el bombero caminó varios pasos hasta colocarse en el punto opuesto al que se encontraban en ese momento.

—Mire —dijo señalándolo.

El policía se acercó para ver lo que le estaba indicando. Al llegar, se dio cuenta de que su pregunta había sido contestada.

—No creo que pudiese ir demasiado lejos aunque hubiese querido —añadió.

En la postura en la que se encontraba tendido el cadáver lo que le estaba mostrando no era fácilmente visible, por eso no se había dado cuenta en un primer momento. Sin embargo, al observarlo con un poco más de atención se podía ver que a aquella persona le faltaba la mitad de la pierna izquierda.

El policía se levantó y se pasó una mano por el rostro. Desafortunadamente, sus ruegos no habían sido escuchados.

Capítulo 30

El comisario Godwin caminaba enfurecido por el impresionante aparcamiento del edificio New Scotland Yard. Nunca nadie había hecho lo que los secuestradores de los ministros habían conseguido hacer en unas pocas horas. En su opinión, lo que estaba ocurriendo era una tomadura de pelo inaceptable.

El cuerpo de policía al completo, la Agencia Europea de Inteligencia, e incluso aquellos tres profesores universitarios que les estaban ayudando no habían sido capaces, hasta ese momento, de impedir la muerte de dos de los ministros desaparecidos.

«Ni siquiera sospechar qué iba a sucederles».

Todos los recursos que estaban en su mano estaban siendo destinados a encontrarles. Cientos de hombres. Decenas de millones de libras en los sistemas de seguridad más avanzados del mundo. Toda la tecnología de la que disponían parecía ser insuficiente para intentar acercarse mínimamente a los secuestradores.

Al llegar al coche, Bailey y los profesores se subieron en silencio. La respuesta del comisario al enterarse de que en el interior del Guildhall había una sola persona dejaba claro la responsabilidad que pesaba sobre él y los nulos resultados que estaba obteniendo la investigación que dirigía.

Intentando calmarse, respiró profundamente. Al salir del aparcamiento, el destello del sol le cegó momentáneamente.

—Lo que faltaba —dijo en voz baja.

Nada más incorporarse a la carretera pulsó un botón situado en la consola central del vehículo, muy cerca del botón de las luces de emergencia, y la sirena empezó a sonar estridentemente. Por arte de magia, el pequeño atasco de vehículos que taponaba Victoria Street comenzó a disolverse intimidado por la presencia del coche de policía.

—Creo que no es necesario que les diga lo mal que nos está yendo ¿verdad, profesores? Sé que no les puedo exigir que resuelvan ustedes solos lo que no estamos consiguiendo hacer nosotros con todos los medios que tenemos a nuestro alcance, pero créanme cuando les digo que esperaba que su presencia aquí sirviese para algo más de lo que han mostrado hasta ahora.

Los tres permanecieron en silencio. Aquella afirmación, aunque podría considerarse algo desproporcionada, era completamente fiel a la realidad.

—Lo que ha ocurrido... —comenzó de forma dubitativa Bailey reflejando el *shock* que le había producido la muerte en directo de aquella persona del Guildhall—. Lo que ha ocurrido es sencillamente increíble. No puedo explicarme cómo han sido capaces de llevar a dos ministros de este gobierno a plena luz del día a edificios tan importantes como estos y...

Su voz pareció entrecortarse.

—Y asesinarles salvajemente sin que hayamos podido intuir lo más mínimo sobre

lo que estaba a punto de suceder.

—Siento verdaderamente lo que ha ocurrido con sus dos ministros —dijo Campbell— y les puedo asegurar que nosotros somos los más conmocionados con el modo en el que están haciendo las cosas. Personalmente, debo reconocer que cualquier pensamiento o cualquier suposición acerca de su comportamiento que creía tener claro a raíz de lo que vimos la pasada noche en París ha saltado por los aires.

Margaux, que viajaba sentada en el asiento trasero en medio de los dos profesores, se llevó ambas manos al rostro y se frotó bruscamente los ojos como quien desea despertar de una pesadilla.

—Definitivamente no estamos haciendo bien las cosas, y del mismo modo que les acaba de decir el profesor, lo único que puedo hacer es pedirles disculpas por no haber podido evitar la muerte de estas dos personas.

Godwin resopló efusivamente. De repente, un sentimiento de culpa le acababa de invadir por completo. No podía descargar en los profesores su impotencia por la situación que estaban viviendo.

—No quiero que pidan perdón, profesora. No se trata de eso porque ustedes no tienen ninguna culpa de lo que está ocurriendo aquí. Indudablemente nuestra situación es muy diferente a la que vivieron en París, como ustedes mismos se han encargado de repetir en varias ocasiones. Aún así, resulta difícil, muy difícil, renunciar a la idea de que trayéndoles aquí las cosas se podrían haber solucionado de una manera similar. Sin tener que lamentar la muerte de ninguna persona.

—En mi opinión —dijo Milanelli—, nuestro gran problema es que seguimos sin conseguir entender qué es lo que los secuestradores nos están diciendo y eso trae como consecuencia que ya hayan muerto dos de sus ministros sin que hayamos podido hacer nada para evitarlo.

—Pero ya han visto lo que tenía escrito Tilden en la espalda, la interpretación que la profesora hizo sobre el lugar elegido para dejar el cuerpo...

—Sí, lo sé, comisario —respondió interrumpiéndole—. Y estoy convencido de que todo lo que ella ha dicho acerca de la necesidad de que vayamos a la iglesia de San Estefano Rotondo es correcto. No dudo que estamos dando los pasos en la dirección adecuada, pero por desgracia no lo suficientemente rápido como para anticiparnos a ellos y evitar esas dos muertes.

Al pasar por delante de Trafalgar Square todos guardaron casi instintivamente unos segundos de silencio. Como era habitual, la plaza se encontraba atestada de turistas haciéndose fotos delante de la fachada de la National Gallery o subidos a los leones que custodiaban la imponente columna del almirante Nelson. A Margaux, aquella imagen le trajo inevitablemente recuerdos del Louvre, de todo lo que habían vivido en París y de lo sencillo que había sido para ellos entender que los secuestradores utilizarían diferentes cuadros de aquel museo para indicarles a qué lugar de la ciudad debían dirigirse en cada momento. No pudo evitar, además, recordar cómo el cuadro de Las Marías en el sepulcro que pertenecía, precisamente a

la National Gallery, había aparecido de manera increíble bajo *El éxtasis de San Pablo*. Gracias a aquel recuerdo las ideas comenzaron a brotar de manera agitada en su cabeza. ¿Por qué no estaban siendo capaces de saber qué era lo que los secuestradores tenían pensado hacer con los ministros? ¿Tal vez necesitaban considerar algo de París que se les había pasado por alto? ¿Era el cuadro de Las Marías en el sepulcro una señal para que descubriesen algo en el interior de aquel museo que pudiese ayudarles?

—Creo que ya sé por qué no estamos consiguiendo adelantarnos a ellos —dijo tímidamente mirando a Campbell.

A pesar del fino tono de voz empleado, Godwin no pudo ocultar su esperanza al escucharle decir aquellas palabras.

—¿Lo sabe? Eso sería increíblemente bueno para nuestros intereses, profesora.

Margaux dirigió su mirada hacia la parte delantera del vehículo donde el propio Bailey se había vuelto hacia ellos con enorme curiosidad.

—¿Podría explicarnos cuál es su idea? —le preguntó educadamente.

Antes de hacerlo, miró de nuevo a Campbell y rezó para que fuese correcta. Vista la situación en la que se encontraban, tampoco tenían muchas más posibilidades.

—Verán, la idea que acabo de tener reconozco que es algo controvertida y en verdad implicaría considerar, en cierto modo, lo contrario de lo que les hemos estado diciendo hasta ahora.

Durante unos instantes bajó su mirada y respiró profundamente.

—En la última parte de nuestra búsqueda de Deneux descubrimos que los números que encontramos en las manos de aquellas personas nos dirigían de nuevo al Louvre. Aquello, he de reconocer que nos causó a todos un gran desconcierto puesto que esperábamos que el lugar donde estuviese escondido fuese diferente al lugar en el que habíamos pasado gran parte de la noche. En un momento determinado, Sanoir se preguntó por qué si los secuestradores tenían controlado el sistema de seguridad del museo no nos estaban dando ninguna información al ver que no conseguíamos encontrarle, y fue el profesor Milanelli quien se dio cuenta de que no nos proporcionaban ninguna indicación nueva porque toda la información que necesitábamos ya la teníamos desde el principio. De hecho, desde el primer lugar al que acudimos, la catedral de Notre Dame, ya conocíamos el símbolo de la espiral que él utilizó para deducir que Deneux se encontraba justo debajo de la pirámide del Louvre, en las catacumbas.

—¿Cree que eso es lo que está ocurriendo aquí? —preguntó Bailey.

—No estoy segura, señor. Sin embargo, sí que creo que es una buena posibilidad para entender por qué no somos capaces de anticiparnos a los secuestradores. Al pasar por delante de la National Gallery me ha venido a la memoria el cuadro de Las Marías en el sepulcro que nos encontramos en el Louvre. Y, en cierto modo, eso ha sido lo que me ha dado esta idea. En París, por suerte, encontramos con vida a Deneux, sin embargo, creo que nos hemos olvidado de que no encontramos

explicación a varias de las cosas que allí sucedieron.

—¿Como encontrar ese cuadro de la National Gallery en el Louvre? —preguntó Milanelli.

Margaux ladeó varias veces la cabeza de manera significativa mostrando su duda.

—No lo sé —respondió—. Es indudable que aquello fue algo que tal vez deberemos descubrir en algún momento cómo pudo ocurrir. Pero más bien me refiero a las hojas que nos encontramos en la boca de los cadáveres de la Asamblea Nacional y del Panteón.

—Platón y Aristóteles —dijo Campbell.

—Exacto. De algún modo creo que recuperar a Deneux con vida hizo que nos olvidáramos de varias cosas a las que no pudimos o no supimos darles significado.

—¿Y eso puede servirnos ahora? —le preguntó Godwin.

—Sé que es una propuesta que puede sonar bastante extraña, comisario, pero si hay algo de lo que estamos convencidos es de que los secuestradores siempre hacen las cosas con una razón muy concreta y que dejaran aquellas hojas en aquellos dos cuerpos es algo que, hasta el momento, no hemos podido entender por qué lo hicieron.

Al llegar al final de Ludget Hill la silueta majestuosa de la catedral de San Pablo apareció delante de ellos. Bailey la observó durante unos instantes y mostró sus dudas a la profesora.

—Pero eso significaría que debemos tener en cuenta cosas que ocurrieron en la noche de ayer en París para resolver lo que ahora mismo está ocurriendo aquí en Londres.

—Sin duda suena retorcido —se adelantó a opinar Milanelli—, pero precisamente por eso puede ser una opción muy interesante conociendo la manera cada vez más compleja que utilizan para mostrarnos qué quieren que hagamos y a dónde quieren que nos dirijamos.

—¿Quiere decir con eso que si hubiésemos puesto más atención a lo que había en aquellas dos hojas podríamos haber evitado la muerte de los dos ministros?

Campbell sintió que Godwin se estaba anticipando. Indudablemente, lo que habían visto desde la pantalla del centro de vigilancia minutos antes no les daba muchas esperanzas y todo parecía indicar que la persona que yacía muerta en el Guildhall sería uno de los ministros desaparecidos aunque, en su opinión, hasta que no pudiesen estar completamente seguros sería mejor no adelantar conclusiones tan importantes.

—Creo que lo que la profesora trata de decir —opinó— es que esas dos hojas podrían estar relacionadas con lo que estamos viviendo ahora aquí. Y me atrevería a decir que es posible que los secuestradores hayan elegido el texto que encontramos en la espalda de Tilden por la misma razón que esas partes de *Timeo* y *Ética nicomáquea*, aunque me temo que seguiremos sin saber, por el momento, cuál es esa razón.

Al girar en King Street, el alboroto de la gente concentrada en la plaza del Guildhall apareció justo delante de ellos. Godwin pulsó de nuevo el mismo botón que antes había utilizado para encender la sirena y el sonido continuo y estridente dejó paso a uno entrecortado y bastante menos molesto.

Al llegar hasta la puerta, tan solo seguía allí uno de los tres camiones de bomberos que habían visto aparecer a través de la pantalla del centro de vigilancia. Campbell se sorprendió de la curiosidad que mostraban todas aquellas personas y por un momento se preguntó si un alboroto similar se habría producido en el Royal Albert Hall si todos los turistas que merodeaban por los alrededores hubiesen sabido lo que realmente ocurría en su interior.

Capítulo 31

El policía caminaba hacia la salida del Guildhall maldiciendo su suerte. De todos los policías que había en el cuerpo le había tocado justo a él encontrar muerto a uno de los seis ministros desaparecidos. La luz proveniente de la plaza le permitió ver cómo varios miembros de la policía científica entraban corriendo a comenzar su trabajo. Tras saludar a varios de ellos protocolariamente cogió su teléfono móvil y buscó el número de la central de Scotland Yard. Justo cuando iba a pulsar el botón de llamada una contundente voz a su espalda hizo que casi se le cayera del susto.

—Buenas tardes, señor —respondió con voz entrecortada.

El comisario Godwin había llegado acompañado del jefe de la Agencia Europea de Inteligencia lo que dejaba claro la importancia de la persona que habían encontrado.

«Es él seguro».

Junto a ellos, el policía vio que venían tres personas a las que no conocía.

—¿Han encontrado algo? —preguntó Bailey.

—Nada, señor. Nada aparte del cuerpo.

Todos dirigieron su mirada hacia el mismo lugar. De manera bastante similar a lo que habían encontrado en el Royal Albert Hall, varios focos de gran potencia recién encendidos comenzaban a iluminar cada vez con más fuerza el cuerpo calcinado de aquel hombre. A medida que la imagen era más apreciable desde la distancia, Margaux comenzó a sentir una mayor culpabilidad al ver lo que no habían sido capaces de evitar.

—Está bien —le dijo el comisario—. Salga ahí fuera y ocúpese de que ninguna persona se acerca lo más mínimo a esta entrada ¿entendido?

Sin esperar su respuesta, Godwin comenzó a caminar hacia donde se encontraba el cadáver. El sonido de sus pasos retumbaba en aquel enorme *hall*. Al llegar hasta él, lo observó durante unos segundos en silencio mientras los forenses tomaban diversas muestras del cuerpo y del polvo que estaba esparcido a su alrededor formando algo similar a una circunferencia.

—No hay duda de quién es, Brian —dijo Bailey.

Campbell se sorprendió de que, por primera vez en todo el día, uno de ellos utilizara el nombre de pila del otro. Tenía claro que por la manera en la que ambos trabajaban juntos debía existir una amistad que iba más allá de la relación laboral, pero hasta ese momento aquella percepción suya no había pasado de una mera suposición.

El comisario se llevó la mano derecha al rostro mostrando su desesperación.

—Ya no hay duda de que este cuerpo pertenece a uno de los ministros desaparecidos —dijo volviéndose hacia los profesores—. Desde ahora mismo tenemos uno menos que buscar.

—¿Entonces...? —murmuró Milanelli.

Godwin bordeó el cuerpo hasta colocarse en el lugar que necesitaba.

—¿Ven esto? —les preguntó tocando levemente con su zapato una de las piernas del cadáver—. Este cuerpo pertenece a Oliver Humme, nuestro ministro de Sanidad.

El tono de voz del comisario disminuyó progresivamente fruto de la decepción que sentía en ese momento. De nuevo había fallado.

Los profesores no supieron encontrar las palabras adecuadas para intentar explicar lo que estaba ocurriendo. Incluso Milanelli se sintió avergonzado por haberse alegrado de aquella nueva «aventura» que se les había presentado de improviso unas horas antes cuando esperaban pacientemente en el hotel su vuelo de regreso a Italia.

—Como pueden apreciar en lo que les está señalando el comisario —dijo Bailey —, Humme sufrió hace años un grave accidente de tráfico. Desde entonces utilizaba una prótesis en su pierna izquierda.

Al escuchar aquellas palabras, Margaux recordó la pintura de la iglesia de San Estefano Rotondo en la que se escenifica la muerte en la hoguera. En ella, el mártir se encuentra recostado apoyado en su brazo izquierdo mientras tres personas se afanan en avivar el fuego que le va a consumir. En esa representación, la postura que tiene adoptada hace que la parte inferior de la pierna izquierda no aparezca dibujada ya que se supone que está oculta debajo de la pierna derecha.

«Increíble».

—Esto hace que solo nos queden cuatro ministros por encontrar, profesores.

Las palabras de Godwin despertaron de alguna manera los sentidos de Campbell. A pesar del desconcierto que los tres sentían, habían ido a Londres para ayudar a la policía y, hasta ese momento, su aportación había sido prácticamente nula por lo que entendía el disgusto que podía tener el comisario con ellos.

—Debo reconocer que lo que estamos viendo aquí es increíble —reflexionó en voz alta—. Tal como indicó antes Bailey, es asombroso que puedan hacer esto a plena luz del día. Lo que hicieron en París... Ahora aquello me parece un juego de niños al recordarlo.

—Por lo menos creo que esto demuestra que avanzamos por el camino correcto —añadió Milanelli intentando infundir un poco de optimismo a toda aquella situación.

Godwin le miró resignado.

—En verdad creo que es cierto, comisario —insistió al ver su cara—. La muerte de Tilden que vimos antes y esta aparecen en las pinturas de la iglesia que nos dijo la profesora, de modo que es indudable que avanzamos en la dirección correcta.

—¿Entiende que limitarnos a encontrar sus cadáveres, por mucho que se parezcan a esos martirios, no nos sirve para nada? —le preguntó Bailey.

Milanelli resopló. Aquella afirmación no admitía réplica.

De manera similar a como había hecho en el Royal Albert Hall, Margaux retrocedió unos pasos y comenzó a observar el aspecto interior que tenía aquel

edificio. Esperanzado porque aquel comportamiento significase alguna idea que pudiese serles útil, Godwin la siguió en silencio.

—¿Para qué se usa este edificio? —preguntó en voz alta sin percatarse de que el comisario estaba justo a su lado.

—Fiestas de la alta sociedad, banquetes... —respondió con cierta imprecisión.

Los profesores y Bailey se acercaron hasta ellos.

—¿Tienes alguna idea? —le preguntó Campbell.

Margaux dudó.

—No lo sé, no estoy segura —dijo con voz casi imperceptible—. En el primer cadáver que encontramos, el lugar elegido para dejar el cuerpo nos permitió entender que los secuestradores habían hecho sobre él un martirio representado en la iglesia de San Estefano Rotondo, y lo que hemos encontrado aquí confirma que esa idea es correcta, tal como ha dicho Milanelli. Es decir, que lo utilizaron con una intención clara y me pregunto si han hecho lo mismo esta vez.

Campbell miró unos segundos el aspecto interior de aquella sala.

—Pero aquí no parece haber nada interesante.

La profesora le buscó con la mirada y sonrió.

—Eso ya lo sé, James. Pero el hecho de que se preocuparan de que el fuego no se extendiese más allá del cuerpo me hace pensar que para ellos este edificio es importante.

Godwin volvió su mirada hacia el cadáver calcinado del ministro Humme sobre el que afanosamente seguían trabajando los forenses preguntándose cómo demonios una profesora de humanidades podría saber que aquel polvo blanco servía, precisamente, para evitar la propagación de las llamas.

—Si usted tiene razón deberíamos registrarlo por completo ¿no les parece? —propuso Bailey.

—Creo que está claro que en ese cuerpo no encontraremos nada parecido a lo que vimos en la espalda de Tilden —respondió Margaux señalándolo— y eso es lo que me hace pensar que puede ser este edificio el que guarde la información que quieren transmitirnos los secuestradores.

—¿Un edificio? —preguntó algo confuso el comisario.

—Sí, señor. Ya vio de qué manera el Royal Albert Hall nos permitió relacionar aquella muerte tan particular con la iglesia de Roma. Y en París, todos los lugares a los que fuimos nos permitieron encontrar de uno u otro modo información para acercarnos a Deneux.

Milanelli echó un vistazo rápido a lo que tenían a su alrededor casi reproduciendo lo que acababa de hacer Campbell.

—De modo que este puede ser el primero de los lugares de donde partamos.

Godwin le miró sin comprender.

—¿Partamos a dónde, profesor?

—Creo que se refiere a que puede ser el primer lugar del que obtengamos alguna

información de dónde pueden encontrarse sus ministros, señor. Tengo la sensación de que los secuestradores están siguiendo una pauta similar a lo que hicieron en París y, tal vez, eso nos permita adelantarnos a ellos y encontrar al resto con vida.

—¡Eso sería increíble! —exclamó Bailey.

—Desde luego —respondió aliviada al ver que no cuestionaban su idea.

—Siento decir esto pero no acabo de entender a qué se refiere, profesora —dijo Godwin—. Creo conocer bastante bien lo que vivieron la pasada noche y no encuentro esa relación a la que usted se está refiriendo.

Margaux sabía que debía explicarse de manera bastante más precisa para que todos pudiesen entender la idea que rondaba por su cabeza.

—Verá, comisario, en París, como sabe, la catedral de Notre Dame fue el primer lugar al que acudimos. Allí descubrimos varias cosas que nos llevaron al Louvre, que fue sin duda el lugar elegido por los secuestradores para proporcionarnos la información que necesitábamos a través de sus cuadros. Pues bien, en mi opinión, el Royal Albert Hall ha jugado un papel similar para nuestros intereses ya que nos ha permitido entender que, esta vez, quieren que vayamos a la iglesia de San Estefano Rotondo.

—Nuestro Louvre particular —dijo Bailey.

—Sí, algo así.

—Pero ¿qué tiene que ver esa historia con encontrar información en este edificio? Margaux sonrió. La ansiedad del comisario le había llevado a adelantarse.

—Mucho, señor. En el Louvre, el cuadro de *La Libertad guiando al pueblo* nos llevó acertadamente hasta la Asamblea Nacional donde encontramos los primeros números para encontrar a Deneux.

—La primer parte de la información —añadió Milanelli.

—Eso es. Y de una manera similar creo que el Guildhall es el lugar que han elegido para dejar la información que nos permitirá encontrar a sus ministros.

Godwin, por fin, sintió que comenzaba a entender la relación que la profesora veía entre ambas situaciones.

—Pero la muerte de Humme no hemos podido evitarla.

Margaux observó desde la distancia el cadáver de aquel hombre.

—Lo sé, señor. Pero también es cierto que todavía no hemos llegado a la iglesia de Roma.

De manera instantánea, la imagen del comisario Chavrier apareció en su mente. Godwin miró su reloj.

—No debería tardar mucho en aterrizar —dijo en voz baja.

—Eso sin duda será una gran noticia para nosotros y para esta investigación —opinó Campbell—. Pero hasta que eso ocurra, creo que la profesora tiene razón. Ahora mismo no tenemos modo de saber si su muerte se podría haber evitado, y personalmente quiero pensar que no es así. Pero, en cualquier caso, estoy de acuerdo con ella en que existe una similitud entre lo que está ocurriendo aquí y lo que vivimos

en París, de modo que tal vez en este edificio se encuentre la respuesta que tanto hemos estado buscando hasta ahora.

Capítulo 32

Eugene observaba aliviada el mensaje que acababa de aparecer en la pantalla de su ordenador. *Conexión completada.*

—Menos mal —suspiró.

El algoritmo de búsqueda que había iniciado hacía casi una hora mostraba, exactamente, tres mil quinientos puntos repartidos a lo largo de todo el mundo. Un auténtico laberinto ideado para que la señal originaria fuese irrastreable. Pero no para ella.

Sin perder un segundo, abrió una ventana de MS-DOS y escribió un breve comando. A continuación, esta se cerró automáticamente y sobre la tela de araña en que se había convertido aquel mapa del mundo apareció una pequeña ventana emergente que mostraba una breve pregunta. *¿Ejecutar?*

Desde que Chavrier les había prohibido tener una televisión en el laboratorio, los turnos de noche se habían convertido en una auténtica pesadilla. La mayoría de sus compañeros aprovechaban aquella nueva situación para dormir los ratos que no tenían trabajo pero, por suerte para la investigación, Eugene había dedicado ese tiempo en desarrollar un algoritmo mucho más sofisticado que cualquiera de los que hasta ese momento utilizaba la policía. Y era precisamente aquel el que estaba a punto de ejecutar.

«No pensarías que me iba a rendir tan fácilmente ¿verdad?».

Capítulo 33

Godwin dirigió su mirada hacia el cuerpo carbonizado del ministro Humme. Efectivamente, tal como había dicho la profesora, era imposible pensar en encontrar en él algo remotamente parecido a lo que habían encontrado en la espalda de Tilden, de modo que no le quedó más remedio que aceptar que aquel edificio podría esconder la información que necesitaban de manera imperiosa para encontrar al resto de ministros antes de que siguiesen apareciendo asesinados.

Reflexionando sobre cómo podrían llevar a cabo la tarea de revisar lo más exhaustivamente posible aquel lugar, observó durante unos instantes la puerta por la que habían entrado. A pesar de estar a unos metros de distancia, el bullicio de personas que se agolpaban en el exterior era todavía lo suficientemente importante como para intentar evitar entrar y salir varias veces del edificio. Cuanto menos viese la gente, menos sospechas levantarían.

Descartada aquella posibilidad, miró al pasillo que daba acceso a la galería de arte. En ese momento, la idea de Margaux pareció cobrar sentido plenamente.

—Profesora —dijo sin apartar la vista de él—, creo que tengo justo lo que están buscando.

Margaux le miró sorprendida por aquellas palabras.

—La galería de arte —añadió señalando hacia una parte de aquella sala.

—¿Cómo dice? —preguntó Campbell—. ¿Hay una galería de arte aquí dentro?

—No, no. No está propiamente en este edificio, sino que se encuentra en otro anexo. Pero podemos acceder hasta ella por aquel pasillo —afirmó señalándolo—. Francamente, preferiría evitar salir y que todas las personas que están ahí fuera nos vean.

Los tres profesores se miraron simultáneamente.

—Puede que sea lo que estamos buscando, comisario —dijo Margaux sin poder ocultar su nerviosismo.

—Tengan en cuenta que esa galería no tiene nada que ver con el Louvre —les aclaró rápidamente Bailey—. Son dos plantas con una serie de cuadros. Un número pequeño de cuadros, nada más.

La profesora le respondió con una sonrisa.

—Por eso se llama galería, señor. Si no sería un museo. De todas formas, creo que es nuestra mejor opción, a menos que me digan que también hay una biblioteca aquí dentro.

Godwin dudó unos instantes.

—Creo que no, profesora. Aunque creo que...

—Está bien —prosiguió sin dejarle terminar—. En ese caso, esa galería es sin duda el lugar más interesante para nosotros.

El comisario comenzó a caminar hacia el pasillo que les había señalado antes.

—Simplemente les he preguntado lo de la biblioteca porque las partes que no

conseguimos entender de lo que están haciendo los secuestradores, tanto ayer en París como hoy aquí en Londres, tienen que ver con libros. No obstante, puede que haya algo en esa galería que también debamos descubrir.

Durante varias decenas de metros los cinco caminaron en silencio. Por primera vez en todo el día los profesores sentían que estaban cerca de encontrar información útil que pudiese ayudarles en su búsqueda. O por lo menos a avanzar en la investigación más de lo que estaban haciendo hasta ese momento.

Cuando cambiaron de edificio, Campbell no pudo evitar sentirse atraído por una luz verde fluorescente que se veía a través de varias paredes de metacrilato que estaban dejando atrás.

«No puede ser».

Cuando meses antes, en su casa de las afueras de Filadelfia, había planeado su visita a Londres como uno de los viajes a ciudades europeas que Marlene y él tenían planeado hacer después de su jubilación, Campbell se había sentido enseguida atraído por la riqueza cultural y arquitectónica de aquella ciudad. Su mujer, sin embargo, era amante de las ruinas. Griegas o romanas, no importaba. Pero siempre insistía en que si viajaban a Europa debía ser, precisamente, para ver todo lo que no tenían en Estados Unidos. Por esa razón, ella siempre había elegido Roma como la primera ciudad europea que quería visitar. Y ahora, en ese preciso lugar, llevaba varios minutos caminando sin saberlo sobre los restos más importantes de la ocupación romana que se conservaban en Londres.

—¡Profesor! —exclamó Godwin al ver que se quedaba atrás—. La galería está justo aquí.

Campbell levantó la mirada absorto por lo que tenía delante.

—Si ya está ahí no pasará nada por retrasarnos unos segundos ¿no le parece?

Tras decir aquellas palabras, desapareció del pasillo en el que todos se encontraban.

Refunfuñando por aquel inesperado cambio de planes, el comisario retrocedió hasta llegar a la entrada del anfiteatro por la que había entrado el profesor.

Todos le siguieron.

Lo que Campbell se encontró al entrar fue exactamente lo mismo que había visto en todas aquellas fotografías por Internet, si bien en persona le resultaba mucho más impactante.

—Es bonito —dijo en voz baja Margaux situándose a su lado.

Campbell le dedicó un gesto de agradecimiento antes de devolver la mirada a una hilera de piedras tenuemente iluminadas.

—Para mí la arquitectura antigua es lo que para ti el arte.

Ambos observaron durante unos segundos lo que tenían a su alrededor.

—¿Crees que puede tener algo que ver con la desaparición de los ministros?

Campbell vaciló antes de responder a aquella pregunta. A pesar de su apreciable fascinación no parecía haber relación alguna. Sin embargo, una cosa sí le llamó la

atención.

—Ven —dijo cogiéndola de la mano—. ¿A qué te recuerda esto?

El profesor la llevó hasta el punto central de la exposición desde donde se podía ver mejor la representación futurista del antiguo anfiteatro romano. Rápidamente, Margaux se dio cuenta de lo que le estaba intentando mostrar. Él sonrió satisfecho.

—Comisario —dijo en voz alta—, ¿podrían...? ¿Podrían acercarse hasta aquí, por favor?

Los tres hicieron lo que les pedía. Al llegar, observaron la cara de sorpresa que todavía tenía puesta Margaux sin comprender qué era tan especial.

—¿No les recuerda a algo?

Los tres miraron lo que tenían justo delante forzados por la pregunta de Campbell.

—Siento decir que no, profesor —respondió Godwin—. ¿Acaso debería?

Margaux sonrió y caminó un par de pasos hacia adelante. Todo lo que el espacio disponible le permitía.

—¿Y qué me dice si ahora le digo en voz alta que este edificio es la respuesta?

Como por arte de magia, aquellas palabras hicieron que la expresión en el rostro de Bailey y Godwin cambiara a un gesto asustado. Milanelli, en cambio, se llevó ambas manos a la cara mostrando una inevitable sonrisa.

—Otra vez lo han vuelto a hacer —murmuró fascinado.

Margaux se alegró de que se diera cuenta de lo que ellos dos ya habían visto.

—¿El Royal Albert Hall?

La cara de Godwin era de absoluta sorpresa.

Campbell tampoco pudo evitar sonreír. Ahora ya sabía cómo se las gastaban los secuestradores.

—Señor, lo que tiene delante es una representación tridimensional de un anfiteatro romano. Los anfiteatros fueron construcciones destinadas a recoger espectáculos, al igual que su Royal Albert Hall. Y como veo que se ha dado cuenta, ambos tienen la misma estructura. No creerá que habían inventado algo nuevo con ese edificio ¿verdad?

El comisario le miró atónito.

—Pero esto... ¿Esto es por lo ministros?

—No, claro que no, señor —respondió Margaux—. Pero desde luego estoy completamente convencida de que no es una coincidencia que tras utilizar el Royal Albert Hall los secuestradores hayan elegido este edificio para dejar el segundo cadáver. Posiblemente lo han hecho sabiendo perfectamente que este anfiteatro se encontraba aquí debajo.

—¿Y esto es lo que teníamos que encontrar? —preguntó Bailey.

—No, no lo creo. Estoy segura de que en la galería encontraremos lo que estamos buscando. Esto es solo un paso intermedio que nos indica que nos estamos moviendo en la dirección correcta.

—¿Como el hemiciclo de la Asamblea Nacional?

—¡Exacto! —respondió satisfecha—. Pero ¿sabe qué es lo más fascinante de todo?

Los cuatro se quedaron en silencio mirándola con gran curiosidad.

—Que el anfiteatro más importante del mundo es el Coliseo de Roma. ¿Y saben qué iglesia está justo a su lado?

Capítulo 34

Hacia ya unos minutos que el indicativo de color rojo para abrocharse los cinturones se había encendido. Desde ese momento, el descenso que habían iniciado era cada vez más apreciable y el pequeño punto cercano a la costa que Chavrier había supuesto que era Roma se veía cada vez más y más cerca.

Desde la distancia en la que se encontraban en ese momento se podía ver cómo el río Tíber serpenteaba lo largo de toda la ciudad abriéndose paso entre la enorme masa de edificios.

—Si observan a través de las ventanillas situadas a su izquierda podrán ver la Ciudad del Vaticano —dijo el piloto.

Los inspectores y el comisario siguieron sus indicaciones. A pesar de encontrarse a una distancia elevada todavía, sí se podía apreciar la plaza de San Pedro repleta de turistas.

Con sus apenas novecientos habitantes y una extensión menor a medio kilómetro cuadrado, la Ciudad del Vaticano es la ciudad-estado más pequeña del mundo. El papa es su mayor autoridad política aunque, en realidad, delega las funciones de gobierno sobre el secretario de Estado. Dadas sus características singulares, la secretaría de Estado divide sus responsabilidades en la Primera y la Segunda sección que equivalen, respectivamente, a los ministerios de Interior y Exterior del resto de países. A pesar de su diminuto tamaño, no obstante, la Ciudad del Vaticano tiene extensión suficiente para albergar los museos vaticanos, el banco vaticano y hasta la Guardia Suiza, siendo esta, como no podía ser de otra manera, el cuerpo militar más pequeño del mundo.

—Si siguen el curso del río verán la Isola Tiberina.

Intentando encontrar con la mirada lo que les indicaba en esta ocasión el piloto, Chavrier se preguntó cómo podía ser que aquel hombre, que para nada tenía acento italiano, supiese tanto de aquella ciudad.

—Y a su derecha —continuó—, el gran Coliseo Romano.

La velocidad del avión pareció disminuir, como si el piloto quisiera asegurarse de que veían bien los lugares que les estaba señalando.

—¿No estaba por ahí cerca la iglesia a la que vamos? —preguntó en voz alta el comisario intentando que le oyera.

—Correcto —contestó el piloto—. En dirección suroeste verán Via Claudia que enlaza con Via della Navicella donde recordarán que les dije que se encontraba la iglesia de San Estefano Rotondo.

Chavrier se levantó rápidamente de su asiento. La velocidad a la que estaban sobrevolando los lugares que les indicaba el piloto era, así todo, mayor de la deseable para orientarse en una ciudad en la que no había estado nunca, de modo que se acercó hasta la última ventanilla intentando ver aquella iglesia. Por desgracia, el centro de la ciudad se encontraba cada segundo que pasaba, más y más lejano, y a medida que

descendían la perspectiva era cada vez peor para intentar encontrarla. Malhumorado, volvió a su asiento.

—No sé ustedes, pero yo me he quedado en la Isola esa...

Bingleau, que se encontraba sentado en el asiento del lado del pasillo, se encogió de hombros mientras que Paccaud hizo varios gestos de negación con la cabeza.

—Creo que tardé demasiado en encontrar la Ciudad del Vaticano. Cuando quise darme cuenta ya no se veía nada de lo que nos decía el piloto, lo siento.

Chavrier volvió a mirar a través de la ventanilla con gesto contrariado. La pista de aterrizaje se veía ya muy cerca y la distancia que había hasta el suelo dejaba claro que estaban a punto de tomar tierra.

«Empezamos bien —pensó contrariado—. Espero que por carretera nuestra orientación sea bastante mejor».

Capítulo 35

Al llegar al final de la pista de aterrizaje, el avión realizó lentamente un giro de noventa grados hacia la izquierda y continuó hacia la zona donde se encontraban los hangares. Antes de que se detuviera por completo, la puerta de salida se abrió de forma automática lo que Chavier y los inspectores interpretaron como una indudable muestra de que estaban muy cerca de su destino. El comisario se acercó hasta ella y, con cuidado, se sujetó firmemente a uno de sus extremos. Con cierta imprudencia, asomó medio cuerpo por el exterior del avión buscando el coche que debía llevarles hasta la iglesia de San Estefano Rotondo.

Al detenerse por completo, bajó rápidamente las escaleras seguido de los inspectores. En la pista de aterrizaje, dos todoterreno de color negro les esperaban con las luces azules y rojas destellando desde el salpicadero.

Un hombre salió de uno de los vehículos y se les acercó gesticulando y hablando en voz alta.

—*Ispettore Chavier? Ispettore Chavier?*

A pesar de no saber ni una palabra de italiano, el comisario pudo darse cuenta de que aquel hombre no estaba muy bien informado acerca de quién llegaría en ese avión.

—Comisario Chavier, sí —puntualizó.

—*Oh scusami, scusami... Perfetto!*

—¿Cuál es nuestro coche? —preguntó gesticulando como si entre las manos tuviera un volante.

—*Questa macchina. Ma io li prendo alla chiesa di Santo Stefano Rotondo.*

Chavier miró a los inspectores con la esperanza de que alguno de ellos pudiera hacerse entender mejor de lo que lo estaba haciendo él.

—Díganle que nosotros iremos solos —les ordenó.

El comisario no olvidaba lo que había ocurrido la pasada noche en París. En la Asamblea Nacional, el guardia de seguridad había resultado ser una de las personas que habían participado en el secuestro de Deneux. Por ello, no tenía la menor intención de fiarse de alguien a quien no conocía de nada, y mucho menos si ni siquiera era capaz de entender lo que le decía.

—*Noi... macchina. Noi... macchina* —dijo como pudo Paccaud.

Aquel policía, que tenía orden de llevarles hasta la iglesia de San Estefano Rotondo, no comprendía por qué ahora ellos querían hacer algo diferente.

—*Ma tu non sai dove la chiesa...*

Paccaud resopló.

—El piloto... nos explicó... *dove la chiesa.*

La cara del inspector era un poema. Tras escucharle, el policía se giró mirando al segundo vehículo dentro del cual adivinaron la silueta de otro policía tras los cristales tintados.

—*È sicuro?* —preguntó volviéndose hacia ellos.

Los tres movieron la cabeza afirmativamente.

—*Come desiderano.*

El policía sacó de su bolsillo un teléfono móvil algo anticuado, con teclado físico, y se lo entregó a Chavier.

—*Telefono italiano. Chiamami se hai bisogno di aiuto.*

El comisario frunció el ceño.

—*Problema. Chiamata* —dijo señalándolo.

Por fin, Chavier sintió que había entendido algo de todo lo que estaban hablando.

—De acuerdo —dijo levantándolo en su mano—. Si problema, llamada.

El policía hizo un gesto de complicidad y comenzó a caminar hacia su vehículo.

—*Llaves in auto!* —exclamó en voz alta.

Los tres levantaron la mano para despedirse con una sensación de alivio indescriptible. El comisario caminó hacia el coche y entró en la plaza del conductor. Paccaud se situó a su lado y el inspector Bingleau en las plazas traseras. El primer problema ya lo habían solventado pero el segundo no había tardado en aparecer. Aquel vehículo no tenía GPS.

—¡Mierda! —exclamó Chavier.

Las palabras de aquel policía le vinieron a la cabeza al instante.

«*Problema. Chiamata*».

—No se preocupe —dijo Bingleau sacando su teléfono móvil—. Ahora mismo buscaré la dirección en Internet. No necesitamos GPS.

El comisario se alegró de no haber ido solo a Roma. Aunque aquella solución era evidente, la única idea que tenía en su cabeza en ese momento era llegar lo antes posible a aquella maldita iglesia y llamar a Godwin en cuanto pudiera.

Sin perder un segundo, arrancó el vehículo y condujo hacia la señal de *Exit* mientras esperaba a que Bingleau le diera alguna indicación.

—Ven como no es tan difícil —dijo en voz alta señalando aquel cartel—. Si todas las indicaciones son iguales llegaremos muy pronto a nuestro destino.

Capítulo 36

El Aeropuerto de Ciampino, situado en la zona sur-este de Roma, es el más pequeño y antiguo de los dos aeropuertos que tiene la ciudad. La mayoría del tráfico aéreo lo concentra el Aeropuerto Internacional de Fiumicino, renombrado como Aeropuerto Intercontinental Leonardo da Vinci en honor al genial artista italiano. El Aeropuerto de Ciampino, por contra, es mucho más coqueto con tan solo una terminal pero con la gran ventaja de encontrarse muy cerca del centro urbano. Ambas características lo hacían ideal para el objetivo que el comisario Godwin les había encomendado.

A pesar de que, al contrario de lo que Chavrier había deseado inicialmente, el vehículo que había puesto a su disposición la policía italiana no contaba con GPS, salir de allí no había resultado una tarea difícil. La buena señalización y el hecho de tratarse de un aeropuerto pequeño habían resultado de gran ayuda. Durante todo el trayecto hasta la iglesia de San Estefano Rotondo, el comisario comprobó cómo las indicaciones que les había dado el piloto nada más despegar de París eran mucho más sencillas de lo que en un principio le había parecido.

Cuando llegaron a la Piazza dei Re di Roma el tráfico aumentó considerablemente. El bullicio de motos, coches de alquiler conducidos por turistas despistados, taxis que se saltaban las señalizaciones y autobuses que bloqueaban el paso hacía que el tranquilo trayecto que habían tenido hasta allí se hubiese convertido, de golpe, en un caos circulatorio que debían sortear cuanto antes. De hecho, aquella concentración de vehículos le hizo temer, en más de una ocasión, que antes de llegar a su destino se llevarían por delante a más de un conductor que hábilmente se colaba entre las filas de coches con su ciclomotor sorteando cualquier obstáculo que se ponía en su camino.

Superado aquel primer problema, continuaron de frente en el cruce que encontraron al final de Via Gallia, tal como el piloto les había indicado. Los carteles indicando la proximidad del Coliseo no dejaban lugar a dudas.

—Según esto prácticamente hemos llegado —dijo Bingleau mirando la pantalla de su móvil.

Al incorporarse a Via della Navicella, Chavrier redujo la velocidad. En el GPS que estaba viendo el inspector, el punto que señalaba su vehículo y el que marcaba el destino seleccionado prácticamente estaban superpuestos.

—Creo que aquello debe ser el Coliseo —dijo Paccaud señalando un enorme edificio que se veía al fondo parcialmente tapado por los frondosos árboles que había a ambos lados de la calle.

—Entonces esa iglesia no debería estar muy lejos —opinó Bingleau mirando con curiosidad lo que tenían a su alrededor.

Unos metros más adelante, una aglomeración de turistas que cruzaba sin control hizo que Chavrier se viera forzado a detener su vehículo. Los autobuses aparcados a

lo largo de toda la calle les impedía ver a dónde se dirigían exactamente todas aquellas personas pero estaba claro que, según las indicaciones del piloto, aquel debía ser su destino.

A su derecha, observaron cómo tres guías turísticos intentaban atraer a las personas que iban a su cargo. Cada uno de ellos utilizaba una estrategia diferente. Una de las chicas agitaba enérgicamente una bandera británica. Chavier pensó si aquella cruel casualidad del destino podría ser el mejor indicativo de lo que tenían que hacer ahí dentro. Otra de las guías prefería hacer uso de un estridente silbato que utilizaba de manera acompasada simulando una especie de marcha militar.

El comisario miró a ambos lados de la calle. Si ya habían encontrado la iglesia no podían perder más tiempo buscando un aparcamiento. Sin dudarlo, se colocó justo delante del primero de los autobuses que formaban una larga cola y volvió a encender las mismas luces azules y rojas del salpicadero que habían visto al llegar al aeropuerto.

—Seguro que así nadie se atreverá a tocarlo —le dijo a los inspectores a la vez que se bajaba del vehículo.

Los tres intentaron, con poca fortuna, hacerse un hueco entre la cantidad de turistas que abarrotaban la calle. Chavier comprobó cómo el tercer guía utilizaba un atronador megáfono para atraer la atención de su grupo. Al pasar justo delante de él se tapó los oídos rezando para que todo aquel bullicio terminara antes de que entraran en la iglesia.

Como si el cielo hubiese escuchado sus peticiones, el ensordecedor alboroto cesó en cuanto giraron la calle. Ver que su destino estaba tan cerca hacía que los tres sintieran un nerviosismo especial. Con rapidez caminaron por Via di Santo Stefano Rotondo siguiendo la indicación que habían visto unos metros antes. Al llegar a la puerta, un guardia de seguridad se acercó hasta ellos. En una ciudad repleta de turistas, su aspecto no pasaba desapercibido.

—*Signori scusate...*

Sin detenerse, Chavier sacó su placa y se la enseñó con la esperanza de que no les entretuviera más tiempo.

—*Perfetto, perfetto* —dijo inclinando la cabeza a modo de saludo.

Según se aproximaban a la entrada, Chavier no pudo evitar fijarse en el aspecto exterior de aquella iglesia. Comparado con Notre Dame aquel edificio podía pasar totalmente desapercibido y mucho más en una ciudad con la riqueza cultural que tenía Roma. La fachada principal era rectangular con cinco sencillos arcos como única particularidad. Tan solo un pequeño campanario en el lado derecho y una estructura circular que sobresalía tímidamente podrían hacer sospechar sobre el tipo de lugar al que estaban a punto de acceder. ¿Por qué iban a elegir, entonces, los secuestradores aquella iglesia después de lo que habían vivido ellos en París?

—¿Seguro que es esta la que dijo la profesora? —preguntó Paccaud justo al llegar a la entrada.

Chavrier se detuvo debajo de uno de los cinco arcos y miró hacia atrás. Nuevamente, le vinieron a la mente imágenes de la noche que habían pasado en París. La catedral de Notre Dame, el Louvre, el Panteón... Todos eran edificios de una enorme importancia, muy diferentes al que en ese momento tenían justo delante.

Al entrar, solo un puñado de personas se encontraban en el interior observando en completo silencio las representaciones de torturas que estaban pintadas en todo el perímetro de la estructura circular de la iglesia. Chavrier sintió cómo, de alguna manera, aquel lugar recogía justo lo que habían visto la noche anterior con los cuadros del Louvre pareciendo estar siniestramente imitados en aquellas desgastadas pinturas.

Inconscientemente, caminó hasta situarse en el centro exacto de aquella iglesia tan particular. En silencio observó todo lo que tenían a su alrededor. Ninguna de aquellas personas había reparado en su presencia y, de hecho, estaba seguro de que ninguna de ellas tenía la menor idea de lo importante que era aquel lugar para resolver algo que estaba ocurriendo a varios miles de kilómetros de distancia.

Capítulo 37

Godwin permaneció mudo observando estupefacto aquella representación futurista de un edificio de dos mil años de antigüedad, lo que no dejaba de ser, indudablemente, una curiosa incongruencia. Lo que acababa de decirles la profesora le había dejado sin palabras. En el Royal Albert Hall no había encontrado modo alguno de rebatir la propuesta que ella misma les había hecho sobre la razón por la cual los secuestradores habían elegido aquel edificio para dejar el cuerpo de Tilden de entre todos los que existían en Londres. Además, él no tenía una explicación mejor por lo que aceptar lo que decían era, por el momento, la opción más sensata.

Sin embargo, lo que ahora tenía que asumir era mucho más retorcido. Aquellas personas que habían conseguido poner en jaque a toda la policía londinense y a la Agencia Europea de Inteligencia parecían demostrar que, tal como los profesores habían afirmado en multitud de ocasiones, tenían calculado hasta el último detalle de cada una de las cosas que hacían. Por desgracia para sus intereses, si tal organización continuaba mucho más tiempo dudaba que pudieran encontrar a alguno de los ministros con vida.

—Entonces —dijo finalmente—, esto que tenemos aquí no es lo que estamos buscando, pero sí nos indica que nuestros pasos están siendo correctos ¿no es así?

—Eso es, señor —respondió Margaux aliviada—. Como les dijimos desde el principio, no podemos esperar que este secuestro se resuelva de manera similar a como lo hizo el de Deneux. Sin embargo, sí es indudable que los secuestradores harán las cosas siguiendo un determinado patrón, al igual que ocurrió en París, y si somos lo suficientemente inteligentes para descubrirlo, eso nos permitiría adelantarnos a ellos y salvar la vida de alguno de sus ministros.

—¿Y los anfiteatros son ese patrón? —preguntó Bailey sorprendido.

—Es muy posible —respondió Milanelli—. Si se da cuenta, en lo que llevamos visto hasta ahora nos hemos encontrado el cuerpo del primero de ellos en el Royal Albert Hall que, como les dijo antes Campbell, lo podríamos considerar como una versión actual de un anfiteatro romano. El segundo cuerpo lo hemos encontrado aquí —dijo señalando la representación tridimensional de color verde que tenían delante— y como también ha dicho la profesora, la iglesia de San Estefano Rotondo está muy cerca del anfiteatro más importante del mundo.

Godwin hizo llamativos gestos de afirmación con la cabeza.

—Está bien, está bien. De modo que están usando los edificios para guiarnos hasta los ministros y nosotros tenemos que descubrir ahora qué hay escondido en este en particular que nos permita llegar hasta ellos ¿verdad?

El profesor Campbell sintió cómo a pesar de que el comisario cada vez seguía un razonamiento más acorde al de ellos, seguía precipitándose en exceso a la hora de sacar conclusiones.

—Quizá una explicación similar, pero algo más prudente, para intentar entender

lo que está ocurriendo sea considerar que su actuación hasta el momento pasa por utilizar los anfiteatros como hilo conductor de su juego.

Bailey soltó un apreciable resoplido al escuchar aquellas palabras.

—Entiendo que no es agradable asumir lo que les está diciendo el profesor —añadió Margaux—, pero creo que lo mejor para nosotros, y para el futuro de sus ministros, es aceptar sin prejuicios que estamos sumidos de nuevo en un juego y que nuestra misión es descubrir la manera de llegar hasta ellos antes de que puedan aparecer muertos.

Las imágenes de Tillden y Humme se clavaron como espinas en la cabeza del comisario.

—Pero ustedes mismos han dicho antes que creen que esta vez no tienen intención de permitir que les encontremos con vida ¿lo recuerdan?

—Así es —se adelantó a responder Campbell—. Sé lo que les hemos dicho. Pero también sé que están haciendo esto por algo, y sea cual sea el final que tienen previsto, nuestro deber es intentar encontrarles.

—En eso no hay discusión posible —afirmó contundente Bailey.

—Por supuesto que no, señor —continuó disculpando su interrupción—. Pero me refiero a que nosotros les hemos dicho que la intención de los secuestradores es diferente a lo que vivimos en París porque, para empezar, las personas desaparecidas son diferentes.

—Eso también resulta una obviedad —dijo algo molesto Godwin.

—Puede que lo sea —añadió Milanelli—, pero creo que es importante que dejemos claro lo que el profesor acaba de decirles. En París, les dijimos a Sanoir y Chavier que existía una razón política y que la intención de los secuestradores no era otra que lanzar una advertencia al presidente. Visto lo que ha sucedido aquí en Londres podríamos decir que nuestra idea ha quedado plenamente confirmada por lo que no sería descabellado sospechar que este final pueda ser claramente diferente.

Bailey mostró su desconcierto.

—Discúlpeme si le digo que yo sí que no entiendo por qué en este caso la muerte de los ministros no debe ser algo sorprendente para nosotros.

Milanelli se rascó la cabeza con la mano derecha antes de contestarle. En cierto modo sabía que se acababa de meter en un pequeño lío con aquella afirmación tan poco cuidadosa y debía intentar explicar ahora por qué lo había dicho de la manera más clara que pudiera.

—Sí, sí, entiendo su postura —respondió—. Por supuesto que no debemos considerar la muerte de estas personas como el final esperado. Lo que quiero hacerles entender es que, desde mi punto de vista y como ustedes mismos así lo consideraron desde el primer momento, este secuestro es una continuación de la situación ocurrida la pasada noche en París. El problema es que aquí los secuestradores han pasado de las amenazas a los hechos, asesinando a estos dos ministros. Si recuerda lo primero que le dije, comisario, cuando nos subimos a aquel avión fue que debíamos encontrar

el nexo de unión entre los siete ministros que aparecen en la grabación que recibieron y solo así podríamos entender por qué esta vez han ido un paso más allá en sus amenazas y no solo los han secuestrado sino que ya han asesinado a dos de ellos.

—¿Por qué debería existir una razón? —preguntó Godwin.

—Precisamente porque les consideran culpables de algo, comisario —respondió Campbell.

Milanelli mostró efusivamente su acuerdo con aquella afirmación.

—¿Algo como qué, exactamente?

—Eso no podemos decírselo, señor —respondió Margaux—. Pero como les acaba de decir el profesor Milanelli, indudablemente existe una razón por la que han elegido a estos siete ministros de entre todos los que forman su gobierno. Y esa es la razón por la que les están asesinando.

Godwin se llevó ambas manos a la cara y se frotó los ojos fuertemente. A continuación, dio un rápido repaso con la mirada a todo lo que tenía a su alrededor. Para él resultaba imposible entender, ni remotamente, cómo podrían descubrir el paradero de los cuatro que todavía permanecían desaparecidos desde las ruinas de un anfiteatro romano.

—Ya les hemos dicho que no hemos encontrado nada que les haga diferentes a los demás —respondió resignado.

—Sé que puede resultar difícil de ver, señor —dijo Campbell apreciando su cansancio—, pero créanos cuando le decimos que existe una razón por la que han elegido a esas siete personas en particular.

Con la mirada perdida intentando encontrar inútilmente algo que pudiera ayudarles en ese sentido, el comisario demoró unos segundos su respuesta.

—Como pudieron ver, tenemos a un gran número de personas trabajando en ello, de modo que estoy seguro que antes o después podremos descubrirlo.

Margaux se alegró de comprobar que, a pesar de todos los problemas, era capaz de mantener una actitud positiva.

—No me cabe duda de que así será, señor. Y si le parece, nosotros podemos ir hasta esa galería a ver si conseguimos descubrir por qué han elegido este edificio para dejar el cuerpo del ministro Humme.

Siguiendo lo que decía la profesora, Godwin se dio media vuelta y comenzó a caminar en silencio hacia su próximo destino. A pesar de que minutos antes no le había hecho ninguna gracia que Campbell se desviara del camino que tenían marcado, parecía claro que aquella pequeña rebeldía por parte del profesor les había permitido dar un importante paso adelante para entender la manera de actuar de los secuestradores.

Cuando apenas quedaban unos metros para llegar, sacó su teléfono móvil del bolsillo. Según sus previsiones, el comisario Chavier ya debería haber llegado a Roma y rezaba para que ya estuviese también en la iglesia de San Estefano Rotondo. Si lo que había propuesto la profesora era cierto, saber por qué los secuestradores

habían elegido aquel lugar era, en su opinión, fundamental para sus intereses.

Justo al llegar, se detuvo un instante buscando el interruptor que permitiese iluminar la galería. Margaux se fijó en el cartel situado sobre el marco de la puerta. *The Guildhall Art Gallery*.

Cuando las luces se encendieron, Godwin entró sin una dirección concreta. En aquel lugar, los profesores debían demostrar por qué estaban allí, de modo que eran ellos los que debían tomar la iniciativa desde ese momento.

—Ya hemos llegado —dijo Bailey mirando a su alrededor.

Durante un par de minutos, los tres profesores se separaron para admirar individualmente algunos de los cuadros que se encontraban allí expuestos.

—Tengo la sensación de que estamos de nuevo en el Louvre —dijo Milanelli en voz alta.

Mientras observaba en silencio uno en particular, Margaux no pudo disimular sonreír al escuchar las palabras del profesor. Indudablemente, ella compartía ese sentimiento y estaba segura de que Campbell también sentía lo mismo. Precisamente, esa sensación fue la que hizo que experimentara sentimientos contradictorios. Para ella, encontrarse en un lugar como aquel le aportaba una gran confianza, pues se encontraba en un terreno que conocía y en el que se sentía realmente cómoda, mucho más que en un laboratorio forense o en un centro de vigilancia de la policía. Además, el hecho de que le recordara al Louvre hacía que tuviera un buen presentimiento. A pesar de todas las dificultades que habían encontrado la noche anterior, siempre habían conseguido descubrir en él lo que los secuestradores habían dejado para ellos. Entre los sentimientos negativos que también invadían su mente estaban, sin embargo, el hecho de no haber podido evitar hasta ese momento la muerte de los dos primeros ministros unida a la incertidumbre por descubrir si su idea de la iglesia de Roma había resultado acertada o no. En cualquier caso, parecía que de nuevo los secuestradores habían elegido el arte como la manera principal de comunicarse con ellos y, por lo tanto, sentía que era su responsabilidad descubrir qué había allí que pudiera ayudarles.

—Si no recuerdo mal —dijo Bailey observando el enorme cuadro que presidía la parte central de la galería— en el Louvre eligieron dos obras de gran tamaño.

Margaux se dio la vuelta al escuchar sus palabras y se acercó hasta él al igual que hicieron los profesores.

—Así es —reconoció—. *La Libertad guiando al pueblo* y *La consagración de Napoleón* son cuadros muy grandes. Similares a este que tenemos aquí.

Godwin creyó percibir una pequeña oportunidad.

—Entonces ¿puede ser este el que estamos buscando?

La profesora recordó, en ese momento, cómo la noche anterior en la sala 77 del Louvre el comisario Chavrier había elegido *La balsa de Medusa* después de que le explicaran que los secuestradores de Deneux debían haber elegido un cuadro complejo de entre todos los que había en aquella sala. Tratando de evitar una sonrisa

por la similitud entre aquel razonamiento y el que mostraban en ese momento Godwin y Bailey, lo observó durante unos segundos con forzado interés.

—*El asedio a Gibraltar* —dijo finalmente.

Campbell, por su parte, observó de reojo la expresión de su rostro creyendo adivinar el mismo pensamiento que él tenía acerca de aquella obra.

—¿Es lo que estamos buscando? —insistió nervioso el comisario.

Para ella, la respuesta a esa pregunta era bastante evidente. Sin embargo, entendía que sin haber vivido todo lo que ellos habían visto en el Louvre la duda que mostraba era totalmente comprensible.

—No lo creo, señor. Lo siento.

Godwin devolvió su mirada al cuadro con gesto contrariado.

—Este cuadro, comisario —comenzó Campbell—, representa el intento fallido que los ejércitos español y francés realizaron el 13 de septiembre de 1782 para hacerse con el control de Gibraltar que, como ocurre en la actualidad, estaba en manos de los británicos. En la parte derecha —dijo señalándolo con su mano— pueden ver al oficial de la armada británica George Augustus Eliott cuyo mayor logro militar, además del que aparece aquí representado, fue el de comandar a su ejército durante la Guerra de los Siete Años que tuvo lugar a mediados del siglo XVIII y en la que Gran Bretaña salió muy bien parada consiguiendo, entre otros, territorios que hasta ese momento pertenecían a Francia y a España. Aquel resultado fue, precisamente, el que permite entender la ofensiva que años después estos dos países lanzaron sobre Gibraltar y que, por desgracia para sus intereses, concluyó de nuevo con una victoria británica.

A pesar de sentir un notable orgullo por aquel dato histórico que desconocía, Godwin entendió que no iba a ayudarles en nada.

—Si es como usted dice, supongo que tendremos que seguir buscando ¿verdad?

Margaux apartó su mirada del cuadro y observó desde la distancia el resto de obras que se exponían en aquella planta.

—Así es —respondió comenzando a caminar en busca del siguiente.

—Si no recuerdo mal —añadió Bailey mientras todos la seguían—, en el Louvre supieron qué cuadros debían elegir porque los secuestradores así se lo indicaron en cada caso.

—Más o menos —respondió Campbell intentando ignorar el doble sentido que creía percibir en aquel comentario—. Es cierto que la alarma de la sala 77 hizo que limitáramos nuestra búsqueda, pero también es cierto que lo habríamos descubierto igualmente.

—¿Crees que ocurrirá algo similar aquí? —le preguntó Godwin.

Bailey dudó.

—Sabes igual que yo lo que ocurrió en el Louvre, de modo que...

—Lo que ocurrió en el Louvre —le interrumpió Margaux volviéndose hacia ellos— fue que los secuestradores de Deneux tenían el sistema de seguridad controlado.

Por esa razón sabían perfectamente lo que nosotros estábamos haciendo en cada momento y se valieron de esa ventaja para mostrarnos lo que querían que descubriéramos. Pero como podrán comprobar —dijo mirando a su alrededor— aquí no hay cámaras de seguridad. Por lo tanto, no podemos esperar que esa situación se repita ya que resulta imposible que sepan lo que estamos haciendo ahora mismo.

—¿Y debemos interpretar ese hecho como una buena o una mala noticia, profesora? —preguntó Godwin.

Margaux le miró con resignación.

—Me temo que no lo sé, señor. Lo único que tengo claro es que este hecho diferencia totalmente esta situación de lo que vivimos en el Louvre. Creo que en esta ocasión, sea lo que sea lo que hayan dejado aquí, es algo que ya está hecho y dependerá de nosotros lo que tardemos en descubrirlo.

—Además —añadió Milanelli—, no necesitamos más que echar un vistazo a nuestro alrededor para darnos cuenta de que no necesitan tampoco tener controlado este lugar. Le puedo asegurar que después de haber entrado por primera vez en un museo como en Louvre sin saber qué debíamos encontrar, descubrirlo aquí no debería revelarse un gran problema.

Godwin se alegró al ver que por lo menos ellos mantenían una visión optimista respecto a sus posibilidades. Por su parte, sentía que estaba destinando todos los recursos que tenía en su mano para intentar recuperar a los ministros con vida pero, desafortunadamente, hasta ese momento todos esos esfuerzos habían resultado en vano. Por esa razón, ahora más que nunca dependía de los profesores para poder avanzar en la investigación y evitar que algo como lo que le había sucedido a Tilden y a Humme pudiese volver a ocurrir.

Capítulo 38

En Bernard Street, los miembros de la policía londinense encargados de vigilar la casa del ministro Hudson se afanaban en cumplir con su cometido a la vez que intentaban mantener la mayor apariencia posible de normalidad, tal como les había ordenado su jefe, el comisario Godwin.

La parada de metro de Rusell Square, situada en esa misma calle, es la principal vía de acceso al Museo Británico desde la parte norte de la ciudad y se encuentra a tan solo unos doscientos metros de allí, de modo que se trata de una de las estaciones de metro más utilizadas por los turistas. Precisamente aquella situación suponía el mayor problema con el que tenían que lidiar los policías. La multitud de turistas hacía que fuese mucho más difícil realizar una correcta vigilancia de la zona poniendo en un posible peligro la vida del ministro.

El policía que se encontraba delante del número 26, la casa de Hudson, observaba desde la distancia cómo sus compañeros a duras penas se las arreglaban para pedir educadamente a todas las personas que querían dirigirse hacia Brunswick Square que utilizaran alguna de las calles paralelas. Afortunadamente, la mayoría de las que necesitaban seguir ese trayecto eran trabajadores de la zona, a juzgar por su vestimenta, y no tenían ningún inconveniente en seguir las instrucciones de los policías.

Viendo que todo seguía en calma, un pitido en su auricular le recordó que debía contactar de nuevo con sus dos compañeros que estaban en el interior de la casa. Antes de hacerlo consultó su reloj. Al ver qué hora era no pudo evitar un suspiro de nerviosismo.

«Las cinco. Perfecto —pensó irónicamente—. Enseguida esto se va a convertir en una jungla».

Consciente de que la hora de salida del trabajo era el último momento crítico del día que debían superar, encendió su *walkie-talkie*.

—Policía de puerta. Todo despejado —dijo con voz seca.

Al no escuchar contestación por parte de sus compañeros, se apartó el *walkie-talkie* del oído para asegurarse que estuviese encendido. Extrañado, volvió a repetir lo mismo.

—Policía de puerta. Todo despejado. ¿Cómo van las cosas por ahí dentro? —preguntó aumentando el tono de su voz.

Mientras esperaba alguna respuesta, vio cómo una oleada de personas salía en ese momento a toda prisa de la parada de metro. Sin saber qué exactamente, sintió algo en su interior que hizo que se le disparara el corazón.

Capítulo 39

Chavier levantó la vista y se tapó parcialmente la cara con la mano derecha para evitar que los rayos de sol que entraban por las ventanas de la cúpula le cegaran. A continuación, volvió a observar en silencio al grupo de turistas que continuaban admirando detenidamente cada una de las pinturas que allí estaban representadas. Hasta ese momento, nunca había vivido una situación similar ya que todos los lugares a los que habían acudido en París los habían encontrado siempre vacíos. Por esa razón, no podía predecir el modo en que la presencia de aquellas personas podría interferir en lo que la profesora Margaux quería que hicieran en esa iglesia.

—Creo que será mejor que impidamos el paso de todos esos turistas —dijo Paccaud desde unos metros de distancia.

El comisario se acercó hasta él y vio a la multitud de personas que habían dejado en el exterior de aquel edificio apelotonándose en la entrada mientras el guardia de seguridad que había intentado detenerles hacía apenas unos minutos hablaba con los tres guías turísticos.

«No podemos permitir que entren y convirtieran esto en un gallinero».

—Vaya a la entrada y ordene al guardia que impida entrar a nadie sin mi permiso —le dijo sin dejar de mirar a aquel tumulto de personas alborotadas.

A continuación, desvió su mirada al interior de la iglesia. Aunque los turistas que allí se encontraban no hacían el menor ruido, era indudable que el acceso a aquel lugar debía cerrarse a toda persona que no fuesen ellos o la policía italiana.

—Bingleau, usted pida con amabilidad a estas personas que abandonen la iglesia lo antes posible —añadió en voz baja señalándolas.

Sin decir una palabra, el inspector caminó hasta la primera pareja que se encontraba admirando una de las pinturas a muy poca distancia de ellos. Por suerte, se trataba de turistas franceses por lo que no tuvo ningún problema en conseguir que accedieran a su petición. Acto seguido, comenzó a hablar con un turista que estaba fotografiando individualmente cada una de las pinturas. Desde la distancia, Chavier pudo comprobar cómo aquel hombre se mostraba más reticente, puesto que con gestos airados le parecía intentar explicar que todavía no había terminado de fotografiar todas las obras. Afortunadamente, Bingleau fue lo suficientemente paciente como para que el hombre finalmente desistiese de sus intenciones y accediera a salir al exterior.

Cuando ya parecía que faltaba poco para alcanzar su deseo, una mano le agarró del brazo haciendo que se sobresaltara.

—*Mi scusi, signore, che cosa sta succedendo?*

Al girarse, el comisario vio a una señora de unos sesenta años que le preguntaba con cara de extrañada mientras su marido, detrás de ella, observaba desde la distancia a Bingleau hablar con la última pareja de turistas.

—*C'è un problema?* —insistió la mujer.

Chavrier sintió un sudor frío recorrer su frente.

—No problema —dijo gesticulando con los brazos—. Policía.

La mujer giró la cabeza con gesto expresivo.

—*Per favore, puoi aspettare fuori?*

La voz de Paccaud detrás de él hizo que cerrara los ojos aliviado. La señora observó al hombre mucho más joven que le acababa de hablar y que le miraba con gesto amable.

—*Di corso, giovane* —le respondió devolviéndole una sonrisa.

Mientras aquella señora y su marido abandonaban la iglesia, Bingleau se acercó hasta ellos.

—¿Está arreglado el problema con los turistas?

—Sí, señor —respondió Paccaud—. He conseguido explicarle al guardia que tenemos que trabajar aquí dentro y que no puede permitir la entrada a nadie hasta que se lo digamos.

Chavrier se mostró satisfecho.

—Me alegra que también vaya mejorando su italiano —le dijo tras unos segundos.

El inspector no pudo disimular cierta vergüenza.

—Ha sido lo que les ha repetido el guardia a todos los turistas que se encontraban ahí fuera una y otra vez después de que termináramos de hablar. *Per favore, puoi aspettare fuori?*

Aquella frase, con un forzado y torpe acento italiano, hizo que el profesor Milanelli le viniera a la cabeza por lo que rápidamente interrumpió la conversación distendida que estaban manteniendo y se centró en lo que habían ido a hacer allí.

—Está bien —dijo mirando a su alrededor—. Según la profesora, la muerte del primero de los ministros les ha llevado a descubrir que los secuestradores querían que viniésemos a esta iglesia. Como ven, aparentemente esto es mucho más sencillo que todo lo que vimos en el Louvre, en la Asamblea o en cualquier otro lugar en el que hayamos estado. Por eso mismo creo que no deberíamos tardar mucho en descubrir qué es lo que han dejado aquí para nosotros.

Chavrier guardó unos instantes de silencio. Aunque él estaba al mando, sabía que necesitaba que ella le indicara qué quería que hicieran. Hasta que eso fuese posible, su tarea no parecía demasiado complicada viendo la sobriedad de aquel lugar.

—De modo —continuó—, que nos separaremos y estudiaremos una por una cada una de estas pinturas. En teoría, todas son torturas similares a las que le han hecho a ese ministro y son, además, las que según los profesores los secuestradores tienen pensado hacer al resto que han desaparecido. Nuestro objetivo, de momento, será intentar descubrir si hay algo en alguna de ellas que pueda serles de ayuda en Londres ¿entendido?

Los dos inspectores asintieron con sutileza y se separaron rápidamente colocándose en puntos diferentes de la iglesia. Por un momento, Chavrier creyó estar

repetiendo la misma situación que habían vivido la pasada noche en el Louvre mirando cuadros sin saber muy bien qué era lo que estaban buscando. Deseando que, por lo menos, el final de aquella historia fuese tan bueno como había sucedido con el señor Deneux, caminó unos pasos hasta colocarse justo delante de una de las pinturas.

La imagen que vio hizo que sintiera escalofríos. En aquella en concreto, aparecía representada una mujer desnuda, levemente tapada por un manto a la altura de la cintura, con las manos atadas y los brazos estirados por encima de su cabeza a la que un hombre de espaldas le clavaba un tridente en el pecho mientras un grupo de personas parecía asistir con regocijo a aquella escena.

En ese momento de distracción, el sonido de su teléfono móvil hizo que se le disparara el corazón. Había acordado con el comisario Godwin avisarles tan pronto como llegaran a esa iglesia y no lo había hecho aún. Al ver quién le estaba llamando el nerviosismo que sintió fue mucho mayor.

—Aquí Chavrier —dijo aparentando serenidad.

El policía forense que le llamaba desde París comenzó a darle información detallada acerca de la identidad de las dos personas que habían encontrado muertas la noche anterior. A medida que pasaron los segundos su cara fue palideciendo por momentos.

—¿Está completamente seguro de eso? —pronunció a duras penas.

Mientras escuchaba con atención cómo el forense le daba todo tipo de detalles para confirmar la identidad de aquellas dos personas, el comisario se sintió atraído por una pintura que estaba apenas tres metros a la derecha de donde se encontraba.

«No puede ser».

Esperando que aquello fuese una pesadilla de la cual pudiera despertarse en algún momento, se acercó hasta ese lugar y observó atónito lo que tenía ahora justo delante de él.

—Está bien —dijo interrumpiendo al forense.

No era necesario seguir escuchado más explicaciones. Ya no había duda de quiénes eran las personas que habían encontrado en París salvajemente asesinadas.

Capítulo 40

Los inspectores Paccaud y Bingleau que se encontraban revisando dos pinturas situadas relativamente cercanas entre sí observaron, desde la distancia, la manera tan extraña con la que el comisario había interrumpido aquella conversación telefónica.

Paccaud, sin querer inmiscuirse en cuáles habían sido las razones para hacer aquello, caminó un par de metros para ver mejor la imagen que Chavrier observaba en silencio mientras negaba una y otra vez con la cabeza.

—Es increíble —dijo en voz baja al verla.

Bingleau, al escuchar a su compañero, comenzó a caminar detrás de él hasta donde se encontraba el comisario. Al llegar, los dos se llevaron las manos a la cabeza.

Chavrier les miró y sin decir una palabra volvió a observar la tortura que estaba representada en aquella pintura.

—¿Cómo es posible? —murmuró Paccaud.

El comisario agachó la cabeza y se llevó una mano a la cara para frotarse los ojos ante lo que estaba viendo. Todo parecía indicar que el secuestro de Deneux, que creían felizmente resuelto, tenía todavía mucho más por descubrir. En la pintura que los tres estaban admirando se mostraba a un hombre atado a una especie de cruz al que dos personas le quemaban cada una de sus manos con un hierro incandescente.

—Esto es lo que encontramos en los cadáveres de la Asamblea y del Panteón —dijo Bingleau.

Chavrier volvió a negar con la cabeza.

—Lo peor no es eso, créame. Lo peor es que ahora mismo los profesores tienen a dos ministros menos que buscar en Londres.

Los inspectores no daban crédito a lo que estaban escuchando.

—Eso... eso no puede ser.

El comisario se volvió hacia ellos.

—Me temo que sí, inspector. El hombre que encontramos en la Asamblea Nacional con los primeros números en su mano era Jack Brown, ministro británico de Interior.

Paccaud se llevó las manos a la cabeza.

—Y el cuerpo del Panteón pertenece a Steven Austen, ministro de Defensa.

Durante unos segundos, los tres permanecieron en silencio. De algún modo habían supuesto que aquellos cadáveres pertenecían a personas anónimas como el cuerpo de Notre Dame o el que habían encontrado en la basílica del Sagrado Corazón.

—Por eso se tomaron tantas molestias para que no pudiéramos identificarles —continuó—. Si hubiésemos podido hacerlo, ahora mismo no estaríamos en esta situación.

Aquel descubrimiento les había dejado completamente paralizados.

—¿Cree que esto es lo que debíamos descubrir aquí? —le preguntó Bingleau.

Chavrier se giró de nuevo para observar aquella pintura.

—Francamente —respondió—, cuando me informó de ello el forense pensé que quizá esa era la razón. Pero también es cierto que la identidad de esas dos personas las hubiésemos descubierto igualmente aunque nosotros estuviésemos en París ahora mismo.

—De modo que esto confirma la teoría de la profesora —añadió Paccaud señalando la pintura.

—Eso creo. Si hemos encontrado aquí representado lo mismo que les hicieron a aquellos dos hombres podemos estar seguros de que los secuestradores querían que viniéramos a esta iglesia. Y ahora, lo único que tenemos que hacer es llamarles y descubrir cuanto antes cómo podemos evitar que los que todavía siguen vivos corran la misma suerte que sus compañeros.

Capítulo 41

Margaux apartó la mirada del cuadro que tenía delante de ella y observó desde la distancia cómo la muchedumbre de personas que se habían agolpado minutos antes a las puertas del Guildhall comenzaba poco a poco a dispersarse. Atraída por la luz que provenía del exterior comenzó a caminar hacia la entrada sin perder de vista cada una de las obras que se exponían a ambos lados de aquella sala. De ella había sido la idea de que allí podría estar lo que los secuestradores querían que encontraran, de modo que después de haber planteado una arriesgada propuesta con la iglesia de Roma sentía que era necesario encontrar, por fin, algo que les permitiese saber de una vez por todas qué era lo que tenían que hacer para recuperar a los ministros con vida.

Cuando llegó hasta la puerta, echó un rápido vistazo a su alrededor. Milanelli se había quedado retrasado con Godwin y Bailey, mientras que Campbell caminaba en ese momento hacia ella. Justo antes de que llegara, divisó por encima los cuadros expuestos en la sala superior que podían verse desde aquella posición.

—Y bien, ¿qué piensas? —le preguntó.

Sorprendida, dejó escapar una sonrisa.

—¿Tanto se me nota?

El profesor tampoco pudo evitar sonreír.

—Creo que ya te conozco lo suficiente como para saber cuando algo de lo que estamos haciendo no acaba de convencerte.

Margaux dirigió su mirada a la gente que todavía quedaba en la plaza.

—¿Te has parado a pensar cómo saben los secuestradores lo que estamos haciendo en cada momento?

A pesar de que intuía que había algo que le preocupaba, Campbell se mostró sorprendido por que le hiciera una pregunta tan directa. Ella misma había sido quien, escasos minutos antes, le había dicho a Godwin que era imposible que les estuviesen observando. Al contrario de lo que había ocurrido en París.

Ante la falta de respuesta, se volvió y le miró directamente a los ojos.

—Sé lo que estás pensando, y sé muy bien lo que le he dicho al comisario hace un momento. Pero tengo la sensación de que lo que dije no es cierto.

—Entonces ¿crees que nos están vigilando otra vez?

Margaux bajó la mirada.

—Sabes igual que yo lo que ocurrió en París y lo que esas personas fueron capaces de hacer. Sin embargo, esto está siendo mucho peor y no parece que tengamos ninguna opción de evitarlo.

Durante unos instantes se mantuvo en silencio.

—Además —continuó—, allí pudieron hacer fácilmente todo lo que hicieron porque sabían dónde estábamos en cada momento. Con el control que tenían sobre el sistema de seguridad del Louvre pudieron dirigirnos a un lugar o a otro sin problemas y nosotros simplemente fuimos encontrando lo que ellos querían. Pero aquí...

—Aquí estamos encontrando cadáveres —dijo Campbell.

Margaux observó de nuevo a las personas de la plaza.

—¿Cómo es posible que sean capaces de hacer todo esto a plena luz del día sin que la policía pueda ver nada?

Campbell se encogió de hombros.

—En mi opinión —prosiguió exponiéndole su idea—, creo que no es del todo cierto que lo que están haciendo ahora sea más difícil que lo que vimos en París.

—Pero esta vez son siete ministros y ya han conseguido asesinar a dos de ellos.

—Lo sé, lo sé —respondió rápidamente entendiendo sus dudas—. Pero también es cierto que cuanta más gente haya en torno a los lugares donde dejan los cuerpos más difícil será poder encontrar algo extraño ¿no te parece?

Campbell sintió en ese momento que empezaba a entender lo que trataba de decirle.

—Además, no son edificios tan importantes —añadió.

—Exacto...

Igual que había sucedido en París, para Margaux resultaba fundamental que él estuviera de acuerdo con las ideas que proponía.

—Vale que el Royal Albert Hall es un edificio importante de Londres, pero no se puede comparar a lo que para París es el Louvre o la catedral de Notre Dame.

—No, desde luego que no —asintió Campbell.

—Por eso digo que, tal vez, lo que está ocurriendo no sea algo más difícil para ellos que lo que hicieron la pasada noche.

—¿Y cuál es la razón por la que están eligiendo este tipo de lugares?

Margaux vio cómo Milanelli comenzaba a caminar hacia ellos acompañado de Godwin y Bailey.

—No lo sé —respondió—. Pero si tú fueses quien secuestró a Deneux y ahora haces lo mismo con seis ministros del gobierno británico ¿cuál sería la razón que te llevaría a hacer un cambio tan drástico en la relevancia de las personas que secuestras?

El profesor dudó solo un instante.

—Porque querría darle más importancia al secuestro.

—¿Y entonces por qué elegir este edificio en vez de la National Gallery, por ejemplo? —preguntó gesticulando con sus brazos.

Campbell se quedó bloqueado por la idea que acababa de aparecer en su mente.

—Exacto —le dijo ella en voz baja—. Los secuestradores nunca han tenido la menor intención de que encontráramos a estos dos ministros. Estoy segura de que Chavier no encontrará en Roma nada que nos pudiese haber ayudado a salvarles.

—Pero eso supondría corroborar nuestra idea de que su intención no es permitir que les salvemos.

En esta ocasión fue ella quien se encogió de hombros.

—No creo que haya ningún modo de asegurarnos al cien por cien de eso, pero

tengo claro que hay algo detrás de todo lo que está ocurriendo hoy aquí que es la verdadera razón de lo que estamos viviendo.

—¿Quieres decir que secuestrar a esos ministros no es su objetivo real? —le preguntó con una gran cara de sorpresa.

Margaux se volvió hacia la entrada.

—Mira —le dijo señalando a la gente que continuaba en la plaza—. ¿Recuerdas cómo estaba la entrada del Royal Albert Hall?

—Sí, llena de turistas —respondió sin dudar.

—De turistas o de potenciales secuestradores.

Aquella frase hizo que Campbell tuviera una percepción completamente diferente de las escasas personas que estaba viendo al otro lado de la puerta.

—Cualquiera de ellos puede ser la persona que nos esté vigilando —murmuró.

—¡Exacto! Y no solo eso, sino que mientras sigamos yendo a lugares llenos de gente estaremos expuestos a que los secuestradores sepan perfectamente qué es lo que estamos haciendo. Ahora no necesitan piratear ningún sistema de seguridad de ningún museo, ni infiltrar a ningún guardia de seguridad como en la Asamblea Nacional. En una ciudad con tanta gente en la calle como Londres estamos totalmente en sus manos.

El tono de voz cada vez más bajo denotaba que Godwin y Bailey estaban ya prácticamente detrás de ellos.

—Bien, profesores, ¿han descubierto algo que pueda ayudarnos?

Campbell recordó, de manera precipitada, todo lo que acababa de hablar con Margaux preguntándose si sería suficiente para responder aquella pregunta.

—Nada interesante, señor —contestó ella—. Nada salvo que, según parece, esas personas han empezado a perder interés por lo que está ocurriendo aquí dentro.

Godwin miró de reojo la entrada del Guildhall y, a continuación, dirigió su mirada a la planta superior.

—¿Y respecto a los cuadros? ¿Algún avance?

—Tampoco, señor —respondió repasando mentalmente los que había visto en aquella sala.

—Como ya les advertí antes —dijo Bailey comenzando a subir los primeros peldaños de la escalera que daba acceso a la planta superior— este lugar es muchísimo más pequeño que el Louvre con el que ustedes se tuvieron que pelear la pasada noche. De modo, que estoy seguro de que si allí pudieron descubrir lo que les habían dejado los secuestradores hacer lo mismo aquí les resultará como un juego de niños, profesora.

Mientras escuchaban lo que les estaba diciendo, todos comenzaron a subir por aquellas mismas escaleras. Al llegar a la planta superior, Margaux echó un vistazo rápido a todas las obras expuestas. Aunque ella misma era la primera en intentar dejar claras las diferencias que existían entre ambos lugares, la sensación de estar reviviendo lo que habían vivido en el Louvre resultaba inevitable.

—*La Ghirlandata* —dijo sorprendida acercándose a uno de los cuadros—. No sabía que estaba aquí expuesto... Pero por otro lado tampoco resulta sorprendente.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Bailey.

—Gabriel Rosetti —respondió señalando al pequeño cuadrado de metacrilato que escondía la descripción de aquella obra—. Londinense. ¿Dónde podría exponerse, sino?

A continuación, caminó unos pasos hasta colocarse justo en el centro del cuadro que se encontraba a su izquierda.

—Para no ser un museo, las obras que tiene son muy importantes —comentó mirándolo con cara de extrañeza.

—¿Y cree...?

Margaux le interrumpió antes de que hiciera una pregunta que conocía perfectamente.

—Comisario, no he podido evitar fijarme en que, tanto en esta planta como en la inferior, hay una serie de salas que parecen salir de la principal.

—Claro que sí, profesora —respondió al instante—. Hay muchos más cuadros expuestos que los que estamos viendo.

—En ese caso —añadió ella—, creo que sería interesante que nos dividiéramos en dos grupos para poder repasar cada una de ellas lo más rápido posible de una manera idéntica a como hicimos en el Louvre.

Bailey y Godwin se miraron a la vez el uno al otro.

—Está bien. Todo lo que sea intentar adelantar su trabajo... —respondió el comisario sin estar muy seguro de cómo podría servir él de ayuda.

—Si les parece, creo que lo más interesante sería que ustedes dos volvieran para comprobar esas salas que nos hemos saltado en la planta inferior mientras nosotros tres nos repartimos toda esta planta ¿qué opinan?

Bailey afirmó repetidamente con la cabeza. Si algo deseaba por encima de cualquier cosa en ese preciso momento era salir de allí lo antes posible y encontrar a los ministros con vida. Godwin, por su parte, balbuceó ilegiblemente unas palabras fruto de la confusión que tenía ante aquella tarea.

—No es necesario que busquen nada en particular —les dijo para aliviarle—. Simplemente bajen y miren cada obra, una por una. Si encuentran cualquier cosa que les resulte mínimamente extraña, llámenme y bajaré yo a verlo ¿de acuerdo?

Los dos asintieron de nuevo y sin perder tiempo comenzaron a caminar hacia las escaleras ante la atenta mirada de los profesores. Cuando los perdieron de vista Milanelli no pudo evitar un comentario sarcástico.

—Hay veces que pienso que todavía seguimos en París con Sanoir y el comisario Chavier ¿no les parece?

Margaux sonrió y comenzó a caminar hasta adentrarse en una de esas salas auxiliares. Se trataba de una habitación pequeña con algo más de media docena de cuadros.

—Para ser sincera, profesor —le respondió—, creo que podríamos haber visto aquellas salas en cualquier otro momento. Lo que realmente buscaba era que pudiésemos quedarnos solos al menos durante unos minutos.

Milanelli la miró sorprendido.

—Antes, cuando estábamos en la entrada de la galería, no hablábamos de qué cuadro pueden haber elegido los secuestradores —añadió Campbell percibiendo su sorpresa.

—¿Recuerda cuando en París usted dijo que estaba seguro de que el secuestro de Deneux tenía un significado político que no estábamos teniendo en cuenta? —le preguntó Margaux.

El profesor afirmó con la cabeza a la vez que emitía un ligero ronroneo.

—Pues creo que ahora mismo tengo esa misma sensación respecto a lo que está ocurriendo aquí, pero multiplicada por cien podríamos decir.

—Desde luego creo que es evidente que las cosas no están saliendo como nosotros esperábamos —reconoció Milanelli.

—Estoy seguro de que no están saliendo como nosotros hubiésemos imaginado, y mucho menos como el comisario y Bailey esperaban. Por eso creo que ella puede tener razón.

El profesor no pudo evitar su intriga.

—¿Y qué es lo que piensa de lo que estamos viviendo aquí?

Margaux esperó un instante a terminar de ver el último cuadro de la sala y comenzó a caminar hacia el exterior antes de contestarle.

—Como le dije antes a Campbell, creo que no existía ninguna posibilidad real de que hubiésemos podido salvar a los dos ministros que hemos encontrado asesinados.

—¿Ni siquiera con lo que descubramos en la iglesia de Roma? —preguntó sorprendido.

La profesora negó con la cabeza.

—El primer cadáver lo encontramos en el Royal Albert Hall y para poder llegar al razonamiento de la iglesia de San Estefano Rotondo tuvimos que relacionar el lugar elegido con el tipo particular de atrocidad que habían cometido en su cuerpo.

—Estoy de acuerdo. Ese no era evitable. Pero ¿qué me dice de este ministro? Esta tortura sí aparece en aquella iglesia, tal como nos enseñó la agente Shahi en aquellas fotografías.

—Sí, sí, lo sé —reconoció—. Y eso podría hacernos pensar que lo podríamos haber evitado. Sin embargo, tenga en cuenta la diferencia de tiempo que ha habido entre una muerte y otra.

Milanelli se frotó profusamente la barbilla.

—Además —añadió Campbell—, está el hecho de que es cierto que los secuestradores lo tienen mucho más fácil en esta ocasión para vigilarnos. Aunque hacer lo que están haciendo con los ministros a plena luz del día pueda resultar más arriesgado, precisamente eso puede suponerles una gran ventaja respecto a lo que

vimos en París.

—Cualquiera de esas personas que se encuentran en los lugares donde dejan los cuerpos nos podría estar vigilando...

Margaux se giró hacia el profesor sonriendo.

—Veo que los tres seguimos viendo las cosas de la misma manera.

—Pero ¿por qué asesinar a estos dos ministros si no teníamos ninguna opción de evitarlo?

Aquella cuestión era indudablemente la más difícil de explicar.

—¿Sabe? Esa misma pregunta se la contesté antes al profesor con otra pregunta.

La cara de Milanelli era de absoluta curiosidad.

—¿Por qué elegir lugares como el Royal Albert Hall o este mismo con la cantidad de edificios importantes que hay en Londres?

Campbell sonrió al ver que aquella pregunta le había cogido totalmente a contrapié.

—Si se da cuenta —añadió él—, en París los secuestradores eligieron Notre Dame, el Panteón, la Asamblea Nacional y la basílica del Sagrado Corazón.

Milanelli torció el gesto sin comprender.

—Creo que tengo que admitir que, por primera vez desde que nos conocemos, no estoy siendo capaz de entender a dónde quieren ir a parar —respondió con resignación.

La profesora sonrió.

—Verá, en mi opinión, creo que no han elegido los lugares más importantes de Londres, a diferencia de lo que vimos en París, porque no había ninguna posibilidad de salvar la vida de estas dos personas. Y, por desgracia, creo que esto es así porque me temo que en esta ocasión no quieren que les salvemos sino que les están haciendo esto por alguna razón que todavía no hemos alcanzado a comprender.

—La misma razón política que les llevó a secuestrar a Deneux ¿no es así?

Campbell respiró aliviado.

—Eso es. Como le dijimos al comisario desde el primer momento, tiene que existir un nexo de unión entre los siete ministros que aparecen en la grabación que recibieron, y estoy de acuerdo con ella en que es muy posible que la misma razón que estaba detrás del secuestro de Deneux sea la que les ha llevado a secuestrar ahora a estos ministros y a asesinarles sin que nos den opción de hacer nada para evitarlo.

Al dirigir su mirada hacia Milanelli para seguir con aquella conversación, la profesora vio algo justo a sus espaldas que le resultó enormemente sorprendente.

—¿Qué ha pasado, profesora? —le preguntó—. Se diría que ha visto un fantasma.

Sin contestarle, caminó unos metros hasta la pared contraria de la sala en la que se encontraban para ver de cerca el cuadro que tanto le había llamado la atención. En silencio, los profesores la siguieron y se colocaron justo a su lado.

—¿Ves algo interesante en este cuadro? —le preguntó Campbell.

Confusa, se giró y buscó con la mirada uno de los primeros cuadros que habían

visto al subir a aquel piso.

—Aquel cuadro... —dijo alejándose varios pasos de donde se encontraban.

Campbell empezó a sentir cómo el corazón se le aceleraba.

—¿Esto tiene algo que ver con lo que han dejado los secuestradores? —le preguntó.

—No lo sé —respondió casi imperceptiblemente.

Los dos se acercaron ahora hasta donde ella se encontraba.

—¿Qué es lo que le llama tanto la atención? —insistió Milanelli.

Margaux les miró fascinada.

—Este cuadro —dijo señalando el que justo acababan de ver— se titula *La masacre de los inocentes*, y aquel que está junto a *La Ghirlandata*, el que vimos al principio, tiene el mismo nombre. Ambos son de Rubens. Los pintó en momentos muy diferentes de su vida. Este que está aquí expuesto fue posiblemente su última obra. Rubens murió en 1640 y lo pintó uno o dos años antes. Sin embargo, fue una segunda versión de un cuadro que pintó varios años antes, hacia 1611, y que está considerado como una de sus obras más importantes puesto que en él se muestra la influencia de todo lo aprendió durante sus años de estancia en Italia a principios del siglo XVII.

—¿Y eso cómo se supone que nos ayuda a encontrar a los ministros desaparecidos? —preguntó Milanelli.

Margaux se volvió hacia ellos.

—Eso es bastante difícil de explicar, lo sé. Pero creo que estos cuadros no deberían estar aquí.

Campbell mostró su sorpresa ante aquella afirmación.

—Cuando llegamos a esta sala —añadió tratando de explicarse—, y yo me dirigí directamente a *La Ghirlandata*, le dije a Bailey que podía ser simplemente una galería pero que tenía cuadros muy importantes ¿os acordáis? Pues lo dije precisamente por aquel cuadro. Aquella primera versión de *La masacre de los inocentes* es famosa, entre otras cosas, por haber sido la obra por la que más dinero se haya pagado jamás. Es el ejemplo que siempre utilizo con mis alumnos cuando quiero que entiendan el valor incalculable que tienen estas obras.

—Bien —dijo Campbell—. Pero yo tampoco logro entender cuál es su relación con los ministros.

Margaux respiró profundamente antes de proseguir con su razonamiento.

—No estoy segura de cómo explicarlo. Simplemente creo que estos dos cuadros no deberían estar aquí expuestos, como ya dije antes. Desde luego, aquel no es la obra original puesto que se encuentra también en una galería de arte, pero en Canadá. Y esta...

Durante unos segundos permaneció observándola en silencio intentando recordar.

—Creo que el original de esta obra se encuentra en Alemania.

—¿Y no podrían ser simples copias? —preguntó ingenuamente Milanelli.

Margaux negó repetidamente con la cabeza.

—No puedo negar que cuando vi aquella primera versión eso mismo fue lo que yo pensé. Aún cuando me parecía una opción realmente difícil. Las galerías de arte como esta tiene un número reducido de cuadros expuestos y muchos otros en reserva. Por esa razón, cada cierto tiempo se van cambiando y todos ellos son expuestos en algún momento del año. Pero siempre se trata de obras originales. No sería lógico en absoluto tener obras originales guardadas y exponer copias.

—De modo que estas son las obras que han dejado los secuestradores para nosotros —preguntó Campbell.

Margaux miró a ambas durante unos instantes antes de responder.

—Creo que sí —dijo convencida—. Además, la temática que recogen puede ser fácilmente trasladable a lo que estamos viviendo aquí.

Los profesores se giraron al oír cómo Godwin y Bailey comenzaban a subir las escaleras que daban acceso al segundo piso.

—Entonces puede que solo haya una manera de descubrir si efectivamente lo que está diciendo es cierto —opinó Milanelli.

La profesora le miró sorprendida.

—¡Comisario! —dijo en voz alta para asegurarse que le escuchaba.

Bailey y Godwin aceleraron el paso al oír la llamada de Milanelli.

—¿Sí, profesor? —le preguntó al llegar hasta ellos.

—¿Sería posible que contactara con la agente Shahi?

El comisario no pudo disimular una apreciable sorpresa al escuchar aquella petición.

—Sí, por supuesto que sí. ¿Qué quiere de ella?

Sin responder, Milanelli miró a la profesora.

—Verá, señor —respondió Margaux—, hemos revisado los cuadros de esta planta, tal como acordamos, y estoy prácticamente segura de que este que pueden ver aquí —dijo señalándolo— y el que está justo al lado de *La Ghirlandata* que les enseñé al llegar, no deberían estar expuestos en esta galería.

—¿Cree que eso es lo que estábamos buscando? —preguntó Bailey excitado.

—Es muy posible —respondió intentando aparentar la mayor seguridad posible—. Como les acabo de explicar a los profesores, ambos cuadros son dos versiones de una obra titulada *La masacre de los inocentes* y de lo que estoy completamente segura es de que no son las obras originales dado que es imposible que una galería como esta exponga imitaciones. Eso me lleva a razonar que estos cuadros no deberían estar aquí y que efectivamente, como usted dice, es lo que estábamos buscando.

El comisario sacó rápidamente su teléfono móvil con el corazón a punto de estallar. Lo que más habían estado esperando estaba justo delante de sus narices y comprendía perfectamente por qué el profesor Milanelli le acababa de preguntar por Shahi.

Sin poder disimular su nerviosismo, marcó el número de la agente y activó el

altavoz para que todos pudieran escuchar la conversación.

—Buenas tardes, señor.

El sonido algo hueco con el que se escuchaba su voz quedaba contrarrestado por el elevado volumen del auricular.

—Agente, estamos en la galería de arte del Guildhall y la profesora Margaux cree haber encontrado algo que es posible que sea obra de los secuestradores. De modo que necesito que me diga si dos obras concretas que están aquí expuestas pertenecen o no a esta galería.

—Muy bien, señor.

Godwin dirigió su mirada a la profesora para que fuera ella quien repitiese lo que acababa de explicarles.

—Necesito que mire si un cuadro llamado *La masacre de los inocentes* debería estar aquí expuesto —le indicó.

El sonido del teclado dejaba claro que Shahi no quería perder ni un segundo conversando más de lo imprescindible.

—Según los resultados que me aparecen en pantalla —respondió—, *La masacre de los inocentes* es obra de Peter Paul Rubens. Existen dos versiones, la primera está en la galería de arte de Ontario y la segunda en la pinacoteca antigua de Múnich.

Margaux afirmaba continuamente con la cabeza al escuchar aquella información. Todo lo que les estaba diciendo coincidía con el conocimiento que ella tenía de ambas, por lo que estaban cada vez más cerca de confirmar que su idea era acertada.

—¿Y dentro del catálogo de esta galería? ¿Es posible que estén exponiendo copias de ambos cuadros por alguna razón?

De nuevo, el sonido del teclado precedió a su respuesta.

—No, profesora. Ese cuadro no figura en el catálogo de la galería de arte del Guildhall.

Margaux miró con una gran expresión de emoción al comisario.

—¿Está segura de eso? —preguntó Bailey.

—Completamente, señor. Ni los originales ni ninguna copia de esos dos cuadros han sido expuestos ahí nunca. Ni tampoco aparecen en la relación de cuadros que ahora mismo se exhiben al público.

Godwin contuvo la respiración durante unos instantes. Por fin habían encontrado lo que buscaban. Margaux le hizo un elocuente gesto afirmativo con la cabeza.

—Gracias, agente —dijo despidiéndose—. Sin duda ha sido de gran ayuda.

—De nada, señor.

El comisario guardó su teléfono móvil y miró al cuadro que tenían a escasos metros.

—De modo que esto es lo que los secuestradores querían que encontráramos.

Margaux se acercó caminando unos pasos para verlo de cerca.

—Sí, señor —respondió—. Estos dos cuadros son la razón por la que han elegido este edificio y ahora tenemos que descubrir qué es lo que nos quieren decir con ellos.

Capítulo 42

Eugene contemplaba satisfecha cómo el nuevo algoritmo de búsqueda que había desarrollado estaba colmando sobradamente sus expectativas más optimistas. De los tres mil quinientos puntos que habían aparecido inicialmente en la pantalla de su ordenador, aquel algoritmo ya había conseguido descartar, aproximadamente, trescientos.

—Poco a poco irá ganado velocidad —murmuró mientras observaba su reloj.

Efectivamente, aquel algoritmo estaba diseñado para ser, no solo tres veces más rápido que el que actualmente utilizaban en aquel tipo de situaciones, sino que lo había dotado con una capacidad de búsqueda diferente a todos los que había diseñado hasta entonces. Mientras que un algoritmo convencional aumentaba de manera lineal su velocidad de búsqueda, este lo hacía de manera exponencial haciendo que su capacidad para procesar datos se multiplicara cada vez que descartaba un punto de aquel mapa.

«Te dije que no podías esconderte», pensó con una gran sonrisa dibujada en la cara.

Capítulo 43

Bailey, Godwin y los profesores se colocaron justo al lado de Margaux y mantuvieron durante unos segundos un respetuoso silencio. Después de mucho trabajo, y tras encontrar asesinados a dos de los ministros, por fin tenían entre manos algo parecido a lo que en todo momento habían encontrado en París. Algo que les pudiese ayudar a entender cuál era la manera en la que los secuestradores estaban haciendo las cosas y, sobretodo, dónde se encontraban el resto de ministros desaparecidos.

Godwin miró de reojo la cara de atención con la que la profesora estudiaba aquel cuadro. En su opinión, una vez descubierto lo que habían dejado en el Guildhall para ellos era necesario dar el siguiente paso, y cuanto antes lo hiciesen, sin duda sería mucho mejor para sus intereses.

—¿Sabe, entonces, por qué razón han elegido dejar este cuadro aquí, profesora?

Las palabras del comisario atrajeron su atención.

—En realidad, como les expliqué antes, no han dejado solo este sino las dos versiones de *La masacre de los inocentes* —dijo señalando el otro con su mano.

—Puede que ese título tenga algún sentido metafórico con lo que está ocurriendo aquí ¿no le parece?

Margaux sintió que aquella pregunta de Bailey estaba bastante próxima a la que, en ese momento, era su mejor idea para explicar la elección de aquellos dos cuadros.

—Yo diría que indudablemente tiene un significado —respondió Milanelli—. No sabría decir si es metafórico o no, ya que posiblemente ese no es el adjetivo que creo más acertado en este caso, aunque solo sea mi opinión.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Bailey algo contrariado.

—Bueno, está claro que el título es bastante elocuente y estoy de acuerdo, de hecho, creo que todos estaremos de acuerdo, en que por lo menos una parte de él y lo que en ellos se representa son muy acordes con la situación que estamos viviendo.

—¿Solo una parte, profesor? —preguntó Godwin.

Milanelli le miró a los ojos y, a continuación, dirigió su mirada al cuadro que tenían delante.

—Verá, señor, lo que estamos viviendo aquí en Londres es sin duda una matanza, no tanto quizá por el número de personas asesinadas que hemos encontrado, sino por la violencia con la que han acabado con sus vidas.

—En París, sin ir más lejos, a pesar de que el secuestro de Deneux tuvo un final feliz, encontramos más personas muertas de las que hemos encontrado aquí hasta ahora —añadió Campbell.

Bailey mostró efusivamente su malestar al escuchar esas palabras.

—Según lo dice parece que esto es algún tipo de competición para ver dónde mueren más personas, profesor.

—No, no... creo que no me ha entendido —dijo intentando disculparse—. Lo que

yo quería decirles es que puede que la elección de estos dos cuadros en particular tenga algo que ver con lo que la profesora nos dijo cuando estábamos de camino hacia aquí ¿lo recuerdan?

Tanto Bailey como Godwin torcieron el gesto.

—Lo que les dije —comenzó Margaux ayudándoles a recordar— fue que en el secuestro de Deneux quedaron muchos interrogantes abiertos a los que no les dimos explicación. Desde luego entiendo que no es de mi competencia, y estoy segura de que el comisario Chavier hará un estupendo trabajo con esos pequeños problemas sin resolver, pero quizá en alguno de ellos estén escondidas las respuestas que parecen faltarnos hoy aquí.

—¿Y por qué piensa eso viendo este cuadro? —preguntó el comisario.

Margaux se giró para verlo de nuevo y soltó un suave resoplido.

—Hasta ahora, señor, lo que acabo de decirles, y que ya habíamos tratado en algún otro momento, era solo una suposición mía. O nuestra mejor dicho —dijo mirando a los dos profesores—. Pero, en cierto modo, creo que lo que hemos descubierto aquí confirma que esta suposición era correcta.

—¿De qué manera? —preguntó de golpe Bailey sin dejar que terminara de explicarse.

—Como ha dicho antes el profesor Milanelli —continuó—, ambos cuadros representan la muerte de varias personas inocentes y en principio cabría preguntarse por qué han utilizado las dos versiones y no solo una ¿no les parece?

Bailey y el comisario se miraron en silencio.

—Si los secuestradores quisieran decirnos algo con este cuadro en concreto —dijo Campbell— habría bastado con esta versión. No tiene mucho sentido utilizar también aquel de allí —dijo señalándolo—. De modo que sabiendo cuál es su título unido al hecho de que hayan elegido ambos para que los encontráramos, parece que lo más lógico es pensar que cada uno hace referencia a las dos masacres de inocentes que llevamos vistas hasta ahora, la de París ayer por la noche y la que estamos viviendo ahora mismo aquí en Londres.

—Y por esa razón —prosiguió la profesora—, si aceptamos que esta hipótesis es correcta es posible que la información que necesitamos para encontrar a sus ministros no esté aquí en Londres sino que permanezca escondida en algo que ocurrió en París y que pasamos por alto.

Godwin se frotó la cara con la mano derecha varias veces.

—¿Me está diciendo que estos cuadros no son lo que nos va a decir dónde están los ministros?

—Por supuesto que no —respondió rápidamente Milanelli—. En ningún caso iban a serlo, señor. Recuerde que estamos inmersos en un juego y lo que usted acaba de decir sería como saltar directamente hasta la línea de meta desde mitad de la partida.

El comisario no pudo evitar su sorpresa ante aquel símil tan explícito.

—En varias ocasiones —dijo Campbell— los secuestradores nos dejaron en París indicaciones que nos permitieron avanzar en nuestra búsqueda de Deneux. Y en otros casos, simplemente sirvieron como paso intermedio para descubrir las que sí podían hacerlo.

El profesor se tomó un instante para reflexionar sobre lo que estaba a punto de decirles.

—Verán, mientras se encontraban en la planta inferior revisando aquellas salas, hemos planteado la posibilidad de que todo lo que han hecho hasta ahora haya sido algo que de ninguna manera hubiésemos podido evitar.

Bailey torció la cabeza asombrado.

—Entiendo que les resulte sorprendente —dijo Margaux—, pero hay varios aspectos en estos dos asesinatos que los diferencian de manera muy clara de todo lo que vimos en París. Indudablemente, todos hubiésemos preferido evitar su muerte, pero los lugares elegidos para dejar los cuerpos y el corto espacio de tiempo que ha transcurrido desde que encontramos a Tilden hasta ahora creo que nos indica que tenían pensado asesinarles hiciéramos lo que hiciéramos nosotros.

—¿Y qué le hace pensar que esa situación será diferente en adelante? —preguntó Bailey.

—No lo sé, señor —respondió devolviendo su mirada al cuadro—. Pero creo que por primera vez nos están dando información de manera similar a como ocurrió en París, y puede que eso signifique el punto de inflexión que nos permita a partir de ahora adelantarnos y encontrar a sus ministros con vida.

—Entonces creen que la información que necesitamos para poder salvarles —dijo Godwin— no está aquí, en estos dos cuadros, sino en algo de lo que vivieron ayer.

Campbell reconoció lo retorcida que sonaba aquella idea al escucharla.

—Eso es, señor —contestó igualmente.

—¿Por qué dijo antes que la mitad del nombre de este cuadro era verdad? —le preguntó el comisario a Milanelli.

El profesor se sorprendió del giro tan brusco que acababa de dar con respecto al tema que estaban tratando en ese momento.

—Lo que quería decir con eso es que el nombre de este cuadro es *La masacre de los inocentes* y no hay duda que lo que está ocurriendo aquí, y lo que vivimos ayer en París, son dos masacres podríamos decir. Lo que ya no estoy tan seguro es que sea de personas inocentes como dice su título.

Bailey se enfureció repentinamente.

—¿Acaso considera que los dos ministros merecían lo que les hicieron?!

—No, claro que no —se disculpó—. No quiero que entienda lo que acabo de decir desde nuestro punto de vista sino desde la perspectiva de los secuestradores que es la que nos permitirá entender lo que están haciendo y la que nos ayudará a poder adelantarnos a sus actos.

Godwin tampoco pareció estar convencido por aquellas explicaciones.

—Lo que creo que el profesor quiere decir y que yo comparto totalmente —dijo Campbell apoyándole— es que, como ya les dijimos desde el primer momento, es indudable que tienen una razón política para hacer lo que están haciendo. Si consideramos que ambos secuestros están relacionados, o incluso si consideramos que esto es una continuación de lo que vivimos en París la otra noche, es incuestionable pensar que la misma razón que tuvieron para secuestrar al hijo del presidente de Francia es lo que les ha llevado a secuestrar a sus ministros ¿no les parece?

Bailey asintió sin dudar.

—En eso estamos de acuerdo, profesor. Pero ¿qué demonios tiene que ver eso con si son o no inocentes?

Campbell ladeo la cabeza levemente. En su opinión, resultaba una pregunta bastante evidente que prefería no tener que responder, pero estaba claro que no le quedaba otra opción.

—Como saben, en París encontramos a Deneux con vida. Desde el mismo momento en que les planteamos al comisario Chavrier y a Sanoir que existía una razón política detrás de aquel secuestro llegamos a la conclusión de que así sería puesto que se trataba de un acto que servía para lanzar una advertencia al presidente. Su hijo no tenía ninguna culpa. Era *inocente* —dijo remarcando esa palabra—, y por eso le encontramos al final de la noche.

El silencio que mantenían ambos le obligó a finalizar su razonamiento.

—Al contrario de aquello —continuó tras soltar un leve resoplido— las personas secuestradas aquí son ministros de su gobierno, y si aceptamos la idea de que existe una razón política para todo esto, es fácilmente entendible que ellos pueden haber hecho algo que explique por qué han sido secuestrados. Por eso Milanelli les ha dicho que, tal vez, en este caso no se pueda decir que son inocentes.

Godwin observó cómo los tres profesores les observaban fijamente haciendo una especie de frente común ante aquella idea.

—Y de ahí —añadió rápidamente Milanelli— volvería a surgir lo que le dijimos nada más conocernos, señor. Tiene que existir alguna razón, la que sea, que conecte a esas siete personas y que sea la causa de que los secuestradores les estén haciendo lo que estamos viendo.

Los agudos pitidos del teléfono de Godwin interrumpieron la explicación del profesor.

—Es Shahi —murmuró en voz baja.

Después de aquella intensa conversación que estaban teniendo, la oportuna llamada de su compañera le pareció un bálsamo ideal para intentar relajar la tensión que había en esa sala. Al igual que había hecho antes, conectó el altavoz del teléfono y lo colocó en medio del círculo que formaban entre los cinco.

—Dígame, agente. Los profesores y Bailey también la están escuchando.

Durante dos o tres segundos no se oyó ninguna contestación.

—Señor, creo que tenemos un grave problema —dijo finalmente.

Godwin dirigió inconscientemente su mirada hacia la profesora Margaux.

—¿Qué tipo de problema? —preguntó Bailey.

—El ministro Hudson...

El sonido se interrumpió en ese inoportuno momento y el nerviosismo se apoderó de Godwin.

—¿Qué ha ocurrido con Hudson?!

—Ha desaparecido, señor.

Campbell retrocedió instintivamente un paso y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Cómo que ha desaparecido, agente?! ¡Eso no es posible!

—Lo sé, señor. Me acaba de llamar la patrulla que está vigilando su casa. A las 17:00 horas los policías que se encontraban en el interior de la vivienda escoltando al ministro no contestaron a la comunicación de control, de modo que dos agentes entraron a comprobar qué era lo que había ocurrido y descubrieron que tanto él como los dos policías habían desaparecido.

El enfado del comisario quedó súbitamente neutralizado al escuchar aquella noticia. Aturdido, miró a los profesores sin saber qué contestar. Campbell y Milanelli permanecían mirando fijamente al teléfono que sostenía en su mano con cara de incredulidad mientras que la profesora Margaux, con los ojos humedecidos, le miraba negando una y otra vez con la cabeza. Ninguno podía creer que el único de los siete ministros que aparecían en la grabación, y que la policía mantenía bajo un fuerte dispositivo de vigilancia, también hubiese desaparecido.

Capítulo 44

El empleado de seguridad encargado de vigilar la sala 19 de la segunda planta de la National Gallery observaba desde su silla cómo cinco operarios de mantenimiento del museo se afanaban en montar una extraña estructura en el centro de la sala.

Cuando minutos antes los dos primeros habían llegado, rápidamente se había acercado hasta ellos para recordarles que no se debía realizar ninguna tarea de mantenimiento hasta que el museo hubiese cerrado sus puertas al público a las seis en punto, siempre que fuese evitable, para no molestar a los visitantes. De manera bastante educada, sin embargo, uno de ellos le había contestado que era necesario montar aquella estructura cuanto antes ya que al día siguiente habría una exposición especial en esa sala y ellos también querían irse a su casa lo antes posible.

A pesar de que la vestimenta que llevaban era la del personal de mantenimiento del museo, aquella historia tan extraña le llevó a contactar disimuladamente con la centro de control para pedir que le confirmaran lo que ese hombre le estaba diciendo. Él se encargaba de vigilar desde hacía años la sala 19 y no tenía ninguna noticia de una «exposición especial» que fuese a haber al día siguiente.

—Es correcto —le contestaron escuetamente desde el centro de control.

Resignado, apagó su *walkie-talkie* y miró su reloj.

«Por esperar media hora más no creo que hubiese pasado nada».

Dado que el ruido que estaban haciendo había traído consigo que todos los visitantes hubiesen abandonado ya la sala, el único entretenimiento que le quedaba hasta que cerrara el museo era contemplar la construcción de aquella extraña estructura.

En la base, los operarios habían colocado una plataforma negra de unos dos palmos de altura cuidadosamente aislada del suelo por cuatro cuadrados de medio metro de anchura cada uno. Sobre esa base, dos de ellos colocaban varias planchas de metacrilato transparente que otros dos compañeros sacaban de manera bastante sincronizada de grandes cajas de cartón. Por último, otro operario se ocupaba de sellar las juntas entre las diferentes planchas.

«Con esa coordinación sí que se van a ir a su casa pronto», pensó sorprendido.

Capítulo 45

Godwin necesitó más tiempo del deseable para asimilar lo que la agente Shahi acababa de decirles. No solo no estaban consiguiendo evitar que los secuestradores asesinaran a sus ministros sino que ahora, justo cuando parecía que habían encontrado el camino para descubrir dónde se encontraban, habían recibido la noticia de que el único ministro que aparecía en aquella grabación y que se encontraba bajo su vigilancia había desaparecido.

—¿Señor? —dijo Shahi desde el otro lado del teléfono.

—Sí..., sí, agente. Gracias por la información —respondió intentando recomponerse—. ¿Quién está en la casa ahora mismo?

—Los dos policías que estaban en la puerta, señor. He ordenado cerrar toda la calle y acabo de hablar con el servicio de transportes para que cierren también la estación de metro de Rusell Square.

Godwin sintió la necesidad de salir de aquel edificio enseguida. Sin finalizar la llamada, comenzó a caminar hacia las escaleras. Todos le siguieron.

—También he enviado a dos patrullas a cada una de las estaciones de metro contiguas de la línea Picadilly —continuó Shahi—, en Holborn y en King Cross.

Campbell se alegró de comprobar que la efectividad de aquella mujer era tan buena como la que había mostrado Eugene en París. Al llegar a la puerta de la galería, Godwin intentó abrirla sin éxito.

—¡Mierda! —exclamó.

Sin pararse a pensar un instante, empezó a caminar en dirección a la puerta por la que habían accedido al llegar.

—Nosotros salimos ahora mismo hacia allí —le dijo con voz acelerada—. No quiero que nadie toque nada hasta que lleguemos ¿entendido?

—Sí, señor.

Godwin apagó su teléfono e incrementó el ritmo. La noticia que acababa de recibir había supuesto un golpe muy difícil de digerir para su autoestima.

Al pasar por el pasillo que debía dirigirles hacia el *hall* donde habían encontrado muerto al ministro Humme, Campbell miró de reojo los restos del anfiteatro y la representación tridimensional de color verde donde antes habían estado. A diferencia de lo que había ocurrido en París la noche anterior, todo parecía sobrevenir de manera descontrolada confirmando su impresión de que los secuestradores no tenían intención de dejar que salvaran a los ministros.

Al pasar por el *hall* principal vieron de lejos a dos policías forenses que continuaban tomando fotografías y algunas muestras del cuerpo calcinado.

—Quiero que os lo llevéis de aquí cuanto antes ¿entendido? —les ordenó en voz alta.

El policía que tomaba las fotografías levantó la mano a modo de respuesta.

Al salir a la plaza ya habían desaparecido todas las personas que se habían

agolpado inicialmente atraídas por la curiosidad. A pesar de que entrar allí dentro les había permitido dar un paso adelante descubriendo los dos cuadros de la galería, Margaux no pudo evitar sentirse totalmente confundida.

—No entiendo... —alcanzó a decir—. No entiendo qué es lo que está pasando.

Lejos de detenerse a escucharla, el comisario siguió caminando sin aminorar el ritmo hasta llegar al coche.

—Si usted, que ha estado en París la pasada noche, no puede entender qué demonios está pasando aquí, profesora, intente ponerse en mi lugar —le respondió finalmente subiéndose al vehículo.

De la misma manera que habían ido hasta el Guildhall, Bailey se sentó en el asiento del acompañante mientras que los tres profesores se colocaron en la parte trasera.

—Pero ella tiene razón —dijo Campbell intentando apoyarla—. Lo que está ocurriendo aquí no es coherente con lo que les vimos hacer en París. Allí todo tuvo lugar de una manera muy ordenada. Primero la alarma de la sala 77, luego el vídeo en el que se veía el cambio de *La consagración de Napoleón* y, por último, el problema con los equipos de aire acondicionado en el ala Richelieu. Pero esto...

Godwin encendió la sirena y comenzó a conducir a toda velocidad por Gresham Street.

—¿Recuerda, comisario, cuando le dije en el avión que si los secuestradores les habían enviado un vídeo en el que aparecían siete ministros pero solo habían desaparecido seis era porque ellos así lo querían?

—Sí, lo recuerdo, profesor. ¿Por qué lo pregunta?

Milanelli observó un momento por la ventanilla antes de contestar.

—Simplemente porque creo que esto demuestra que siguen jugando con nosotros a su antojo, y que a pesar de lo que acabamos de descubrir, estamos lejos de encontrarnos en una situación que se aproxime lo más mínimo a lo que vivimos en París.

—Entiendo que estamos mucho peor ¿no es así? —preguntó Bailey.

—Sin duda alguna —respondió—. Como les ha dicho ahora el profesor Campbell, la pasada noche todo ocurrió de una manera ordenada. Primero descubrimos el cuadro de *La Libertad guiando al pueblo* y en la biblioteca de la Asamblea Nacional hallamos los primeros números en el cuerpo de aquel hombre. Después, lo mismo en el Panteón. Y en cada caso, cuando no sabíamos qué hacer, volvíamos al Louvre y enseguida teníamos nueva información para continuar nuestra búsqueda.

—Ojalá algo parecido ocurriese aquí —comentó resignado Godwin.

—Lo sé, señor, lo sé. A mí también me gustaría, pero creo que debemos ajustarnos a la situación que tenemos en este momento para intentar entender qué es lo que está sucediendo y por qué han modificado tan drásticamente su manera de actuar.

—¿No cree que la desaparición de Hudson lo cambia todo? —preguntó Bailey.

—¡Absolutamente! Estoy convencido de que ninguno de nosotros nos podíamos imaginar que esto pudiese llegar a suceder. Sin embargo, ahora es el nuevo escenario que tenemos planteado y debemos adaptarnos a él e intentar comprender cuál es la razón para que haya desaparecido el único ministro que no lo había hecho todavía. Más allá del hecho de que haya desaparecido aún cuando estaba bajo su vigilancia.

—Entenderá que para mí eso sí que es muy importante y supone una gran responsabilidad por la que tendré que responder —le dijo algo molesto Godwin.

Milanelli se frotó la barbilla buscando reconducir aquella conversación por el camino que quería sin molestar a cualquiera de ellos dos con sus palabras.

—Le comprendo, comisario. Pero creo que debemos hacer un esfuerzo para evadirnos de esa situación y centrarnos en entender por qué justo ahora ha desaparecido ese hombre y qué sentido tiene que los secuestradores hayan esperado hasta este momento del día para secuestrarle.

Espoleado por la rabia que sentía por todo lo que estaba ocurriendo, Godwin conducía cada vez más y más deprisa por High Holborn hasta el punto que Campbell sintió que era posible que a esa velocidad tuviesen un accidente antes de poder descubrir qué era lo que había ocurrido en la casa de aquel ministro. Al llegar al cruce con Southampton Row redujo claramente la velocidad y, tanto él como Bailey, observaron desde la distancia a las dos patrullas de las que Shahi había hablado minutos antes vigilando la parada de metro de Holborn.

—Ustedes han defendido siempre que si en el vídeo aparecían siete ministros pero únicamente habían desaparecido seis era por alguna razón en concreto ¿verdad?

—Sí, señor —respondió Campbell—. De la misma manera que el hecho de que haya desaparecido el séptimo ministro en este momento tiene que tener también alguna explicación.

—Entonces la razón política que hay detrás de este secuestro afecta a todos por igual y no solo a los seis que desaparecieron inicialmente ¿no les parece?

Milanelli murmuró algo inteligible.

—Entiendo el razonamiento que intenta hacer —dijo finalmente en voz alta— y es posible que sea acertado. Está claro que ahora mismo debemos considerar dos opciones diferentes. Una, la que tomamos por buena desde el principio, sería que esa razón excluiría al ministro que no había desaparecido pero que figuraba en la grabación. Y la segunda, que surge ahora, que esa dichosa razón sea aplicable a todos ellos por igual.

Godwin tocó el botón que activaba la sirena y esta cambió de sonido de manera idéntica a como había hecho al llegar al Guildhall. Acto seguido, un policía levantó el cordón de seguridad que impedía el acceso a Bernard Street para permitir que pasaran con su vehículo.

—Y ahora que esta investigación se ha complicado de forma drástica ¿cómo opina usted que deberíamos intentar encontrar esa relación? —le preguntó deteniendo

el coche junto a la acera.

Milanelli sintió que aquella pregunta era una gran oportunidad para plantear una idea que había revoloteado por su cabeza desde el primer momento.

—Para serle sincero, señor, creo que tengo una buena idea para responder a esa pregunta.

Godwin se bajó del coche mientras le escuchaba. Los cuatro hicieron lo mismo y caminaron hasta colocarse a su lado. Desde aquel lugar la situación parecía bastante tranquila. Bernard Street no es una calle excesivamente larga, de modo que mirando a un lado y a otro se podía ver cómo los dos grupos de policía que delimitaban el acceso en ambos extremos de la misma se encontraban relativamente cercanos a ellos.

—Bien, profesor —dijo el comisario volviéndose hacia él— ¿cuál es esa buena idea?

Milanelli respiró hondo rezando para que su capacidad para seguir uno de sus razonamientos fuese superior a la que habían mostrado Chavier y Sanoir en París al explicarles el significado de la fórmula encontrada en *La consagración de Napoleón*.

—¿Cuánto tiempo llevan recabando información sobre los ministros desaparecidos? —le preguntó de manera directa.

—Una diez horas, aproximadamente.

—¿Y buscando la conexión que explique por qué ellos seis han sido los elegidos entre todos los miembros de su gobierno?

—Unas dos o tres horas —reconoció a regañadientes.

Milanelli no pudo disimular que aquella era justo la respuesta que quería oír.

—Muy bien. El problema que tenemos planteado en este momento es que, hasta ahora, han estado buscando una razón que uniera a los seis ministros desaparecidos y, eventualmente, también al que no lo había hecho. Sin embargo, esta situación ha cambiado por completo. Ahora debemos replantearnos la manera en la que buscan esa conexión.

—Eso ya lo sabemos, profesor —dijo Bailey algo molesto al ver que parecía estar menospreciando el trabajo que la policía y la Agencia Europea de Inteligencia estaban llevando a cabo.

Godwin levantó prudentemente la mano derecha para pedirle que le dejara terminar de explicarse. Milanelli agradeció el gesto del comisario.

—¿Saben qué son las permutaciones? —preguntó.

Aquella cuestión sorprendió tanto a Margaux como a Campbell, que si bien sí sabían lo que eran, no entendían cómo podrían ayudarles.

—Me temo que no, profesor —respondió educadamente Godwin haciendo un esfuerzo por dejarle que libremente expusiera su idea.

—Las permutaciones, comisario, son un tipo de operación matemática que permite combinar aleatoriamente elementos de un grupo en subgrupos independientes. Llevado a nuestra situación, que es lo que nos interesa —dijo

rehuyendo complicaciones—, lo que quiero decirles es que el problema que ahora se nos plantea a la hora de buscar esa conexión entre los ministros secuestrados, y teniendo en cuenta que el séptimo acaba de entrar en ese grupo, es buscar un nexo de unión entre ellos pero no limitándonos solo a los seis desaparecidos inicialmente ni tampoco a los siete de manera global.

—Eso no ha dado resultado hasta ahora —opinó Campbell.

—¡Exacto! Y no me cabe duda de que dos o tres horas es tiempo más que suficiente para haber descubierto esa razón viendo los medios de los que disponen.

Godwin resopló intentando sacar alguna conclusión de todo aquello.

—Está bien, profesor. Dado que hasta el momento no hemos encontrado nada en común, lo que usted propone es que busquemos posibles relaciones entre ellos y para eso quiere que hagamos grupos...

—Grupos de seis sería lo más indicado, comisario —prosiguió él—. Tengo la sensación de que, entre todos los ministros, hay seis que esconden la respuesta que nos permitirá entender lo que está pasando aquí, y dado que el ministro Hudson ha desaparecido finalmente, es muy posible que él sea una de las personas implicadas. Y les propongo esta idea porque estoy convencido de que hasta ahora lo que han hecho los secuestradores ha sido simplemente intentar confundirnos para que no pudiésemos descubrir cuál era esa razón.

Capítulo 46

El número 28 de Bernard Street es una casa de cuatro plantas cuyo aspecto exterior es muy similar a muchos otros edificios de la ciudad en el que predominan los ladrillos de color marrón oscuro. La vivienda elegida por el ministro Benjamin Hudson se diferenciaba claramente de los lujosos áticos que tenían algunos de sus compañeros en el Parlamento. Precisamente aquella normalidad era una de las muchas características que habían conseguido colocarle como uno de los ministros con mayor índice de popularidad entre los londinenses, lo cual, sin duda, era muy valorado por su propio partido, siempre pendiente de agradar a su electorado.

Tras escuchar la recomendación que les acababa de hacer el profesor Milanelli, Godwin sacó su teléfono con la intención de llamar a la agente Shahi para pedirle que redirigiera su búsqueda siguiendo aquel nuevo enfoque.

«Permutaciones...», pensó irónicamente mientras marcaba el número.

Cuando estaba a punto de pulsar el botón de llamada, un policía abrió la puerta del domicilio de Hudson atrayendo la atención de todos ellos.

—Buenas tardes, señor.

Godwin guardó rápidamente su teléfono en el bolsillo y subió los dos escalones que daban acceso a la puerta.

—¿Han tocado algo ahí dentro? —preguntó con tono serio entrando en la casa.

—No, señor. Todo está exactamente como lo encontramos.

Al entrar, los profesores observaron sorprendidos durante unos segundos cómo realmente nada podía hacer sospechar que en aquel lugar acabase de desaparecer el único ministro que permanecía bajo vigilancia policial. La distribución de aquella planta tampoco hacía necesario dedicar mucho tiempo en revisarla. Al cruzar la puerta que daba acceso a la calle había un pequeño recibidor con una puerta a su derecha por la que se accedía a un enorme salón. En el lado izquierdo una puerta cerrada, que Campbell intuyó que sería un aseo, precedía a la cocina modernamente decorada y que se encontraba completamente limpia y recogida. Como si en realidad no hubiese sido utilizada nunca.

—¿Estaba usted aquí dentro cuando desapareció el ministro Hudson? —le preguntó Milanelli.

—No, señor —respondió aún desconociendo quién era esa persona—. Yo me encontraba vigilando en el exterior. Fue en la comunicación de control de las 17:00 horas la primera vez que no tuve contestación de mis compañeros que se encontraban aquí dentro con él. A pesar de que intenté contactar con ellos en varias ocasiones más fue inútil por lo que al final decidí entrar y vi que ninguno de ellos se encontraba en la casa.

A pesar de que Bailey llevaba años trabajando en la Agencia Europea de Inteligencia, y que podía pensar en un centenar de situaciones cuanto menos difíciles de explicar, la desaparición de tres personas de un edificio fuertemente vigilado le

resultaba algo sencillamente imposible.

—¿No escucharon ningún ruido extraño en el interior? ¿Alguien que pasara por esta calle con aspecto sospechoso?

El policía negaba con la cabeza sin parar.

—Nada, señor.

—¿Y a qué hora habló con sus compañeros por última vez? —preguntó Campbell.

—A las 16:30 en punto. El protocolo marca que tenemos que hacer comunicaciones de control cada treinta minutos.

El profesor se giró para observar la entrada de la casa sin conseguir explicarse cómo los secuestradores habían podido hacer algo semejante.

—Y a esa hora no tuvo ningún problema en comunicarse con ellos ¿no es así? —insistió.

—Ninguna. Ni en ese momento ni en ninguna de las comunicaciones anteriores, señor.

—¿Y desde qué hora llevan aquí vigilando? —preguntó Milanelli.

—Desde las nueve de la mañana —respondió rápidamente el comisario—. Después de recibir la grabación que han visto intentamos localizar a cada uno de los siete ministros...

Godwin interrumpió unos instantes lo que estaba diciendo y respiró hondo.

—Y como bien saben —prosiguió—, Hudson fue al único que pudimos localizar, de modo que decidimos que lo mejor era mantenerlo aquí, en su domicilio, hasta que consiguiésemos comprender qué era lo que estaba ocurriendo.

—¿Pensaron desde un primer momento que se trataba de un secuestro? —le preguntó Margaux.

Bailey miró a Godwin antes de contestar.

—Esta mañana llamé a primera hora al comisario en cuanto supe lo que había ocurrido en París. Cuando estábamos hablando sobre ello, él descubrió que había recibido una grabación similar a la que yo le estaba contando que tenía la policía francesa en su poder, de modo que sí, se podría decir que desde el principio supimos que se trataba de un secuestro.

—Y a partir de ese momento —continuó Godwin—, como les he dicho antes, lo que hicimos fue intentar localizar a esos ministros. Cuando descubrimos que seis de ellos habían desaparecido nos pusimos en contacto con el comisario Chavier para pedirle que nos ayudara a traerles hasta aquí. Ya conocíamos en ese momento cuál había sido su papel en el rescate del hijo del presidente francés y bueno... el resto de acontecimientos que han ocurrido desde entonces ya los conocen de sobra.

Milanelli se frotó una vez más la barbilla intentando entender por qué los secuestradores habían decidido dejar libre inicialmente a aquel hombre para secuestrarlo horas más tarde. Más allá de la idea que les había expuesto minutos antes en el exterior de la casa, no podía dejar de dar vueltas a la posibilidad de que su

retorcida mente hubiese hecho aquello con otra intención diferente.

—Evidentemente yo no soy quién para decir esto —comenzó—, pero en mi opinión lo que hemos hecho desde el principio ha sido plenamente correcto. No creo que ninguno hubiésemos podido llegar a imaginarnos que se atreverían a hacer algo como lo que estamos viendo aquí. Dicho esto —continuó—, creo que lo interesante para nosotros es intentar descubrir por qué justo ahora han decidido secuestrarlo.

Bailey se mostró sorprendido por aquellas palabras.

—¿Acaso cree que hay una razón por la que han elegido este momento en concreto?

Milanelli soltó una risa nerviosa.

—Por supuesto que sí, señor. Como les hemos venido diciendo desde el principio, los secuestradores hacen todo con un fin determinado y nuestro trabajo, por desgracia en este momento, se limita a descubrir cuál es ese fin en cada caso.

—Pero usted nos acaba de decir ahí fuera que estaban intentando confundirnos para que no encontráramos esa relación entre ellos —insistió Bailey.

—Sí, señor —se adelantó a responder Margaux—, eso es lo que el profesor Milanelli nos dijo y creo que es muy posible que haya sido esa su intención. Pero también es cierto que más allá de todo eso puede que haya algo aquí dentro que nos permita entender por qué lo han hecho precisamente ahora.

—¿Algo como lo que vimos en la galería del Guildhall? —preguntó Godwin.

Durante unos instantes la profesora se preocupó por elegir adecuadamente la respuesta a aquella pregunta. En su opinión, lo que habían descubierto minutos antes con los dos cuadros de *La masacre de los inocentes* era algo que debía ayudarles a descubrir el paradero de los ministros. A pesar de ello, su mejor interpretación hasta el momento había sido plantear que el hecho de que eligieran las dos versiones de aquel cuadro podría suponer que los secuestradores querían que consideraran algunas de las cosas que habían quedado pendientes en París. Por lo menos, parecía una opción bastante razonable visto lo que llevaban descubierto en Londres.

—Es posible —afirmó reflejando su escaso convencimiento—. Entienda, señor, que para nosotros también es muy difícil comprender lo que están haciendo hoy aquí. Más aún si tenemos en cuenta lo diferente que está siendo todo comparado con lo que vivimos en París.

Godwin asumió la confusión que ellos debían sentir.

—¿Han notado algo diferente ahora con respecto a cuando llegaron esta mañana? —le preguntó al policía.

—No, nada en especial, señor —respondió—. Esta mañana entré junto con los dos compañeros que estuvieron escoltándole, registramos toda la casa y una vez que comprobamos que no había ningún peligro, ellos se quedaron dentro y yo salí a hacer mi turno de vigilancia a la puerta.

—¿Y cuando entró al ver que no contestaban tampoco vio nada extraño?

El policía se encogió de hombros ante la pregunta de Campbell.

—Cuando entré mi primera preocupación fue descubrir por qué mis compañeros no contestaban a mis llamadas y cuando vi que no estaban llamé rápidamente a la central para informarles de lo sucedido.

Campbell movió varias veces la cabeza afirmativamente mostrando su comprensión ante aquel modo de actuar.

—En ese caso —dijo dirigiendo su mirada al comisario—, creo que sería interesante si pudiésemos echar un vistazo a toda la casa. Estoy de acuerdo con la profesora en que existe una posibilidad importante de que hayan decidido hacer esto justo ahora, y no me cabe la menor duda de que sabían que vendríamos hasta aquí para ver qué ha sucedido.

Capítulo 47

Godwin miró desde la distancia a las escaleras que daban acceso al piso superior de aquella casa. La petición que le acababa de hacer el profesor Campbell no era difícil de cumplir puesto que, antes o después, la policía científica llegaría para estudiar detenidamente cada rincón de la vivienda, por lo que no veía mal que fuesen ellos los que la revisaran en primer lugar.

Como había hecho al llegar allí, volvió a sacar el teléfono de su bolsillo.

—Creo que nos quedaremos durante un rato revisando si hay algo interesante aquí dentro —le dijo al policía—. Vuelva fuera y mantenga la vigilancia mientras tanto.

Sin decir una palabra, aquel hombre salió tal como le ordenaba el comisario. A continuación, comenzó a marcar el número de Shahi.

—Enseguida empezaremos a revisar esta casa, profesores —dijo tratando de explicar lo que estaba haciendo—. Pero creo que es necesario que vayamos haciendo las cosas paso a paso. Antes de hacer nada quiero que Shahi comience a buscar esa posible relación entre los ministros a la que se refirió el profesor.

—Grupos de seis, comisario. Recuérdelo —le susurró Milanelli.

Godwin afirmó sutilmente con la cabeza.

—Agente —dijo al escuchar que cogía el teléfono—, quiero que inicie una nueva búsqueda y quiero que lo haga formando grupos de seis ministros, incluyendo al ministro Hudson.

—Está bien, señor.

Milanelli levantó la mano intentando hacerle una aclaración. Godwin tapó con la mano el micrófono de su teléfono para escucharle.

—Creo que deben descartar el grupo que conforman los seis ministros desaparecidos inicialmente —dijo en voz baja.

—Además —añadió trasmitiéndole aquella recomendación—, quiero que dejen para el último lugar el grupo que formarían los seis que desaparecieron esta mañana.

—Como quiera, señor.

Godwin permaneció en silencio un instante y miró al profesor. Satisfecho, Milanelli le hizo un gesto afirmativo con la mano.

—Por el momento eso es todo. No olvide llamarme si descubre algo ¿entendido?

—Por supuesto, señor.

Tras despedirse, finalizó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. La cara de nerviosismo de Milanelli era evidente.

—¡Perfecto, comisario! —exclamó de manera expresiva—. Ahora tenemos solo seis grupos de ministros y estoy seguro de que en alguno de ellos se esconden las respuestas que tanto tiempo llevamos buscando.

El comisario resopló intentando liberar parte de la tensión que tenía acumulada y rezando porque aquella afirmación se convirtiese en realidad en algún momento.

—Ahora que la agente Shahi ya está haciendo esa búsqueda —dijo comenzando a caminar hacia las escaleras— les toca a ustedes descubrir si es verdad que los secuestradores han dejado aquí algo que nos pueda servir de ayudar. Si bien debo advertirles que me resultaría algo realmente retorcido.

—Eso precisamente es lo que estamos buscando —le respondió Margaux siguiéndole—. Cualquier cosa que pueda parecer increíble debe ser lo primero que esperemos de ellos.

Al llegar a la primera planta, el aspecto que mostraban las habitaciones era muy diferente a lo que había visto en el piso inferior. La primera habitación que encontraron a su derecha fue un estudio de mediano tamaño con las paredes completamente cubiertas por estanterías llenas de libros. En el escritorio se podía ver un ordenador portátil rodeado de varios papeles que todavía permanecía encendido.

—Parece claro que aquí es donde ha pasado la mayor parte del día el señor Hudson —opinó Bailey.

Campbell se acercó hasta la ventana. La calle seguía completamente vacía. Tan solo se podían ver dos coches de policía y el vehículo en el que ellos habían llegado aparcados justo debajo de donde se encontraban.

—Si los secuestradores se llevaron al ministro cuando estaba aquí trabajando, el riesgo de que alguien les hubiese visto es todavía mayor —dijo señalando a la calle.

Milanelli se acercó hasta él.

—¿Le ha pedido a Shahi que revise las cámaras de seguridad de esta calle para ver si pueden encontrar algo que nos sirva de ayuda?

—Directamente no, profesor —respondió—. Usted ha oído antes nuestra conversación. Aún así no hace falta que se lo diga. No tengo ninguna duda de que ya están revisando esas grabaciones.

El profesor soltó un ligero murmullo de aprobación.

—¿Y cree que también podrán acceder a aquellas de allí?

Godwin, que se encontraba inspeccionando el escritorio mientras hablaban, levantó la mirada y se acercó hasta la ventana.

—Aquellas cámaras también podrían sernos útiles —insistió Milanelli.

Tal como le estaba mostrando el profesor, justo en frente de la puerta principal de la casa del ministro Hudson se encontraba el centro comercial The Brunswick que en ese momento estaba prácticamente vacío por culpa de las restricciones de acceso a la zona.

—Solicitaré permiso para conseguir acceso a ellas —dijo reconociendo algo que no había considerado.

Margaux hizo un ligero ruido con la garganta intentando atraer la atención.

—Creo que podríamos continuar inspeccionando el resto de habitaciones ¿no les parece?

El comisario observó durante un instante cómo Bailey se afanaba en comprobar qué era lo que el ministro había estado haciendo en su ordenador antes de

desaparecer. A continuación, miró a la profesora que le miraba con el mismo brillo en los ojos de un niño a punto de salir al recreo.

—Está bien —dijo finalmente—. Pueden seguir revisando lo que quieran en la casa. Lo único que les pido es que tengan cuidado de no tocar nada. La policía científica tendrá que buscar huellas y no me gustaría que las suyas aparezcan en primer lugar.

Sin decir una palabra, los tres profesores abandonaron aquella habitación y se perdieron por el pasillo.

—¿Has encontrado algo interesante? —le preguntó a Bailey colocándose a su lado.

—Nada realmente —contestó entre dientes—. Según el historial de búsqueda de Internet se ha pasado la mayor parte del día leyendo su correo y entrando en los diferentes periódicos.

—Supongo que querría ver si había alguna noticia de lo sucedido.

Bailey se encogió de hombros.

—Sabes que estamos en una situación muy comprometida ¿verdad? —preguntó mirando al comisario.

La seriedad en el rostro de Godwin fue suficiente respuesta.

—Ahora mismo ya han aparecido muertos dos ministros y cinco aún permanecen desaparecidos. Y lo que creo que es peor para nosotros, no veo que estemos cerca, si quiera, de saber dónde demonios se encuentran.

El comisario se pasó la mano derecha por el rostro.

—¿Ha salido algo en la prensa de los que hemos encontrado asesinados?

Bailey abrió una pantalla del navegador y escribió una búsqueda. *BBC news*. Tras cargar la página web, respiró aliviado.

—Nada, por fortuna.

Godwin también mostró su alivio.

—Menos mal. Por un momento pensé que algo de lo ocurrido en el Guildhall podría haber llegado a la prensa. Con tanta gente allí y con...

El grito de Margaux hizo que el comisario detuviera súbitamente lo que estaba diciendo y que ambos salieran corriendo de la habitación con el corazón disparado. Casi a la vez, los profesores y ellos llegaron al dormitorio donde se encontraba la profesora.

—¿¿Qué ha pasado?! —preguntó Bailey sobresaltado.

Lejos de responderle, Margaux permaneció con ambas manos tapándose la boca mirando fijamente a una de las paredes de la habitación.

—El cuadro de San Pablo —dijo Campbell fascinado.

—¿El del Louvre? —preguntó Godwin.

Al escucharle, la profesora se volvió hacia él.

—*El éxtasis de San Pablo*, señor. El cuadro que encontramos en la sala 14 del Louvre y que se fundió delante de nuestros ojos por culpa del calor que hacía en la

sala.

—Eso fue lo que les ayudó a encontrar a Deneux ¿verdad?

Milanelli pensó si realmente la Agencia Europea de Inteligencia tenía la capacidad para llevar una investigación tan importante como era la de la desaparición de siete ministros del gobierno británico viendo lo poco precisas que eran las ideas que Bailey tenía acerca de lo que había sucedido en París.

—Más bien nos sirvió para darnos cuenta de que la búsqueda había terminado —respondió Margaux educadamente—. Como saben, debajo de esta obra apareció otra de la National Gallery, Las Marías en el sepulcro, que fue la que nos guio hasta la basílica del Sagrado Corazón.

—¿Y qué cree que significa que esté aquí, profesora?

Margaux volvió a mirarlo un segundo antes de contestar.

—Creo que no cabe duda que lo han dejado aquí para nosotros —respondió.

Bailey sintió estar sumido, aún más, en una historia imposible.

—Profesora, ¿me está diciendo que los secuestradores de los ministros robaron un cuadro de la National Gallery para traerlo hasta aquí y que nosotros lo encontráramos?

—Del Louvre, señor. *El éxtasis de San Pablo* pertenece al museo del Louvre —dijo señalándolo—. Y no soy capaz de pensar en una razón diferente que pueda explicar esta situación.

—Pero eso... —dijo intentando rebatirla con un argumento que no era capaz de encontrar.

—Eso es increíble —le cortó Campbell—. Y, de hecho, todos estamos de acuerdo en ello. Pero coincido con ella en que es indudable que lo han dejado aquí como una señal más en nuestra búsqueda.

Godwin entendía perfectamente la confusión que sentía su compañero.

—Aceptando que eso es cierto ¿cómo va a ayudarnos este cuadro a encontrarles?

—En primer lugar —dijo Campbell—, que hayan dejado aquí esta obra del Louvre apoya la idea que les planteó la profesora acerca de que quizá las respuestas que necesitamos estén en los interrogantes que quedaron sin resolver en París y no en lo que podamos descubrir aquí en Londres.

—¿Ustedes dos también piensan lo mismo?

Margaux y Milanelli se miraron el uno al otro.

—Yo creo —respondió la profesora— que existe una continua referencia hacia diferentes cosas que ocurrieron en París como para ignorar que, tal vez, lo que quieren es que busquemos entre lo que ocurrió allí lo que no estamos pudiendo encontrar aquí hoy.

—Además —añadió Milanelli—, esto reforzaría la interpretación que ella hizo sobre los dos cuadros que vimos en el Guildhall.

Margaux mostró su acuerdo con aquella afirmación.

—Eso es. Desde un principio tuve claro que la que planteamos era la mejor

opción para tratar de entender por qué habían llevado allí las dos versiones de *La masacre de los inocentes* y, por suerte, este cuadro parece confirmar que aquella idea era correcta.

—Debo reconocer que me alegra enormemente comprobar que, por fin, nuestros pasos están yendo en una dirección acertada —dijo Bailey.

En ese momento, la vibración de su teléfono móvil hizo que el comisario Godwin saliese hasta el pasillo para no interferir en el razonamiento que estaban siguiendo los profesores. Cuando vio quien hacía la llamada no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco. Nervioso, cerró los ojos y respiró profundamente. Lo que más necesitaba era que aquella persona que le estaba llamando le diera buenas noticias.

—Buenas tardes, Chavier —le saludó intentando contener su nerviosismo.

—Ya hemos llegado a la iglesia de San Estefano Rotondo, comisario. Al final me han acompañado los dos inspectores que estuvieron con nosotros durante toda la noche de ayer. Estaba seguro que serían muy útiles aquí como así está siendo de momento.

—Me alegra escucharle decir eso. ¿Han descubierto algo interesante?

Chavier miró en silencio la pintura que tenía justo delante antes de responderle.

—Me temo que tengo muy malas noticias, comisario.

El corazón de Godwin se detuvo.

—Las dos personas que encontramos la pasada noche en París —prosiguió al percibir su silencio— eran dos de sus ministros.

—¿Cómo...? —preguntó al instante con una voz ahogada.

—Siento tener que decirle esto, créame. El cuerpo que encontramos en la biblioteca de la Asamblea Nacional era el de su ministro Jack Brown, y el de la persona que encontramos en la cripta del Panteón el de Steven Austen.

Godwin notó que las piernas comenzaban a fallarle. Por un momento sintió la necesidad de dejar caer su cuerpo y arrodillarse en el suelo.

—¿Está completamente seguro?

—Sí, comisario, lo siento. El policía forense me ha dado todo tipo de detalles referentes a la identificación. No hay duda de que dos de los ministros que están buscando son las personas que encontramos en París asesinadas.

Godwin observó desde el pasillo cómo Bailey y los profesores seguían discutiendo en el interior de aquella habitación ajenos a la noticia que él acababa de recibir.

—Por lo menos se puede decir que la idea de la profesora Margaux fue correcta —continuó Chavier—. Una de las torturas que hay en esta iglesia es justo la que les hicieron para grabar los números en sus manos.

El comisario no podía creer lo que estaba escuchando.

—Debo... debo hablar con los profesores y contarles lo que acaba de decirme —dijo conmocionado—. En cuanto pueda le llamaré para indicarle qué es lo que quieren que hagan allí.

—Por supuesto, comisario —respondió Chavier entendiendo el *shock* que le había producido aquella noticia.

Godwin apagó su teléfono y entró en la habitación. Su rostro reflejaba de manera muy clara la gravedad de lo sucedido.

Al verle entrar los cuatro se quedaron en silencio.

—Creo que tenía razón, profesora. Lo que hemos estado buscando hasta ahora no estaba aquí en Londres. Estaba en París.

Margaux y el profesor Campbell se miraron de inmediato. La expresión reflejada en el rostro del comisario era bastante más preocupante que sus palabras. La posibilidad de que las respuestas que necesitaban para poder encontrar a los ministros estuviesen ocultas en algo de lo ocurrido la noche anterior cada vez cobraba más fuerza y descubrir *El éxtasis de San Pablo* en el dormitorio de Hudson había resultado decisivo en ese sentido.

—¿Qué ha querido decir con...?

—Los ministros, profesora —le interrumpió.

De nuevo, Campbell y ella se miraron.

—Brian —dijo Bailey sin entender su comportamiento—. ¿Qué ha pasado? ¿Con quién has hablado por teléfono?

Godwin levantó la mirada para contestar a su compañero.

—Era el comisario Chavier. Ya ha llegado a la iglesia de San Estefano Rotondo y no ha ido solo sino que le han acompañado dos inspectores que creo que ustedes conocen.

—Paccaud y Bingleau —dijo Milanelli.

El comisario pareció no escuchar aquellas palabras.

—Por desgracia, acaba de comunicarme que las dos personas que encontraron la pasada noche asesinadas en la Asamblea Nacional y en el Panteón eran dos de los ministros que estamos buscando.

Margaux se llevó las manos a la cabeza. Bailey no podía creer lo que estaba escuchando.

—Jack Brown —continuó sabiendo la importancia de lo que estaba contándoles — era el hombre que encontraron en la biblioteca de la Asamblea y Steve Austen el que encontraron en la tumba del Panteón.

Al igual que le había ocurrido a la profesora segundos antes, Milanelli y Campbell se quedaron totalmente bloqueados.

—Mucho me temo que es justo lo que dijeron cuando salimos del Royal Albert Hall. Tengo la sensación de que no tienen ninguna intención de permitir que les encontremos con vida, sino que les irán asesinando cuando a ellos les interese en cada caso.

Campbell vaciló unos instantes antes de expresar su opinión.

—Entiendo que si Chavier le ha comunicado algo así es porque está completamente seguro de sus identidades.

Godwin afirmó con la cabeza.

—Algo similar le he preguntado yo y me ha dicho que la policía forense le ha dado todo tipo de garantías de que la identificación es correcta.

—Eso significaría que de los siete ministros desaparecidos, cuatro ya han aparecido asesinados. Por tanto —continuó—, aunque resulte duro, creo que debemos centrar nuestros esfuerzos en intentar encontrar a los tres que todavía permanecen con vida.

—No solo eso —añadió Milanelli— sino que creo que puede llamar de nuevo a la agente Shahi y decirle qué cuatro ministros deben formar inequívocamente parte de su búsqueda.

Godwin le miró durante unos instantes. Por increíble que pudiese parecer, había conseguido sacar algo mínimamente positivo de una noticia tan devastadora.

—Independientemente de que podamos llamarla para que haga eso que usted dice —comenzó Bailey— creo que lo más importante es que empecemos a asumir que no estamos consiguiendo acercarnos, ni lo más mínimo, a lo que están haciendo.

Margaux sintió cómo aquella cruda afirmación se le clavaba en el corazón.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, señor. El problema no es que estemos haciendo mal las cosas. De hecho, creo que lo que hemos avanzado hasta ahora ha sido siempre en la dirección correcta. Nuestro problema es que no parece que tengan intención ninguna de permitir que les salvemos la vida.

—¿Y cuáles son esos avances, profesora? Debo recordarle que no hemos conseguido nada hasta ahora y que, en cambio, cuatro ya están muertos.

—Sé que es una situación muy difícil, señor —respondió entendiendo su rabia—, pero la idea que planteamos al encontrar el cadáver del Royal Albert Hall fue correcta. El hecho de que el hombre del Guildhall apareciese asesinado con una tortura representada en la iglesia de San Estefano Rotondo nos ha dado la razón.

—Bien, está bien. No dudo que ahí tuviese razón. Pero más allá de eso no hemos conseguido descubrir nada que nos haya ayudado.

—Eso no es del todo cierto —replicó Milanelli saliendo en su defensa—. La profesora nos ha dicho desde un principio que tal vez no estábamos encontrando nada aquí en Londres que nos ayudara porque quizá esa información que necesitamos esté en algo de lo que ocurrió en París. Y lo que nos acaba de contar el comisario, por desgracia, parece indicar que estábamos en lo cierto.

Godwin pareció empezar a recuperarse de la conmoción que le había supuesto aquella noticia.

—¿Quiere decir que los dos ministros que encontraron ustedes son la respuesta que nos van a ayudar a encontrar a los tres que todavía permanecen desaparecidos?

Milanelli volvió a mirar al cuadro de *El éxtasis de San Pablo* antes de decir algo que llevaba tiempo pensando.

—Para ser totalmente sincero, señor, puede que tal vez sean la respuesta, efectivamente, pero creo que no para encontrar a sus tres ministros sino solo a dos de

ellos.

Bailey y Godwin le miraron sorprendidos.

—¿Cómo ha dicho?

El profesor apartó la mirada del cuadro y la desvió hacia la profesora. Desde que se habían conocido en el Palacio del Elíseo, para cada uno de ellos siempre había resultado fundamental contar con el apoyo de sus dos compañeros antes de hacer planteamientos revolucionarios. Margaux, que conocía muy bien la manera de razonar que tenía, le hizo un gesto de afirmación con la cabeza intentando transmitirle que ella también creía que la idea que estaba a punto de plantearles era correcta.

—Siento si les sorprende lo que les estoy diciendo pero creo que debemos empezar a pensar que no seremos capaces de encontrar a uno de los tres ministros que siguen desaparecidos.

—Pero ¿por qué dice eso? —insistió Bailey.

Milanelli respiró hondo.

—Verá, señor, desde que supimos que el ministro Hudson había desaparecido, ha vuelto a mi mente una idea que inicialmente me planteé vagamente pero que había creído descartada.

La pausa que hizo en ese momento no parecía lo más indicado para calmar los nervios que casi podían cortarse dentro de aquella habitación.

—En el vídeo que les enviaron los secuestradores aparecían siete ministros, sin embargo, solo seis de ellos desaparecieron inicialmente. En un primer momento, me pregunté qué sentido tenía hacer algo así ya que, como les hemos dicho en múltiples ocasiones, siempre tienen un objetivo para cada uno de sus actos. Y cuando supimos que Hudson había desaparecido les dije que, en mi opinión, lo que habían hecho esperando hasta ese momento era intentar confundirnos y hacer que nuestros esfuerzos se centraran en los que habían desaparecido y que nos olvidáramos de él.

—No veo a dónde quiere ir a parar —le interrumpió Bailey.

Milanelli levantó su mano derecha pidiéndole un poco de paciencia.

—Si lo que acabo de decirles es cierto y su idea era distraernos, está claro que debemos considerarlo dentro del grupo en el cual estamos buscando ese nexo de unión, esa razón política que intente explicar las atrocidades que estamos viendo. Si además a esto le añadimos que, de entre los ministros desaparecidos debemos plantear grupos de seis, nos llevaría a descartar a uno de ellos.

—Pero esa idea puede estar equivocada —le contradijo el comisario.

—Sí, es cierto —reconoció—. Pero de nuevo debo volver a lo que les he dicho antes. Los secuestradores siempre hacen las cosas por un motivo y si inicialmente desaparecieron seis de los siete ministros es porque son seis los que tiene algo en común que nos permitirá entender qué es lo que está pasando.

—¿Y por qué no vamos a encontrar a uno de ellos? —preguntó Bailey.

Milanelli sabía que no podía culparle por sus continuas interrupciones ante la

gravedad de lo que estaban viviendo.

—No vamos a hacerlo porque si estos dos razonamientos que les acabo de proponer son ciertos quiere decir que de entre los siete ministros debemos centrarnos en seis. Está claro que los cuatro que ya han aparecido asesinados pertenecen a ese grupo y ya no podemos hacer nada por sus vidas. Eso nos lleva irremediablemente a la conclusión de que solo dos de los tres restantes son interesantes.

—Y uno es el ministro Hudson que utilizaron para confundirnos —añadió Campbell.

—¡Exacto, profesor! Eso nos lleva a conocer ya a cinco de los seis ministros que necesitamos, y por lo tanto solo uno de los otros dos es al que realmente debemos preocuparnos por encontrar.

—¿La ministra Johnson o el ministro Dean?

—Eso es, comisario.

—Pero ¿cómo puede decir que solo uno de ellos es interesante? ¡Si han desaparecido!

Margaux entendía el enfado de Bailey.

—Señor —dijo con voz suave intentando calmarle—, si lo piensa detenidamente lo que acaba de explicarles el profesor es algo perfectamente posible. Además, no solo explicaría por qué no estamos siendo capaces de descubrir el modo de encontrarles, sino que permitiría entender por qué el ministro Hudson, que inicialmente no había desaparecido a pesar de estar en la grabación que ustedes recibieron, ahora sí lo ha hecho. Y aunque sé que puede resultar muy difícil de aceptar, conociendo la manera en la que hacen las cosas los secuestradores, estoy de acuerdo con él en que es posible que solo debamos encontrar a dos de los tres ministros que continúan desaparecidos.

—Pero ¿eso significaría...?

—Eso significaría que, de la misma manera que hicieron en París con el guardia de seguridad de la Asamblea Nacional, aquí habrían vuelto a utilizar a una persona para engañarnos y para no permitirnos que nos acercáramos a ellos. El problema es que aquí, como se estarán imaginando, la persona que les ayuda y que forma parte de la organización del secuestro, sería precisamente uno de sus ministros desaparecidos.

Capítulo 48

Chavrier guardó el teléfono y permaneció durante varios segundos observando la pintura que tenía justo enfrente de él. No podía terminar de creerse que lo que habían visto en dos de los cuerpos de París pudiese estar inspirado en una representación de una iglesia de Roma.

Con una mezcla de sentimientos miró el aspecto que tenía aquel lugar completamente vacío. Era muy consciente de que cuando habían estado en el Louvre, todo lo que habían conseguido había sido gracias a la profesora Margaux y a Campbell, en menor medida, por lo que en ese momento no sabía qué era exactamente lo que debían buscar. Como policía, ya había hecho lo que consideraba que era necesario. Todos los turistas habían sido educadamente invitados a salir al exterior y había conseguido, además, que la marabunta que esperaba a la entrada no les molestase. Por lo menos, de momento.

Inconscientemente, las imágenes de los cuerpos de los dos ministros asesinados en París volvieron a su cabeza, lo que hizo que recordara que todavía tenían pendiente la identificación de las dos personas del Louvre. Con la esperanza de que Eugene hubiese avanzado algo en ese sentido y poder darle pronto una buena noticia a Godwin y a los profesores, cogió de nuevo su teléfono y marcó su número.

—Buenas tardes, comisario.

—¿Cómo va todo, Eugene? ¿Ha podido avanzar algo en la identificación de las personas del Louvre?

—Sí, señor —respondió orgullosa—. La idea que le conté resultó ser cierta. Efectivamente, alguien borró las identidades de ambas de la base de datos de la Interpol.

Chavrier se alegró, una vez más, de su efectividad.

—¿Y bien?

—La mala noticia, señor, es que quien las ha borrado también se ha preocupado de asegurarse de que no pudiéramos encontrarle.

—Ciertamente es una mala noticia...

Eugene sonrió.

—No del todo. A pesar de sus intentos sí que podremos descubrir desde dónde se borraron esas identidades. El único problema es que me llevará más tiempo del que tenía previsto inicialmente.

Chavrier se quedó en silencio esperando más información al respecto.

—Lo que han hecho para evitar que les descubriéramos ha sido amplificar la señal creando direcciones IP virtuales a lo largo de todo el mundo. En teoría, eso hace que una señal se convierta en irrastreable y más cuando te preocupas de crear tantos puntos falsos como han hecho en esta ocasión.

—¿De cuántos estamos hablando? —preguntó inquieto.

—Pues para ser exactos, señor, a mí me han aparecido tres mil quinientos puntos

en pantalla y, hasta este momento, con el logaritmo de búsqueda que estoy ejecutando, he conseguido descartar casi seiscientos.

El comisario mostró su satisfacción. Aunque querría tener los resultados lo antes posible no le importaba esperar más tiempo a cambio de la seguridad de que acabarían por descubrir el punto de origen.

—Está bien. ¿Cuánto tiempo más cree que le llevará encontrar el lugar exacto?

Eugene hizo una mueca mientras hacía un rápido cálculo mental.

—Unas tres horas, más o menos —respondió.

Chavrier miró su reloj. Según se presentaba la tarde tenía la sensación de que, por segundo día consecutivo, le tocaría trabajar de noche.

—Muy bien —dijo no queriendo entretenerla más tiempo—. Sabe que tiene que avisarme si descubre algo antes ¿verdad?

—Sí, señor. Le mantendré informado.

Después de finalizar la llamada echó un vistazo a su alrededor y sintió que de nuevo había vuelto a la realidad que tenían en ese momento por delante.

—Creo que lo único que podemos hacer hasta que hablemos con la profesora será volver a mirar una por una todas estas obras —dijo dirigiéndose a los inspectores—. Sé que no es una tarea interesante pero es lo que ella nos dijo que hiciéramos en el Louvre. De modo que, como les digo, creo que es lo único que podemos hacer de momento. Observarlas con detenimiento y rezar para encontrar algo que pueda servirles de ayuda.

Capítulo 49

Godwin y Bailey miraban a los profesores sin poder creer lo que acababan de escuchar. Si bien era cierto que su planteamiento parecía mostrar que solo dos de los ministros tendrían la explicación a todo lo que estaba ocurriendo en Londres, insinuar que uno podía estar directamente implicado en aquel secuestro les resultaba inimaginable.

—¿Entienden la gravedad de lo que están diciendo? —preguntó Godwin.

—Comisario, soy consciente de cómo puede sonar lo que les hemos dicho —respondió Margaux—. Sin embargo, tal como les ha explicado detalladamente Milanelli, todo parece indicar que son seis los ministros que guardan alguna relación y, por tanto, tiene que existir una explicación diferente que nos permita entender por qué han incluido al séptimo en su grabación.

—Sí, profesora —replicó Bailey—, pero una cosa es no saber por qué han decidido secuestrar a ese ministro que les sobra, y otra completamente diferente decir que es parte responsable de este secuestro.

Campbell observó durante unos instantes al cuadro de *El éxtasis de San Pablo* antes de dar su opinión al respecto.

—Por increíble que pueda parecer creo que debemos pensar que esa es la opción más real que podemos plantear ahora mismo. Estoy de acuerdo con ellos en que haber utilizado a un ministro falso, por llamarlo de alguna manera, es una estrategia que nunca habríamos podido plantearnos y eso les ha dado vía libre para hacer todo lo que han ido haciendo aquí, tanto con Tilden como con Humme en el Guildhall.

«Debe confiar plenamente en los profesores». Las palabras que Chavier le había dicho en el Aeropuerto de París-Charle le Gaulle retumbaban en esos momentos en la cabeza de Godwin. Por un lado, se resistía a creer aquella rocambolesca hipótesis que estaban planteando. En su opinión, que un ministro del gobierno fuese responsable del secuestro de seis de sus compañeros y del asesinato de cuatro de ellos era una opción sencillamente imposible. Por otro lado, sin embargo, también era cierto que en ese momento no tenían ninguna otra línea de investigación, por lo que si se decantaba por rechazar aquella idea tendría que dejar claro qué harían a continuación.

—Si suponemos que eso que dicen es cierto —comenzó— ¿qué es lo que proponen que hagamos ahora?

—En mi opinión, lo primero que debemos hacer es averiguar si este cuadro que tenemos aquí —dijo Milanelli señalándolo— es el original que desapareció del Louvre.

Bailey le miró extrañado.

—¿Qué diferencia podría haber para nosotros si es una copia o el original?

—Puede parecer que ninguna —se adelantó a responder Margaux—, pero tiene razón el profesor diciendo que debemos averiguarlo. Si es una copia, francamente no sabría explicarles por qué la habrían utilizado, mientras que si es el original lo que

conseguiríamos sería corroborar, al cien por cien, nuestra teoría de que quieren que busquemos en París las respuestas para entender lo que está ocurriendo hoy aquí.

—Muy bien —dijo Godwin—. De modo que simplemente tenemos que confirmar que este es el cuadro que desapareció del Louvre ¿no es así?

La profesora se encogió de hombros ante aquella pregunta. Sin esperar ningún tipo de confirmación por su parte, volvió a salir al pasillo y comenzó a hablar por teléfono.

—¿Y qué haremos cuando lo descubramos? —preguntó Bailey esperando a que regresara el comisario.

—Sí es la obra del Louvre, como nosotros pensamos, es indudable que lo que tendremos que hacer es centrarnos en todo aquello que ocurrió en París la otra noche y que no supimos o no llegamos a encontrarle una explicación.

—¿Como por ejemplo?

Campbell respiró profundamente intentando ganar tiempo para recordar.

—Bueno, la identidad de los dos hombres de la Asamblea y del Panteón ya la conocemos. Lo que seguimos sin saber es por qué dejaron en cada uno de sus cuerpos una hoja *Ética nicomáquea* y otra de *Timeo*. Ese podría ser un buen punto de partida.

Bailey mostró su conformidad.

—Creo que para buscar todo lo necesario acerca de esas dos obras el equipo que tenemos en el centro de vigilancia nos puede servir de gran ayuda —propuso.

La entrada de Godwin en la habitación hizo que interrumpiera lo que estaba diciendo.

—Arreglado, profesora. Un técnico de la National Gallery ya está de camino a Scotland Yard para evaluar la autenticidad de este cuadro.

Margaux se sintió aliviada al escuchar aquellas palabras. Por momentos había temido que recayera sobre ella la responsabilidad de tomar una decisión tan difícil.

—Esa parece ser sin duda la mejor opción —dijo con entusiasmo Milanelli—. Y tal como estábamos hablando ahora con Bailey, si en efecto se trata del original del Louvre, tendremos que volcar nuestros esfuerzos en descubrir si son las partes de las obras de Platón y Aristóteles que los secuestradores dejaron en la boca de sus ministros en París lo que necesitamos para encontrar a los dos que permanecen desaparecidos.

A Godwin no se le escapó el modo en que el profesor ya daba por hecho que solo debían intentar recuperar con vida a dos de los tres ministros.

—Está bien —dijo ignorando su pensamiento—, pero creo que también deberán tener en cuenta el texto que encontramos en la espalda de Tilden ¿no les parece?

Margaux dejó escapar inconscientemente una expresiva mueca de extrañeza. Aquel texto del que hablaba el comisario se le había olvidado por completo.

—Creo que tiene razón —dijo en voz baja—. Y en ese caso serían tres las partes de esta historia que no terminan de encajar.

—Pero usted ya le dio un significado a aquel poema —le contradijo Bailey.

En efecto, cuando habían descubierto en la espalda del ministro Tilden la tercera estrofa del poema *O Fortuna*, ella había sido quien, ante la falta de una explicación más convincente, había propuesto que quizá no eran las palabras en sí mismas sino el sentimiento que transmitía su versión musical la que había llevado a los secuestradores a elegirla. A pesar de que inicialmente todos se habían mostrado de acuerdo al escucharla, ahora aquella le parecía una opción bastante ridícula.

—Sí, señor. Sé bien lo que dije, pero también es cierto que desde entonces han ocurrido muchas cosas y creo que todo debemos verlo con una perspectiva global y no quedarnos con lo que en un momento nos pueda parecer. Si hiciésemos eso ahora no estaríamos considerando esas dos hojas de París como la llave para encontrar al resto de sus ministros.

Godwin consultó su reloj. Tenía claro que podían continuar con aquella discusión en el coche, ya que en ese momento lo más importante era llegar a Scotland Yard con el cuadro cuanto antes.

—Bien, profesora —dijo intentando zanjar la conversación—, creo que tendremos tiempo de evaluar todas las opciones posibles, tanto de ese poema como de lo que encontraron en París, cuando estemos en el centro de vigilancia. Ahora nuestra primera preocupación debe ser trasladar este cuadro hasta allí lo antes posible.

Margaux le miró sorprendida.

—¿Está diciendo que pretende que lo llevemos nosotros mismos?

—Sí, así es —contestó extrañado—. Yo no veo nada malo en ello.

La profesora no pudo evitar que se le escapara una risa nerviosa.

—¿De verdad que no ve nada malo en llevar un cuadro de cuatrocientos años de antigüedad en el coche?

Margaux era muy consciente de que el conocimiento y el amor por las obras de arte que sentían cada uno de ellos distaba una eternidad. Sin embargo, ni aún así podía entender cómo podían arriesgarse a dañar una obra de arte de semejante valor.

—Tenga en cuenta —dijo Bailey— que no sabemos si es el cuadro original.

La cara de la profesora hablaba por sí misma.

—Créame que entiendo sus reticencias —añadió Godwin—, pero sabe igual que yo que necesitamos conocer cuanto antes si es o no la obra original. El técnico de la National Gallery ya está de camino y, si es que va directo desde el museo, llegará a Scotland Yard mucho antes que nosotros, de modo que necesitamos partir enseguida y este cuadro tiene que venir con nosotros.

Margaux cerró los ojos y se pasó ambas manos por el rostro para intentar aclarar sus ideas rápidamente. No podía creer que por segunda vez en menos de veinticuatro horas estuviese de acuerdo en comprometer la integridad de una obra de arte con siglos de antigüedad y que pertenecía, de nuevo, a uno de los museos más importantes del mundo.

«Solo falta hacerle algo parecido a un cuadro del Metropolitan de Nueva York».

—Si les parece, entre ustedes cuatro pueden cogerlo y yo les guiaré por la casa hasta que lleguemos al coche —dijo finalmente aceptando aquella arriesgada tarea que tenían por delante—. Con suerte entre todos conseguiremos que no le ocurra nada malo.

Sin que fuese necesario que dijera una palabra más, Godwin y Bailey se colocaron a ambos lados del cuadro y lo levantaron con sumo cuidado. A continuación, los profesores les ayudaron hasta que consiguieron colocarlo en una posición en la que poder trasladarlo con seguridad.

—Cuando quiera, profesora —dijo el comisario.

Margaux salió al pasillo y comenzó a caminar a la vez que les iba dando continuas indicaciones para evitar provocarle algún daño. Cuando se trataba de trasladar una obra de arte de incalculable valor, el pasillo y todas las puertas parecían disminuir drásticamente su tamaño. Para trasladarlo hasta el coche, Godwin y Bailey lo sostuvieron firmemente mientras que Campbell y Milanelli caminaron paralelamente a él simulando una especie de colchón humano que evitase que pudiera chocar con algún punto de la casa.

Cuando llegaron hasta su vehículo, la profesora entró en el asiento trasero y se colocó en el centro. Entre Bailey y Godwin lo introdujeron con cuidado en el hueco reservado para las piernas con la ayuda de Margaux que lo desplazó poco a poco hacia el interior hasta que estuvo completamente dentro.

—¿Ve cómo no ha sido tan complicado? —le preguntó el comisario al comprobar que estaba firmemente apoyado en el suelo.

Milanelli y Campbell entraron por cada una de las dos puertas traseras y se sentaron cuidadosamente a su lado al tiempo que Margaux se intentaba asegurar que ninguno de ellos pudiesen golpearlo con los pies.

—No me puedo creer que tengamos entre nuestras piernas un cuadro de cuatro siglos de antigüedad —murmuró finalmente.

Godwin encendió el motor del vehículo y activó la sirena pulsando el botón situado en el salpicadero de manera similar a como había ocurrido al llegar. Un policía levantó nuevamente la cinta que limitaba el acceso a aquella calle para que pudiesen salir de allí con rapidez.

—Si le parece, profesora —dijo Godwin rompiendo el silencio que se había instalado en el ambiente—, ahora que tenemos un poco de tiempo hasta que lleguemos a Scotland Yard, creo que sería el momento ideal para que habláramos con el comisario Chavrier y le explique qué es exactamente lo que quiere que hagan en esa iglesia ¿no le parece?

Con todo lo que habían vivido en aquella casa, a Margaux se le habían olvidado por completo aquella historia.

—Sí, sí... por supuesto —respondió sintiéndose culpable de no haberlo propuesto ella antes.

El comisario pulsó un botón en la pantalla del navegador y los tonos de una

llamada de teléfono comenzaron a retumbar a través de todos los altavoces de coche.

—Me alegra tener noticias tuyas —les saludó Chavrier distendido.

Su voz hizo que los tres profesores sintiesen un pequeño alivio. Similar al que se siente al entrar en un ambiente conocido.

—Buenas tardes, comisario —dijo Margaux sin poder reprimirse.

—Profesora, no sabe la falta que me hace que nos ayude a descubrir qué es lo que quiere que hagamos aquí.

—No se preocupe, señor —le respondió al instante—, por eso le llamamos. Voy a intentar ayudarle aunque debo reconocer que nunca he estado en esa iglesia y las únicas referencias que tengo son acerca de las torturas que están allí representadas.

Chavrier miró en ese momento a la pintura que tenía delante de él.

—De modo —continuó—, que lo que voy a necesitar es que usted me explique lo más detalladamente posible todo lo que tiene a su alrededor y yo intentaré ayudarles a descubrir por qué los secuestradores han elegido ese lugar ¿le parece?

—Por supuesto —contestó seguro de que cualquier indicación suya sería mucho más productiva que lo que habían estado haciendo ellos hasta ese momento.

—Bien, en primer lugar me gustaría que me confirmara que hay dos pinturas que representan las mismas torturas que han hecho en los ministros Tilden y Humme. Nosotros las hemos visto en una serie de fotografías pero creo que es importante asegurarnos de que están ahí tal como pensamos.

Al escuchar la primera indicación de la profesora, Chavrier comenzó a caminar buscando una de ellas.

—Si no recuerdo mal —dijo mientras revisaba una por una— creo que la primera que tengo que encontrar es la de un cuerpo con varios cortes ¿no es así?

—Sí, exacto, comisario. El cuerpo del ministro Tilden que encontramos en el Royal Albert Hall tenían el cuerpo repleto de cortes bastante profundos. De los dos cadáveres que hemos encontrado de momento es el que más fielmente reproduce una de esas torturas.

Durante unos segundos nadie pronunció ni una palabra. El sonido de fondo de la sirena añadía más tensión a la espera.

—Creo que ya lo he encontrado, profesora —dijo tras unos instantes.

Sin saber por qué exactamente, el corazón se le aceleró repentinamente.

—Perfecto, comisario. ¿Podría describirme lo que está viendo?

—Esa pregunta es bastante sencilla —respondió—. Aquí aparece un hombre tumbado sobre una especie de mesa de madera lleno de cortes, como usted bien ha dicho, y con mucha sangre saliendo de las heridas mientras que otro, de pie y con barba, sostiene con las dos manos una especie de sable.

—¿Hay algo más que le llame la atención?

El comisario vaciló unos instantes.

—Un grupo de personas al fondo que yacen muertas, supongo.

Margaux se mostró satisfecha.

—Gracias, señor. Ahora me gustaría que buscase la segunda tortura que han utilizado. El cuerpo del ministro Humme que encontramos en el Guildhall apareció calcinado y existe una pintura en la que se escenifica algo similar. No tan fiel como la que acaba de ver pero también le resultará fácil de encontrar. Debería haber una en la que aparece un hombre semitumbado mientras que otro intenta avivar las llamas que hay debajo de este. Fíjese que es muy característico que al hombre que se supone que están quemando vivo no se le ve la mitad inferior de su pierna izquierda. Le remarco esto porque créame que ha sido especialmente importante con lo que hemos visto nosotros aquí.

Chavrier no necesitaba que continuara dándole más detalles.

—La tengo justo delante, profesora. ¿Qué quiere que haga?

—Genial, señor. Me gustaría que hiciese lo mismo que con la anterior. Querría que me describiera lo más detalladamente posible lo que está viendo y yo trataré de descubrir si hay algo diferente en ella respecto a la que nos enseñó antes la agente Shahi.

Paccaud, que se encontraba al lado del comisario y estaba escuchando aquella conversación, se preguntó cómo demonios la profesora iba a utilizar toda esa información que les estaba pidiendo para explicarles lo que quería que hiciesen ellos allí. No obstante, lo que había visto en París hacía que confiara totalmente en que su idea sería correcta.

—Efectivamente aparece en el centro un hombre tumbado con la pierna izquierda oculta debajo de su propio cuerpo mientras que otros tres a su alrededor parecen estar avivando el fuego —le indicó Chavrier.

—¿Y ve dos hombres más, comisario?

—Sí, profesora —contestó sin dudarlo—. Un hombre con el pelo de color rubio situado de pie a la izquierda del todo y otro encima de él que está sentado y parece señalar al que está en la hoguera.

Margaux se mostró satisfecha.

—Perfecto. Y supongo que en el fondo, en tamaño más pequeño, aparece también algo representado ¿verdad?

Chavrier dio un paso hacia delante para verlo con más detalle.

—Sí, así es. Se ven cuatro caballos. Uno de ellos lleva a una persona a rastras y a su derecha hay como tres o cuatro más que parece que están golpeando a otra que está en el suelo.

—Gracias, señor. De verdad que ha sido de gran ayuda.

Chavrier miró a los inspectores encogiéndose de hombros sin entender cómo acababa de ayudarla haciendo algo tan sencillo.

Al llegar al edificio de Scotland Yard, Godwin detuvo el vehículo justo a la entrada.

—Comisario —le dijo en voz alta—, vamos a entrar ahora mismo al aparcamiento. Es muy posible que perdamos la comunicación, de modo que si le

parece bien le volveré a llamar en cuanto estemos en el centro de vigilancia.

—Sí, por supuesto. Cuando quieran.

—Gracias. Tardaremos solo cinco minutos, se lo prometo.

Antes de entrar en el aparcamiento, Godwin cortó la llamada y apagó la sirena.

—Creo que sé por qué le ha hecho estás preguntas, profesora —comentó—. Y espero que el resultado haya sido el que esperaba.

Margaux sonrió al escucharle.

—¿Qué pretendía, exactamente? —preguntó Bailey antes de que ella pudiese decir nada.

—Verá, señor, creo que sin estar físicamente allí mi ayuda va a ser muy limitada, de modo que creí que lo más interesante sería descartar, en primer lugar, que los secuestradores hubiesen hecho algo sobre las pinturas que representan las torturas que han elegido. No sé el qué exactamente, pero algo que pudiese servirnos de ayuda.

—¿Y ha encontrado algo?

—No —respondió convencida—. En principio, las dos descripciones que Chavier ha hecho han sido perfectamente acordes con la imagen que tengo grabada en mi mente de ambas.

—Entonces ¿no ha salido como usted esperaba? —insistió.

Margaux dudó unos instantes.

—No sabría decirle. Verdaderamente me resulta complicado entender qué es lo que han podido hacer en una iglesia como aquella para que nosotros ahora lo descubramos, y simplemente creo que descartar que hubiesen hecho algo sobre esas representaciones podría ser un buen punto de partida.

Godwin aparcó su vehículo y se bajó del coche. A continuación, abrió la puerta trasera para permitir que el profesor Campbell pudiera bajarse.

—Si le sirve de ayuda, profesora —le dijo—, yo también creo que ha sido una buena idea. Pero ahora lo que tenemos que hacer es subir este cuadro y que el técnico de la National Gallery nos diga si es o no el original. Con suerte, podremos empezar de una vez a intentar descubrir en lo que ha sucedido en París, aquí, o donde sea, lo que debe ayudarnos a salvar la vida de los ministros.

Capítulo 50

A las 18:05, el vigilante de la sala 19 miraba desde la distancia cómo tan solo quedaba allí uno de los cinco operarios que habían conseguido montar, en un tiempo record, aquella extraña estructura para esa «exposición especial» de la que nadie le había informado. El museo había cerrado ya sus puertas y en ese momento se encontraba completamente vacío.

De aquella sala habían desaparecido todas las cajas de cartón en las que habían traído aquellos enormes paneles de metacrilato que aquel último operario se afanaba en sellar.

Sin acercarse para no resultar demasiado entrometido, el vigilante creyó apreciar cómo una de las cuatro caras de aquella estructura con forma de cubo gigante era sutilmente diferente a todas las demás. En su opinión, y a pesar de que no podía distinguirlo con claridad, juraría que aquel panel diferente al resto tenía una especie de puerta.

Resignado por no tener ni idea de qué iba a ocurrir al día siguiente en *su* sala, comenzó a caminar hacia la salida.

—¿Qué demonios tendrán pensado hacer? —se preguntó en voz baja.

Capítulo 51

Al abrirse las puertas del ascensor Campbell vio desde la distancia, en el interior de la misma sala en la que ellos habían estado anteriormente, a la agente Shahi conversando con un hombre joven vestido informalmente.

—Creo que el técnico ya ha llegado —comentó Godwin orgulloso.

En silencio, caminaron con rapidez la distancia que separaba los ascensores de aquella sala. Al verlos llegar, Shahi se apresuró a abrirles la puerta para que pudieran entrar más fácilmente con el cuadro que estaban transportando.

Con mucho cuidado, Bailey y el comisario lo apoyaron sobre la mesa. Margaux mostró efusivamente su alivio al comprobar que por lo menos aparentemente no había sufrido ningún daño durante el traslado.

—Supongo que usted es el técnico del museo ¿verdad? —le preguntó Godwin a la vez que le estrechaba la mano con firmeza.

—Sí, señor.

—Perfecto. ¿No sé si la agente Shahi le habrá puesto al día de lo que queremos que haga?

El técnico dudó antes de responder.

—Realmente no tengo mucha información, señor. Simplemente me han avisado de que debía venir aquí para dar mi opinión sobre la autenticidad de un cuadro.

Sin expresarlo en voz alta, Milanelli estaba seguro de que tanto para Godwin como para Bailey aquella tarea se quedaba muy lejos de sus pretensiones.

—Bien —dijo el comisario al escuchar su respuesta—. En ese caso, está de más que le diga que este es el cuadro queremos que verifique.

El técnico no pudo disimular su sorpresa al verlo. A pesar de tener claro que debía tratarse de algo importante, no podía creer que le estuviesen pidiendo evaluar la autenticidad de un cuadro semejante. Bloqueado, levantó la mirada intentando que alguna de aquellas personas que se encontraban en la sala le dieran más información al respecto. De todos ellos, Margaux fue la única que entendió la extrañeza que había sentido al verlo.

—Sé que no se va a creer lo que está viendo —le dijo mostrándole su apoyo—, pero necesitamos que nos diga si es o no auténtico.

El técnico volvió a mostrar su desconcierto.

—Pero ¿sabe...?

—La señorita —dijo Godwin cortándole— es profesora de Humanidades y, junto con usted, es la persona que más conocimiento tiene de arte de todos los que estamos aquí. Además de ser quien propuso que necesitábamos descubrir si lo que tenemos delante es la obra original o una copia.

Tras escucharle, el técnico volvió a mirar a Margaux.

—Pero este cuadro... Es *El éxtasis de San Pablo*.

La profesora le sonrió.

—Lo sé. Y sé que no debía estar aquí, sino expuesto en el Louvre.

El técnico asintió sorprendido.

—Créame que es una larga historia, y entiendo que le resulte desconcertante lo que le estamos pidiendo, pero en verdad necesitamos que nos dé su opinión acerca de si este cuadro es el original que debería estar en París o si, por el contrario, se trata de una imitación.

Algo aliviado al descubrir que había por lo menos otra persona allí dentro que entendía lo imposible de lo que le estaban pidiendo hacer, se acercó hasta él y comenzó a examinarlo detenidamente mientras todos le observaban en silencio.

—Existen dos maneras principales de distinguir un cuadro original de una imitación —dijo tras unos segundos dirigiéndose a Godwin—. La más sencilla, y también la menos usada en la actualidad, es introducir una pequeña modificación que diferencie la copia del original. Por ejemplo, el cuadro de Los girasoles de Van Gogh, que nosotros tenemos en nuestro museo es la obra original. Sin embargo, existen decenas de copias expuestas en otros museos del mundo y en muchos casos lo que se ha hecho es dibujar un pétalo más en uno de los girasoles. Nadie lo sabe cuando lo está viendo aunque ese pequeño cambio hace que se distinga rápidamente a todas las copias del original.

—¿Qué sentido tiene que un museo exponga una imitación?

El técnico desvió su mirada del cuadro para ver quién le había hecho aquella pregunta.

—Él es el profesor Milanelli —dijo Godwin presentándoles.

—Bueno verá —respondió tras un instante de reflexión—, puede que lo que usted acaba de preguntar tenga un cierto sentido. Pero también tiene que pensar que no todas las personas pueden viajar hasta esta ciudad para ver un cuadro tan importante como el que les acabo de poner de ejemplo. Igualmente que, tal vez, tampoco puedan viajar hasta París para ver *La Gioconda* o este cuadro en el Louvre.

Durante unos instantes interrumpió su respuesta.

—De modo, que si tiene sentido o no, no podría decírselo. Pero desde luego creo que es una manera de acercar el arte a todas las personas, independientemente de donde vivan. Por lo que en ese aspecto hacerlo es, en mi opinión, una buena idea.

De nuevo volvió a hacer una pausa para observar *El éxtasis de San Pablo*.

—Además —continuó—, la gran mayoría de las personas cuando están delante de un cuadro no saben realmente si es el original. La gente viene a la National Gallery y va directamente a ver Los girasoles convencidos de que tienen un cuadro valiosísimo e importantísimo justo a unos centímetros de distancia, cuando en realidad podría tratarse de una de las muchas copias que existen. Al final, lo único importante es que las personas acudan a los museos y disfruten.

—Entonces —le interrumpió Godwin para que se centrara en lo que le habían pedido—, según ha dicho antes hay otra manera de falsificar un cuadro.

—Sí, así es. Las modificaciones como la que les acabo de decir se reservan a

cuadros donde ese cambio puede pasar fácilmente desapercibido. Por ejemplo, todos aquellos en los que aparecen muchas personas representadas son también muy aptos para utilizar esa técnica.

—¿Como *La consagración de Napoleón*? —le preguntó Campbell casi inconscientemente recordando lo que habían vivido en París.

Una vez más, el técnico se detuvo para ver quién le había hecho aquella pregunta.

—Bueno —respondió dubitativo—, no sé si habrá tenido ocasión de verlo en persona, pero aunque podría ser un buen ejemplo de lo que estoy diciendo, dado al elevado número de personas representadas en él, me cuesta creer que un cuadro de semejantes dimensiones tenga una copia.

Los tres profesores no pudieron evitar mirarse entre ellos.

—Volviendo a lo que nos ocupa —insistió el comisario—, dice que hay otra manera de hacer una falsificación ¿no es así?

—Sí, en efecto. No solo eso sino que sería la manera elegida en este caso, si es que no es el original.

Godwin sintió que, por fin, habían llegado a un punto interesante.

—¿Y cuál es si se puede saber?

El técnico dirigió su mirada al cuadro.

—Como pueden ver esta obra es muy sencilla. Tan solo aparece San Pablo y estos dos ángeles representados a su lado, de modo que no se puede añadir o eliminar algo de él sin que resulte muy evidente. En estos casos, lo que suele hacerse es utilizar una tonalidad diferente de colores en alguna parte para poder diferenciarlo del original.

—¿Y ve ese cambio en este que tenemos aquí? —preguntó Shahi.

Sin apartar su mirada de él resopló al escuchar esa pregunta.

—Si fuese de nuestro museo creo que podría contestar a esa pregunta prácticamente de inmediato. Sin embargo, este no es nuestro y no lo he estudiado nunca, por lo que me llevará algo más de tiempo poder responderle. Y aunque pueda decírselo, tienen que entender que tener una certeza completa requeriría un estudio muy detallado que no creo que sea lo que quieren que haga en este momento ¿verdad?

Godwin tenía muy clara la respuesta.

—No, es evidente que no —respondió—. Necesitamos que nos lo diga cuanto antes y con la mayor certeza posible, a pesar de que esta no sea del cien por cien. Eso lo entiendo.

El técnico dirigió durante un instante su mirada a Margaux intentando encontrar algo de apoyo ante un encargo de tanta responsabilidad.

—En ese caso —añadió—, creo que si me dejan unos minutos podré darles la respuesta que necesitan. Pero como les he dicho al principio, este cuadro es del Louvre y me extrañaría enormemente que no fuese una copia.

La profesora entendía mejor que nadie las dudas de aquel hombre y creía saber cómo ayudarle a que empezara a pensar que era muy posible que estuviesen delante

de un cuadro original.

—¿Sabe que hace un rato he estado viendo las dos versiones de *La masacre de los inocentes* de Rubens en la galería del Guildhall?

Aquella pregunta consiguió exactamente el efecto que ella buscaba.

—Eso no es posible —contestó de manera categórica—. El Guildhall no expone esas obras.

—Sí, sí que las expone. Créame. Yo las he visto.

Margaux insistió en su idea para intentar picar la curiosidad del técnico que negaba una y otra vez con la cabeza.

—Me temo que tiene que estar confundida, profesora. El Guildhall nunca ha expuesto imitaciones y los dos originales de ese cuadro se encuentran en la galería de arte de Ontario, la primera versión que Rubens pintó en 1611, y en...

—En la pinacoteca antigua de Múnich la segunda versión, lo sé —le interrumpió con una sonrisa—. Sé muy bien que la galería de arte del Guildhall no expone imitaciones, pero créame cuando le digo que esos dos cuadros están expuestos allí ahora mismo. Todos nosotros hemos estado allí hace un rato y lo hemos visto con nuestros propios ojos.

Confundido, el técnico observó cómo todos ellos afirmaban con la cabeza lo que estaba diciendo la profesora.

—Le he dicho esto —continuó ella— porque quizá ahora vea más posible que este cuadro de *El éxtasis de San Pablo* sea el original, por mucho que le pueda extrañar al ser una obra que debería estar en el Louvre ahora mismo y no en esta sala. Por qué el profesor Campbell le ha hecho esa pregunta acerca de *La consagración de Napoleón* o por qué creo que están expuestas en el Guildhall imitaciones de las dos versiones de *La masacre de los inocentes* es algo que no puedo explicarle, pero quiero que entienda que necesitamos que valore su autenticidad partiendo de la base de que esa idea es algo perfectamente posible.

Capítulo 52

Chavier volvió a consultar su teléfono para ver si tenía alguna llamada de Godwin. Hacía ya unos veinte minutos que habían interrumpido su conversación y, en teoría, la profesora debía volver a contactar con ellos para explicarles qué debían hacer dentro de aquella iglesia. Su primera petición había sido muy fácil de cumplir por eso mantenía la esperanza de que la verdadera razón por la que habían viajado hasta Roma fuese más importante que describirle al detalle algunas de aquellas pinturas.

—¿Qué cree que querría la profesora con lo que le pidió hacer antes? —preguntó Bingleau acercándose hasta él.

—Parece claro que su intención era descartar que hubiese algo extraño —se adelantó a responder Paccaud.

Chavier le miró extrañado.

—Bueno, en mi opinión —dijo explicándose—, ha buscado asegurarse de que estas obras no han sido manipuladas de algún modo, puesto que si los secuestradores las han elegido como tortura para esos dos ministros no sería descartable pensar que fuesen, de un modo y otro, la razón de que estemos aquí.

El comisario observó unos segundos cada una de esas dos pinturas a las que se estaba refiriendo el inspector.

—Puede que tenga razón en lo que dice, pero ya la ha oído antes, no pareció que nada de lo que yo le describía le llamara especialmente la atención.

—En ese caso, espero que vuelva a llamarnos pronto porque empiezo a pensar que nuestro papel aquí está siendo menor del que esperábamos ¿no le parece? —preguntó Paccaud.

A pesar de estar completamente de acuerdo con aquella afirmación, Chavier seguía manteniendo la esperanza de que la idea de la profesora de hacerles viajar hasta Roma tuviese una finalidad mucho más importante de la que habían visto hasta ese momento.

—Además, tenemos que tener en cuenta que no podremos mantener a los turistas ahí fuera eternamente —añadió señalando la puerta de salida.

El comisario caminó unos metros hacia el punto que señalaba el inspector y observó, desde la distancia, cómo la puerta de acceso a la iglesia continuaba repleta de turistas. A pesar de que ellos eran policías, y de que aquel vigilante había seguido sus instrucciones al pie de la letra, se lamentaba de que no estuviesen allí en ese momento los dos hombres que les habían recibido en el aeropuerto.

—Posiblemente con la policía italiana ahí fuera las cosas serían muy diferentes —dijo contrariado.

Bingleau sacó de su bolsillo el teléfono que le había dado aquel hombre.

—Sabe que siempre podemos llamarle y pedirle ayuda —propuso enseñandoselo al comisario.

Chavier mostró una mueca de resignación y caminó de nuevo hasta el centro de la iglesia. La sensación que había tenido al entrar en aquel lugar no había variado lo más mínimo en todo el tiempo que llevaban allí encerrados. Notre Dame, la Asamblea Nacional, el Panteón, la basílica del Sagrado Corazón y, por supuesto, el Louvre, eran todos lugares muy importantes de París. Nada que ver con aquella iglesia. Por más que lo intentaba no conseguía ver a su alrededor nada que pudiese ayudarles y mucho menos nada que pudiese ayudar a los profesores.

Capítulo 53

Margaux miró su reloj y seguidamente le hizo un pequeño gesto al comisario que este entendió perfectamente. No podían demorarse más tiempo en volver a llamar a Chavrier.

—Entonces ¿cree que podrá decirnos algo definitivo acerca de la autenticidad de este cuadro?

El técnico miró al maletín que estaba junto a la silla más próxima a la puerta antes de contestar. A pesar de que cuando le habían avisado de que debía acudir a Scotland Yard había dudado si llevarlo o no consigo, en ese momento sabía que le iba a resultar fundamental para cumplir con lo que el comisario le estaba pidiendo.

—Si me dejan trabajar sobre él unos minutos —respondió finalmente— creo que podré darles la respuesta que necesitan, sí.

Godwin mostró su satisfacción al escuchar aquellas palabras. Después de todo el escepticismo que había mostrado inicialmente parecía que, por fin, las cosas empezaban a salir como él quería. O más bien, como todos ellos necesitaban que salieran.

—Me alegra oírle decir eso, se lo aseguro. Y en ese caso, por favor, todo suyo —le dijo extendiendo su mano derecha hacia el cuadro.

El técnico caminó hasta la puerta y recogió el maletín. A continuación, lo colocó encima de la mesa, justo al lado de este y lo abrió. Durante varios segundos se entretuvo estudiando detenidamente aquella obra mientras el resto le miraba en silencio. Al final, se acercó de nuevo al maletín y cogió un pequeño pincel de color negro.

—Mientras dejamos que haga su trabajo —dijo Milanelli— creo que sería interesante que llamemos al comisario Chavrier...

De alguna manera, sus palabras hicieron que todos salieran del pequeño estado de concentración en el que se habían sumido observando al técnico.

—Sí, ciertamente —respondió Godwin—. ¿Sabe ya qué es lo que le va a pedir que haga en aquella iglesia? —le preguntó a Margaux.

La profesora mostró un expresivo gesto de duda.

—Para serle sincera, comisario, la opción más lógica ya la hemos descartado antes viendo que la descripción que nos hizo de las pinturas donde se representan las muertes de Tilden y Humme eran exactamente iguales a como vimos en las fotografías que nos enseñó la agente Shahi.

Campbell miró de reojo al técnico. En su opinión, no era la mejor idea que aquel desconocido les escuchase hablar tan claramente de la muerte de dos de los ministros del gobierno. Sin embargo, si ni Godwin ni Bailey decían nada al respecto, él no era quién para hacerlo.

—Y si eso ha sido así ¿qué quiere que hagan ahora? —preguntó Shahi.

Margaux dirigió su mirada hacia la gran pantalla donde anteriormente habían

visto aquellas fotografías.

—¿Sería posible que buscara algo de información acerca de esa iglesia?

Sin dudarle un instante, la agente abrió una ventana nueva del explorador y escribió el nombre de San Estefano Rotondo en él.

—¿Cuál es su idea? —le preguntó Bailey.

La profesora se giró para mirarle.

—Es difícil de explicar, señor. Como les dije desde el primer momento, nunca he estado en ese lugar por lo que no puedo imaginar por qué lo han elegido los secuestradores si no tengo algo más de información.

Por unos instantes interrumpió su respuesta hastiada por tener que reconocer que no iba a resultar de mucha ayuda en aquella ocasión.

—Lo que ocurrió en París —continuó— fue completamente diferente. Yo soy francesa, estudié durante cuatro años en París y, a excepción del Panteón, todos los edificios a los que acudimos ayer ya los conocía y en algunos como el Louvre, no solo ya había estado antes en más de una ocasión, sino que conocía la mayoría de sus obras. Eso hizo que desde el primer momento sintiera mucha seguridad respecto a cuáles eran nuestras posibilidades. Pero aquí...

Shahi seleccionó el primero de los resultados que aparecieron en el buscador.

—Ahí lo tiene, profesora.

Margaux leyó por alto lo que ponía en aquella página y frunció el ceño.

—Esto no es lo que necesitamos —murmuró—. ¿Podría...? —preguntó acercándose a la posición donde se encontraba Shahi.

La agente, entendiendo perfectamente su intención, se retiró un par de pasos para permitirle que utilizara el ordenador. A continuación, la profesora salió de la página en la que se encontraban en ese momento e hizo una nueva búsqueda en el explorador. *Iglesia San Estefano Rotondo interior*.

Los resultados se cargaron casi de inmediato. Margaux seleccionó la opción de imágenes en los resultados de búsqueda y aquella gran pantalla se llenó de pequeñas fotografías del interior de la iglesia.

—Si queremos ayudar a Chavier, necesitamos ver lo que él está viendo en este momento —dijo para justificar lo que estaba haciendo—. Y dado que ninguno de nosotros hemos estado allí nunca, creo que esta es la mejor opción que tenemos ahora mismo.

Empujados por la iniciativa que estaba mostrando la profesora, todos se acercaron hasta la pantalla para ver más de cerca cualquier detalle que pudiera ayudarles. De entre todos los resultados que habían aparecido, Margaux abrió una de las imágenes que tenía mayor tamaño.

—¿Esas son las representaciones de las torturas? —preguntó Godwin.

—Sí, señor —respondió sin apartar su mirada de la pantalla—. Treinta y cuatro martirios llevados a cabo por emperadores romanos. Y, por desgracia, la manera que han elegido los secuestradores para acabar con la vida de sus ministros.

Durante varios segundos todos permanecieron observando con detalle aquella fotografía.

—Entonces ¿podemos llamar ya al comisario Chavrier? —preguntó Bailey.

Margaux le miró y mostró su conformidad haciendo un leve gesto con la cabeza. Inmediatamente, Godwin sacó su teléfono móvil y marcó su número.

—Me alegra oírle de nuevo, comisario.

La voz de Chavrier se escuchó a través del altavoz circular que estaba situado encima de la mesa.

—Disculpe la espera —respondió Godwin—. Creo que la profesora Margaux ya se encuentra en disposición de decirle qué es lo que tienen que hacer allí.

—Estupendo, comisario.

Margaux sonrió. Conociendo su carácter sabía que aquellos minutos debían haber sido un auténtico calvario para él.

—Señor —comenzó con voz confiada—, como creo haberle dicho en algún momento, yo nunca he estado en esa iglesia, de modo que lo que hemos hecho ha sido buscar imágenes en Internet para poder, en la medida de lo posible, ver lo que ustedes están viendo y así poder ayudarles.

—Me parece una gran idea —dijo entusiasmado—. ¿Qué ven exactamente en esas fotografías?

Aunque aquella que tenían seleccionada en pantalla abarcaba bastante bien el interior de la iglesia, era indudable que necesitaban ver muchas más para poder hacerse una idea real de todo el conjunto del edificio.

—En mayor o menor medida, comisario —respondió—, vemos lo que supongo que es el centro de la iglesia con el altar principal rodeado de columnas y parte del perímetro interior con las diferentes pinturas de los martirios.

Chavrier miró a su alrededor al tiempo que escuchaba la descripción que le hacía.

—Pues si están viendo eso créame cuando le digo que no es necesario que busque mucho más. Podría encontrar otra fotografía que esté hecha desde el otro extremo de esta iglesia, sea el que sea el que estén viendo ahora mismo, pero lo que verían sería muy parecido. La distribución interior de este lugar es completamente simétrica y lo único que puede llamar la atención son estas columnas a las que acaba de referirse.

Margaux tenía claro que aquella sobriedad no era algo que pudiera ayudarles.

—Está bien. Déjenos un momento para que podamos ver más imágenes del interior ¿de acuerdo?

Durante varios segundos, fue pasando una por una todas las fotografías que aparecían en pantalla.

—¿Cuál es vuestra opinión? —preguntó en voz baja mirando a Campbell y a Milanelli.

Ambos pensaron detenidamente su respuesta.

—Para ser sincero —respondió Campbell— no alcanzo a comprender qué es lo que han podido elegir de ese lugar. Como el comisario acaba de decir, y como

estamos viendo en estas imágenes, el interior es igual lo mires por donde lo mires.

—Sí, pero algo tiene que haber —añadió Milanelli con cierta decepción.

—Si no vemos aquí nada que nos llame la atención quizá debamos buscar entre lo que no estamos viendo —propuso Margaux.

Godwin la miró sorprendido.

—¿A qué se refiere, profesora?

Antes de responderle, observó nuevamente la imagen que aparecía proyectada en ese momento.

—No estoy segura, comisario, pero puede que lo que hemos dicho ya en varias ocasiones de que debemos buscar en París lo que no estamos siendo capaces de encontrar aquí, esté especialmente indicado en este caso.

Campbell la miró también desconcertado.

—¿No te recuerda esta iglesia a nada de lo que vimos la pasada noche? —le preguntó apreciando sus dudas.

El profesor se adelantó un paso para observarla con más detalle en busca de algo que no estaba siendo capaz de ver.

—Olvídate de las pinturas —le ayudó Margaux—. Piensa que son solo una distracción más de los secuestradores.

De repente, Campbell entendió lo que la profesora estaba intentando decirle.

—¡La cripta de Notre Dame! —exclamó con voz ahogada.

—¿Lo están diciendo en serio? —preguntó Chavrier al momento.

Margaux recordó que el comisario estaba escuchando aquella conversación.

—Es solo una posibilidad, señor. Pero no deja de resultarme llamativo que la disposición de esas columnas que tienen a su lado se asemeja mucho a lo que vimos en la cripta de Notre Dame ¿recuerda?

Chavrier retrocedió varios pasos para verlas desde la distancia. No podía creerse que ellos no hubiesen sido capaces de darse cuenta antes.

—Entonces ¿esas columnas son lo que los secuestradores querían que encontráramos allí? —preguntó Bailey desconfiado.

—No, señor —respondió Margaux percibiendo el tono de su pregunta—. Yo no estoy diciendo eso. Simplemente digo que me llama la atención la similitud que hay entre esas columnas y una de las cosas que vimos la pasada noche. Y si juntamos eso con lo que hemos dicho de buscar en lo ocurrido en París lo que no somos capaces de descubrir aquí, puede que entonces esa idea la debamos considerar como una de las opciones reales.

—En mi opinión —añadió Milanelli—, eso estaría en concordancia con todo lo que les hemos visto hacer hasta ahora. Nos dirigen a un lugar donde hay un punto que atrae absolutamente nuestra atención, como son las representaciones de esas torturas en este caso en particular, cuando lo que ellos quieren es que nos fijemos en otra cosa diferente.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que ese razonamiento es correcto? —

insistió.

—Me temo que eso no va a ser posible —respondió Campbell—. Lo único que podemos hacer es confiar en que sea una idea acertada. Como ya hemos visto, la comprobación de las pinturas elegidas para asesinar a sus ministros no nos ha dado ningún resultado, de modo que tendremos que pensar en que su intención al querer que fuésemos a esa iglesia no era que nos fijáramos en las pinturas sino, tal vez, en esas columnas como propone la profesora y en lo que estas pueden indicarnos.

—Y, además, que esta opción es la correcta podría venir respaldado por el hecho de que, efectivamente, en esa iglesia hemos encontrado las torturas que hoy hemos vistos en sus dos ministros —añadió Milanelli.

Godwin miró unos instantes la imagen proyectada en aquella pantalla y, a continuación, resopló con fuerza.

—Está bien. Supongamos por un momento que lo que están diciendo es cierto y que nos han llevado hasta allí para que viéramos las torturas que hoy hemos tenido que ver aquí y que, además, ahora quieren que nos fijemos en esas columnas. ¿Qué demonios van a indicarnos unas malditas columnas?

Margaux apreció la frustración que brotaba de sus palabras. A pesar de lo que ya habían visto a lo largo del día, aquella opción podía resultar todavía muy difícil de creer. Y lo peor de todo era que ni siquiera sabía qué querrían decirles con ellas.

—No lo sé, señor —reconoció contrariada—. Entiendo muy bien cómo puede sonar lo que les estamos diciendo, pero ustedes están viendo igual que nosotros estas imágenes del interior de la iglesia. Y queda claro que poco o nada interesante puede haber ahí dentro.

Por un momento, creyó dudar ella misma de aquella propuesta que acababa de hacer.

—Pero si las pinturas no son lo que estamos buscando —continuó—, lo único que puede sernos de utilidad son esas columnas, y dado que son similares a lo que vimos en la cripta de Notre Dame, creo que debemos considerarla como nuestra mejor opción en estos momentos.

Capítulo 54

Uno de los policías que trabajaba en el centro de vigilancia de Scotland Yard miraba la pantalla de su ordenador sin poder creer lo que tenía delante.

Hacía aproximadamente dos horas le habían asignado centrarse en las grabaciones de las cámaras del circuito cerrado de televisión con el que cuenta la ciudad de Londres cuyo campo de grabación incluyera todos los accesos al Royal Albert Hall. Precisamente por eso, y porque pensaba que ya había revisado al detalle cada segundo de esas grabaciones, no podía creer lo que estaba viendo en ese momento.

Por un instante, apartó su mirada de la pantalla y la dirigió a la sala de reuniones donde se encontraban la agente Shahi y el comisario Godwin con otro grupo de personas. Con el corazón acelerado retrocedió exactamente treinta segundos aquellas imágenes para volver a verlas de nuevo. Si aquello era realmente lo que pensaba que era, tenía por seguro que ni a Shahi ni al comisario les iba a hacer la menor gracia que hubiese tardado tanto tiempo en descubrir algo tan importante en una grabación que ya había repasado más de una docena de veces.

Después de asegurarse por completo de que no había ningún resquicio de duda colocó su mano izquierda encima del botón que les servía para avisar de que habían encontrado algo importante, cerró los ojos, respiró profundamente intentando sin mucho éxito calmarse, y lo pulsó.

Al abrir los ojos de nuevo vio al comisario y al resto de personas que le acompañaban dirigiéndose rápidamente hacia él atraídos por el sonido que estaba haciendo aquella pequeña alarma.

—¿Qué ha encontrado, agente? —le preguntó Godwin nervioso.

Los profesores, Bailey y Shahi se colocaron rodeando el puesto de trabajo del policía.

—Creo que tengo la imagen de uno de los ministros entrando al Royal Albert Hall —dijo agitado.

Los profesores no podían disimular su sorpresa.

—¿Es esa que tiene en pantalla? —preguntó Bailey.

—Sí, señor —respondió el policía retrocediendo la grabación para que pudieran verla.

Al reiniciarla, les indicó meticulosamente lo que quería que vieran.

—Fíjense en este coche que aparca justo delante de una de las puertas laterales del edificio.

Todos observaron con detalle lo que les señalaba.

—Ahora esas dos personas sacan a alguien del asiento trasero y uno de ellos entra con ella al interior del Royal Albert Hall mientras el otro se va con el vehículo ¿lo ven?

A pesar de que toda aquella situación ocurría en poco más de treinta segundos,

esas imágenes no dejaban lugar a dudas.

—¿Es el ministro Tillden? —preguntó Milanelli.

Godwin le miró bloqueado.

—Eso parece —murmuró Shahi—. ¿De qué hora es esa imagen?

—14:16, exactamente —respondió señalando el pequeño reloj situado en la parte superior derecha de la pantalla.

—¿Y a qué hora fuimos nosotros hasta allí? —preguntó a continuación Campbell.

—A las 14:47 recibimos el aviso de que se habían escuchado gritos en el interior del edificio —le contestó Bailey.

Las imágenes que estaban viendo en aquella pequeña pantalla hicieron que a Margaux le viniera a la mente el recuerdo de aquel pobre hombre desangrado lleno de cortes en todo el cuerpo.

—De modo que estuvo durante unos treinta minutos con el secuestrador ahí dentro hasta que acudió la policía ¿no es así? —preguntó Milanelli.

—Exacto, profesor. Y esta es la primera imagen que tenemos de ellos. Por fin tenemos un punto de partida para trabajar en encontrarles y en descubrir el paradero de los ministros.

Campbell sintió que Shahi estaba pecando de optimista con aquella afirmación.

—¿Cómo es posible que hayan podido hacer esto y que a nadie le haya llamado la atención? —preguntó señalando la pantalla del ordenador.

—No es difícil —respondió de manera taxativa—. Reinicie, por favor, la grabación desde el principio para que pueda explicárselo, agente.

El policía cumplió rápidamente aquella orden.

—¿Lo ve? —dijo Shahi—. El coche que utilizan es un BMW. Me atrevería a decir que un X5. No sé si lo sabe, profesor, pero el tráfico está restringido en el centro de Londres y circular por él supone pagar una tasa muy alta de dinero cada año. Por eso los turistas siempre se llevan la impresión de que en Londres únicamente hay autobuses, taxis y coches de alta gama. En este caso, los secuestradores han sido muy inteligentes y han utilizado un coche que no llamaría en absoluto la atención para llegar hasta la misma puerta del Royal Albert Hall.

—Además —añadió Bailey—, si se fijan, aparcan muy cerca de la puerta. Eso dificulta que nadie se pueda parar a mirar qué es lo que está ocurriendo ahí en ese momento.

—Lo que me parece inaceptable es que hayamos tardado más de dos horas en descubrir esta imagen. Ya podríamos haber comenzado con la identificación de estas dos personas y del propietario de ese vehículo hace un buen rato —dijo Godwin enfurecido.

El policía sintió que se le iba a salir el corazón del pecho.

—Lo siento, señor. No me explico cómo no lo he podido ver antes. He revisado esta grabación varias veces y no lo había visto hasta ahora.

Campbell le miró sorprendido.

—¿Está seguro de eso?

—Totalmente, señor —respondió girándose hacia donde se encontraba el profesor—. He visto estas imágenes, una y otra vez, y no me había dado cuenta hasta ahora de esto.

—¡Eso es a lo que me refiero! —insistió Godwin hecho una furia—. ¡Ya lo tenía que haber visto mucho antes, agente!

—No, comisario —dijo Campbell pasándose una mano por el rostro.

—¿Cómo dice?! —le preguntó asombrado.

—Estoy bastante seguro de que él no tiene ninguna culpa —insistió.

Shahi, Bailey y Godwin le miraron esperando una explicación más detallada que pudiera respaldar aquella afirmación.

—Lo que está diciendo puede ser perfectamente posible, pero eso significaría que tendríamos que aceptar que está repitiéndose algo que ya vimos en el Louvre.

Margaux y Milanelli sabían perfectamente a qué se estaba refiriendo.

—¿Podría ser más preciso, profesor? —le preguntó Bailey.

—Por supuesto, señor. Simplemente creo que no ha podido ver estas imágenes anteriormente, a pesar de haber revisado la misma grabación en varias ocasiones, sencillamente porque no habían estado ahí hasta ahora.

—¿Está sugiriendo...?

—Creo que más bien está afirmando, comisario —añadió Milanelli para apoyar al profesor—, que acabamos de descubrir estas imágenes porque es la primera vez que forman parte de esta grabación.

—¡Eso no puede ser! —exclamó Shahi.

—Me temo que sí, agente. Y tal como les ha dicho Campbell, no solo sí puede ser sino que apostaría a que esa es, exactamente, la razón por la que ha ocurrido. Una vez más, al igual que vimos en París, los secuestradores han manipulado esta grabación para evitar que descubriéramos hasta ahora estas imágenes.

Bailey no podía creer lo que estaba escuchando.

—Profesor —dijo intentando que reflexionara sobre lo que estaban proponiendo—, ¿lo que está diciendo es que los secuestradores tienen acceso a nuestro sistema y que han manipulado esa grabación a su antojo?

—No, señor —contestó rápidamente—. Estoy totalmente seguro de que piratear su sistema es mucho más difícil que hacerlo con el sistema de vigilancia del Louvre. Lo que estoy diciendo es que han manipulado la grabación. Simplemente. Y hasta donde creo haber entendido lo que estamos viendo aquí es lo que ha grabado una de las cámaras de esta ciudad ¿no es así?

—Sí, así es —respondió Shahi.

—Bien. Entenderán, entonces, que no es necesario, en ningún caso, que entren en su sistema sino que les bastaría con haber modificado la grabación original. La que captó esa cámara.

Godwin torció el gesto ante la posibilidad de que aquello fuese lo que realmente

hubiese ocurrido.

—¿Cómo acceden a esas grabaciones? —preguntó Campbell.

—Entrando en la base de datos del circuito cerrado de televisión, profesor —le contestó Shahi decidida.

—¿Y cada una de esas veces que él ha visto esta misma grabación tenía que entrar en esa base de datos o de alguna manera ustedes tienen una copia?

—No, no. Accedemos a la base de datos —respondió el policía—. Legalmente esas grabaciones no pueden ser copiadas porque infringiríamos el derecho a la intimidad de las personas que aparecen en ellas.

Milanelli hizo un gran esfuerzo para no expresar en voz alta su opinión acerca de si grabar cada paso que un turista hace por la ciudad suponía ya, en sí mismo, suficiente atentado contra su intimidad como para andarse después con aquellas reticencias legales.

—Muy bien —dijo Campbell—. En ese caso queda demostrado que los secuestradores no tienen por qué tener pirateado su sistema, sino que les sirve con tener acceso a esa otra base de datos para alterar a su antojo las grabaciones que aquí están revisando.

Bailey no podía terminar de creer el grado de control que mostraban sobre todo lo que ellos estaban haciendo.

—Desde luego —reconoció— esa base de datos es mucho más susceptible de ser pirateada. Entiendan que no está diseñada para evitar una situación como esta.

—Aceptando que eso fuese cierto —añadió Godwin—, ¿qué sentido tiene que sea precisamente ahora cuando quieren que lo descubramos?

Los tres profesores negaron con la cabeza dejando claro que ignoraban la respuesta a aquella pregunta.

—No sabría decirle, comisario —respondió Margaux—, pero sea cual sea la razón debe ser la misma que explique por qué esperaron a secuestrar al ministro Hudson cuando lo hicieron.

El comisario se giró para buscar al técnico con la mirada.

—Entonces ¿qué creen que debemos hacer ahora?

—En mi opinión —respondió Milanelli—, creo que deberían intentar descubrir la identidad de las dos personas que se ven en esas imágenes, aunque me temo que han tenido el mismo cuidado que en el Louvre de evitar que se les vea lo suficiente. Y por supuesto, deberían intentar descubrir a quién pertenece este vehículo como estoy seguro que harán. Y respecto a lo que nos concierne a nosotros, creo que debemos volver a aquella sala, llamar de nuevo a Chavier, y saber de una vez por todas si el técnico ha conseguido descubrir ya si el cuadro de *El éxtasis de San Pablo* que está ahí dentro es o no el original.

Capítulo 55

Godwin comenzó a caminar de nuevo hacia la sala de reuniones con el teléfono móvil en la mano. Aquella había sido la segunda vez que habían cortado de manera precipitada una conversación con el comisario Chavrier y sabía que debía volver a llamarle para pedirle disculpas lo antes posible.

Acerca de lo que acababan de ver en aquellas imágenes, sus sentimientos eran contradictorios. Por un lado le producía un gran alivio tener, por fin, un punto de partida para poder identificar a los secuestradores pero, por otro, no podía dejar de sentir una desagradable sensación de ver cómo aquel pequeño avance se había producido simplemente porque los propios secuestradores así lo habían querido y no por el éxito de su investigación.

Al entrar en la sala observó al técnico de la National Gallery que continuaba haciendo cosas incomprensibles para él sobre el cuadro de *El éxtasis de San Pablo*. Por lo menos, aquel hombre había seguido su trabajo totalmente ajeno a sus entradas y salidas de la sala lo que le reportaba cierta confianza de tener pronto una respuesta definitiva acerca de la autenticidad de aquella obra.

Cuando todos se encontraban juntos de nuevo en la sala, dudó durante unos instantes si preguntarle sobre algún posible avance en el acelerado estudio que estaba obligado a realizar, o bien llamar a Chavrier e intentar cerrar con él lo que fuese que la profesora tuviese en mente que hiciesen en ese momento. Al ver que el técnico no se había inmutado lo más mínimo al verles entrar, creyó estar convencido de que contactar con el comisario era la opción más indicada. Por ello, dedicó dos segundos a respirar profundamente para intentar ordenar sus ideas y acto seguido marcó su número de teléfono.

—Buenas tardes, comisario.

Godwin apreció enormemente la buena educación que mantenía a pesar de las malas formas con que había interrumpido la llamada anterior.

—Gracias por su paciencia y le pido disculpas por cortarle antes como lo hicimos, pero hemos descubierto por primera vez unas imágenes en las que se ve a uno de nuestros ministros y entenderá que este hecho se convirtiera, repentinamente, en nuestra prioridad hace unos minutos.

—Por supuesto —respondió—. No tiene por qué disculparse.

—Gracias, comisario.

Godwin miró a la profesora cediéndole la palabra.

—Siguiendo con lo que estábamos hablando antes —comenzó ella— nos habíamos quedado en que, tal vez, la distribución particular de esas columnas es lo que querían que viéramos en esa iglesia. No las columnas en sí, evidentemente, sino que entendamos que guardan una gran similitud con lo que vimos en la cripta de la catedral de Notre Dame.

—Muy bien —respondió Chavrier—. Y basándonos en esa idea ¿qué es lo que

quiere que hagamos?

Margaux se quedó en silencio y miró directamente a Campbell. A pesar de que creía que aquella era una idea interesante necesitaba su apoyo para acabar de darle sentido.

—Si la idea que nos está planteando la profesora es correcta —dijo entendiendo su mirada—, entonces quiere decir que los secuestradores nos estarían señalando simplemente un punto intermedio con respecto al lugar al que realmente quieren que vayamos.

—¿Como en la Asamblea, se refiere?

—Sí, algo así. En la Asamblea Nacional el hemiciclo fue un paso previo hasta llegar a la biblioteca donde encontramos el cadáver de aquel hombre con los primeros números grabados en su mano. Y el cuadro de *La escuela de Atenas* con Platón y Aristóteles sosteniendo en sus manos *Timeo* y *Ética nicomáquea* fue la prueba de que pasar por aquel lugar fue algo interesante y, a la postre, muy necesario.

—Y está comparando aquella situación con las pinturas que hay en esta iglesia ¿no es así?

Milanelli se sorprendió enormemente de lo mucho que había evolucionado la capacidad de razonamiento de Chavier y la manera significativa en que, en ese momento, sus opiniones confluían con las de ellos.

—Eso es, comisario. Tal vez han querido repetir, en cierto modo, lo que ya vivimos en la Asamblea. Además, viendo las dificultades que estamos experimentando aquí para encontrar cualquier mínima información que nos permita entender lo que está pasando, o lo que ellos quieren que hagamos, no sería descabellado pensar que han optado por utilizar algo que ya hemos visto antes para reforzar nuestra idea y que estemos más seguros de que lo que proponemos es cierto.

—Entiendo —dijo Chavier—, y en ese caso, haber visto las torturas utilizadas en los ministros en esta iglesia es lo que confirma que la idea de la profesora de que viniéramos hasta aquí era correcta. A partir de este momento, lo que tenemos que hacer es dar nuestro siguiente paso y para ello proponen que utilicemos la similitud entre estas columnas y las de la cripta de Notre Dame ¿no es así?

—Exacto, comisario —respondió Campbell observando las caras de Godwin y Bailey—. Lo que tenemos que hacer ahora es descubrir qué quieren decirnos con ellas.

—¿Y tienen alguna idea al respecto? —preguntó Shahi casi sin darles tiempo a pensar.

Margaux dirigió su mirada a la fotografía del interior de la iglesia que aparecía en aquella gran pantalla. Durante unos instantes permaneció pensando una respuesta a su pregunta.

—Yo creo que debemos plantearnos en primer lugar qué es exactamente lo que buscamos —dijo Milanelli al percibir el silencio que todos mantuvieron.

—¿A qué se refiere? —le preguntó Bailey.

—Verá, señor, no es lo mismo que intentemos entender por qué han elegido esas columnas en particular planteándonos si tienen en sí mismo un significado o si lo que hacen es, por ejemplo, indicarnos un lugar concreto de Roma.

Margaux le miró instintivamente al escucharle. Aquellas palabras parecían haberle abierto la mente de golpe.

—¡Eso es! —exclamó—. Quizá no tengamos que encontrarles significado sino simplemente descubrir el lugar al que nos dirigen.

—¿Otro lugar de Roma? —preguntó el comisario Chavier.

—Sería una opción interesante —dijo Campbell—. Pero en una ciudad como esa unas simples columnas pueden indicarnos decenas de sitios diferentes.

Margaux sabía que el profesor tenía razón. Para complicar aún más las cosas, los secuestradores habían elegido la ciudad del mundo con un mayor legado cultural. Intentar señalar un solo lugar de Roma era como buscar una aguja en un pajar.

—Sobra decir que lo que no podemos hacer es enviar policías a cada uno de los monumentos de la ciudad ¿verdad? —añadió Godwin.

La profesora movió afirmativamente la cabeza en varias ocasiones mientras mantenía la mirada fija en aquella imagen. Lo que todos estaban diciendo era completamente cierto por eso era indudable que debía existir un solo lugar de Roma al que los secuestradores querían que se dirigieran.

—¿Podría volver a cargar cada una de las imágenes que obtuvimos antes en la búsqueda? —le preguntó a Shahi.

La agente cerró aquella ventana e inició una reproducción automática de las fotografías siguiendo la petición de la profesora.

—Si los secuestradores han elegido uno en concreto —dijo explicando su idea mientras se sucedían las imágenes— tiene que ser un sitio que esté relacionado con todo lo que hemos vivido hasta ahora. Saben de sobra que nosotros no íbamos a estar allí, por lo tanto creo que eso les habrá forzado a elegir un lugar muy representativo.

—Pero ya le he dicho que la cantidad de edificios importantes que hay en esa ciudad es incontable.

Ajena al comentario de Godwin, se acercó al ordenador e interrumpió aquella reproducción.

—Esto no es lo que necesitamos —se justificó.

A continuación, abrió una nueva ventana del buscador y escribió una búsqueda similar. *Iglesia de San Estefano Rotondo exterior*. De nuevo, inició la reproducción automática de fotografías. Inmediatamente, tanto Campbell y ella se llevaron las manos a la cabeza.

—¿Qué ocurre, profesores? —preguntó Bailey sobresaltado.

Ambos se miraron antes de responderle. Acababan de descubrir cuál era el lugar elegido por los secuestradores.

—Nos habíamos equivocado —dijo Campbell en voz baja.

—¿Equivocarse en qué? —insistió nervioso.

Margaux detuvo la reproducción y eligió una imagen en la que se mostraba una vista panorámica del tejado y la parte exterior de la iglesia.

—En esto, señor —dijo señalando la pantalla—. En esto nos hemos equivocado. Shahi y Godwin observaban también en silencio sin comprender.

—Me temo que yo tampoco sé a qué se están refiriendo —reconoció Milanelli. La profesora se tomó un instante para responderles.

—Cuando vimos la muerte de Tilden en el Royal Albert Hall, yo les dije que la manera particular que habían elegido para asesinarle, junto con la estructura circular de aquel edificio, eran dos cosas que los secuestradores habían utilizado de manera conjunta para indicarnos la iglesia de San Estefano Rotondo.

—Sí. Y ha sido una decisión acertada ir hasta allí.

—Lo sé, comisario —continuó sin importarle la interrupción—. No me cabe la menor duda de que hemos hecho lo correcto. El problema es que les dijimos que la única iglesia que conocíamos con planta circular era esta y eso no es del todo cierto.

La expresión en el rostro de Bailey y Godwin era el fiel reflejo de su ansiedad.

—Y no es cierto porque realmente hay un edificio importantísimo en Roma que, si bien no es propiamente una iglesia, sí que tiene también una planta circular y tiene unas columnas muy similares a estas.

—El Panteón —dijo Milanelli de repente.

—¡Eso es! Además, cumpliría todo lo que hemos dicho hace un momento. Es un edificio muy importante y está muy relacionado con algo que vimos en París, ya que la pasada noche también estuvimos en otro Panteón. Por lo tanto, en mi opinión, eso nos sirve de ayuda para confirmar que este es el edificio de Roma al que los secuestradores quieren que nos dirijamos.

Explicado de aquella manera, la opción que planteaban en ese momento los profesores parecía absolutamente evidente.

—Entonces ¿quiere que vayamos allí, profesora? —preguntó Chavrier a través de aquel altavoz.

—Creo que es nuestra mejor opción en este momento, señor.

—Estoy de acuerdo con todo eso, pero lo que no consigo entender es lo que quiere que encontremos allí —comentó Bailey.

—Bueno, señor, eso, como ya ha visto en otros momentos del día, es algo que ninguno de nosotros podemos saber —respondió Campbell—. En todo momento, tanto ayer en París como hoy aquí, los acontecimientos se suceden sin que podamos estar seguros de si nuestros pasos son acertados y sin que podamos saber qué es lo que encontraremos allá a donde vamos. Lo único que yo puedo decirle es que la idea de la profesora es acorde con todo lo que les hemos visto hacer hasta ahora e incluso me atrevería a decir que es algo bueno para nuestros intereses.

Godwin le miró sorprendido.

—¿Y en qué sentido si se puede saber? —le preguntó.

—Si recuerda, comisario, en el Guildhall les dijimos que no podíamos entender

por qué estaban eligiendo edificios de Londres como el Royal Albert Hall o el Guildhall para dejar los cadáveres de sus ministros cuando anteriormente en París siempre habían utilizado otros mucho más importantes. La única explicación que nosotros le hemos podido dar a este hecho, y que encaja con la manera en que han aparecido todos los cuerpos, es que sencillamente no querían que les encontráramos con vida. Por lo menos hasta este momento.

—¿Cree que puede ser diferente a partir de ahora? —preguntó Bailey.

—Es muy posible que sí, señor. Para empezar, si nuestra idea es correcta y quieren que nos dirijamos al Panteón, está claro que su estrategia ha cambiado por completo y me atrevería a decir que se ha vuelto más acorde con lo que ya conocemos y con lo que hicieron en París. El Panteón es un edificio muy importante de Roma y está abarrotado de turistas, como la catedral de Notre Dame o la basílica del Sagrado Corazón.

—Ojalá tenga razón en eso, profesor.

Campbell mostró su esperanza al respecto.

—Desde luego lo que no podemos decirles es lo que encontraremos allí, pero de momento parece bastante claro que han dejado de aparecer cadáveres y tengo el presentimiento de que hemos entrado en un momento diferente del juego en el que nos van a permitir, por fin, la posibilidad de salvar la vida de alguno de ellos.

Capítulo 56

Chavrier escuchaba excitado la nueva posibilidad que estaban planteando los profesores. A pesar de no conocer la ciudad en la que se encontraban, la dinámica que proponían era similar a lo que ya habían vivido la noche anterior en París y eso le hacía, no solo tener mayores esperanzas de que el desenlace todavía pudiese ser positivo para alguno de los ministros, sino también que se sintiese mucho más seguro de lo que ellos podrían aportar a la investigación.

—Si están de acuerdo —les dijo— los inspectores y yo iremos ahora mismo hasta ese lugar que proponen e intentaremos descubrir si es cierto que han dejado allí algo para nosotros.

—Señor —dijo Margaux antes de que cortara la llamada—, sabe que soy partidaria de que hagamos las cosas por nosotros mismos, pero en este caso en concreto creo que sería muy interesante que pidiese ayuda a la policía italiana.

A pesar de que aquella idea no le hacía la menor gracia tenía claro que debía hacer caso a sus instrucciones.

—Si lo cree necesario les llamaremos, profesora —respondió.

—Estoy bastante segura de que sí pueden ayudarnos. Para ser sincera dudo mucho que algo como lo que vimos nosotros en París pueda estar ocurriendo en Roma en este momento, y me resulta casi imposible imaginarme que en el Panteón pueda estar uno de los tres ministros que aún permanecen desaparecidos. Pero si así fuese, su vida puede depender de lo rápido que lleguen allí y, en ese caso, sin duda la policía italiana puede hacerlo mucho antes que ustedes.

—Muy bien —respondió aceptando su petición—. Ahora mismo nos pondremos en contacto con ellos y les informaremos tan pronto como lleguemos al Panteón ¿de acuerdo?

—Gracias, comisario. Esperamos ansiosos su llamada —se despidió Godwin.

Chavrier apagó su teléfono y miró a los inspectores.

—Ya lo han escuchado. Cambio de planes. Nos vamos ahora mismo al Panteón. Parece que esta historia comienza a parecerse cada vez más a lo que vivimos en París.

Paccaud y Bingleau tampoco podían ocultar su satisfacción al ver el cambio repentino que habían dado los acontecimientos.

—¿Qué cree que debemos hacer con este lugar? —le preguntó Paccaud mientras comenzaban a caminar hacia la entrada.

Chavrier dudó unos instantes. La profesora les había dicho a dónde debían dirigirse a continuación, pero en ningún caso había mencionado que su trabajo allí hubiese finalizado ya.

—Creo que, por el momento, lo mejor será que nadie entre en esta iglesia hasta que sepamos qué es lo que los profesores quieren que hagamos.

Bingleau sacó el teléfono que les había dado el policía en el aeropuerto. Varios metros antes de llegar a la puerta que daba acceso a Via di Santo Stefano Rotondo los

tres se detuvieron para poder hablar con la policía italiana sin que el alboroto de la gente les molestase.

Con rapidez, buscó en la agenda qué números estaban grabados en ella y comprobó cómo de manera absolutamente simplista tan solo figuraba uno.

—No cabe duda que nos lo han puesto fácil —comentó con sarcasmo.

A continuación, pulsó el botón de llamada y esperó a que alguien contestase.

—*Bonna sera, ispettore.*

—Necesitamos su ayuda —dijo pronunciando cada palabra de manera pausada.

—*Naturalmente. Come possiamo aiutare?*

Bingleau dudó unos instantes si arriesgarse a intentar decir algo en italiano o continuar hablando despacio. Al final, creyó más productiva la segunda opción.

—Panteón. Necesitamos su ayuda en el Panteón.

—*Nessun problema. Ora mando alcuni ufficiali ci.*

Los tres se quedaron en silencio.

—*Ispettore* —dijo más pausadamente el policía—, *ora la polizia Panteón.*

—Ok, ok —respondió entendiendo lo que le decía.

Chavier se cubrió disimuladamente la boca con la mano para evitar ser escuchado.

—Dígale que entren y que desalojen a todas las personas que puedan estar dentro. Tenemos que saber si está allí alguno de los ministros desaparecidos.

Bingleau le miró deseando darle el teléfono para que intentara explicar algo tan complicado como aquello.

—Necesitamos Panteón vacío —dijo con el mismo tono de voz pausado.

—*Senza problema.*

El inspector sentía un fino hilo de sudor recorriéndole la espalda.

—Necesitamos policía aquí. La iglesia debe seguir vacía.

—*Comprendo. La polizia andrà alla chiesa di Santo Stefano Rotondo ora. Chiesa... vacía.*

Chavier se alegró de ver que si ambas partes intentaban hablar en una especie de idioma intermedio todo sería mucho más sencillo. El siguiente problema que se les planteaba era explicarle aquello mismo al vigilante de la entrada que llevaba conteniendo un buen rato a la multitud de turistas que se agolpaban a la entrada.

—Gracias —dijo Bingleau despidiéndose.

Los tres retomaron su camino hacia la entrada.

—Ahora tendremos que hacerle entender esas mismas instrucciones al vigilante —dijo el comisario señalándolo.

—No se preocupe por eso —respondió el inspector—. Antes me fue sencillo comunicarme con él, por lo que no creo que tengamos demasiados problemas.

Paccaud y él se detuvieron y permanecieron alejados unos metros de manera prudencial esperando mientras veían cómo Bingleau se acercaba a hablar con el vigilante.

—¿Qué cree que encontraremos en el Panteón, señor? —preguntó finalmente el inspector.

Chavier dudó unos instantes.

—No lo sé, la verdad. La profesora ha planteado la posibilidad de que incluso pueda estar allí uno de los ministros.

—Eso sería algo increíble.

—Desde luego que sí —reconoció—. Pero sabiendo que los cadáveres que nos encontramos en la Asamblea y en el Panteón eran de dos de ellos, creo que no debería extrañarnos excesivamente si algo similar llegase a suceder.

En ese momento, el sonido de una sirena interrumpió su conversación.

—No puede ser que ya estén aquí —afirmó sorprendido el comisario.

Desde la distancia a la que se encontraban, ambos vieron un coche de policía que aparcaba justo delante de la entrada y cómo los dos policías que iban en su interior se acercaban a donde estaban hablando Bingleau y el vigilante.

—Si recuerda, el piloto dijo que el Coliseo está muy cerca de aquí, de modo que no me extrañaría nada que, dado el gran número de turistas que lo visitan cada día, la policía tenga a varias patrullas cerca vigilando que no haya ningún robo ni nada parecido.

En ese momento, Bingleau comenzó a caminar hasta ellos. Chavier esperó unos segundos a que estuviese lo suficientemente cerca como para que pudiera escuchar lo que quería preguntarle.

—¿Ya le ha dicho al vigilante que no debe entrar nadie aquí cuando nos vayamos?

—Sí, señor —respondió—. Ya estaba prácticamente convencido cuando han llegado esos policías con las instrucciones que nosotros les hemos dado antes por teléfono.

—Perfecto —dijo satisfecho.

A pesar de que desde el primer momento se había mostrado totalmente contrario a que el policía del aeropuerto o cualquier otro les acompañase, sabía ser justo y reconocer que la velocidad de respuesta que acababan de mostrar había sido mucho mejor de la que él mismo esperaba. Por ello, empezaba a pensar que, tal como le había dicho la profesora por teléfono, quizá al final sí les fuesen a resultar de gran ayuda para lo que se disponían a hacer en el Panteón.

Capítulo 57

Después de escuchar cómo el comisario Chavrier había finalizado la llamada, todos permanecieron durante varios segundos en silencio. Los profesores sentían por primera vez desde que habían llegado a Londres que lo más interesante no estaba al alcance de su mano sino a miles de kilómetros de distancia.

Sin decir una palabra, Margaux cerró aquella ventana que mostraba las imágenes exteriores de la iglesia de San Estefano Rotondo e inició una nueva búsqueda. *Roma*.

Ignorando los resultados que había obtenido, eligió directamente la opción de Mapa que debía mostrarle una imagen en GPS de la ciudad.

—¿Qué hace ahora, profesora? —le preguntó Bailey.

—Intento descubrir cuál es la distancia que separa el Panteón del lugar en el que ahora mismo se encuentran Chavrier y los inspectores —respondió sin apartar la mirada del ordenador.

—En cualquier caso, si han avisado a la policía como les hemos dicho, ellos llegarán enseguida hasta ese punto.

Margaux comenzó a aumentar el *zoom* del mapa que acababa de aparecer en pantalla intentando localizar el Panteón. A pesar de que haberlo escrito en la barra de búsqueda directamente habría resultado más sencillo y más rápido, necesitaba ponerse a prueba a sí misma. Si quería ayudar al comisario a encontrar algo que los secuestradores habían dejado en aquella ciudad en la que jamás había estado, debía empezar por confirmar que sus escasos conocimientos sobre ella eran correctos.

—Lo sé, señor —contestó finalmente—. Como ya les he dicho en varias ocasiones, nunca he estado en Roma, de modo que estoy segura de que la ayuda que pueda prestarle a Chavrier será mucho menor que en París. Sin embargo, lo que sí sé es que ambas ciudades comparten una organización similar. En ambos casos el centro, que en París es el distrito del Louvre, corresponde a su parte más antigua desde donde fue creciendo con el paso de los siglos. Eso mismo ocurre aquí en Roma y es precisamente en el centro, en la parte más antigua de la ciudad, donde se encuentra el Panteón.

Margaux se acercó hasta la pantalla para indicarles lo que quería que vieran.

—Fíjense. ¿Ven esta mancha blanca? Es la Piazza Venecia y el enorme edificio de color blanco el monumento a Víctor Manuel II, el primer rey de Italia. En este otro punto —dijo moviendo su mano—, ese hueco que se ve en el mapa sin edificios es la Piazza Novona y justo entre ambas está el lugar hacia donde se dirige ahora mismo el comisario Chavrier.

Godwin vio cómo, efectivamente, en el lugar que les estaba señalando la profesora había un edificio circular. Igual que la iglesia de San Estefano Rotondo.

—El Panteón —dijo Shahi.

Margaux se acercó de nuevo hasta el ordenador y movió el mapa convenientemente para que en pantalla apareciese lo que quería mostrarles.

—Y aquí es donde están en este momento. Como ven, la forma que tiene la iglesia de San Estefano Rotondo y el Panteón son bastante similares. Por eso antes dijimos que nos habíamos confundido. Porque este no era el único edificio de Roma con planta circular pero he de reconocer que las representaciones de los martirios hicieron que me centrara totalmente en ella, olvidándome de un edificio tan importante como el Panteón.

—Estoy seguro que hemos seguido el orden adecuado y que el primer paso que debíamos tomar era ir hasta esa iglesia como así ha sido —opinó Campbell—. De hecho, si no hubiésemos ido hasta allí no habríamos podido elaborar todo el razonamiento posterior.

En ese momento, el técnico que estaba inspeccionando el cuadro de *El éxtasis de San Pablo* hizo un ruido repetitivo con la garganta intentando atraer la atención de todos ellos.

—Creo que ya puedo darle la respuesta que me pidió, señor.

Intrigados, todos se acercaron hasta él.

—¿Y bien? —le preguntó Bailey.

El técnico respiró profundamente antes de contestarle.

—Lo primero, como ya les dije antes, quiero que tengan en cuenta que en estas condiciones, y con el poco tiempo del que dispongo, no es posible darles una conclusión que pueda considerarse cien por cien real.

—Eso lo tengo plenamente asumido —dijo Godwin sintiendo que aquellos rodeos estaban de más en ese momento—. Simplemente díganos cuál es la conclusión a la que ha llegado.

El técnico miró el cuadro una vez más antes de responder.

—Por mucho que me parezca increíble, y aunque sea incapaz de entender cómo es posible que esté aquí, estoy prácticamente seguro de que este es el cuadro original, señor.

Margaux se llevó las manos a la boca entusiasmada.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión? —preguntó Shahi.

—Por varias razones, en realidad. Hace un rato les dije que de las dos opciones que más se utilizan para diferenciar una imitación la que tenía que haber sido utilizada en este caso en particular, ya que tan solo aparece San Pablo y los dos ángeles que se encuentran a su lado, sería la de utilizar algunas tonalidades diferentes. Pero no solo en ese aspecto me parece la obra original, sino también por la calidad de la pintura utilizada, por algunos ligeros desperfectos que se pueden ver en las diferentes capas debido al paso de los años... No sabría decirles una única razón en particular.

—De modo que estamos ante el cuadro del Louvre —murmuró Milanelli.

El técnico volvió a mover expresivamente la cabeza incapaz de terminar de aceptarlo.

—En ese caso, debo agradecerle enormemente su ayuda —dijo Godwin

consciente de que ahora les tocaba a ellos seguir con la investigación—. Y si es tan amable de acompañar a la agente Shahi, ella le llevará hasta la salida.

—Debo advertirle —añadió rápidamente Bailey antes de que se fuera— que todo lo que nos ha escuchado decir en esta sala es confidencial y que si dice algo a alguien nos veríamos obligados a tomar medidas. ¿Entiende lo que quiero decir?

Intimidado por aquellas palabras, el técnico intentó tranquilizarle. Había estado tan concentrado en su estudio que no se había enterado de nada de lo que ellos habían hecho en aquella sala.

—No les he estado escuchando —se excusó—. Simplemente me he centrado en averiguar cuanto antes lo que querían que hiciese con este cuadro.

Godwin se acercó hasta la puerta y la abrió procurando no demorar por más tiempo aquella despedida.

—Me alegra escucharle decir eso y estoy completamente seguro, además, que atenderá a la recomendación que Bailey le acaba de dar.

Con una leve despedida con la mano, el técnico salió de la sala acompañado de Shahi en dirección a los ascensores.

El comisario cerró la puerta y resopló fuertemente. Sin duda había sido una enorme imprudencia por su parte haber hablado abiertamente de la muerte de los ministros delante de aquella persona de la que no se había percatado hasta ese mismo momento.

—Como acabo de decir —repitió Milanelli—, ya sabemos que este cuadro es el original que debería estar en el Louvre y, por tanto, ya no hay duda de que los secuestradores lo dejaron en casa del ministro Hudson para que nosotros lo descubriéramos.

—Así es —añadió Campbell—. Ahora nuestro problema es entender qué es lo que quieren decirnos con eso.

Tanto Bailey como Godwin se quedaron mirando a la profesora que apreció de manera clara cómo ambos querían que fuese ella quien respondiese a aquella cuestión.

—Ciertamente, ahora que ya no hay duda. Debemos entender por qué razón han hecho esto y, en ese sentido, creo que es una muestra inequívoca de que quieren que miremos hacia atrás, hacia lo que ocurrió la pasada noche en París para entender lo que está ocurriendo hoy aquí.

—Estoy de acuerdo con ese planteamiento, profesora. Pero ¿sabe de qué manera harán eso? —le preguntó Bailey.

Margaux negó varias veces con la cabeza.

—La verdad es que no, señor. En París quedaron muchas cosas sin resolver como para pensar en una sola.

—Pero de entre todas —opinó Milanelli— este cuadro parece que nos dirige tan solo a una de ellas.

—¿A la National Gallery? —le preguntó apartando su mirada de *El éxtasis de San*

Pablo.

Milanelli se encogió de hombros.

—No puedo pensar en otra opción, la verdad —respondió—. Es cierto que quedaron varios interrogantes abiertos, pero también lo es que las identidades de los dos hombres de la Asamblea y el Panteón ya las conocemos, por lo que creo que nuestras posibilidades de encontrar una respuesta en París se reducen a intentar entender qué querían decirnos con las hojas de *Timeo* y *Ética nicomáquea* que dejaron en sus bocas, o bien, a intentarlo con la sorpresa que supuso para nosotros lo que vimos que le ocurría a la copia de este cuadro que estaba expuesta en el Louvre.

Campbell observó a la agente Shahi que caminaba de vuelta hacia la sala y entraba sin hacer ruido.

—Según eso —dijo intentando continuar con ese razonamiento— se deduciría que lo han dejado en el dormitorio de Hudson para que pensemos en lo que pasó con la imitación del Louvre.

Milanelli le miró sonriendo.

—Si tenemos que buscar la respuesta en París sería razonable —afirmó.

—Y lo que allí ocurrió fue que debajo de la imitación de este cuadro apareció el de Las Marías en el sepulcro —dijo fascinada Margaux entendiendo por fin la intención los secuestradores—. Por tanto, lo que quieren es que vayamos a la National Gallery...

De nuevo, Milanelli sonrió.

—Exacto. Esa es mi idea.

—Pero ese museo está lleno de gente. ¿Qué quieren que encontremos ahí? —preguntó Bailey.

—Eso no es cierto, señor —replicó Shahi—. Hace ya un buen rato que cerró sus puertas.

Margaux la miró sorprendida.

—¿A qué hora, exactamente?

—A las seis en punto —respondió sin dudar.

La profesora se quedó unos instantes pensativa con la mirada fija en el suelo.

—¿Tiene alguna idea? —le preguntó Godwin.

La intensidad de la mirada de Margaux eran fiel reflejo de la importancia de lo que rondaba su cabeza en ese momento.

—El policía que vigilaba en la puerta de la casa de Hudson nos dijo que fue a las 17:00 horas cuando no recibió la contestación de sus compañeros ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Y a qué hora nos avisó Shahi para informarnos de su desaparición?

La agente sacó su teléfono y consultó el registro de llamadas.

—A las 17:08, ¿por qué?

Margaux sintió que estaba cerca pero aún había algo que no terminaba de encajar.

—Está bien —continuó pensativa—. Y antes de que nosotros subiésemos a la

planta superior de la casa de Hudson usted, comisario, la llamó para que hiciese la búsqueda de esa relación entre los ministros conforme a las nuevas indicaciones que el profesor Milanelli le había dado ¿recuerda?

—Sí, claro que sí, profesora.

—Eso fue a las 17:42 —dijo Shahi.

—¿A dónde quieres llegar? —le preguntó en tono amable Campbell.

Margaux le miró con cara de fascinación.

—Creo que el profesor tiene razón. Y, es más, creo que llevamos una hora perdiendo el tiempo aquí. Si es cierto que dejaron este cuadro en casa de Hudson para que fuésemos a la National Gallery, es indudable que es porque allí está ahora mismo uno de los ministros.

—¿Está segura de eso? —preguntó Godwin atónito.

—Completamente, comisario. De hecho, si es cierto que el museo cerró a las seis eso quiere decir que ahora mismo está vacío y, por tanto, es muy posible que no solo esté allí sino que esté con vida esperando a que lleguemos nosotros.

—Pero el Royal Albert Hall y el Guildhall también eran lugares que estaban completamente vacíos y, sin embargo, ambos estaban ya muertos cuando llegamos —replicó Bailey.

Margaux entendía perfectamente sus dudas.

—Sí, lo sé, lo sé. Pero lo que hace diferente a este caso es que por primera vez nos han indicado lo que iban a hacer. Y nos los han indicado con este cuadro pero no lo hemos sabido entender con la suficiente rapidez. En los dos primeros casos simplemente recibimos el aviso de que algo ocurría en esos dos edificios y cuando llegamos lo que nos encontramos allí fueron sus cadáveres. Sin embargo, en esta ocasión, nos han dado una hora de ventaja para que entendiéramos qué era lo que nos querían decir con este cuadro.

—Entonces ¿se supone que debíamos haber ido directamente de la casa de Hudson a la National Gallery? —preguntó Godwin.

—No lo sé —respondió—. Es posible, pero en cualquier caso no habría cambiado nada. Estoy segura de que han esperado hasta que cerrara para hacer lo que quiera que hayan hecho y, como ha dicho la agente, la última vez que usted la llamó fue apenas quince minutos antes de que eso sucediera, de modo que tampoco nos habría dado tiempo a llegar allí.

El comisario se pasó una mano por la cara intentando entender lo que estaba ocurriendo y, a continuación, miro su reloj.

—¿Me está diciendo que desde hace casi una hora uno de nuestros ministros está encerrado en la National Gallery esperando a que nosotros vayamos a rescatarle?

Milanelli apreció su capacidad para reducir todo lo que acababa de razonar la profesora, si bien no estaba del todo de acuerdo con la conclusión que estaba sacando.

—No sé si esa persona estará allí esperando a que nosotros la rescatemos o no,

pero sí coincido con ella en que por primera vez estamos en una situación igual a las que nos encontramos en París y, en este caso, nuestro error ha sido no saber interpretar antes lo que querían decirnos con este cuadro. Pero independientemente de eso, no tengo la menor duda de que debemos dirigirnos cuanto antes a ese museo a intentar salvar la vida de esa persona antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo 58

Chavier y los inspectores se subieron a su coche a toda prisa. Justo cuando Bingleau comenzó a buscar la dirección del Panteón en su teléfono móvil, la sirena de un coche de la policía italiana atrajo su atención.

—*Ci vediamo di nuovo, ispettori.*

El comisario giró su cabeza atraído por aquellas palabras y vio cómo el mismo policía que les había recibido en el aeropuerto se encontraba a su lado dispuesto a llevarles hasta el Panteón.

—*Seguici, per favore.*

Sin esperar a que pudieran contestarle, el policía reinició la marcha y condujo a toda velocidad por Via Claudia.

—No podemos reprocharles su efectividad, desde luego —comentó Paccaud.

El orgullo impidió a Chavier reconocer lo que era una obviedad. Incluso en ese momento, le asaltaba la duda de saber si, en algún modo, las cosas podrían haber salido mejor si hubiese aceptado desde el principio la ayuda de la policía italiana.

Sin expresar en voz alta los sentimientos encontrados que tenía, siguieron en silencio al coche de la policía que les guiaba con rapidez hacia su nuevo destino. Al pasar por delante del Coliseo, los tres miraron por la ventanilla de su vehículo asombrados.

—No sé si encontraremos algo en el Panteón o no —comentó Bingleau mirando el mapa que mostraba su teléfono—, pero el viaje que nos ha preparado la profesora nos va a permitir hacer una visita turística exprés de esta ciudad.

Aquellas palabras hicieron que Chavier borrara de su mente cuestiones inútiles que ya no podía cambiar y volviera a pensar en lo que era realmente importante. A pesar de que las instrucciones de Margaux habían sido claras, lo que les esperaba en el Panteón era completamente desconocido para ellos. Justo igual que había ocurrido en París la noche anterior.

—¿Por qué dice eso? —preguntó intentando distraer su mente hasta que llegaran.

Bingleau le miró antes de responder.

—No sé qué camino tiene pensado coger este hombre —dijo señalando al coche de policía que les precedía—, pero acabamos de dejar atrás el Coliseo y nos dirigimos directos hacia otro de los monumentos que aparecen señalados como importantes en este mapa.

Con una gran cantidad de vehículos rodeándoles por todos lados, la sirena del coche de policía conseguía poco a poco abrir un estrecho camino entre el tráfico que les debía llevar lo más rápidamente posible a su destino.

—Y si no estoy confundido —continuó—, estamos en Via dei Fori Imperiali y en breve deberíamos llegar a un edificio...

Bingleau interrumpió lo que estaba diciendo y levantó la mirada buscando lo que marcaba el mapa.

—Ese de ahí —dijo señalándolo—. El monumento a Víctor Manuel II.

Conocido coloquialmente como Vittoriale, el Monumento Nazionale a Vittorio Emanuele II, es un imponente edificio situado en la Piazza Venezia. Fue inaugurado en 1911 para rendir homenaje a Víctor Manuel II, primer rey de Italia tras su unificación. En una ciudad como Roma, plagada de monumentos históricos, el Vittoriale levantó desde el primer momento de su construcción una gran controversia entre los romanos ya que fue necesario derribar numerosos edificios de gran valor para dejar libre suficiente espacio, lo que a su vez contrastaba con todos los edificios clásicos que lo rodeaban. Justo un siglo después de su inauguración, sin embargo, se ha convertido en uno de los más visitados por los miles de turistas que cada día llegan a la ciudad. Además de su imponente aspecto, el Monumento a Víctor Manuel II ofrece a sus visitantes unas vistas panorámicas únicas de Roma desde la terraza situada a la altura de las cuadrigas.

Atraídos por su impresionante aspecto, los tres lo observaron durante unos segundos mientras pasaban justo por delante de él de manera similar a como acababan de hacer con el Coliseo.

—Tienes razón —reconoció Paccaud—. Si contamos la Ciudad del Vaticano que vimos desde el avión parece que esta visita nos va a servir para conocer a la carrera lo más importante de Roma.

De golpe, el coche de policía se detuvo en seco.

—¡Mierda! —exclamó enfurecido Chavier.

Al igual que les había ocurrido anteriormente en su trayecto desde el aeropuerto hasta la iglesia de San Estefano Rotondo, la Piazza Venecia era, en esos momentos, un tapón de tráfico que ni siquiera la sirena de la policía era capaz de superar.

—¿Cuánto queda para llegar al Panteón, inspector?

El tono distendido que habían mantenido hasta ese momento desapareció repentinamente.

—Poco, señor —respondió serio Bingleau—. Según este mapa estamos muy cerca.

El coche de policía comenzó a avanzar lentamente. Los tres observaron a dos agentes de tráfico que se acercaban rápidamente hacia donde ellos estaban a la vez que se afanaban en detener el tráfico que les impedía el paso.

—Por suerte parece que esta ciudad no solo está llena de monumentos sino también de policías —comentó Paccaud viendo cómo la actuación de aquellos dos agentes había conseguido su objetivo.

De nuevo, ambos vehículos comenzaron a avanzar con rapidez.

—Esta debería ser Via del Plebiscito —dijo Bingleau con apreciable inseguridad mientras miraba a ambos lados de la calle buscando algún punto que le permitiera situarse—. Por desgracia, la conexión de este teléfono no va tan rápido como nosotros.

Los tres guardaron silencio durante unos segundos más. Estaba claro que la

incertidumbre ante lo que encontrarían en el Panteón pesaba demasiado en esos momentos.

—Corso Vittorio Emmanuele II —comentó poco después rompiendo el silencio.

Al girar a la derecha, el sonido de la sirena del coche de policía cambió.

—Estamos llegando —dijo Chavrier nervioso.

—Eso creo —les confirmó el inspector—. Al final de esta calle deberíamos llegar a la Piazza della Rotonda donde está la entrada del Panteón.

Por un momento, Chavrier dudó en llamar a la profesora para anunciarles que habían llegado a su destino. Sin embargo, una vez más el coche de policía que les precedía se detuvo casi por completo por culpa de la cantidad de turistas que abarrotaban la calle lo que hizo que cambiara de idea.

—Tengo la sensación de que no vamos a llegar nunca —murmuró lamentándose.

—Si hay tanta gente será porque estamos cerca —opinó Paccaud.

El sonido de la sirena del coche de policía cambió una vez más sin que eso consiguiese ningún efecto significativo. Poco a poco, sin embargo, comenzaron a avanzar hasta llegar a su destino.

—Creo que ya hemos llegado —dijo Bingleau señalando por la ventanilla al edificio que asomaba a su derecha.

Al acercarse a la plaza, la multitud de turistas se disolvió de golpe.

—Y parece que la policía italiana ya ha hecho su parte del trabajo —añadió.

Tal como decía el inspector, la plaza se encontraba tomada por varios coches de policía. En torno a la entrada del Panteón se había desplegado un enorme dispositivo que impedía a los turistas acercarse a varias decenas de metros. Con la ayuda de la fuente situada justo en el centro, la policía italiana había formado una especie de triángulo de seguridad.

El coche que les había guiado hasta allí se detuvo justo a la entrada de aquel impresionante monumento. Chavrier aparcó detrás de él y vio cómo el policía se acercaba corriendo hasta ellos.

—*Il Pantheon, ispettori.*

El comisario se bajó del vehículo y observó todo el dispositivo que habían preparado para cumplir con lo que Margaux les había pedido. A continuación, dirigió su mirada hacia la fachada del Panteón. Impresionado, se giró hacia sus compañeros.

—Prepárense, inspectores. Ahora sí que estamos metidos de lleno en el juego de los secuestradores —dijo excitado.

Capítulo 59

Ajena totalmente a lo que estaban hablando en aquella sala, Margaux dirigió su mirada a la pantalla que mostraba todavía el mapa de la ciudad de Roma. De ella había sido la idea de que el comisario Chavrier viajara hasta allí y de ella había sido también la idea de que fuesen al Panteón. Era indudable que la base sobre la que había sustentado su nueva propuesta era, con diferencia, la más débil de cuantas ideas había tenido desde que aterrizase en París la noche anterior. A pesar de ello, había algo en su interior que le hacía confiar en que estaban haciendo justo lo que los secuestradores querían que hicieran.

—¿Profesora? —insistió Godwin levantando el tono de voz al ver que no le hacía caso.

Margaux salió bruscamente de su pensamiento.

—¿Sí? Perdona, comisario...

—No pasa nada —dijo restándole importancia.

Godwin sabía que de los tres profesores ella era la que más estaba contribuyendo a avanzar en la búsqueda de cualquier indicio que les pudiese acercar a los ministros. Precisamente por esa razón, tenía claro que si en algún momento parecía ausentarse de lo que hablaban era porque estaba dando vueltas a alguna idea que, tarde o temprano, terminaría por resultarles de gran utilidad.

—Creo que tal como han explicado —continuó— debemos ir cuanto antes a la National Gallery ¿no le parece?

—Sí, sí... Por supuesto, señor.

Después de todo lo que llevaban vivido juntos, Campbell estaba seguro de que había algo en toda aquella historia que seguía sin convencerla. Al ver cómo el comisario salía de la sala seguido por Bailey y el profesor Milanelli, la esperó para intentar ayudarla.

—Todavía hay algo que te preocupa ¿no es así?

Margaux le sonrió.

—No lo sé —respondió—. La manera en la que los secuestradores han organizado todo esto...

Por unos momentos caminó en silencio.

—Sabemos de sobra que siempre hacen todo con alguna razón pero no alcanzo a comprender lo que están haciendo. Primero encontramos el cuerpo de los dos primeros ministros sin darnos ninguna posibilidad de salvarles la vida ¿y ahora nos dejan el cuadro de *El éxtasis de San Pablo* en la casa de Hudson para que vayamos a la National Gallery?

—Le recuerdo que usted estaba de acuerdo en eso —dijo Bailey escuchándola.

Margaux torció el gesto.

—Sí, lo sé. Y estoy convencida de que es lo que quieren que hagamos. Lo que no entiendo es qué sentido tiene que sea ahora precisamente el momento en que nos

permiten, por así decirlo, salvar la vida de uno de sus ministros.

Al llegar al aparcamiento, Godwin abrió desde lejos su coche con el mando a distancia.

—Para serle sincero, profesora, tal como están yendo las cosas me conformaría con salvar la vida de los tres que permanecen desaparecidos. Si esto mismo me lo hubiesen dicho esta mañana no lo habría aceptado de ninguna manera, pero ahora...

—Sí, señor —dijo ella viendo que ninguno de los dos estaba siendo capaz de entenderla—. En eso estamos completamente de acuerdo. Mi problema es que sencillamente no le encuentro explicación a lo que están haciendo.

Sin saber qué responderle, se subieron al coche en silencio. Al salir del aparcamiento, Godwin encendió la sirena y comenzó a conducir lo más rápido posible.

—Si me permiten una puntualización —comenzó Milanelli—, yo también deseo que les encontremos con vida, y realmente me gustaría pensar que el primero será el que ahora mismo se encuentra en la National Gallery. Aún así, creo que deben aceptar la idea que ya les hemos mencionado anteriormente. En mi opinión, solo podremos encontrar a dos de los ministros secuestrados.

El comisario le miró a través del espejo retrovisor. La idea de que uno de ellos pudiese estar involucrado en el secuestro del resto de sus compañeros era algo que se le antojaba totalmente inaceptable. Por desgracia, después de lo que llevaba viendo ese día, sabía que debía estar preparado para vivir un hecho semejante.

—Volviendo al ministro que según ustedes ahora mismo está en la National Gallery —dijo Bailey—, ¿tienen alguna idea de qué es lo que debemos hacer cuando lleguemos?

Campbell resopló con fuerza.

—La pasada noche, señor, cada vez que encontrábamos algo en el Louvre que nos indicaba un lugar de París, nos dirigíamos allí sin saber qué era lo que nos íbamos a encontrar. Es decir, que esta es la primera vez que estamos en una situación que, por así decirlo, es conocida para nosotros. Pero está claro que no es posible saber de antemano qué es lo que nos vamos a encontrar allí porque desde luego es imposible adivinar lo que los secuestradores han podido planear esta vez.

—Además —añadió Milanelli—, en esta ocasión se da una circunstancia muy curiosa. En París utilizaron el Louvre para indicarnos los lugares a los que debíamos dirigirnos para buscar información acerca del paradero de Deneux. Sin embargo, propiamente nunca lo utilizaron como un destino en sí mismo como están haciendo ahora.

Bailey permaneció en silencio sin comprender.

—Quiero decir —continuó entendiendo su silencio— que a pesar de que nos encontramos en una situación similar a las que vivimos ayer, también es cierto que este museo cobra un protagonismo diferente al que tuvo el Louvre y, por tanto, no podemos saber lo que pueden haber dejado allí para nosotros.

—Creo que sé lo que quiere decirnos —comentó Godwin—, pero al fin y al cabo no se trata más que de un lugar donde han dejado a un ministro. Me da lo mismo que se trate de un museo, una iglesia o una biblioteca.

Milanelli apreció cómo la simplificación máxima de aquel problema hacía que todo su razonamiento se hubiese desmoronado por completo.

—Al final creo que los dos tienen razón —dijo Margaux—. Con respecto a lo que hemos visto anteriormente con Tilden y Humme, no hay duda de que tenemos la enorme ventaja de que, por primera vez, vamos a poder salvarle la vida a uno de ellos.

—Realmente me gustaría estar tan convencido como usted de que lo que nos está diciendo es cierto —le interrumpió Bailey.

—Y lo es, señor —insistió—. Sé que después de lo que han visto ustedes es más difícil de aceptar, pero créannos cuando les decimos que por fin estamos ante una situación similar a las que vivimos en París.

Al llegar a Trafalgar Square, Godwin apagó la sirena.

—Nada me gustaría más que darle la razón en unos minutos, profesora —dijo señalando el edificio de la National Gallery que acababa de aparecer delante de ellos—. Si eso significa que le hemos salvado, claro.

Margaux miró por la ventanilla mientras el comisario detenía el vehículo. Al bajarse, el bullicio en la plaza hacía que absolutamente todo lo que rodeaba al museo pareciese normal.

—Bien, profesora —le dijo Bailey acercándose hasta ella—, si es cierto que ahí dentro está un ministro de este gobierno creo que es el momento de que nos explique exactamente qué es lo que quiere que hagamos ahora.

Los tres profesores miraron a su alrededor. Una vez más, la diferencia entre aquella situación y la soledad absoluta en la que habían encontrado cada uno de los lugares de París era lo que más les llamaba la atención.

—Ayer —contestó Campbell intentando liberarla de responsabilidad— cada vez que acudimos a uno de esos edificios siempre fuimos nosotros tres con Sanoir, Chavier y el inspector Bingleau. Y en todos los casos creo que podemos decir que nos fue relativamente bien y que conseguimos descubrir lo que habíamos ido a buscar.

—Me temo que ignoro a dónde quiere llegar —le dijo Godwin.

Campbell comenzó a caminar hacia la entrada del museo.

—Lo que quiero decir, señor, es que esta situación y la que está viviendo ahora mismo el comisario Chavier en Roma son completamente diferentes. En su caso dijimos que era muy posible que necesitase la ayuda de la policía italiana ya que sin duda el Panteón estaría repleto de turistas que dificultarían encontrar lo que sea que tengamos que descubrir allí.

—Y quiere que nosotros entremos solos ahí dentro ¿no es así? —preguntó Bailey.

—Sí, señor. Este museo ya está cerrado, por tanto no hay razón para actuar de

manera diferente a como hicimos en París que, según les he dicho, resultó ser una manera que nos dio bastantes buenos resultados.

Godwin aceleró el paso a medida que se aproximaban a las escaleras que precedían a la entrada. Al llegar arriba intentó sin suerte abrir la puerta principal. Al ver que estaba cerrada se volvió y observó el aspecto de la plaza.

—En el Guildhall dijeron que cualquiera de estas personas podría ser uno de los secuestradores que nos estuviese observando ¿verdad?

Margaux se acercó hasta él.

—Sí, señor. Tenemos que asumir la idea de que en cualquier lugar al que vayamos pueden estar vigilándonos y que, por tanto, saben exactamente lo que estamos haciendo.

—Entonces ya sabrán que hemos entendido por qué dejaron ese cuadro en la casa de Hudson —dijo Bailey.

—Así es —afirmó en voz baja—. Sin duda saben que hemos entendido lo que nos querían decir con eso y ahora nos toca a nosotros aprovechar la oportunidad que tenemos y conseguir salvar la vida de su ministro.

Capítulo 60

Mientras la profesora y Godwin conversaban, Milanelli se centraba en algo que, en su opinión, era mucho más relevante para ellos. Como matemático, le gustaba comportarse de una manera mucho más racional, muy alejado de la personalidad impulsiva que mostraba Margaux. Precisamente por eso, su preocupación no era que alguno de los secuestradores pudiera estar o no observándoles, sino descubrir cómo demonios podrían abrir aquella puerta que se había presentado, quizá antes de lo que cualquiera de ellos había previsto, como el primer problema a resolver antes de plantearse encontrar a nadie que pudiese estar allí dentro.

Por un instante, y aunque le costaba aceptarlo, deseó que Sanoir se encontrase en Londres. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo que los hombres del servicio secreto les habían facilitado las cosas la noche anterior asegurándose de que cada lugar al que habían acudido estuviese abierto a su llegada.

—Creo que si golpeamos con suficiente fuerza esta puerta alguno de los guardias de seguridad acabará viniendo a abrirnos —dijo con apreciable frustración.

Aquellas palabras atrajeron la atención del comisario.

—Siento comunicarle que eso va a ser imposible, profesor —le dijo situándose a su lado—. A diferencia del Louvre, la National Gallery no tiene vigilancia.

Milanelli le miró sorprendido.

—Entienda correctamente lo que le digo —le aclaró viendo la expresión de su rostro—. Me refiero a que ahora mismo no hay vigilantes de seguridad ahí dentro que puedan abrir esta puerta. Está claro que cada uno cuida de la seguridad de sus museos como mejor cree conveniente y, en nuestro caso, el sistema de vigilancia que tenemos es suficientemente bueno como para no necesitar vigilantes.

Campbell recordó al escucharle lo poco que los secuestradores habían tardado en piratear el del Louvre.

—Sin embargo —continuó sacando el teléfono de su bolsillo—, sí que podemos acceder al interior, y para ello no será necesario que armemos ningún escándalo golpeando esta puerta.

Durante unos instantes, todos permanecieron en silencio para permitirle hablar por teléfono.

—Estamos delante de la National Gallery, agente. Necesito que acceda a su sistema y abra la puerta principal.

Los profesores se miraron sorprendidos.

—¿Puede Shahi saber lo que pasa aquí dentro? —preguntó Campbell estupefacto.

En ese momento un sonido metálico dejó claro que habían conseguido lo que necesitaban. Antes de responderle, el comisario abrió la puerta lo suficiente para permitir la entrada de todos ellos al interior del museo. Rápidamente, volvió a cerrarla una vez que todos estaban dentro.

—Ya puede volver a bloquear la cerradura, agente. No quiero que ningún turista

piense que el museo está abierto.

Aquel sonido metálico se escuchó de nuevo.

—Comisario —insistió Campbell viendo que no respondía a su pregunta—, si ella tiene acceso al sistema de vigilancia de este museo, puede revisar las grabaciones de las cámaras y decirnos en qué sala se encuentra su ministro.

Por un momento, Godwin sintió que el profesor le estaba echando en cara que no sabía hacer su trabajo. Evidentemente, aquella era una posibilidad que podían haber utilizado minutos antes cuando todavía se encontraban en Scotland Yard. Sin embargo, a sus dudas acerca de que allí pudiese estar uno de los ministros se unía el hecho de que estuviese en un lugar fácilmente identificable por medio de las cámaras de seguridad.

—Creo que Campbell tiene razón, señor —dijo Margaux—. Nos facilitaría enormemente nuestro trabajo que revisara de una manera rápida todas las salas.

Algo contrariado, el comisario hizo lo que ambos le estaban pidiendo. Para que todos tuviesen acceso a lo pudiera descubrir conectó el manos libres y comenzó a hablar con ella de nuevo.

—Agente, entre por favor en el sistema de vigilancia y dígame si ve algo extraño en cualquiera de las grabaciones.

Durante unos instantes no hubo respuesta.

—Pero, señor... —se escuchó decir finalmente.

—Lo sé, agente —dijo interrumpiéndola—. Simplemente haga lo que le digo.

—Sí, señor.

El sonido de un teclado mostraba que estaba cumpliendo con la orden que acaba de recibir.

—¿Por qué le ha resultado extraño lo que le ha pedido? —preguntó Milanelli con curiosidad.

Godwin apartó la mirada del teléfono y la dirigió al profesor.

—Porque ya monitorizamos el sistema de vigilancia de este museo desde primera hora de esta mañana.

Aquella respuesta dejó a los tres profesores boquiabiertos.

—¿Quiere decir...?

—Quiere decir, profesora —dijo Bailey—, que desde que recibimos esa grabación a primera hora, y sabiendo lo que ustedes habían vivido en el Louvre, todos los museos de Londres están vigilados. Todos, sin excepción. Tenemos equipos siguiendo las grabaciones de cada cámara de seguridad de cada museo y edificio público que hay en esta ciudad. Y, por supuesto, las de la National Gallery.

Margaux no podía creer lo que estaba escuchando. Por un momento sintió cómo un enorme escalofrío recorría todo su cuerpo. Ignoraba completamente por qué razón no les habían dado aquella información antes pero, en cualquier caso, aquello suponía un golpe casi definitivo a sus esperanzas de encontrar a uno de los ministros en aquel lugar.

—Y si es así ¿cómo es que no pudieron evitar lo que ocurrió en el Royal Albert Hall o en el Guildhall? —preguntó Milanelli.

Godwin y Bailey se miraron conscientes de que aquella pregunta era algo que preferían no haber tenido que responder.

—En nuestras grabaciones no hemos visto nada de lo que luego encontramos, profesor —respondió el comisario.

—Entonces ya sabían que de alguna manera los secuestradores estaban controlando los sistemas de vigilancia de sus edificios —insistió.

Godwin miró a su teléfono móvil deseando que la voz de Shahi les sacara de aquel incómodo momento.

—Estamos investigando por qué no pudimos captar lo que efectivamente ocurrió en esos lugares, profesor. Los sistemas de seguridad de esos dos edificios que acaba de mencionar no son tan completos como usted pueda pensar. En el caso del Guildhall, por ejemplo, ninguna cámara graba el lugar donde apareció el cuerpo del ministro Humme.

Margaux sintió que una de sus grandes dudas se acababa de resolver de la manera más tonta posible.

—Entonces por eso los eligieron —murmuró.

—Es una posibilidad, profesora —añadió Bailey—. Pero como ha dicho el comisario, estamos investigando por qué no fuimos capaces de ver lo que estaba ocurriendo en esos dos lugares y, sobre todo, por qué no pudimos evitarlo.

En cierto modo, Campbell entendió cómo aquel grave fallo de seguridad les había llevado a ocultarles una información tan importante. Por desgracia para sus intereses, si lo que les acababan de decir era cierto y no habían visto hasta ese momento nada anómalo en las grabaciones del museo, significaba que, o bien ellos estaban confundidos y allí no había ningún ministro, o bien su sistema de seguridad no era tan bueno como Godwin creía.

—Todo está en orden ahí dentro, señor —dijo Shahi—. Tan solo ustedes cinco aparecen en las cámaras que vigilan la entrada.

El comisario miró con gesto serio a los profesores. El museo estaba completamente vacío y no solo habían ido hasta allí para nada sino que la única idea que tenían para encontrar a sus ministros era errónea.

—No puede ser —dijo Milanelli.

—Ya ha oído a la agente, profesor —le replicó Bailey.

—Lo sé, lo sé —respondió intentando pensar lo más rápido que podía—. Pero no puede ser que nos hayamos equivocado. El cuadro en la casa de Hudson. Lo que ocurrió en el Louvre...

—¿Está segura de que no ven nada raro en las grabaciones? —preguntó de nuevo el comisario intentando otorgarles un voto de confianza.

—Completamente, señor. He ejecutado el programa de detección de movimiento y el único aviso que ha saltado ha sido el de las cámaras que les están grabando,

como ya he dicho.

Campbell negaba una y otra vez con la cabeza.

—Estoy de acuerdo con el profesor Milanelli, comisario. Nos han dejado el cuadro original de *El éxtasis de San Pablo* en la casa de su ministro. Han elegido justo este momento del día para secuestrarle y, además, debajo de una imitación de ese cuadro apareció uno de este museo la pasada noche. Me niego a creer que todo eso nos pueda llevar a otro lugar de Londres que no sea la National Gallery.

Godwin miró a Bailey y, a continuación, se despidió de Shahi. Después guardó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta y miró a su alrededor.

—De acuerdo, profesores. Ya les hemos dicho que, tanto en el Royal Albert Hall como en el Guildhall, los secuestradores se las arreglaron para dejar los cadáveres sin que pudiésemos verles, y sabiendo lo que hicieron con el sistema del Louvre y escuchando su razonamiento, profesor Campbell, quiero pensar que están en lo cierto y que por alguna razón que no alcanzo a comprender, han sido capaces, una vez más, de escapar a nuestro control y de dejar aquí dentro a uno de nuestros ministros sin que podamos verle a través del sistema de seguridad.

Capítulo 61

Eugene miraba sonriente la pantalla de su ordenador. Tal como había previsto, el algoritmo de búsqueda que estaba ejecutando había comenzado a aumentar exponencialmente su velocidad a medida que descartaba puntos del mapa. Sin embargo, quien se había preocupado de ocultar tan afanosamente el lugar desde el que se había accedido a la base de datos de la Interpol, se había ocupado también de evitar que un algoritmo como aquel fuese capaz de localizarle.

—Por fin alguien interesante al que enfrentarme —dijo excitada.

Justo al bajar de las mil posibles localizaciones restantes, todas ellas se habían duplicado creando una especie de doble red de puntos sobre el mapa del mundo que aparecía en la pantalla del ordenador. Aquel mecanismo de ocultación, sin embargo, no era desconocido para ella.

Hacía ya unos años, antes de entrar a formar parte de la policía, Eugene era una brillante *hacker* que se ganaba la vida aceptando turbios encargos de personas que ni siquiera llegaba a conocer nunca. Su manera de trabajar era sencilla. Lo único que sus clientes debían hacer era mandarle un *email* encriptado con las instrucciones del trabajo a realizar y añadir una suculenta cantidad de dinero a una cuenta bancaria irrastreadable. A pesar de que desde niña se había sentido atraída por la informática, había sido en aquellos años cuando había aprendido la parte oscura que esta podía tener. Ella, a diferencia de otros *hackers* que se estacaban haciendo siempre lo mismo, había aumentado sus conocimientos de manera exponencial, justo como el algoritmo que en ese momento se estaba ejecutando en su ordenador, hasta el punto de que, en un determinado momento, la policía le había ofrecido formar parte del cuerpo a cambio de borrar un historial poco ejemplar.

Aquellos años, sin embargo, habían quedado atrás y ahora se sentía orgullosa de poder aplicar todo su conocimiento en atrapar a quienes en su día pudieron ser sus clientes.

—Y tú, pequeño —dijo sonriente—, estás utilizando un programa que yo diseñé.

Capítulo 62

—*Paolo!* —gritó el policía—. *Paolo, presto!*

Chavrier vio cómo un hombre aparecía de entre las sombras de la entrada del Panteón y se dirigía apresuradamente hacia donde ellos se encontraban.

—*Spettori, penso che l'agente Cavalli sarà di grande aiuto* —dijo justo a la vez que llegaba.

—Creo que lo dice porque no tendrán que esforzarse en entender lo que les digo.

El comisario expresó efusivamente la sorpresa y la alegría de encontrar a un policía italiano que hablase su mismo idioma.

—Indudablemente eso hará que nuestro trabajo sea mucho más sencillo.

—*L'agente Paolo Cavalli sarà il vostro collegamento con la polizia italiana a partire da adesso* —añadió el policía.

—Dice que a partir de ahora yo seré su enlace con la policía italiana —les aclaró viendo la cara que ponía el comisario—. Yo les acompañaré al interior del Panteón e intentaré ayudarles en todo lo que precisen. De mí o de la policía italiana.

Chavrier sintió que indudablemente aquello sería una gran ventaja para poder cumplir con el deseo de la profesora Margaux.

—El inspector Astori se ocupará de coordinar la vigilancia en la plaza y de asegurar que nadie les moleste en su trabajo aquí —añadió.

El comisario no pudo ocultar en aquel momento una profunda vergüenza. A pesar de haber visto tan solo en dos ocasiones a aquel hombre, ni siquiera se había preocupado de presentarse formalmente y de conocer su nombre. Aún así, él había accedido a seguir sus peticiones y se había preocupado de buscar a un policía que les pudiese ayudar con el trabajo que habían ido a hacer al Panteón.

—Está bien —dijo agachando la cabeza en agradecimiento—. Dígale que intentaremos hacer nuestro trabajo lo más rápido posible para que todo pueda volver a la normalidad.

Mientras escuchaba a Cavalli transmitirle al inspector Astori lo que acababa de decirle, Chavrier desvió nervioso la mirada hacia la puerta del Panteón.

Posiblemente intentando evitar retrasar más su tarea, el inspector Astori se alejó hacia el coche en el que había llegado a la plaza. Cavalli miró al comisario y después a la fachada del Panteón.

—¿Ya han vaciado completamente el edificio? —preguntó Paccaud rompiendo el silencio.

—Sí, hace unos minutos —respondió—. Ahora mismo tan solo permanecen varios de nuestros policías en su interior.

—Y supongo que sabrá por qué estamos aquí ¿verdad? —le preguntó Chavrier comenzando a caminar hacia la entrada.

Cavalli no quiso andarse con rodeos y le contestó con sinceridad.

—Sí, lo sé, señor. Sé lo que pasó ayer en París y sé lo que está ocurriendo ahora

mismo en Londres.

Aquella respuesta hizo que se detuviera en seco. La información que demostraba conocer sobre aquel caso era mucha más de la que creía conveniente.

—¿Sabe lo que está ocurriendo en Londres? —preguntó sorprendido.

—Sí, señor. La Agencia Europea de Inteligencia nos ha informado hace un par de horas de lo que está sucediendo allí ahora mismo y también nos han dicho lo que ustedes vivieron la pasada noche en París.

Chavrier se sintió descolocado.

—Entiendo que le pueda causar sorpresa, señor —continuó—, pero ha sido iniciativa de la propia Agencia darnos esa información. Y viendo la situación en la que nos encontramos, creo que han hecho lo correcto.

Al escuchar esas palabras, el comisario dirigió su mirada a la imponente fachada que tenían a escasos metros.

—Entonces sabrá también cuál es nuestra misión aquí ¿verdad?

Cavalli torció el gesto antes de responder.

—No, señor, lo siento. Como le digo, la información que nosotros tenemos es la que la Agencia Europea de Inteligencia nos ha dado, y personalmente creo que lo sabemos porque ustedes han venido a Roma. De no haber sido así, estoy seguro que no sabríamos nada al respecto.

Chavrier resopló con fuerza intentando descubrir cómo resumirle, en unas pocas palabras, todo lo que habían hecho desde su aterrizaje.

—Si sabe lo que está ocurriendo en Londres... Si está al tanto del secuestro de los ministros británicos —dijo bajando inconscientemente su tono de voz— sabrá que dos de ellos aparecieron la pasada noche asesinados en París.

Cavalli movió afirmativamente la cabeza.

—Y en ese caso también sabrá que en toda esta historia están implicados tres profesores universitarios que nos han ayudado a encontrar al hijo del presidente y que ahora mismo están en Londres ayudando a la policía a encontrar a sus ministros desaparecidos.

—Sí, lo sé —respondió escuetamente.

Chavrier resopló de nuevo.

—Bien, en ese caso —prosiguió—, uno de ellos, la profesora Margaux, ha sido quien ha considerado que para descubrir el paradero de estas personas era necesario que nosotros viniéramos aquí, a Roma.

El agente mostró claramente su extrañeza.

—Si conoce lo que ocurrió en París —dijo dándole más detalles— sabrá que la manera en la que los secuestradores de Deneux nos indicaron dónde se encontraba no fue precisamente convencional.

—Lo sé, lo sé. Esos números en la mano de esas personas... Lo de los cuadros del Louvre...

—A eso me refiero —respondió aliviado—. En opinión de la profesora, como le

digo, algo igualmente retorcido está ocurriendo en esta ocasión con la desaparición de los ministros británicos, y parece ser que para encontrarlos era necesario que viniésemos a esta ciudad a descubrir algo en la iglesia de San Estefano Rotondo.

Cavalli dirigió su mirada hacia la entrada del Panteón y después volvió a mirar al comisario extrañado.

—Sé que resulta difícil de entender, pero ella dice que los secuestradores quieren que vengamos aquí, y bueno, aquí estamos ahora.

A pesar de la rocambolesca historia que estaba escuchando, el agente conocía con bastante detalle todo lo que había ocurrido en París, de modo que debía aceptar como posible lo que en cualquier otro momento hubiese considerado una auténtica locura.

—¿Y les ha dicho esa profesora qué es lo que tienen que descubrir ahí dentro? —preguntó señalando hacia la entrada.

—Me temo que no —respondió Bingleau—. No ha sabido decirnos exactamente qué es lo que debemos hacer. Tan solo que los secuestradores quieren que vengamos aquí.

El rostro de Cavalli volvió a reflejar su confusión.

—En realidad —le aclaró Chavrier—, esta situación no es diferente a lo que ocurrió en París a lo largo de toda la noche de ayer. Cada vez que salíamos del Louvre hacia algún lugar concreto de la ciudad, íbamos sin saber qué sería lo que nos encontraríamos y, al final, siempre nos las arreglamos para descubrir lo que habían dejado para nosotros.

Tal como le estaban contando, la información que la Agencia Europea de Inteligencia les había facilitado acerca del secuestro del hijo del presidente de Francia le había resultado increíblemente sorprendente, pero también era cierto que esas tres personas que estaban en ese momento delante de él, con la ayuda de los tres profesores universitarios, se las habían arreglado para solucionar un problema que estaba destinado a convertirse en algo mucho peor de no haberse resuelto aquella misma noche.

—Está bien —afirmó resignado—. Respecto al Panteón, lo único que puedo decirles es que ahora mismo ya no hay ni un solo turista en su interior y que hemos registrado hasta el último rincón y está completamente vacío.

Chavrier echó un último vistazo a la plaza y seguidamente volvió a mirar hacia la entrada recordando las palabras que le había dicho la profesora. Por primera vez tenían la oportunidad de adelantarse a lo que estaban haciendo los secuestradores con la vida de aquellos ministros y salvar, por lo menos, a alguno de los que todavía permanecían secuestrados. La noche anterior habían conseguido recuperar con vida a Deneux, y si en su mano estaba hacer lo mismo esta vez, no cesaría en su empeño hasta conseguirlo.

Capítulo 63

Margaux se acercó al mostrador de la entrada principal y cogió un plano del museo. Mientras lo curioseaba caminó de nuevo hacia donde se encontraban sus compañeros.

—En el Louvre nos sirvió de mucha ayuda —dijo explicando lo que hacía—. De modo que aquí creo que será todavía más importante para nosotros.

—Si no les he entendido mal —comentó confuso Bailey— lo único que tenemos que hacer es ir sala por sala buscando al ministro ¿no es así?

La profesora apartó la mirada del plano y la dirigió hacia él.

—Sí, señor —respondió—. Eso es lo que tenemos que hacer, pero creo que lo más inteligente sería que nos organizásemos de alguna manera para poder inspeccionar este museo lo más rápidamente posible y así encontrarle cuanto antes.

—Si es cierto que uno de ellos está aquí dentro sería bastante lógico pensar que pueden haber elegido la misma sala donde debería estar expuesto el cuadro que encontramos en París —opinó Milanelli.

Margaux le sonrió.

—Estamos de acuerdo, profesor. Y eso es, exactamente, lo que estoy intentando averiguar. Aunque me temo que no viene indicado en este plano en qué sala se encuentra *Las Marías en el sepulcro*.

—¿Cómo puede ser posible? —preguntó Godwin.

Aquella pregunta dejaba claro el escaso conocimiento que tenía acerca de la organización de un museo tan importante como aquel. Aún así, la profesora le respondió educadamente.

—Tenga en cuenta que en un plano tan pequeño como este no caben todas las obras que expone un museo de estas dimensiones. Además, no es una obra particularmente importante por lo que era de esperar que no apareciese aquí indicado.

El comisario mostró un gesto de contrariedad.

—Mire —le dijo señalando uno de los cuadros—, ¿lo ve? Los girasoles de Van Gogh está expuesto en la sala 45. Este sí es un cuadro importante. Quizá el más importante de cuantos hay aquí. De modo que es evidente que sí debía figurar en este plano.

—¿Y cómo piensa descubrir dónde demonios está el que nos interesa? —preguntó Bailey.

Margaux miró a su alrededor.

—Si subimos por estas escaleras —dijo señalando las que tenían justo enfrente de ellos— accederemos al *hall* central donde parece ser que hay obras italianas del siglo XVI. Si entramos por aquella puerta de la derecha veremos cuadros de los siglos XVIII y XIX, mientras que si nos dirigimos a la parte izquierda del museo nos encontraremos obras del siglo XVI, igual que en el *hall* central.

Todos permanecieron en silencio unos instantes esperando a que tomara una decisión.

—Y si no estoy confundida —continuó—, no se sabe con exactitud cuál es la fecha en la que fue pintada Tres escenas de la Pasión de Cristo lo que nos dificulta aún más saber dónde debemos buscar.

—¿Por qué no llamamos a la agente Shahi y que nos lo diga? —preguntó Campbell proponiendo algo que consideraba una obviedad.

Margaux miró al comisario con cara de conformidad. Sin perder un segundo, este sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta, marcó su número y activó el manos libres.

—Agente —dijo antes de que le diera tiempo a contestar—, necesito que acceda a la página web del museo y nos diga en qué sala debería estar expuesto el cuadro que apareció en París.

—Las Marías en el sepulcro —le susurró Margaux.

—Eso es. Las Marías en el sepulcro, agente.

—Un momento, señor.

Durante varios segundos todos mantuvieron un tenso silencio.

—Creo que no puedo ayudarle —respondió—. Me temo que no figura esa información en su página web, señor.

Margaux frunció el ceño con una apreciable cara de extrañeza.

—Eso no puede ser —dijo casi instintivamente—. ¿Está segura de que ha escrito correctamente el nombre?

El sonido del teclado volvió a escucharse de nuevo.

—Sí, profesora. Lo siento —respondió con seguridad.

Margaux miró a los profesores sin saber qué era lo que estaba ocurriendo.

—¿Podría, por favor, probar escribiendo Tres escenas de la Pasión de Cristo? —le preguntó Campbell.

—Por supuesto. Un segundo, por favor.

El silencio hacía que el sonido característico de las teclas del ordenador de Shahi invadiera toda aquella enorme sala.

—Ningún resultado. Lo siento, profesor.

Bailey miró a Margaux.

—¿Qué cree que está pasando?

—No lo sé, señor —respondió confundida—. Estoy absolutamente segura de que esos tres cuadros están en este museo. Lo enseño en mis clases en la universidad.

—Sí, sí —se escuchó decir a Shahi—. Efectivamente forman parte del catálogo de la National Gallery, pero la casilla donde debería indicarse su ubicación está vacía.

Milanelli sonrió seguro de lo que estaba ocurriendo.

—Parece que, como de costumbre, los secuestradores nos quieren complicar el trabajo una vez más.

—¿Cómo dice? —le preguntó Godwin.

—Creo que es evidente, señor —respondió—. Si como ha dicho antes no ven nada en las cámaras de vigilancia del museo y nosotros estamos en lo cierto y en una de estas salas está uno de los ministros, quiere decir que, de alguna manera, han accedido al sistema de seguridad. Por tanto, no creo que borrar de su página web la localización del cuadro que saben que buscaríamos en primer lugar tenga una explicación más coherente en estos momentos.

El comisario maldijo interiormente la habilidad con la que los secuestradores se estaban adelantando a cada paso que daban.

—¿Puede decirme en qué sala está expuesto el cuadro de Los girasoles, agente? —le preguntó.

Margaux miró a Godwin extrañada.

—Solo intento confirmar que la teoría del profesor es correcta —respondió en voz baja.

—Sala 45, señor.

Milanelli volvió a sonreír.

—Ahí lo tiene.

El comisario cerró por un momento los ojos antes de aceptar lo evidente.

—Muchas gracias, agente. La volveré a llamar si necesitamos su ayuda —le dijo despidiéndose.

Campbell esperó a que guardara el teléfono antes de proponer qué era lo que, en su opinión, debían hacer dada la situación en la que se encontraban.

—Está claro que lo que nos ha dicho el profesor Milanelli es correcto. Sin duda, los secuestradores se han ocupado de que no tuviésemos manera de saber en qué sala debería estar ese cuadro dejándonos en una situación similar a la que vivimos en el Louvre.

—Pero ¿por qué iban a hacer una cosa así?

—Porque así ganan tiempo —respondió rápidamente Margaux—. Si recuerda lo que les dije antes, ya desde que dejaron el cuadro de *El éxtasis de San Pablo* en la casa del ministro Hudson nos estaban indicando que debíamos venir aquí. Por desgracia, no supimos interpretarlo lo suficientemente rápido y, tal vez, perdimos un tiempo necesario volviendo a Scotland Yard y esperando a que el técnico nos dijese si era o no la obra original.

—Pero ahora estamos en el museo. Justo como ellos querían —dijo Godwin sin entender a qué se estaba refiriendo.

—Sí, lo sé, señor. Pero si hubiésemos venido directamente desde el domicilio de Hudson indudablemente esto que estamos viviendo ahora, no saber dónde debería estar expuesto el cuadro de Las Marías en el sepulcro, habría supuesto un retraso para nosotros. Quizá un retraso que era necesario para ellos.

—¿Necesario? ¿Necesario para qué? —preguntó Bailey confundido.

—Para hacer lo que sea que hayan hecho aquí, señor —respondió Campbell—. En ninguno de los lugares de París encontramos nada de una manera... digamos

sencilla. En la Asamblea tardamos en encontrar el cuerpo de la biblioteca. En el Panteón resultó que estaba escondido en el interior de una de las tumbas y en la basílica del Sagrado Corazón el cuerpo de aquel hombre estaba atado a una de las columnas de la cúpula.

Godwin se pasó ambas manos por el rostro con un claro signo de agotamiento.

—¿Me está diciendo que no es suficiente con que tengamos que encontrar en este museo a uno de nuestros ministros sino que lo vamos a encontrar en una de esas circunstancias?

—¿No me dirá que esperaba llegar aquí y verle tranquilamente sentado en un banco de una de estas salas? —preguntó sorprendido Milanelli.

La cara con la que le miró hacía innecesario que contestara aquella pregunta.

—No sé lo que pensarán ustedes —dijo Bailey—, pero desde luego yo en ningún momento me he planteado encontrarle dentro de una tumba ni nada por el estilo.

Milanelli se encogió de hombros.

—Francamente, no sé qué es lo que habrán hecho aquí los secuestradores, y yo también espero que no nos encontremos nada similar a lo que vimos en París, pero estoy seguro de que si han hecho esto —dijo señalando al plano que Margaux sostenía en su mano— es como ya les hemos dicho para retrasarnos, y eso solo se puede explicar si nos ponemos, por precaución, en la peor situación posible.

La profesora volvió a mirar a su alrededor e intentó pensar en algo que de verdad pudiese ayudarles. Lo que hubiesen hecho o no con el ministro no lo sabían todavía y estar allí discutiendo sobre ello no les ayudaría a encontrarlo.

—Si no sabemos en qué sala se encontraría el cuadro de Las Marías en el sepulcro por lo menos sí que puede ayudarnos saber cuándo fue pintado para utilizar la ordenación cronológica que sigue el museo.

Godwin la miró esperanzado.

—Como les dije antes —prosiguió—, no se sabe muy bien de cuándo es exactamente pero se considera que pertenece al siglo XV o XVI.

Durante unos instantes permaneció en silencio estudiando el plano.

—Eso descartaría en principio todas las salas que están detrás de aquella puerta —dijo señalando a su derecha— que como ya vimos exponen obras de los siglos XVIII y XIX.

—¿Entonces? —le preguntó Bailey nervioso.

—Si hacemos este razonamiento, hay dos zonas del museo que exponen obras de la misma época que la que a nosotros nos interesa. Las salas que están detrás de aquella puerta —dijo señalando en esta ocasión a su izquierda— y las del ala Sainsbury que expone cuadros pintados desde mitad del siglo XIII al XVI.

Al terminar, levantó la mirada buscando al comisario. Ella ya había hecho su parte del trabajo indicando dónde debían buscar y ahora le tocaba a él organizar la manera de hacerlo, tal como había hecho Chavrier en el Louvre.

—Está bien —comenzó entendiendo su mirada—, nos dividiremos en dos grupos

para inspeccionar esas salas lo más rápido posible. Ahora no se trata de descubrir nada extraño en ningún cuadro como hicieron en París. Simplemente tenemos que encontrar a uno de nuestros ministros. Eso nos debería permitir realizar nuestra tarea mucho más rápidamente.

Margaux miró a Campbell con nerviosismo.

—Si les parece, Bailey y yo iremos al ala Sainsbury —dijo Milanelli señalándola en el mapa— mientras ustedes tres revisan estas otras salas.

La profesora le agradeció con una sonrisa forzada el detalle que acababa de tener con ella permitiéndole seguir cerca del profesor.

—Según esto todos debemos ir juntos hasta la sala 9 ¿no es así?

Campbell no estaba de acuerdo.

—Podría ser, señor, pero si hacemos eso estaríamos perdiendo un tiempo muy valioso. Creo que es mejor que nosotros empecemos por el *hall* central mientras que todas aquellas por las que van a pasar ellos en su camino al ala Sainsbury las demos por revisadas.

Margaux cerró el plano sintiendo un fuerte nudo en el estómago. A pesar de que encontrar a aquellas personas era justo lo que habían ido a hacer a Londres, la sensación de estar tan cerca de conseguirlo hacía que le invadiera una sensación de ansiedad que no había vuelto a sentir desde que habían encontrado a Deneux en las catacumbas.

—¿Profesora? —le preguntó Godwin viendo la expresión de su cara.

—Sí, sí... —respondió a duras penas—. Creo que lo que está proponiendo es la mejor opción posible.

—En ese caso, no perdamos más tiempo —dijo Bailey comenzando a alejarse hacia las escaleras—. Por fin vamos a recuperar con vida a uno de nuestros ministros.

Capítulo 64

Chavier dirigió su mirada a la fuente situada en el centro de la plaza. Justo el punto desde donde comenzaba el perímetro de seguridad que la policía italiana había establecido tras su petición.

—No se preocupe por ellos —le dijo Cavalli creyendo entender su pensamiento—. Los turistas que visitan esta ciudad están acostumbrados a ver de todo. A ninguno le va a importar qué es lo que realmente está sucediendo aquí. Para ellos solo es una atracción más y una buena razón para hacer fotografías.

Sin lugar a dudas, el agente había adivinado la preocupación que rondaba por la cabeza del comisario en ese momento.

—En París —dijo devolviendo su mirada hacia la entrada del Panteón— todos los lugares que visitamos se encontraban en completo silencio y sin nadie alrededor. Esto es lo más diferente que puede existir a lo que nosotros vivimos allí.

—Como le digo —insistió Cavalli comenzando a caminar hacia el interior—, no deben preocuparse por ellos. Con la cantidad de monumentos que tiene Roma siempre hay alguno cerrado por obras de restauración, de modo que no sabrán distinguir qué tiene esta situación de particular.

En silencio, los cuatro caminaron hasta adentrarse en el interior del Panteón. Tal como les había dicho aquel hombre minutos antes, el edificio estaba completamente vacío y tan solo varios agentes de la policía les acompañaban.

—¿Sabían que Panteón significa templo de todos los dioses? —les preguntó al ver cómo admiraban fascinados la belleza de su interior—. Realmente este templo se construyó en el siglo II cuando gobernaba el emperador Adriano y se levantó sobre la ruinas de otro anterior que destruyó un incendio algunos años antes, no recuerdo bien exactamente, que había sido construido en tiempos del emperador Agripa. Por esa razón también se le conoce como el Panteón de Agripa, aunque indudablemente su nombre más conocido es el de Panteón de Roma.

Chavier bajó su mirada y la dirigió al agente, sorprendido por el conocimiento que tenía de aquel edificio.

—No me mire así, comisario —dijo sonriendo—. Mi novia tiene la culpa de todo. La conocí hace más de una década cuando vino como estudiante Erasmus y desde entonces no se ha movido de aquí. Para ser sincero no creo que sea por mí —añadió sonriendo de nuevo—. Supongo que para alguien que estudia historia del arte, Roma es la ciudad donde debe vivir.

—De modo que por eso sabe tanto sobre él —comentó Bingleau.

—No solo eso. Le podría contar muchas más cosas si le interesa. Por ejemplo, el hecho de que esté tan bien conservado se debe a que fue el primer edificio pagano del mundo que se convirtió al cristianismo. Eso evitó ser destruido cuando la expansión de esta religión en el Imperio Romano se llevaba por delante cualquier símbolo

pagano. De todas formas, no solo del Panteón sino de cualquier edificio de Roma le podría contar gran parte de su historia. Como le digo, después de diez años escuchándolas es inevitable recordar unas cuantas.

Chavrier dedicó unos segundos a valorar si, después de todo, quizá aquel policía les iba a servir de más ayuda que el simple hecho de hablar su mismo idioma. Con la esperanza de tener noticias de la profesora Margaux consultó su teléfono móvil. Al ver que no tenía ninguna llamada pendiente lo guardó con cierto grado de decepción. La posibilidad de ayudar activamente al rescate de los ministros era en ese momento su principal prioridad, sin embargo, tras el primer momento de euforia vivido en la iglesia de San Estefano Rotondo, de nuevo le invadía la sensación de que no tenían mucho que hacer allí vista la sencillez del edificio.

—Entonces, dice que está completamente vacío ¿verdad? —le preguntó intentando hacer tiempo.

—Sí, señor. Completamente.

El comisario se pasó una mano por la nuca.

—Además, como pueden apreciar —puntualizó Cavalli—, su distribución interior es relativamente sencilla lo que limita en gran medida los lugares donde podríamos buscar.

El silencio que invadió el ambiente durante los segundos posteriores a que finalizara su comentario hizo que la situación se volviese algo incómoda.

—¿De verdad no saben qué es lo que tienen que buscar aquí? —preguntó con cierto temor a resultar excesivamente indiscreto.

—No —respondió Chavrier tras unos instantes pensativo—. Como le dije antes, lo único que sabemos es que debíamos venir de la iglesia de San Estefano Rotondo hasta aquí. Y ahora... Ahora solo nos queda esperar a tener noticias de nuestros compañeros que están en Londres, porque no se ustedes, pero por lo menos yo no soy capaz de ver nada que nos indique cómo demonios vamos a poder ayudarles con el problema que tienen allí planteado en estos momentos.

Capítulo 65

Al mismo tiempo que Bailey y Milanelli se alejaban, Godwin y los profesores comenzaron a subir las escaleras que debían llevarles al *hall* central.

—En verdad espero que esto sea mucho más rápido que lo que tuvieron que hacer en el Louvre —dijo el comisario abriendo educadamente la puerta para que pasara la profesora.

—Seguro que sí, señor —respondió Campbell—. No veo la manera en la que podría complicarse que le encontráramos relativamente rápido.

A pesar de que sabía muy bien cuál era su prioridad en aquellos momentos, Margaux no pudo evitar detenerse delante de uno de los cuadros de la sala.

—Profesora... —le llamó Godwin viendo que se quedaba atrás.

Al ver que no respondía, Campbell y él volvieron hasta donde se encontraba.

—¿Ves algo importante? —le preguntó el profesor.

—No, no especialmente —respondió mirándole a los ojos—. Nada que nos pueda ayudar aquí pero sí algo que habría atraído nuestra atención en el Louvre.

Campbell observó aquel cuadro en el que se había detenido y, a continuación, repasó por encima el resto de obras de la sala.

—¿A qué se refiere, profesora? —preguntó Godwin.

—Son todos cuadros religiosos —dijo Campbell sorprendido.

—No todos —puntualizó ella—, pero sí la mayoría. Verá, señor, como quizá sepa, en París pensamos inicialmente que los secuestradores estaban utilizando la religión para comunicarse con nosotros. Y lo hicimos porque el primer lugar al que acudimos fue a la catedral de Notre Dame donde encontramos el cadáver de aquel hombre en el altar principal. Además, lo que nos llevó hasta el Louvre fue una imagen de una de las vidrieras donde aparecía Jesús y la Virgen María.

El comisario atendía a sus explicaciones con cara de extrañeza.

—Eso hizo que la primera vez consideráramos que debíamos priorizar las obras religiosas ya que no sabíamos por dónde podíamos empezar a buscar y ese nos parecía un buen punto de partida.

—Pero el cuadro que encontraron...

—Sí, sí, lo sé —le interrumpió—. El cuadro que nos llevó hasta la Asamblea Nacional no tenía nada de religioso, desde luego. Esa fue una de las razones por las que llegamos a la conclusión de que aquella idea inicial no era correcta.

—¿Y eso es lo que le llama la atención de esta sala?

Margaux demoró unos instantes su respuesta. La religión era posiblemente el tema más recurrido en la historia, de modo que no debía ser extraño encontrar una sala de un museo con cuadros religiosos. Aún así, tenía la sensación de que había algo en todo aquello que le recordaba irremediablemente a lo que habían visto en París.

—No lo sé —reconoció crispada a la vez que comenzaba a caminar hacia la

puerta que daba acceso a la sala contigua—. Sé muy bien lo que tenemos que hacer aquí, pero habiendo vivido lo que pasó la noche anterior, me cuesta creer que simplemente necesitemos ir de una sala a otra hasta que encontremos a su ministro.

En silencio, los tres caminaron sin detenerse a lo largo de la sala 12. La sala siguiente tenía una forma circular con tres puertas más que daban acceso a otras tres salas. Aprovechando aquella circunstancia, Margaux se detuvo a consultar el plano para ver por dónde debían continuar su búsqueda.

—Según esto estamos en la sala 11. La que acabamos de dejar atrás era la sala 12 y estas tres puertas dan acceso a las salas 5, 10 y 14 —dijo señalándolas tal como indicaba el plano.

A continuación, caminó hasta colocarse en la puerta que tenían a su izquierda.

—Esta es la sala 5 —comentó mirando por encima lo que había en su interior— y a la que accederíamos por aquella puerta del fondo es la sala 4, por la que ya han pasado antes Bailey y Milanelli en su camino hacia el ala Sainsbury.

—Lo que hace que no sea necesario que vayamos hasta allí —dijo Godwin.

Sin responderle, la profesora retrocedió unos pasos y se colocó de manera similar en la siguiente puerta.

—Y esta es la sala 10 que da acceso a la 9 por la que también han pasado ya ellos.

—¿Soy el único que tiene la sensación de que estamos haciendo algo un poco ridículo? —preguntó Campbell.

Estaba claro que no era el único que tenía aquella desagradable sensación. A pesar de ello, Margaux siguió con el plan que debía llevarles a encontrar al ministro.

—Puesto que Bailey y Milanelli ya han pasado por aquellas dos salas, el único sitio por el que debemos continuar nuestro camino es hacia la sala 14 —dijo dirigiéndose hacia ella—. Nuestro problema es que aquí se termina la parte del museo que hemos dicho que revisaríamos.

Los tres se detuvieron justo en el centro. Mientras Margaux continuaba consultando el plano, Godwin y Campbell observaron con escaso interés los cuadros que estaban allí expuestos.

—No hace falta que sea yo quien diga que aquí no hay nadie aparte de nosotros tres —comentó con ironía el comisario.

—¿Estás segura de que esta es la última sala que querías que examinásemos? —le preguntó el profesor acercándose a consultar el plano.

—Fíjate —le respondió Margaux señalándolo— a partir de aquí ya pasaríamos a visitar cuadros del siglo XVII y, como dije antes, Las Marías en el sepulcro es anterior.

—Puede que los secuestradores no hayan elegido la sala donde debería encontrarse ese cuadro para dejar al ministro —propuso Godwin.

—Lo sé —reconoció en voz baja la profesora—. El problema para nosotros es que si esa no es la razón que han elegido podría encontrarse en cualquier parte del museo y, en cierto modo, volveríamos a encontrarnos en la misma situación en la que estábamos al entrar.

El comisario se acercó a observar con detenimiento el mapa.

—Entiendo que esta no es la situación ideal —dijo tratando de animarla—, pero en muy poco tiempo hemos visitado ya una parte importante y ahora mismo Bailey y Milanelli están haciendo lo propio con el ala Sainsbury. Creo que sería una buena idea que nos separásemos y que revisásemos el resto de salas lo más rápido posible ¿no les parece?

Campbell y Margaux se miraron aceptando con resignación que su primera idea no parecía haber resultado correcta.

—Escuchen —insistió—, ustedes dos sigan por esta zona del museo y yo volveré a la entrada donde nos separamos y revisaré toda esa parte que excluyeron inicialmente.

—Ni siquiera es necesario que vaya a la entrada principal —le indicó Margaux—. Si retrocede por donde hemos venido llegará al *hall* central y desde ahí solamente tiene que cruzarlo y pasar a la parte contraria del museo a la que nos encontramos en este momento —dijo señalándolo en el mapa.

—Perfecto —respondió comenzando a caminar hacia la salida—. Revisaré esas salas lo más rápido que pueda y volveré aquí con ustedes ¿de acuerdo? Bailey no debería tardar en regresar con el profesor Milanelli y él les ayudará si encuentran al ministro que estamos buscando.

Ambos asintieron sin conseguir contestar una palabra. Por primera vez se iban a quedar solos sin la compañía del comisario o de alguno de los inspectores como había ocurrido siempre en París.

—¿Ya sabes por dónde quieres que sigamos buscando nosotros? —le preguntó Campbell sin dejar de mirar cómo se alejaba Godwin.

Margaux dudó unos segundos.

—Podemos pasar a la sala que tenemos a continuación —dijo caminando hacia ella— y según indica este plano desde aquí podremos acceder a dos partes del museo que tampoco hemos revisado hasta ahora. Esa de la derecha —añadió colocándose justo en el centro— lleva a una serie de salas que se disponen de manera paralela a donde va a estar el comisario, mientras que por el otro lado ya solo nos quedarían algunas de pequeño tamaño.

—Muy bien —dijo Campbell observando el mapa—. ¿Por qué parte prefieres que empecemos?

La profesora volvió a dudar.

—En verdad, creo que deberíamos separarnos. Ahora mismo solo nosotros estamos aquí dentro por lo que no creo que exista ningún peligro. Además —insistió viendo la cara que ponía—, el comisario tiene razón. Seguro que Bailey y Milanelli no tardarán mucho en volver.

Campbell respiró hondo.

—No me gusta la idea de separarnos, pero...

—Pero tenemos que revisar las salas que nos quedan lo antes posible —le

interrumpió con una sonrisa—. Si lo prefieres, como vamos a estar muy cerca el uno del otro, podemos ir diciendo en voz alta lo que nos vamos encontrando ¿te parece?

El profesor no se pudo resistir a aquella propuesta y comenzó a caminar lentamente hacia la sala contigua.

—En voz alta, recuerda.

—¡Sí! —respondió sonriendo.

Margaux, por su parte, se dirigió en sentido contrario hasta llegar a un estrecho pasillo que daba acceso a una pequeña sala. Al ver que no había nada en ella miró el plano para ver cuál era el número.

—¡Sala 15 vacía! —exclamó en voz alta—. ¡Y lo mismo la 16!... ¡Y la 17!

—¡Me alegro! —respondió Campbell desde la distancia—. ¿Sabes qué hay en la sala 30?

La profesora sonrió segura de que le estaba tomando el pelo mientras mantenía su mirada fija en el plano. Al llegar a la siguiente sala que le tocaba revisar, el enorme grito que soltó se escuchó en todo el museo.

Capítulo 66

—¡Emilie!

Campbell comenzó a correr hacia el punto donde ambos se habían separado. El miedo porque le hubiese ocurrido algo le atenazó por completo hasta el punto de no poder decir una palabra más. Ni siquiera cuando pasó por aquellas pequeñas salas de las que ella le había hablado sin encontrarla.

—¡James!

La voz de Margaux le ayudó a orientarse. Cuando llegó hasta ella comprendió por qué había gritado de aquella manera.

—Profesores, ¿qué ha pasado? —preguntó Bailey a unos metros de distancia de donde se encontraban.

Al llegar, tanto él como Milanelli observaron atónitos lo que los secuestradores habían dejado para ellos.

Las dos puertas de acceso a la sala 19 se encontraban bloqueadas por dos cilindros de dos metros de altura que proyectaban entre sí una especie de red de líneas de color rojo. Junto a ellos se encontraba una pequeña pantalla que mostraba un teclado alfanumérico. En el fondo de la sala, una estructura de metacrilato con el aspecto de una jaula de cristal sostenida sobre una base de color negro.

—Dios mío, la ministra Johnson —suspiró Bailey.

Tumbada dentro de esa estructura se encontraba el cuerpo de una mujer inconsciente.

—¡Profesores!

Todos se giraron al escuchar llegar a Godwin.

—¿Qué ha...?

Bloqueado por lo que veía, el comisario fue incapaz de finalizar la pregunta.

—Creo que ya hemos encontrado lo que hemos venido a buscar, señor —dijo Milanelli.

Sin poder decir una palabra, se llevó las manos a la cabeza. Si bien desde el primer momento le había resultado difícil aceptar la idea de que en aquel museo fuesen a encontrar a uno de sus ministros, lo que tenía justo delante en ese momento sobrepasaba todo cuanto hubiese podido imaginar nunca.

—Como digo —repitió el profesor—, ya hemos encontrado lo que han dejado aquí para nosotros. Ahora nos toca descubrir cómo podemos salvarle la vida.

Campbell dedicó unos instantes a fijarse en el cuerpo de aquella mujer.

—¿Creen que está viva? —preguntó.

—¡Sin duda! —respondió enérgicamente Milanelli—. Y esto que tenemos aquí es la prueba de ello —dijo señalando a la red de luces que bloqueaba la puerta.

La esperanza que se desprendía de las palabras del profesor hizo que tanto Bailey como el comisario se centrasen en intentar encontrar el modo de llegar hasta la ministra.

—¿Qué demonios creen que es esto? —preguntó Godwin nervioso.

—En mi opinión —se adelantó a responder Milanelli—, «esto», como usted lo llama, es lo único que nos separa ahora mismo de poder salvarla.

—Eso parece bastante evidente, profesor —comentó Bailey algo molesto por la condescendencia de aquel comentario—. Lo que necesitamos saber es cómo demonios apagarlo para poder llegar hasta ella.

Milanelli caminó dos pasos hasta colocarse justo delante de la pequeña pantalla y se detuvo unos instantes pensativo observándola.

—Creo que es bastante evidente que, de alguna manera, los secuestradores quieren que introduzcamos algún tipo de contraseña que consiga ese objetivo.

—¿Y si no lo conseguimos? —preguntó de inmediato el comisario.

El profesor se encogió de hombros y dirigió su mirada a la estructura en la que se encontraba encerrada.

—Creo que es mejor que no pensemos en esa opción —respondió Campbell—. Fíjense en el extremo derecho de la base. De ahí sale un cable que está conectado al enchufe que hay en la pared.

Bailey y Godwin se acercaron a ver lo que les estaba indicando el profesor.

—¿Me está diciendo que si no conseguimos apagar esta maldita luz la ministra Johnson va a morir electrocutada?

—No, comisario —contestó Margaux—. Eso no es posible.

Godwin se giró inmediatamente hacia ella.

—¿Y por qué no?

—Porque esa muerte no aparece en ninguna de las pinturas que hay en la iglesia de San Estefano Rotondo, señor.

Godwin cerró los ojos y se pasó la mano derecha por el rostro intentando centrarse. Tal como decía la profesora, los secuestradores habían seguido hasta ese momento un patrón muy claro a la hora de elegir la manera de asesinar a los ministros. Tanto en el caso de los dos que habían encontrado en el Royal Albert Hall y en el Guildhall, como en los dos cuerpos que habían aparecido en París.

—Es cierto —dijo disculpándose por su error—. Entonces ¿por qué demonios está conectado a la corriente esa cosa y por qué tenemos delante de nosotros esto que nos bloquea el paso?

Campbell apreció el nerviosismo que se desprendía de las palabras del comisario. Después de saber que ya habían aparecido muertos cuatro de los siete ministros desaparecidos, y después de ver cómo uno de ellos era secuestrado delante de sus narices, la presión por salvar la vida del primero que habían conseguido encontrar en todo el día parecía estar a punto de sobrepasarle.

—En mi opinión —comenzó—, tal como ha dicho Milanelli, los secuestradores quieren que escribamos algo en esa pantalla que apagará esta barrera y que nos permitirá llegar hasta ella.

—¿Y tiene idea de qué puede ser? —le preguntó rápidamente Bailey.

Campbell miró a la profesora Margaux.

—No hay duda de que tiene que tratarse de algo relacionado con todo lo que estamos viviendo. Tanto hoy como con lo que hemos vivido en París la pasada noche.

—Eso estaría de acuerdo con lo que han venido diciendo ustedes ¿no es así? —opinó el comisario.

—Sí, señor —afirmó Campbell—. El problema es descubrir qué es lo que quieren que escribamos.

Margaux se aproximó lo más que pudo hasta la entrada de la sala, justo antes de llegar a tocar aquella especie de barrera luminosa.

—¿Qué está mirando, profesora? —le preguntó Bailey.

Antes de responderle, se giró y buscó a Campbell con la mirada.

—Son todos cuadros de Nicolás Poussin —le dijo.

El profesor mostró claramente su sorpresa.

—¿Quieren explicarnos qué es lo que pasa? —insistió molesto.

—Esta sala —respondió la profesora— expone cuadros del mismo autor que la sala 22 del Louvre donde encontramos el cuadro de Las Marías en el sepulcro.

Bailey y el comisario no supieron qué responder.

—Eso significa —continuó Campbell— que han utilizado una sala de este museo muy particular. Y, tal vez, por eso borraron de la página web la información acerca de dónde se exponía.

Godwin les miró confundido.

—Creo que no les sigo, profesores. Si no recuerdo mal ese cuadro no tiene autor.

—Cierto —respondió Margaux—. Y precisamente por eso, al hacer desaparecer la información de dónde se encontraba expuesto, tal vez no querían que revisáramos una por una cada una de sus salas sino que pasásemos a la siguiente opción más probable que era buscar en la única sala en la que se exponen cuadros del mismo autor que la sala del Louvre donde lo encontramos.

—Pero eso... —dijo Bailey sorprendido.

—Eso significaría que en este caso —le interrumpió Milanelli— no estaban intentando hacer que perdiéramos tiempo, sino todo lo contrario. Estaban intentando guiarnos lo más rápido posible hasta aquí para que pudiésemos encontrarla.

Godwin desvió su mirada hacia la estructura de metacrilato.

—¿Acaso quieren que la salvemos?

—No necesariamente —respondió Campbell—. Lo que significa, en mi opinión, es que por segunda vez nos han intentado dirigir hasta este lugar y nosotros no hemos sabido interpretar sus intenciones a tiempo.

—¿Se refiere al cuadro que encontramos en el domicilio de Hudson? —preguntó Bailey.

—Sí, señor. Como creo que ha quedado suficientemente demostrado, dejaron ese cuadro en su dormitorio después de secuestrarlo para que viniésemos hasta aquí donde han dejado a uno de sus ministros —dijo señalando a la ministra Johnson—. Y

de la misma manera, creo que borrarón la localización de Las Marías en el sepulcro para que nos dirigiéramos directamente a la sala que expone cuadros de Nicolás Poussin.

El comisario resopló con fuerza.

—De modo, que en dos ocasiones nos han intentado guiar hasta ella y en las dos nosotros nos hemos empeñado en ignorarles.

—Puede que sea así —dijo Milanelli intentando evadirse de aquella conversación sin sentido—, pero en cualquier caso lo que debemos intentar descubrir ahora es cómo conseguir que estas lucecitas se apaguen lo antes posible.

—Estoy de acuerdo, profesor —dijo Bailey—. Pero ni siquiera sabemos si está viva.

Todos desviaron por un segundo su mirada hacia el fondo de la sala.

—No me cabe la menor duda de que sí lo está —respondió—. Estoy seguro, como les dije al principio, que este es el juego que nos han planteado los secuestradores y son ellos los primeros interesados en saber si somos capaces de descubrir qué es lo que tenemos que escribir en esta pantalla para poder llegar hasta ella.

—Eso explicaría, también, por qué querían que descubriéramos dónde se encontraba lo antes posible —opinó Bailey.

—Así es —afirmó—. Que esa mujer está viva creo que está fuera de toda duda. Posiblemente se hayan ocupado de sedarla, o algo por el estilo, pero que está viva pueden tenerlo por seguro.

Tras escuchar aquellas palabras, Godwin se acercó a la pantalla que tenían delante y la observó durante unos instantes. A continuación, levantó la mirada y la dirigió hacia la otra puerta situada a su derecha que daba igualmente acceso a aquella sala.

—Tal vez lo primero que debemos hacer es saber si en los dos casos lo que debemos introducir es lo mismo ¿no les parece?

Milanelli observó desde la distancia lo que les mostraba el comisario. Para él, aquella pregunta tenía una respuesta sencilla. Aún así, caminó en silencio hasta la otra puerta intentando descubrir si su idea era correcta.

—Es exactamente igual, comisario —dijo en voz alta—. Es la misma pantalla y el mismo teclado alfanumérico que están viendo ahí.

—Entonces solo tenemos que descubrir una palabra que apague ambas barreras —comentó Bailey.

Campbell suspiró al escuchar la facilidad en la tarea que tenían por delante que parecía desprenderse de aquel «solo».

—Es indudable que simplemente han colocado una barrera de este tipo en cada una de las dos puertas de acceso a esta sala —comenzó—. Lo difícil ahora es descubrir qué quieren que escribamos en esta pantalla para que se apaguen estas luces.

—Para serle sincero, profesor —dijo Godwin—, a mí me preocupa tanto

descubrir cuál es esa palabra cómo saber qué podría ocurrir si nos equivocamos.

Margaux observó desde la entrada el cuerpo de la ministra antes de expresar su opinión.

—Como ya le dije antes, comisario, sea lo que sea lo que pudiese ocurrir, no puede estar relacionado con la electricidad ya que no aparece en ninguna de las pinturas de la iglesia de San Estefano Rotondo. Entre otras cosas, porque es evidente que en aquella época todavía no había sido inventada.

Godwin torció el gesto ante aquella afirmación que parecía dejarle en evidencia.

—Eso lo sé, profesora —contestó intentando ocultar su malestar—. Pero también está claro que algo sucederá si no introducimos la palabra correcta.

—Tal como yo lo veo —dijo Milanelli volviendo hasta donde ellos se encontraban— lo que tenemos ante nosotros nos plantea dos interrogantes que debemos valorar. En primer lugar está descubrir cuál es la palabra que permitirá apagar esta barrera de luces, y en segundo lugar, descubrir qué ocurrirá si nos equivocamos.

Bailey le miró sorprendido.

—Entiende que equivocarnos no es una opción ¿verdad, profesor?

—Por supuesto que sí, señor. Yo soy el primero que quiere salvar la vida de esa mujer y el primero al que le gustaría saber qué debemos escribir en esta pantalla para que eso suceda.

Campbell hizo un sutil ruido con la voz intentando atraer su atención.

—¿Tiene alguna idea? —le preguntó el comisario.

—A decir verdad, señor —respondió—, al hilo de lo que les está diciendo el profesor Milanelli, yo también me preguntó qué es lo que puede ocurrirle a su ministra si nos equivocamos con la palabra elegida. Es prácticamente imposible que seamos capaces de acertar a la primera con aquella que los secuestradores hayan elegido, de modo que creo que lo más importante sería averiguar hasta qué punto podemos equivocarnos.

—Me temo que no le entiendo —dijo rápidamente Bailey.

—Es sencillo —le aclaró Campbell—. Estoy seguro de que saben que no podremos descubrir cuál es esa palabra sin equivocarnos una vez al menos y eso mismo hace que me pregunte cuántas veces habrán planeado dejarnos probar para seguir teniendo posibilidades de salvarla.

Godwin dirigió su mirada hasta la estructura en la que estaba encerrada la ministra y, a continuación, miró al profesor.

—¿Cree que le ocurrirá algo cada vez que elijan una palabra equivocada?

—Eso me temo, señor.

—Si lo que propone el profesor es cierto —añadió pensativa Margaux— quiere decir que lo que le ocurriera sí tendría que ver con una de las pinturas de la iglesia.

Campbell le sonrió viendo que estaba llegando a la misma idea que él tenía en su cabeza.

—¿Cómo dice, profesora?

Margaux gesticuló sutilmente antes de responder al comisario.

—La tortura, señor. Las pinturas representadas en la iglesia de San Estefano Rotondo recogen torturas sufridas por mártires en la época del Imperio Romano como ya les explicamos en el Royal Albert Hall. Hasta ahora, los secuestradores han elegido dos de ellas para sus ministros, como pudimos comprobar desgraciadamente en el cuerpo del ministro Tillden y en el cuerpo calcinado del ministro Humme en el Guildhall. Sin embargo, a pesar de que desde el principio supimos entender qué era lo que estaban haciendo con sus cuerpos, en ambos casos ya les encontramos muertos lo que limitó esas situaciones, por así decirlo, a la reproducción de esas torturas pero nada más.

—¿Le parece poco? —le preguntó molesto Bailey.

—No, por supuesto. No me interprete mal —se disculpó admitiendo que quizá había escogido equivocadamente sus palabras—. Lo que quiero decir es que en los dos primeros casos que hemos visto hoy, sus dos ministros ya estaban muertos cuando nosotros les encontramos. Sin embargo, en este caso, la ministra Johnson está aún con vida y me temo que lo que vamos a presenciar es exactamente eso, señor, su tortura.

Bailey miró aterrado aquella especie de jaula de metacrilato incapaz de aceptar lo que estaba diciendo.

—Pero ustedes mismos han reconocido que nos es posible que la electricidad tenga nada que ver con su muerte.

—Eso lo sé, señor —afirmó con rotundidad—. Y creo que ninguno de nosotros estamos pensando en eso en este momento.

Milanelli se llevó las manos a la cabeza.

—Va a morir ahogada —dijo en voz baja.

—¿Cómo dice?! —preguntó asombrado el comisario.

—Fíjese, señor —le indicó Campbell señalando hacia la parte del techo situado justo encima de donde se encontraba la estructura de metacrilato—, justo ahí hay un rociador antiincendios. Si recuerda, en una de las pinturas que nos mostró la agente Shahi se muestra a un mártir que es lanzado hacia una especie de vasija gigante llena de agua.

Bailey y Godwin le miraron incapaces de admitir lo que estaban escuchando.

—Sé que es difícil de aceptar —dijo Margaux—, pero lo que vimos en los dos casos anteriores demuestra que lo que les está diciendo el profesor Campbell es correcto. La reproducción que los secuestradores hicieron en el cuerpo del ministro Tillden fue increíblemente fiel a lo que aparece en el cuadro original. Posiblemente para que fuésemos capaces de entender qué nos querían decir en ese momento. En el caso de Humme no era tan clara esa relación, pero una vez que sabíamos qué torturas estaban utilizando con sus ministros no fue difícil relacionar su muerte con la representación del martirio en la hoguera que aparece en la iglesia de San Estefano

Rotondo. Por tanto, ahora tenemos que pensar en qué tortura han elegido en este caso y la que les acaba de decir él es, sin duda, la única que encaja con lo que tenemos delante en este momento.

Margaux hizo una breve pausa y dirigió su mirada hacia el fondo de la sala.

—Puede resultar menos evidente que las dos anteriores que ya hemos visto, sobre todo si la comparamos con la de Tilden, pero en mi opinión, en nuestra opinión mejor dicho, no hay duda de que los secuestradores han elegido la pintura en la que un mártir es arrojado al agua.

Bailey no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿De modo que cada vez que introduzcamos una palabra equivocada saldrá agua de ese rociador y llenará esa estructura?

—Eso es lo que creo que ocurrirá precisamente, señor —reconoció Margaux satisfecha de ver cómo finalmente habían aceptado su explicación.

—¿Y cuántas veces podremos equivocarnos antes de que muera ahogada?

Campbell guardó un segundo de silencio antes de aceptar que no tenían manera de saber lo que irremediamente iba a condicionar la vida de aquella persona.

—Por desgracia, no podemos responder ahora a esa pregunta, señor. Solo sabemos que cada vez que nos equivoquemos con la palabra elegida esa estructura se irá llenando poco a poco. Cada vez más hasta que llegue un momento en que el agua la cubra por completo.

El comisario Godwin se giró y caminó en silencio durante varios segundos en círculos incapaz de aceptar que su única opción en toda aquella historia fuese probar una y otra vez hasta ser responsables de la muerte del primer ministro al que por fin podían salvar la vida.

—Entienden que eso no podemos permitir que ocurra ¿verdad? —preguntó finalmente.

Campbell y Margaux se miraron el uno al otro sin saber qué responder.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que ese es el final que ninguno deseamos —respondió Milanelli—. Y estoy convencido de que si nos han planteado este juego es porque saben que podemos encontrar la palabra correcta.

—Pero ¿por qué en este momento? ¿Por qué ahora hacen esto y sin embargo no permitieron que salváramos a los otros cuatro ministros?

Milanelli se encogió de hombros.

—No lo sé, señor. Y entiendo lo frustrante que es esta situación. Pero creo que lo mejor para todos nosotros, y sobre todo para su ministra, es que nos centremos en el problema que tenemos delante e intentemos descubrir cuanto antes cómo apagar esta barrera de luces.

Godwin dedicó unos segundos a observar detenidamente aquella barrera a la que se refería el profesor.

—Si como ustedes están diciendo lo que ocurrirá será que comenzará a salir agua de aquel rociador ¿qué demonios creen que pasaría si intentamos cruzar sin más a

través de estas luces?

Campbell se mostró sorprendido por aquella pregunta.

—No sé lo que ocurriría, señor, pero estoy totalmente convencido de que es mejor que no hagamos la prueba. Algo me dice que si los secuestradores han colocado esta pantalla aquí con este teclado —dijo señalándolo— es para que introduzcamos alguna palabra en concreto y no para que nos la saltemos sin más.

Milanelli sintió la necesidad de apoyar aquella opinión ante la arriesgada idea que parecía estar pasando por la cabeza del comisario en ese momento.

—Señor, entienda que esto es un juego que ellos han ideado. Si se salta sus normas, las consecuencias para la vida de su ministra pueden ser fatales.

Godwin mostró con una mueca su disconformidad frente aquella afirmación.

—De hecho, puede que usted mismo haya respondido a esa pregunta hace unos minutos sin saberlo —añadió Margaux—. ¿Recuerda que antes nos preguntó por qué esa estructura está conectada a la corriente?

El comisario afirmó con la cabeza.

—Pues puede que sea una manera rápida que hayan elegido para asegurarse de que no ponemos en práctica esa idea que usted acaba de plantear. Es evidente que han escogido en este caso otra tortura representada en la iglesia de San Estefano Rotondo, pero también creo que es evidente que han elegido un método directo y efectivo de acabar con la vida de la ministra Johnson en el caso de que decidiésemos saltarnos las reglas del juego que ellos mismos han planeado.

Capítulo 67

El capellán del Palacio de Lambeth se detuvo y observó extrañado cómo, en el otro extremo del pasillo, la puerta de la biblioteca que debería estar cerrada con llave se encontraba ligeramente abierta. Con total tranquilidad, caminó hacia la entrada intentando recordar en qué momento había cometido semejante descuido.

Cada vez que el arzobispo se encontraba de viaje él era el encargado de mantener listas todas las dependencias del palacio. Era una tarea monótona y ciertamente aburrida, pero también era un trabajo que le permitía disponer de un puesto mucho más estable dentro de la congregación que le posibilitaba vivir en Londres sin tener que viajar cada semana de un país a otro.

Al llegar hasta la puerta, la abrió cuidadosamente con la mano y se adentró un par de metros en su interior para comprobar que todo estuviese en su sitio. Aquella biblioteca, desconocida para muchas personas, contenía una enorme cantidad de libros antiguos y manuscritos de incalculable valor para la iglesia. Preguntándose, de nuevo, cómo podía haber cometido un fallo tan impropio de él, se dirigió hacia la salida y cerró la puerta. A continuación, sacó su juego de llaves y se cercioró de dejarla completamente cerrada. Por suerte, el arzobispo no estaba allí aquellos días y nunca se enteraría de lo que había ocurrido con su querida biblioteca.

Capítulo 68

—Está bien —dijo Godwin intentando pensar—. De modo que no nos queda otro remedio que hacer lo que los secuestradores quieren. Si intentamos atravesar esta barrera, la ministra muere. Y si nos equivocamos demasiadas veces con la palabra que tenemos que introducir en esta pantalla seremos responsables de que sufra una muerte agónica.

Campbell reconoció la crudeza de aquellas palabras que, sin embargo, relataban a la perfección el problema al que debían enfrentarse.

—Siento que esa sea la realidad, comisario. Pero no tenemos otra opción que esforzarnos en descubrir qué quieren que escribamos aquí para poder salvarla.

—Tal vez... —dijo Bailey repentinamente—. Tal vez sí exista otra posibilidad. Todos se giraron hacia él.

—¿Qué posibilidad? —preguntó Milanelli.

—Si no he entendido mal, parece que la suerte de la ministra depende de nosotros exclusivamente, pero en un caso u en otro, el riesgo que corre su vida es fácilmente evitable.

—¿Podría ser más concreto? —insistió el profesor.

—Brian —dijo dirigiéndose al comisario—, podemos pedir a Shahi que acceda al sistema de seguridad del museo y deje sin electricidad esta sala. Así no correríamos el riesgo de que le ocurriese nada malo si atravesamos esta barrera.

Godwin reflexionó durante unos segundos aquella propuesta. A pesar de que sonaba bastante evidente los riesgos que suponía correr eran demasiados.

—Señor, no creo que hacer eso sea una buena idea —dijo rápidamente Margaux.

—¿Por qué no, profesora? —le contradijo Bailey—. Ustedes lo han dejado bien claro. Si tocamos estas luces morirá electrocutada, pero eso no ocurrirá si dejamos sin electricidad esta sala. Incluso podríamos pedirle que cortara el suministro de agua del museo y tampoco habría ningún problema en que probaran tantas palabras como quisieran.

Milanelli negaba repetidamente mientras le escuchaba.

—Lo que usted está diciendo es demasiado arriesgado —criticó—. Si algo hemos aprendido en París es que debemos seguir el juego que nos plantean los secuestradores para conseguir que las cosas acaben bien. Así lo hicimos la pasada noche y conseguimos salvar la vida del señor Deneux.

—Estoy de acuerdo en eso —reconoció Bailey—, pero también han sido ustedes los primeros en dejar claro desde un principio que esta situación no tiene nada que ver con lo que vivieron allí, y eso se corrobora con el hecho de que de los siete ministros secuestrados cuatro ya han aparecido asesinados.

—¿Qué opina usted, profesor? —le preguntó Godwin a Campbell.

Este desvió la mirada hacia el cuerpo tendido de la ministra intentando evaluar lo más rápidamente posible las ventajas e inconvenientes de aquella opción.

—No lo sé, señor, no estoy seguro. Lo que dice Bailey es lógico. Excesivamente lógico me atrevería a decir. Tanto, que estoy convencido de que los secuestradores no habrían organizado todo esto sin asegurarse de que algo tan sencillo como eso no podría llegar a ocurrir.

—¿Entonces?

—Simplemente creo que ellos tienen razón. Está claro que debemos introducir algo en esa pantalla que nos permita salvarle la vida. Ese es el juego que han ideado y eso es lo que deberíamos hacer. Cualquier otra posibilidad sería salirse de lo que ellos quieren y no sabemos cuáles podrían ser las consecuencias.

—Pero si no estoy mal informado —insistió Bailey defendiendo su idea—, a Chavrier sí le salió bien ir en contra de los planes de los secuestradores ¿no es así?

Campbell cerró por un instante los ojos sabiendo perfectamente a lo que se estaba refiriendo.

—Sí, sí... —reconoció a duras penas—. Pero aquella situación fue diferente.

—Pues yo no veo tal diferencia, profesor. En aquel momento ustedes intentaban salvar la vida de Deneux y aquí estamos intentando hacer lo mismo con la vida de la ministra Johnson.

Los tres profesores permanecieron en silencio.

—Y sabiendo el éxito que tuvo —finalizó viendo que ninguno era capaz de rebatirle— no veo por qué no podríamos hacer lo mismo esta vez.

Percibiendo que no tenían ninguna alternativa mejor en ese momento, Godwin sacó su teléfono móvil.

—¿Qué va a hacer? —le preguntó inquieto Milanelli.

—No se preocupe, profesor —respondió—. Simplemente quiero saber hasta qué punto cada uno de ustedes cuatro está en lo cierto en las dos opciones que plantean.

La voz de Shahi interrumpió su respuesta.

—Agente —dijo nervioso al escucharla—, necesito que haga algo enseguida.

—¿El qué, señor? —preguntó.

—Quiero que acceda nuevamente al sistema de seguridad del museo y que me diga qué ve a través de las cámaras de seguridad de la sala 19.

Milanelli mostró una media sonrisa comprendiendo lo que estaba haciendo. Durante los segundos que tardó en responder a su petición todos permanecieron en silencio.

—Nada, señor. La sala está vacía.

—¿Y qué es lo que ve en la cámara que graba justo la entrada a esa sala? —le preguntó mientras la miraba directamente.

—Lo mismo, señor. El pasillo está vacío.

Godwin se volvió hacia a los profesores.

—Ya se lo advertimos, comisario —dijo Margaux—. Al igual que manipularon esa grabación donde vimos a dos secuestradores introducir al ministro Tilden en el Royal Albert Hall, es perfectamente lógico pensar que han manipulado el sistema de

seguridad de este museo. Están repitiendo lo que ocurrió en el Louvre.

En ese momento, la rabia que le invadió al ver cómo estaban jugando con ellos hizo que sintiese la necesidad de intentar adelantarse, por una vez, a lo que les estaban obligando a hacer.

—Agente —dijo con tono muy serio—, puede decirme si sería posible que dejase sin suministro eléctrico una de las salas del museo.

—Por supuesto, señor —respondió sin dudar—. ¿Qué sala en particular?

Margaux le miró con cara de pánico previendo las consecuencias que podía tener lo que estaba a punto de pedirle.

—Comisario, por favor, no...

Godwin levantó una mano interrumpiéndola. Cerró los ojos y, a continuación, pidió que hiciera lo que quería Bailey.

—Deje sin electricidad la sala 19, por favor.

Al instante, las luces de la sala se apagaron. Margaux sentía que el corazón se le iba a salir del pecho.

—¿Lo ven? —dijo Bailey—. Ahora podremos saltarnos esta estúpida barrera y llegar hasta la ministra sin problemas.

Justo en ese momento, casi antes de que terminara de hablar, un sonido seco en el interior de la sala atrajo la atención de todos ellos. A pesar de que la estructura de metacrilato estaba débilmente iluminada tan solo por la luz que le llegaba de aquellas dos barreras luminosas que les impedían el paso y por la iluminación del pasillo, lo que estaba ocurriendo en su interior no dejaba lugar a dudas.

—¡Se lo advertimos, comisario! —exclamó Margaux—. ¡No se puede jugar con los secuestradores!

—¡Dígale que conecte la electricidad! —dijo nervioso Campbell—. ¡Si quiere que deje de salir agua tiene que hacer que vuelva la electricidad!

Las luces se encendieron de nuevo. Desde la distancia vieron cómo el rociador que se encontraba encima de la estructura de metacrilato se detenía.

Bailey se llevó las manos a la cabeza.

—No me esperaba... Dios mío...

—¡Miren! —exclamó Margaux excitada—. ¡Se está moviendo!

El contacto con el agua hizo que la ministra Johnson se despertase. Al abrir los ojos, intentó levantarse instintivamente, aturdida y sin saber lo que estaba ocurriendo. Con la visión aún borrosa observó su ropa mojada y percibió atemorizada cómo tenía los tobillos encadenados al suelo. Al intentar desprenderse de aquellas cadenas, sintió que sus brazos estaban igualmente atados a su espalda. El miedo se apoderó de ella.

—¡Ministra Johnson! —exclamó Godwin—. ¡Ministra Johnson! ¿Puede oírme?

Aquellos gritos hicieron que se girara y viera a varias personas que permanecían a unos metros de distancia. Intentó responder pero su boca estaba igualmente amordazada.

—¡Tenemos que hacer algo! —dijo Bailey—. ¡No podemos dejarla ahí!

Milanelli percibió la importancia que tenía en ese momento acertar con el siguiente paso que diesen ya que los secuestradores acababan de demostrarles que no estaban dispuestos a permitir que intentaran nada diferente a lo que ellos habían planeado.

—Por favor, señor, creo que lo más importante ahora es que pensemos fríamente qué es lo que vamos a hacer a continuación. La ministra está viva y tenemos que conseguir apagar esta barrera siguiendo los pasos que ellos quieren que demos. Si no lo hacemos así, ya ha visto lo que puede ocurrir.

Bailey respiró profundamente intentando calmarse.

—Agente, ¿sigue sin ver nada en las cámaras de seguridad de esta sala?

—No, señor. Ni siquiera cuando he desconectado la electricidad se ha visto ningún cambio. Está claro que lo que estamos viendo aquí son imágenes grabadas.

Godwin de nuevo cerró los ojos maldiciendo a los secuestradores. A continuación, guardó su teléfono móvil y miró a la ministra.

—Profesores, tenemos que salvar la vida de esa mujer como sea. No me importa lo que tengamos que hacer para conseguirlo pero tenemos a menos de diez metros de distancia a uno de los ministros de este gobierno y no voy a permitir que muera ahogado.

Campbell caminó hasta situarse delante de la pantalla.

—Tiene que ser una palabra relacionada con algo de lo que haya ocurrido aquí o en París —murmuró.

Margaux y Milanelli se colocaron a su lado. Si existía alguna razón por la que habían viajado hasta Londres era justo para descubrir cómo resolver aquella situación.

—No solo una palabra —dijo Milanelli frotándose la barbilla—. Esto es un teclado alfanumérico, lo cual quiere decir que tiene que tener números y letras.

—Quizá precisamente eso sea una manera de confundirles —opinó el comisario.

Campbell le miró antes de negar con la cabeza.

—Imposible, señor. Ya ha visto lo que ha ocurrido hoy. Primero con el cuadro de *El éxtasis de San Pablo* en casa del ministro Hudson y luego cuando han borrado de la página web del museo la localización del cuadro de Las Marías en el sepulcro. Los secuestradores han intentado en dos ocasiones dirigirnos directamente hasta aquí y nosotros torpemente nos hemos empeñado en hacer justo lo contrario. Por esa razón estoy seguro de que si han elegido este tipo de teclado es porque, como dice el profesor, la contraseña que apagará esta barrera contiene números y letras.

—Además —añadió Milanelli—, un teclado solo de números o solo de letras ya incluiría por si mismo infinitas posibilidades, por lo que no hay razón para complicar hasta ese extremo la prueba que nos han puesto. Tenga en cuenta que ellos son los primeros que disfrutan con lo que está ocurriendo y los primeros que quieren que tengamos una posibilidad de descubrir la solución.

Los gritos de la ministra les interrumpieron.

—Señor —dijo Margaux—, creo que lo primero que debemos hacer es intentar tranquilizarla. No me imagino la situación por la que está pasando esa mujer, de modo que si podemos explicarle lo que está ocurriendo, y así hacer que permanezca lo más calmada posible, eso nos facilitará enormemente nuestro trabajo.

Godwin aceptó a regañadientes la labor tan complicada que le tocaba hacer.

—Ministra Johnson —dijo en voz alta dirigiendo su mirada hacia ella—. Soy el comisario Brian Godwin y vamos a sacarla de ahí. Necesito que se calme.

Johnson afirmaba nerviosa con la cabeza.

—¿Recuerda algo de lo que ha ocurrido? ¿Recuerda cómo llegó hasta aquí?

Intentando calmarse como le pedía, negó las preguntas del comisario.

—Está bien. No se preocupe por eso —dijo con ambas manos levantadas intentando infundirle tranquilidad—. Tenemos que ver cómo apagar esta barrera que nos impide entrar, y en cuanto lo consigamos, entraremos y la sacaremos de ahí ¿de acuerdo?

De nuevo, afirmó con la cabeza.

—Comisario —le interrumpió Campbell—, ¿podría pedirle que se levante?

Godwin le miró extrañado.

—Es necesario que la ministra se levante —insistió.

Sin entender cuál era la razón que tenía, le transmitió lo que el profesor le estaba pidiendo.

—¿Para qué demonios quiere que esté de pie esa pobre mujer? —le preguntó en voz baja volviéndose hacia él.

Campbell le señaló la parte más baja de la estructura, justo a la altura de sus pies.

—¿Cuántos segundos estuvimos antes sin electricidad? ¿Cuatro? ¿Cinco? Mire el agua que ha entrado en ese tiempo. Ya le llega por encima de los tobillos.

Godwin hizo un enorme esfuerzo para evitar mostrar cualquier gesto que pudiera preocuparla.

—¿Está calculando cuánto tiempo tardará en llenarse por completo? —preguntó Bailey colocándose detrás de la pared para no ser visto.

—Señor —respondió el profesor—, lo que ocurrió antes fue que comenzó a salir agua durante el tiempo que la sala se quedó sin electricidad. Tengo la sensación de que fue una especie de mecanismo automático ya que en el momento que Shahi restableció la corriente esta dejó de salir.

—¿Y?

—Creo que eso no va a suceder más. Me temo que a partir de ahora cada vez que introduzcamos una palabra errónea saldrá un cantidad fija de agua. El problema es que no sabemos cuánta cantidad. Por eso creo que es muy necesario que permanezca de pie.

Bailey le miró aterrorizado.

—Tiene que existir otra manera, profesores. No puede ser que la vida de esa mujer esté ligada a que ustedes acierten con la palabras que elijan.

Margaux dirigió su mirada hacia la ministra y de nuevo volvió a mirar a la pantalla.

—Creo que tenemos otro problema, señor.

Godwin no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Qué problema, profesora? —preguntó manteniendo su aparente normalidad.

—Me temo que lo que acaba de decir el profesor Campbell me ha hecho darme cuenta de algo que no habíamos considerado hasta ahora. Si lo que ha dicho es cierto y el sistema que activó la salida de agua está automatizado, puede que las señales que los secuestradores nos dejaron para que viniéramos directamente hasta esta sala no hayan sido únicamente para ayudarnos.

Milanelli comprendió rápidamente a lo que se estaba refiriendo.

—Tenemos un tiempo limitado para descubrirlo —afirmó llevándose las manos a la cabeza.

—¿Cómo dice? —preguntó Bailey.

—Lo que acaba de escuchar, señor —respondió ella—. Me temo que el sistema que controla la salida de agua de ese rociador que se encuentra justo encima de la ministra está controlado por un sistema automático. Si intentamos saltarnos lo que los secuestradores quieren que hagamos comenzará a salir agua y morirá ahogada antes de que podamos hacer nada para remediarlo como ya hemos comprobado antes. El problema está en que creo que nos han dejado esas indicaciones para que llegáramos hasta aquí, no para ayudarnos, sino porque ese mismo sistema tiene un temporizador, y cuando ese tiempo llegue a su fin comenzará a liberar agua descontroladamente. Y lo peor de todo es que nuestro problema no está en si descubrimos o no qué palabra puede apagar estas barreras, sino que no sabemos exactamente cuánto tiempo llevamos perdido, primero intentando averiguar la autenticidad del cuadro de *El éxtasis de San Pablo* y después revisando todas las salas del museo. Y todo ese tiempo, sea el que sea, es tiempo que hemos desperdiciado en cosas que no eran intentar salvar la vida de la ministra Johnson.

Godwin tuvo que hacer un esfuerzo titánico para evitar que en su rostro se reflejase el sentimiento de temor provocado por las palabras de la profesora. La ministra se encontraba de pie, mirándole fijamente, por lo que no podía permitirse que el más mínimo reflejo de miedo asomase por su rostro.

—¿Está diciendo que no solo no saben qué palabra apagará estas barreras sino que tampoco sabemos cuánto tiempo tenemos para conseguirlo? —preguntó atónito Bailey incapaz de asumir la pesadilla que estaban viviendo.

—Creo que ha quedado bastante claro que ese es nuestro gran problema —respondió Milanelli—. Y si esa es la situación que tenemos por delante creo que deberíamos probar cuanto antes con la primera palabra y ver qué es lo que ocurre exactamente.

El comisario se giró para acercarse hasta ellos.

—Entienden el riesgo que eso supone ¿verdad?

—Sí, señor —respondió decidido—. Pero como ya hemos dicho antes, estoy seguro de que tenemos varias oportunidades para descubrir cuál es la palabra correcta. Desde luego no es la opción ideal pero no podemos quedarnos de brazos cruzados discutiendo sin hacer nada cuando en cualquier momento ese rociador puede empezar a soltar agua de manera automática.

Godwin cerró los ojos deseando que todo aquello tuviera un buen final.

—¿Y saben cuál es la primer opción que quieren probar? —preguntó finalmente.

Los tres profesores se miraron mutuamente.

—Según todo lo que ha ocurrido hasta ahora —dijo Campbell— parece que continuamente los secuestradores hacen referencia a cosas que han ocurrido en París, de modo que es posible que en algo que sucedió allí esté la respuesta.

Margaux se mostró de acuerdo.

—En ese caso, probablemente sería una de las cosas que quedaron sin explicar.

—Las hojas de *Timeo* y *Ética nicomáquea* —añadió Milanelli.

—Pero eso son solo letras —afirmó Bailey—. Ustedes han dicho que tienen que ser letras y números.

Milanelli sonrió.

—No si consideramos los números que aparecieron junto a cada hoja.

—¡Además, esas personas eran dos de sus ministros! —exclamó ahogadamente Margaux.

Godwin les miró con cara de extrañeza.

—Señor, no tenemos ninguna manera de saber si las opciones que planteamos son correctas —dijo viendo su cara—. Pero si lo que debemos introducir aquí es una combinación de letras y números esta puede ser una opción muy interesante.

—Está bien, profesora —aceptó el comisario—. ¿Y saben qué es lo que debemos escribir?

—Por supuesto que sí —se anticipó a responder Milanelli.

Bailey retrocedió un paso para dejar libre la pantalla. El profesor cogió aire y se colocó justo delante.

—Solo hay letras, números y una tecla de OK —dijo en voz baja—. Eso significa que debemos escribir sin espacios.

—Lo lógico sería que en primer lugar fuesen los números de la Asamblea seguidos de los números del Panteón ¿no le parece?

Milanelli levantó la mirada y asintió con gesto nervioso ante la opción que proponía el profesor Campbell.

—Tampoco hay comas ni puntos —murmuró—. Eso significa que debemos utilizar las coordenadas como números enteros.

—Profesor —le interrumpió Godwin—, ¿de verdad recuerda exactamente cuáles eran esos números? Podemos pedir ayuda a Shahi.

—86103 en la mano derecha del cuerpo que encontramos en la biblioteca de la Asamblea Nacional, y 33589 en la mano izquierda del hombre que estaba dentro de la

tumba de Jean-Jacques Rousseau. Muy bonita, de madera. Aunque poco hermética a la sangre.

El comisario aceptó aquella respuesta y retrocedió un paso. Margaux se colocó al lado del profesor.

—Debemos probar cuanto antes —le dijo.

Milanelli cogió aire con fuerza y cerró los ojos unos instantes. A continuación, los abrió y comenzó a escribir las primeras letras de *Ética nicomáquea*, seguido del número 86103, la palabra *Timeo* y el número final, 33589.

—Está bien. Allá vamos —dijo justo antes de pulsar la tecla OK.

Capítulo 69

Eugene consultó su reloj y seguidamente comparó la hora con la que mostraba la pantalla de su ordenador.

—Esta maldita antigualla —se lamentó en voz baja.

Con cuidado, comenzó a mover la pequeña rueda situada en la parte derecha de la esfera hasta que estableció la hora acorde con la del ordenador.

—El día menos pensado te quedas encerrado en el cajón de la mesita, que lo sepas.

La búsqueda que había iniciado varias horas antes estaba dando sus frutos aunque el pequeño cambio que había sufrido aquel mapa al llegar a los mil puntos había hecho que el momento de descubrir cuál era la localización exacta desde donde se había accedido a la base de datos de la Interpol hubiese sufrido un ligero retraso.

«Nada que no pueda remediarse».

Aburrida por verse obligada a esperar a que los dos algoritmos de búsqueda que estaba ejecutando hiciesen su trabajo, se recostó sobre el respaldo de su silla y sacó del bolsillo de su bata su teléfono móvil. Hacía también varias horas que el comisario Chavrier había salido apresuradamente del laboratorio sin darle ninguna explicación concreta y, desde entonces, tan solo había podido hablar una vez con él. Además, le había llegado el rumor de que había salido de comisaría en compañía de los inspectores Bingleau y Paccaud, aunque nadie conocía, exactamente, a dónde habían ido.

Resignada, volvió a mirar a la pantalla del ordenador.

—Ochocientos posibles escondites —dijo en voz baja—. Ya queda menos para que nos conozcamos, pequeño *hacker*.

Capítulo 70

El rociador volvió a dispararse liberando una gran cantidad de agua sobre la estructura en la que se encontraba encerrada la ministra.

—¡No! ¡Otra vez, no! ¡Por favor! —exclamó Godwin.

Los gritos de Johnson impedidos por la mordaza que cubría su boca retumbaron en toda la sala.

—¡Hagan algo! —gritó el comisario.

Milanelli observó aterrado las consecuencias de lo que acababa de hacer.

—No... no se puede hacer nada —dijo a duras penas—. No hay manera de detenerlo.

Campbell dirigió su mirada hacia la pantalla. Tal como decía el profesor no había nada allí que pudiese ayudarles.

—¡Hagan algo para detenerlo! —volvió a gritar el comisario.

Margaux retrocedió varios pasos inconscientemente presa del miedo hasta chocar con la pared contraria del pasillo. En ese momento, el rociador se detuvo. Durante casi un minuto ninguno fue capaz de decir ni una sola palabra. Tan solo el llanto nervioso de la ministra rompía el silencio de aquella sala.

Milanelli se llevó las manos a la cabeza.

—Sabíamos que esto podía ocurrir —dijo con voz temblorosa.

—¡El agua le llega por la cintura por Dios santo! —exclamó el comisario—. ¡No podemos permitirnos volver a cometer el mismo error!

Campbell contemplaba lo ocurrido completamente paralizado. Aunque sabían que exactamente eso sería lo que sucedería si se equivocaban de palabra, no estaba preparado para volver a arriesgarse. Con la cantidad de agua que había salido en aquella ocasión, otro error más la cubriría por completo.

—Piensen, profesores —dijo Bailey—, no podemos perder más tiempo. Tienen que saber qué es lo que los secuestradores quieren que escribamos en esa maldita pantalla.

Milanelli se acercó de nuevo a observar aquel teclado. Su primera idea, la que los tres consideraban como correcta, había fracasado.

—No hay muchas más opciones —respondió en voz baja—. En París no hubo muchas cosas más que hayamos dejado sin resolver.

—Entonces quizá no sea nada relacionado con lo que ocurrió allí —dijo el comisario intentando ayudarles—. Al fin y al cabo, estamos en Londres y estamos intentando salvar la vida de una ministra de este gobierno.

Campbell se colocó al lado de Milanelli. Había algo escondido detrás de toda aquella historia que no estaban siendo capaces de entender.

—Si como usted dice no es algo relacionado con París, tenemos que plantear nuestro problema desde una perspectiva diferente.

Margaux también se acercó hasta ellos.

—Sí, pero ¿en qué momento de todo lo que hemos vivido hoy encontramos algo que nos sirva?

—En el Royal Albert Hall —comenzó Milanelli— encontramos a su ministro... Y luego aquello escrito en su espalda.

La profesora negó con la cabeza.

—Dudo mucho que esa estrofa del poema *O Fortuna* tenga algo que ver con esto. Y, además, en mi opinión aquella muerte, junto con el lugar en concreto donde dejaron el cuerpo, lo utilizaron para que entendiéramos que estaban utilizando las pinturas de la iglesia de San Estefano Rotondo.

—¿Qué me dicen de lo que ocurrió en el Guildhall? —preguntó Bailey—. De las ruinas que encontramos allí abajo y de aquellos dos cuadros que no debían estar en esa galería.

Margaux volvió a negar con la cabeza.

—Como ya vimos en París, los secuestradores siempre hacen las cosas con un motivo determinado —respondió—. Creo que la mayoría de las veces hemos sido capaces de descubrir cuál era esa razón, como en el caso del Royal Albert Hall. Y respecto al Guildhall, creo que también pudimos demostrar que el hecho de que estuviesen expuestos allí copias de las dos versiones de *La masacre de los inocentes* nos indicaba que debíamos tener en cuenta lo que había ocurrido en París para tratar de explicar algunas de las cosas que están ocurriendo aquí hoy.

—Eso nos deja únicamente...

El grito de la ministra atrajo la atención de todos ellos. Horrorizados, vieron cómo el rociador se había disparado de nuevo liberando agua poco a poco.

—Se ha acabado el tiempo —dijo Milanelli.

Godwin les miró sin saber qué decir.

—¡Se lo dije, comisario! —le espetó Margaux—. Hemos perdido mucho tiempo intentando descubrir absurdamente la autenticidad del cuadro de *El éxtasis de San Pablo* cuando lo que querían era que viniésemos aquí directamente.

—Entonces...

—¡Entonces tenemos que encontrar cuanto antes la manera de apagar esta barrera o la ministra morirá ahogada! —exclamó intentando que reaccionara.

—La cantidad de agua que sale ahora es mucho menor —apreció Milanelli—. Eso quiere decir que todavía tenemos algo de tiempo para descubrir cuál es la palabra que tenemos que escribir.

Los gritos continuos de la ministra impedían que pudieran pensar con claridad.

—Está bien —dijo Campbell—. Ya hemos descartado que sea algo relacionado con lo que vimos en París, y también hemos descartado lo que vimos con sus dos ministros asesinados.

—Pero esto —le interrumpió Margaux—, esto tiene que estar ocurriendo por algo. Si efectivamente todo estaba perfectamente programado tiene que ser porque los secuestradores sabían lo que haríamos y porque sabían que a estas alturas ya

habríamos descubierto lo que sea que... ¡Oh, Dios mío!

La profesora se llevó las manos a la boca.

—¿Qué?! —le preguntó Campbell.

—¡Chavrier! —respondió.

—¿El comisario Chavrier sabe lo que tenemos que escribir aquí? —preguntó sorprendido Bailey.

—No, no... ¡No lo sabe, pero él es quien puede decírnoslo!

—Pero ¿cómo...? —insistió.

Margaux se asomó para ver a la ministra.

—El agua ya le llega por el pecho. ¡No tenemos tiempo que perder!

—¡Profesora! —exclamó Godwin enérgicamente—. Estoy de acuerdo con usted, pero para eso debe calmarse y explicarnos qué es lo que ha descubierto y cómo va a poder ayudarnos el comisario Chavrier en todo esto.

Margaux respiró profundamente intentando tranquilizarse.

—Porque lo que ha hecho él es lo único que ha ocurrido paralelamente a lo que hemos vivido nosotros aquí en Londres desde que descubrimos el cadáver del ministro Tillden. Gracias a aquello, supimos que debíamos ir a la iglesia de San Estefano Rotondo y lo que ha ocurrido después, al encontrar al ministro Humme asesinado siguiendo una de las torturas que allí están representadas, lo demuestra.

—No necesariamente —le contradijo Bailey—. Eso mismo lo podríamos haber corroborado con las imágenes que Shahi nos enseñó. No era necesario que el comisario Chavrier acudiera a Roma para eso.

—Tiene razón...

Los gritos de Johnson la interrumpieron de nuevo. Margaux cerró los ojos para tratar de concentrarse y terminar de explicarles lo que acababa de descubrir.

—Tiene razón, señor —repitió—. Pero aunque eso lo hubiésemos podido saber por las imágenes de Shahi, lo que está claro es que los secuestradores querían que fuésemos a Roma y por eso eligieron ese momento particular del día para secuestrar al ministro Hudson.

—¿Porque Chavrier estaba en Italia? —preguntó incrédulo Godwin.

—No, comisario. Porque sabían que ya había llegado a la iglesia de San Estefano Rotondo y porque sabían que al no encontrar nada allí nosotros buscaríamos algo que nos dirigiera a otro punto de Roma.

—¡El inscripción del pórtico! —exclamó Campbell entendiendo por fin lo que ya sabía la profesora.

—¿Cómo dice? —preguntó Bailey.

—El friso del pórtico del Panteón, señor. Esa es la razón por la que Chavrier debía viajar hasta Roma. No hay ningún ministro escondido en aquel lugar. La profesora tiene razón. Nada de lo que hemos visto hasta ahora en Londres nos permite sacar un conjunto de números y letras que es lo que necesitamos para apagar esta barrera. Sin embargo, la inscripción que hay en ese pórtico está en latín...

—¡Y algunas de esas letras pueden ser número romanos! —exclamó ahogadamente Milanelli.

—¡Exacto!

—¿Cómo hemos podido no darnos cuenta hasta ahora? —se lamentó el profesor.

—Eso no es lo importante —afirmó Campbell—. Lo importante es llamar ahora mismo a Chavier y pedirle que nos diga exactamente qué es lo que pone en ese pórtico porque estoy seguro de que eso es lo que nos va a permitir salvar la vida de su ministra, comisario.

Capítulo 71

Cavalli vio desde la distancia al comisario Chavrier observar con detenimiento la capilla donde se encontraba la tumba de Víctor Manuel II mientras que a escasos metros de él los inspectores parecían ocupar su tiempo en repasar distraídamente la decoración interior del Panteón más que en buscar algo en particular. Hacía algo menos de una hora que aquellos tres hombres habían llegado y, desde entonces, lo único que habían hecho había sido esperar y ver pasar el tiempo. Aunque todavía guardaba una pequeña esperanza, empezaba a pensar que todo aquel dispositivo que habían montado en la Piazza della Rotonda no iba a servir para mucho más que para abrir las noticias de los principales canales de la televisión nacional y ocupar primeras páginas en los periódicos al día siguiente.

Resignado, comenzó a caminar hacia la entrada con la esperanza de que en el exterior del edificio estuviese ocurriendo algo más interesante. Cuando estaba justo a punto de salir, la voz nerviosa de Chavrier rompiendo el silencio que imperaba allí dentro atrajo su atención.

—¡Agente!

Cavalli se giró y vio al comisario que se aproximaba corriendo hacia él repitiendo su nombre en voz alta.

—¡El friso! ¿Dónde está el friso del Panteón?

Sin responder, Cavalli salió corriendo al exterior seguido por el comisario y los dos inspectores. Una vez fuera, caminó varios pasos hasta llegar a un punto desde donde se pudiese ver claramente lo que le pedía.

A varios miles de kilómetros de distancia, en el museo de la National Gallery, Margaux presenciaba impotente cómo el agua empezaba a amenazar seriamente la vida de la ministra Johnson.

—¡Está a punto de llegarle a la altura de la boca! —exclamó nerviosa—. ¡Comisario, se va a ahogar!

Godwin sostenía tembloroso el teléfono móvil en su mano para que todos pudiesen escuchar la conversación con Chavrier.

—¡Ya lo estoy viendo! —les dijo el comisario.

Campbell rezó para que su idea, esta vez sí, fuese correcta.

—Muy bien, señor. Necesito que me deletree, una por una, cada una de las letras que aparecen escritas en ese friso ¿de acuerdo? Necesitamos escribirlas correctamente y solo tenemos una oportunidad, de modo que es necesario que no se equivoque.

Campbell apartó la mirada y la dirigió al profesor Milanelli que tenía la mano justo encima de la pantalla preparado para comenzar a escribir la contraseña que debía apagar aquella barrera luminosa.

Chavier leyó interiormente la escritura del friso antes de comenzar.

M·AGRIPPA·L·F·COS·TERTIVM·FECIT

—Está bien, profesor —respondió—. La primera letra que aparece es la letra M.

Todos miraron a Milanelli. A pesar de la presión que estaba soportando en ese momento, era necesario que recordara que algunas de aquellas letras debían sustituirse por números.

—1000 —dijo en voz baja.

Campbell resopló.

—Perfecto, comisario. Siga, por favor.

Chavier continuó diciendo cada una de las letras que aparecían en aquella frase. Cada vez que una de ellas debía sustituirse por un número, Campbell levantaba la vista y miraba a la pantalla para asegurarse que no cometían ningún error. Por suerte para ellos, Milanelli era, posiblemente, la persona más indicaba para realizar aquella tarea.

De repente, los gritos de la ministra Johnson dejaron de escucharse.

—¡Se está ahogando! —exclamó histérica Margaux.

Campbell se situó al lado del profesor y observó la contraseña que había escrito con las letras que les había dicho Chavier.

1000AGR1PPA50F100OSTERT1501000FE1001T

—¿Eso es todo lo que pone ahí, comisario? —preguntó nervioso.

—Sí, profesor. No hay más letras escritas.

Milanelli miró a Bailey y a Godwin, cerró los ojos y, a continuación, pulsó la tecla OK.

Al instante, la barrera de luces se apagó.

—¡Ha funcionado! —exclamó Margaux corriendo hacia el interior de la sala.

El comisario dejó caer inconscientemente el teléfono al suelo y entró detrás de ella seguido por Bailey y los profesores. La ministra estaba cubierta completamente de agua y cada vez golpeaba con menor fuerza las paredes de aquella estructura.

—¡Apártense! —gritó Godwin.

A la vez, Bailey y él sacaron sus armas y comenzaron a disparar sobre la base del panel de metacrilato que tenían delante. Aunque al principio los disparos solo consiguieron dejar unas leves marcas, al final toda la estructura se agrietó y terminó por romperse en pedazos. El cuerpo de la ministra se desplomó sobre la superficie de color negro que sostenía aquellas planchas de metacrilato mientras el agua inundaba por completo el suelo de toda la sala.

Godwin se acercó hasta ella e incorporó rápidamente su cuerpo intentando

despertarla.

—¡Ministra Johnson! ¡Ministra Johnson!

Los profesores se quedaron a varios metros de distancia bloqueados por la importancia de lo que estaban viviendo. Margaux agarró fuertemente la mano del profesor Campbell.

—Otra vez no, por favor —murmuró.

Los tres recordaron en ese momento la escena que habían vivido en la cúpula de la basílica del Sagrado Corazón donde aquel hombre había muerto delante de ellos sin que hubiesen podido hacer nada para salvarle.

El comisario intentó varias veces más que la ministra recobraba el conocimiento.

—Está muerta, Brian —dijo Bailey.

Margaux se derrumbó en el suelo con lágrimas en los ojos.

—¡No! ¡No puede ser! —exclamó Godwin negando lo que resultaba evidente.

Bailey le sujetó por el brazo y le miró fijamente a los ojos intentando que se calmara y se diera cuenta de lo que había ocurrido.

—Hemos llegado tarde, Brian. No podemos hacer nada por ella.

Godwin no era capaz de creer que, por unos pocos segundos, aquella mujer hubiese muerto ahogada justo delante de ellos. Ya no le importaba en ese momento que se tratara de uno de los ministros que habían desaparecido. Simplemente era una persona que había sido asesinada sin que hubiesen podido evitarlo.

—Brian —volvió a decirle con tono pausado—, ya no podemos hacer nada.

El comisario le miró con los ojos enrojecidos y seguidamente dejó reposar lentamente su cuerpo.

—Lo que debemos hacer ahora es asegurarnos que nadie descubre lo que ha ocurrido aquí —continuó—. Es necesario que esta sala recupere el aspecto que debería tener antes de que el museo vuelva abrir mañana por la mañana.

Poco a poco, Godwin comenzó a pensar de nuevo ayudado por las palabras de su compañero. Sin poder responderle todavía, se giró y vio a los tres profesores cerca de la puerta de salida. Milanelli permanecía en pie mientras que Campbell se encontraba arrodillado consolando a la profesora Margaux. Durante un instante cerró los ojos y respiró profundamente. Si para él lo que acababan de vivir había sido una situación impactante no le cabía la menor duda de que para los profesores podría resultar una experiencia realmente traumática.

En silencio, se levantó y comenzó a caminar hacia la salida.

—¿A dónde vas? —le preguntó Bailey.

—Tengo que llamar a Shahi —respondió recogiendo el teléfono del pasillo—. Tienes razón. Necesitamos que todo esto quede despejado lo antes posible.

Milanelli se sorprendió de la frialdad y la capacidad que ambos mostraban para sobreponerse a lo que acababan de vivir. Sin embargo, era consciente de que aquello entraba dentro de los posibles finales. Después de todo, ya habían tenido suficientes indicios aquel día de que los secuestradores no tenían la menor intención de que

aquella historia tuviera un desenlace feliz como había ocurrido con Deneux, de modo que rápidamente debían centrarse en los dos ministros que todavía permanecían desaparecidos.

—Siento decir esto, señor —comenzó—, pero si tiene pensado hablar con la agente Shahi creo que ya podemos estar seguros de que los seis ministros que pueden explicar lo que estamos viviendo hoy aquí son los cinco que desgraciadamente han muerto ya junto con el ministro Hudson que ha desaparecido esta tarde.

Durante un segundo, Godwin le miró sin responder. Había olvidado la teoría de los profesores, según la cual, uno de los siete ministros estaba detrás del secuestro de sus compañeros. Que eso pudiese ser cierto y que Hudson no hubiese desaparecido inicialmente como una manera de distraer su atención, seguía siendo algo que le costaba aceptar enormemente.

—Está bien —dijo en voz baja mientras marcaba un número de teléfono.

Al instante, Shahi respondió a su llamada.

—¡Señor! —exclamó angustiada—. Acabo de ver todo lo que ha ocurrido en esa sala.

Margaux y Campbell se levantaron sorprendidos al escuchar esas palabras.

—¿Cómo dice? —preguntó Bailey.

—Ha habido un momento en que la imagen de la sala 19 por la que me preguntaron antes cambió de repente y vi entrar corriendo a la profesora primero y a ustedes detrás de ella, y les he visto disparar a ese... A eso que hay en la sala, sea lo que sea.

La voz entrecortada mostraba su enorme nerviosismo.

—Es increíble —dijo Milanelli—. Han utilizado el momento en que hemos introducido la contraseña correcta para cambiar la imagen que ella veía en las grabaciones de las cámaras de seguridad.

A pesar de lo que había visto en París la pasada noche, Campbell tampoco podía creer el extremo al que habían llegado en aquella ocasión los secuestradores.

—Creo que ya no queda ninguna duda del nivel de control que tienen sobre cada lugar al que acudimos y sobre cada paso que damos.

Godwin le miró sin saber qué responder.

—¿Esa mujer es la ministra Johnson? —preguntó Shahi.

—Me temo que sí, agente —reconoció el comisario—. Y por desgracia no hemos llegado a tiempo para salvar su vida.

Durante un instante hizo una pausa. Todavía le costaba aceptar lo que acababa de ocurrir.

—Si nos está viendo —continuó— podrá darse cuenta de cómo está esta sala y lo necesario que es que todo esto vuelva a la normalidad lo antes posible.

—Entendido, señor —respondió de nuevo con gran serenidad.

Milanelli levantó la mano para recordarle lo que acababa de decirle segundos antes.

—Hay una cosa más, agente —dijo antes de que finalizara la llamada.

—¿Cuál, señor?

—La búsqueda que están haciendo acerca de una relación entre los ministros desaparecidos. Olvídese del ministro Dean. Busque únicamente algún tipo de vínculo entre los cinco ministros que han aparecido muertos y el ministro Hudson ¿entendido?

—Sí, señor.

Godwin buscó con la mirada a Milanelli que le hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Nada más —finalizó—. Haga esa búsqueda y ocúpese de que todo esto queda limpio lo antes posible.

—De acuerdo, señor —respondió de nuevo.

El comisario guardó el teléfono en su chaqueta y observó desde el lugar en el que se encontraban el aspecto que tenía aquella sala. El suelo se encontraba totalmente cubierto de agua y de cientos de pequeños cristales, pero lo peor de todo era que en aquella jaula que los secuestradores habían ideado estaba el cuerpo sin vida de otro de los ministros desaparecidos.

—No sé lo que pensarán ustedes —dijo furioso—, pero de ninguna manera estoy dispuesto a permitir que lo que hemos visto aquí ocurra con el ministro Hudson. En cuanto llegue la policía, vamos a volver a Scotland Yard y vamos a descubrir la manera de salvarle la vida.

Capítulo 72

—¿Qué ha ocurrido, comisario? —volvió a preguntar Paccaud.

Chavrier continuaba con la mirada perdida observando las palabras que aparecían en el pórtico del Panteón.

—Comisario... —dijo Cavalli temiendo abusar de la confianza que tenían.

El acento italiano del agente hizo que Chavrier recobrara la conciencia de lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué ha pasado? —insistió Paccaud.

Chavrier separó el teléfono del oído y lo observó unos instante antes de finalizar la llamada.

—No le sé —respondió sorprendido—. En cuanto he terminado de decirles las letras que aparecen ahí escritas, he escuchado gritar a la profesora Margaux y también he oído disparos.

Los tres le miraron sorprendidos.

—¿Disparos? —preguntó Bingleau.

Cavalli sintió que por fin aquella espera había valido para algo, aunque para su desgracia, la acción parecía estar muy lejos de aquella plaza en la que ellos se encontraban.

—Entonces ¿era esto lo que tenían que encontrar aquí? —le preguntó señalando al friso del pórtico.

Chavrier miró hacia donde apuntaba el agente y se encogió de hombros.

—Para serle sincero no tengo la menor idea. La profesora nos había dicho que debíamos venir hasta aquí para descubrir algo, pero tampoco ellos sabían exactamente de qué se trataba.

—En ese caso no hay duda de que estas letras eran lo que querían que encontráramos —opinó Paccaud.

Los cuatro las observaron en silencio ignorando por completo cómo algo tan simple podría haberles servido de ayuda en Londres.

Capítulo 73

Campbell cerró los ojos y sintió, por un instante, que de nuevo se encontraba en el Louvre con una marabunta de policías fuertemente armados caminando hacia ellos.

—Perfecto —dijo Godwin al escucharlos—. Creo que ya han llegado.

El sonido rítmico de pisadas que se oía cada vez más cerca no dejaba duda de que la petición que el comisario le había hecho a la agente Shahi ya había dado sus frutos.

—¿Cómo demonios se las arregla esta gente para llegar tan rápido a todos los sitios? —les preguntó Milanelli en voz baja a los profesores.

Margaux no pudo evitar que se le escapara una leve sonrisa. Al verlo, el profesor intentó animarla.

—Sé que lo que acabamos de vivir ha sido terrible —le dijo con voz amable— y no hay nada en este momento de lo que pueda arrepentirme más que de no haber sido capaz de descubrir antes la palabra que los secuestradores querían que introdujéramos en esa pantalla.

En ese momento, hizo una breve pausa al ver cómo Bailey y Godwin comenzaban a hablar con algunos de los policías que acababan de llegar a la sala.

—Pero no podemos rendirnos ahora —continuó—. Todavía queda un ministro al que podemos salvar como ha dicho el comisario.

Campbell resopló antes de expresar su opinión.

—Desde luego lo que estamos viviendo hoy aquí no tiene nada que ver con lo que vimos ayer en París. La brutalidad y la falta de escrúpulos que están mostrando hacia estas personas es increíble.

Milanelli desvió su mirada hacia los restos de la estructura de metacrilato.

—¿Saben qué idea me vino antes a la cabeza? Estoy completamente de acuerdo con lo que usted acaba de decir, profesor. Y estoy seguro de que no tienen la menor intención de permitirnos que salvemos la vida de ninguna de estas personas.

—Pero con ella podríamos...

—No, profesora —le interrumpió—. Me temo que eso es solo lo que nosotros pensábamos. Creo que los secuestradores quieren que creamos que realmente existía la posibilidad de que le salvásemos la vida.

Campbell le miró con sorpresa.

—¿Y no era así?

—No, profesor —respondió con contundencia—. A eso es precisamente a lo que me refiero. Creo que la manera en la que han ocurrido las cosas ha sido... no sé cómo decirlo. Simplemente ha sido una de las posibles maneras de que ocurriera, pero en cualquier caso, el resultado hubiese sido el mismo.

—Pero si no hubiésemos perdido el tiempo yendo a Scotland Yard a comprobar la autenticidad del cuadro la habríamos salvado.

—¿De verdad lo cree, profesora?

Margaux afirmó con la cabeza.

—Siento decir que yo opino de manera diferente. Como ya he dicho, y como además nosotros les hemos dicho a ellos desde el primer momento cuando encontramos el cuerpo de Tilden, los secuestradores han dejado claro que este juego es muy diferente al de París. Eso mismo lo corroboramos en el Guildhall con el cuerpo calcinado de Humme. E incluso con los cuerpos de los otros dos ministros que encontramos en París.

—Pero ella tiene razón —replicó Campbell—, si hubiésemos venido directamente hasta aquí desde el domicilio de Hudson hubiésemos tenido tiempo suficiente para encontrar la contraseña y la habríamos salvado.

Milanelli desvió de nuevo su mirada hacia el fondo de la sala. Si sus compañeros no estaban siendo capaces de entenderle, no quería ni imaginarse lo que supondría intentar hacerles comprender a Bailey y al comisario la idea que tenía en la cabeza.

—Entiendo lo que ustedes dos dicen, en serio. Sin embargo, ¿qué sentido tendría con todo lo que hemos visto hasta ahora que nos dejasen salvar la vida de uno de los ministros? ¿Ya han asesinado a cuatro de ellos y de repente nos iban a permitir salvar a uno?

Campbell y Margaux bajaron la mirada y permanecieron en silencio aceptando lo que parecía realmente evidente.

—Lo que quiero decirles es que, en mi opinión, el modo en que esta mujer a muerto ha sido consecuencia de cómo han sucedido las cosas. Pero si estas hubiesen transcurrido de otro modo, si hubiésemos venido directamente al museo desde el domicilio de Hudson, estoy seguro de que los secuestradores se las hubiesen arreglado para asesinarla igualmente.

—Pero el sistema era automático y...

—No estaría tan seguro de eso, profesor —le interrumpió de nuevo—. Al principio, cuando se lo dijimos al comisario, yo era el primero que pensaba que era así y que, efectivamente, el tiempo corría en nuestra contra. Sin embargo, después de lo que nos ha dicho la agente Shahi ya no estoy tan seguro.

—Entonces ¿cómo explica el momento en que ha empezado a salir agua lentamente? —le preguntó Margaux.

—Creo que eso sucedió como consecuencia de todo lo que nosotros hicimos. Quiero decir —continuó consciente de lo que le estaba costando explicarse— que si hubiésemos fallado varias veces, posiblemente esa estructura se hubiese ido llenando de agua poco a poco, de la misma manera que si Bailey y el comisario se hubiesen empeñado en saltarse la barrera habría muerto ahogada igualmente. Ya vieron la velocidad a la que empezó a caer el agua en los pocos segundos que estuvo desconectada la electricidad.

Campbell comenzó a mover afirmativamente la cabeza a la vez que creía asimilar la idea que les estaba transmitiendo el profesor.

—Y ese enchufe era su manera de asegurarse de que no conseguiríamos salvarla.

—Efectivamente.

Margaux les miró a ambos extrañada.

—Como acaba de comentar el profesor —insistió Milanelli—, creo que el hecho de que esa estructura estuviese conectada a la corriente no solo era una manera de asegurarse de que no nos saltaríamos las reglas del juego que habían preparado para nosotros, sino que era su salvoconducto para asesinarla si éramos capaces de apagar esa barrera luminosa antes de que se ahogase.

La profesora se pasó una mano por el rostro. Aunque entendía lo que le estaba proponiendo le parecía imposible aceptar que realmente nunca hubiesen tenido la posibilidad de salvarla.

—De modo que hubiese muerto electrocutada —aceptó finalmente.

—Eso es. Desde luego, estoy seguro de que esa no era su primera opción ya que significaría saltarse el patrón de asesinatos que están siguiendo con las torturas de la iglesia de Roma pero, por otro lado, también creo que tenían más o menos la certeza de que no podríamos acertar a la primera cuál era la contraseña que debíamos utilizar, por lo que las probabilidades de que muriera ahogada eran bastante altas.

—Sin duda también sabían que Godwin y Bailey harían lo que finalmente hicieron —comentó Campbell.

—Eso me temo —afirmó Milanelli—. Está claro que disparar a esa estructura era una manera muy rápida de conseguir sacar de ahí a la ministra por lo que los secuestradores tenían que asegurarse de alguna manera de poder asesinarla si el agua no era suficiente.

—Y por eso la base estaba conectada a la corriente —murmuró Margaux.

—Exacto. No estoy seguro de si la corriente hubiese funcionado directamente o no, pero lo que está claro es que era imposible que acertásemos a la primera con la contraseña correcta. De ese modo, ellos se aseguraban de que habría una cantidad mínima de agua para que su plan funcionase a la perfección en caso necesario.

Justo al terminar de decir aquellas palabras la fuerte voz del comisario hizo que los tres interrumpiesen prematuramente su conversación.

—Creo que es hora de que volvamos a Scotland Yard, profesores.

Margaux observó cómo dos de los policías que habían entrado en aquella sala se acercaban hasta donde se encontraba la ministra con una gran bolsa negra.

—Ellos se ocuparán de llevar su cuerpo hasta el laboratorio forense —le dijo Godwin—. Si hay algo en ella similar a lo que encontramos en el cuerpo de Tilden muy pronto lo sabremos.

La profesora le miró y comenzó a caminar hacia la salida como él le indicaba amablemente. Sus palabras acababan de recordarle un hecho al que no habían sabido encontrarle explicación hasta el momento. La tercera estrofa del poema *O Fortuna* que había aparecido increíblemente escrita en la espalda de Tilden se mantenía, después de varias horas, como un cabo suelto en toda aquella historia.

A diferencia de lo que había ocurrido al entrar, ahora cada pasillo y cada sala por la que pasaban estaba custodiada por dos policías armados, sin excepción.

—La situación nos ha obligado a tomar esta medida —se justificó Godwin apreciando la extrañeza en la cara de los profesores—. En cuanto hayamos sacado de aquí el cuerpo de la ministra y la sala 19 vuelva a estar exactamente como estaba antes de ocurrir todo esto, este museo volverá a quedarse igual de vacío que nos los encontramos.

Justo cuando finalizó su explicación, llegaron a la puerta principal. Bailey la abrió y el alboroto de la plaza volvió a absorberles por completo.

—Debemos llegar a nuestro vehículo lo más rápido posible —dijo Bailey levantando la voz—. Este museo se supone que ya está cerrado, de modo que no nos interesa que la gente nos vea saliendo de él.

Campbell recordó cómo al llegar allí habían dicho que cualquiera de aquellas personas que parecían ignorar su presencia podía ser realmente uno de los secuestradores vigilándoles.

«Cuanta más gente haya más fácil para ellos».

Sin perder tiempo, Bailey y el comisario atravesaron la plaza caminando a ritmo rápido seguidos de los tres profesores. Al llegar a su vehículo una sensación de alivio difícilmente explicable pareció invadirles a todos.

—Como les dije antes —comenzó Godwin arrancando el motor del coche—, ahora mismo volveremos a Scotland Yard y centraremos todos nuestros esfuerzos en descubrir dónde se encuentra el ministro Hudson. Si lo que dice el profesor Milanelli es correcto y el ministro Dean está detrás de todo esto, eso quiere decir que solo tenemos una última oportunidad para intentar que todo lo que hemos estado haciendo hoy haya servido para algo.

A pesar de la contundencia con la que el comisario estaba expresándose, Milanelli sintió la necesidad de explicarles a ambos lo que ellos tres acababan de hablar en el interior del museo. Quizá así consiguiese aliviar la rabia que percibía en sus palabras.

—Verán, respecto a lo que ha ocurrido ahí dentro —comenzó inseguro—, mientras ustedes hablaban con todos esos policías nuevos, los profesores y yo hemos planteado una posibilidad que creo que deberían conocer.

—¿Qué posibilidad? —preguntó Bailey rápidamente.

—Resumiendo, señor, creemos que la muerte de la ministra Johnson no era evitable. Independientemente de lo que hubiésemos hecho nosotros. Creo que los secuestradores tenían suficientes maneras de asegurarse de que ella moriría hiciésemos lo que hiciésemos nosotros.

Godwin clavó su mirada en Milanelli a través del espejo retrovisor.

—Explíquese, profesor —le exigió.

—Comisario —se adelantó a responder Margaux intentando ayudarle—, de nosotros tres yo he sido la última en aceptar lo que él les acaba de decir. Sin embargo, debo reconocer que ahora estoy convencida de que lo que propone es cierto. La primera pregunta que deben hacerse es qué sentido tendría ahora que nos permitiesen salvar la vida de un ministro después de haber asesinado a cuatro de ellos sin darnos

la menor oportunidad de evitarlo.

Los dos permanecieron en silencio.

—Y además de eso —continuó— está el hecho de que las probabilidades de que hubiese muerto de cualquier otra forma eran muy altas. Siento decirlo de esta manera pero creo que el profesor tiene razón cuando opina que la estructura en la que la ministra estaba encerrada estaba conectada a la corriente, no para asesinarla si nos saltábamos sus reglas, sino para acabar con su vida si el agua no era suficiente para ahogarla una vez que consiguiésemos apagar la barrera luminosa.

—Pero ¿cómo iban a saber eso? Ustedes dijeron que era un sistema automático.

—Sí, señor —reconoció Milanelli—. Sé lo que dijimos. Pero tiene que entender que nos vemos forzados a intentar buscar una explicación a las cosas que vamos encontrando a nuestro paso y, en ocasiones, suceden algunas cosas que cambian completamente lo que en un principio habíamos dicho.

—¿Como en este caso? —preguntó Bailey.

—Eso es. En mi opinión, la información que nos ha dado la agente Shahi es lo que ha demostrado que nuestro razonamiento inicial era erróneo.

—¿Y eso por qué si se puede saber? —preguntó contrariado Godwin.

—Porque de algún modo refleja que muy posiblemente todo lo que ocurrió no formaba parte de un sistema automático que se activó simplemente porque nosotros perdimos tiempo yendo a Scotland Yard en vez de a la National Gallery como consideramos inicialmente. Si eso hubiese sido así, realmente sí que hubiese existido la posibilidad de que le hubiésemos salvado la vida.

—De modo que su nuevo razonamiento se apoya en el hecho de que los secuestradores no podían permitir que consiguiésemos salvarla ¿no es así? —preguntó Bailey asimilando lo que estaban explicándoles.

—Exacto. Después de cuatro ministros asesinados es imposible creer que ellos hubiesen permitido otro final de esta historia diferente al que hemos vivido.

—¿Y de ahí que la estructura estuviese conectada a la corriente?

—Efectivamente. Teniéndonos vigilados a través de las cámaras de seguridad del museo sabían exactamente qué era lo que estábamos haciendo —respondió la profesora—. Eso les daba ventaja, hiciésemos lo que hiciésemos nosotros. Si cometíamos varios fallos seguidos intentando descubrir la contraseña, la ministra habría muerto ahogada, tal como aparece representado en la pintura de la iglesia de San Estefano Redondo. Y en el peor de los casos, siempre tendrían el recurso de la corriente para evitar que le salvásemos la vida.

—Entonces ¿cómo explica el momento en que comenzó a salir agua del rociador? —preguntó Godwin.

—Eso es fácil, comisario —contestó Campbell—. Piense que todo esto ha ocurrido como consecuencia de la desaparición del ministro Hudson, el único que no lo había hecho inicialmente. Y por otra parte, la contraseña que necesitábamos estaba escrita en el friso del pórtico del Panteón de Roma por lo que no solo saben que

hemos estado en la iglesia de San Estefano Rotondo sino que saben que también estamos ahora en el Panteón. De modo que una vez que el comisario Chavrier se encontraba allí, sabían que solo era cuestión de tiempo que nos diéramos cuenta de que varias letras de esa inscripción podían considerarse números romanos y que, por tanto, esa era la contraseña alfanumérica que necesitábamos. Lo de que empezara a salir agua lentamente solo fue una manera de asegurarse de que la muerte de la ministra siguiese el mismo patrón utilizado con el resto.

Godwin se quedó helado al comprender la única razón que podría explicar lo que el profesor acababa de decirles.

—Pero eso supondría... —pronunció atónito.

—Eso supondría, comisario —dijo Margaux—, que los secuestradores saben, exactamente, qué es lo que Chavrier y los inspectores están haciendo en Roma. Y eso solo es posible considerando que, o hay alguien ahora mismo en la Piazza della Rotonda observándoles, o alguien de la policía italiana que está con ellos es uno de los secuestradores de sus ministros.

Capítulo 74

El policía encargado de buscar las conexiones existentes entre los seis ministros que Milanelli había indicado miraba extrañado el mensaje que aparecía en la ventana emergente que aparecía justo en el centro de la pantalla. *Nivel de seguridad erróneo.*

Cuando minutos antes la agente Shahi le había indicado los nombres de esos seis ministros, el algoritmo de búsqueda había devuelto más de dos mil resultados. Tras consultar detenidamente una docena de ellos había reiniciado la búsqueda descartando, en esta ocasión, cualquier relación basada en actos públicos en los que esos seis ministros hubiesen estado presentes ya que estaba seguro de que aquello no era, en absoluto, lo que Shahi estaba buscando.

Aquella nueva búsqueda le había devuelto únicamente siete resultados. Esta vez sí le parecían opciones interesantes ya que todos aquellos archivos estaban encriptados con un nivel de seguridad 1, el utilizado para proteger información confidencial de los miembros del gobierno. Sin embargo, contrariamente a lo que se hubiese imaginado, los seis primeros contenían igualmente información poco relevante que posiblemente ni siquiera merecía la pena que estuviesen sometidos a un protocolo de seguridad. En cambio, el último archivo le estaba dando problemas.

Sorprendido, cerró aquella ventana y volvió a escribir la contraseña de seguridad requerida. Todos los agentes que trabajaban en el centro de seguridad de Scotland Yard compartían una contraseña genérica para poder abrir los archivos con nivel de seguridad 1, por eso no entendía qué podía estar ocurriendo en aquel momento.

El mensaje que obtuvo fue de nuevo el mismo. *Nivel de seguridad erróneo.*

Seguro de haber escrito correctamente la contraseña en los tres intentos que había hecho, levantó la mirada buscando a Shahi. Tan solo existía una posibilidad que explicara lo que estaba ocurriendo y era que la información contenida en aquel archivo estuviese protegida bajo un nivel de seguridad superior al que él tenía acceso y, en ese caso, solo ella podría abrirlo.

—Agente Shahi —dijo levantando la mano.

Atraída por su llamada, rápidamente se acercó hasta donde se encontraba el policía. Sabía muy bien cuál era su misión por lo que caminó hacia él excitada ante la posibilidad de haber descubierto por fin la razón que explicase aquel secuestro.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha encontrado algo?

—No estoy seguro —respondió volviendo a mirar a la pantalla—. He ejecutado el algoritmo de búsqueda con los ministros que usted me dijo, y tras descartar los resultados que se debían a cosas rutinarias como sesiones del parlamento o actos oficiales, los resultados se han reducido a siete.

Shahi seguía atentamente sus explicaciones.

—El problema —continuó— es que de esos siete archivos hay uno que no puedo abrir con la contraseña que nosotros tenemos.

La agente le miró extrañada.

—¿Está seguro de eso?

—Completamente. Mire.

De nuevo, el policía escribió la contraseña en el campo adecuado y volvió a salir el mismo mensaje de error. *Nivel de seguridad erróneo.*

Shahi permaneció unos instantes pensativa intentando entender qué era lo que estaba ocurriendo. Sabía perfectamente que toda la información relacionada con la agenda de los ministros estaba protegida bajo un nivel de seguridad 1. El nivel de seguridad 2 se reservaba a la información relacionada con la visita al Reino Unido de cualquier líder de un país extranjero, mientras que el nivel 3, el máximo nivel de seguridad del que disponían, se empleaba exclusivamente para proteger información relacionada con la reina de Inglaterra.

Confundida, se giró y miró desde la distancia al ordenador en el que estaba trabajando en el interior de la sala de reuniones.

—Está bien —dijo finalmente—. Deme acceso a esta pantalla desde mi ordenador personal y no haga nada más hasta que yo se lo diga.

Sin esperar un segundo caminó de regreso hacia la sala. Estaba convencida de que, fuese lo que fuese, había algo importante en aquel archivo y debía abrirlo sin que nadie más pusiese tener acceso a la información que contenía.

Al sentarse delante de su ordenador, la pantalla ya mostraba la información que había solicitado. Decida, pulsó sobre el nombre del archivo y escribió su contraseña para archivos de nivel 2. El resultado que obtuvo la dejó perpleja. *Nivel de seguridad erróneo.*

—No puede ser —murmuró.

Aunque no tenía la menor duda de que no había cometido ningún error de escritura prefirió asegurarse y realizó la misma tarea de nuevo. El resultado fue el mismo.

«¿Qué demonios pasa aquí?».

Molesta, se reclinó un momento sobre el respaldo de su silla intentando encontrar una explicación a lo que estaba ocurriendo. No era posible que aquel archivo se pudiese abrir con una contraseña de nivel 3 ya que estaba reservado para la reina. Por tanto, era obligatorio que pudiese abrirse con la contraseña de nivel 1 que tenía el policía o con la que ella acababa de probar. Sin embargo, ninguna de las dos parecía servir.

Decidida a intentar descubrir qué información tan importante estaba guardada en aquel archivo, se incorporó nuevamente y se dispuso a escribir la única contraseña que le faltaba por probar. En los años que llevaba trabajando en Scotland Yard, jamás había tenido que utilizarla. Si bien todas las contraseñas eran actualizadas periódicamente por seguridad, existía un departamento dentro de la policía que se ocupaba, exclusivamente, de todo lo concerniente a la casa real. Por eso mismo le parecía imposible que aquella última contraseña fuese la que realmente pudiese abrirlo.

«¿Qué demonios tendrán que ver estos ministros con la reina?».

Sin otra alternativa que probar, abrió la ventana y escribió la contraseña de nivel

3. El resultado que obtuvo la dejó con la boca abierta.

Capítulo 75

Godwin tardó varios segundos en aceptar lo que la profesora estaba sugiriendo. Si aquello era correcto significaría que todo lo que estaban haciendo aquel día, no solo ellos en Londres sino también el comisario Chavrier en Roma, estaba siendo controlado hasta el último detalle por los secuestradores.

—Si es que tienen razón —dijo finalmente—, creo que deberíamos avisar al comisario ¿no les parece?

Campbell no lo tenía tan claro.

—Eso depende, señor. Por desgracia, esta situación no es nueva para nosotros. Como tal vez ya sepan, en París vivimos una situación parecida. Después de ir a varios de los lugares que nos indicaban los cuadros del Louvre llegamos a la conclusión de que, de alguna manera, los secuestradores tenían que saber qué era lo que hacíamos cada vez que salíamos del museo. Cuando estábamos dentro, sabíamos que nos vigilaban a través del sistema de seguridad, pero nos faltaba por descubrir cómo nos controlaban fuera de él.

—¿Y cómo lo hacían? —preguntó Bailey.

—Realmente no llegamos a estar cien por cien seguros de eso, pero lo más probable era que fuese alguno de los forenses que aparecieron en cada uno de los lugares en los que encontramos los diferentes cuerpos quien les informara.

—Pero si no estoy equivocado, eso lo descubrieron en la Asamblea Nacional.

Milanelli se dio cuenta de que el comisario estaba mezclando ambas historias.

—Eso es correcto, señor —respondió—. El vigilante de seguridad que estaba en la Asamblea era uno de los secuestradores, aunque no lo supimos realmente hasta que identificamos al hombre que encontramos atado a una de las columnas de la cúpula de la basílica del Sagrado Corazón.

—El problema —añadió Margaux— fue que nos dimos cuenta a lo largo de la noche de que la información del Louvre la obteníamos justo en cada momento en el que parecía que no sabíamos por dónde continuar nuestra búsqueda. Eso nos hizo comprender que, de un modo u otro, tenían que saber qué era lo que hacíamos cada vez que nos íbamos de allí. Inicialmente pensamos en el guardia, como usted ha dicho, pero en el Panteón no había nadie vigilando y ocurrió exactamente lo mismo. Por eso pensamos que además de él debía existir alguien más que les informara, y al final nos dimos cuenta de que solo los forenses habían estado con nosotros en cada lugar de París. En la catedral de Notre Dame, al principio, y después en la Asamblea, en el Panteón y finalmente en la basílica.

—¿Quieren decir con eso que no debemos avisar al comisario? —repitió intentando que le respondieran a lo que había preguntado inicialmente.

—En mi opinión —dijo Milanelli—, es indudable que debemos llamarle ya que la forma con la que finalizamos antes nuestra conversación no fue la más educada.

Godwin torció el gesto reconociendo que el profesor estaba en lo cierto. Y lo peor

de todo era que ya había hecho algo similar en más de una ocasión.

—De modo —continuó—, que le propongo que esperemos a llegar a Scotland Yard y que reflexionemos más fríamente sobre todo lo que ha ocurrido en la National Gallery para ver si existe, o no, alguna manera diferente de explicarlo.

Antes de que el comisario pudiese mostrar su conformidad ante aquella propuesta, el sonido de una llamada de teléfono comenzó a escucharse a través de todos los altavoces del vehículo.

—Y hablando de personas con las que tenemos pendiente hablar —comentó Milanelli viendo el nombre que aparecía en la pantalla del navegador.

—Necesito que me de buenas noticias, agente —dijo el comisario saltándose cualquier tipo de saludo protocolario.

—Es posible —respondió Shahi—. Parece que la búsqueda que me pidieron que hiciese sobre algún tipo de relación entre los seis ministros desaparecidos ha dado sus frutos.

—Eso sí es una buena noticia. ¿Por qué duda?

Shahi leyó de nuevo el mensaje de error que aparecía en su pantalla antes de responder.

—El problema, señor, es que el archivo que contiene la información que en teoría relaciona a estos seis ministros no se abre con ninguna de nuestras contraseñas.

Sorprendido por lo que acababa de escuchar, Godwin detuvo el vehículo justo a la entrada del aparcamiento del edificio de Scotland Yard para no perder la conexión, de manera similar a como había hecho horas antes con Chavier.

—Pero eso no es posible, agente.

—Lo sé, señor.

El comisario mostró su extrañeza e intentó pensar rápidamente alguna causa que pudiera explicar aquella extraña situación.

—¿Ni siquiera con una contraseña de nivel 3? —le preguntó.

—No, señor. Ninguna.

—No vuelva a intentar abrir ese archivo, agente. Ahora mismo llegamos nosotros —dijo Bailey antes de finalizar la llamada.

Godwin le miró sorprendido sin entender qué acababa de hacer.

—¿Por qué...?

—Creo que sé lo que puede estar ocurriendo. Pero para eso necesito estar delante de ese ordenador.

A pesar de que no le hacía ninguna gracia lo que acababa de ocurrir, Bailey y él eran amigos desde la juventud, de modo que Godwin comprendió que debía existir alguna razón muy importante para que hubiese actuado de aquel modo y, sobretodo, para que no quisiese explicárselo.

Tras aparcar el vehículo, los cinco se bajaron y comenzaron a caminar hacia los ascensores.

—Parece que por fin hemos encontrado la razón que explique el secuestro de sus

ministros ¿no les parece? —dijo Milanelli intentando romper la tensión que había generado aquel comportamiento de Bailey.

—No estaría tan seguro —le respondió enigmático este entrando en el ascensor.

Campbell y Margaux se miraron en silencio. Desde el primer momento estaban seguros de que tenía que existir una razón que explicase algo tan increíble como era el secuestro de siete ministros del gobierno británico y, además, que permitiese entender cómo alguien tendría alguna razón para hacer las atrocidades que estaban presenciando aquel día.

Al llegar al centro de vigilancia, Bailey y Godwin caminaron rápidamente hasta la sala de reuniones donde se encontraba Shahi. Los tres profesores les siguieron.

—¿Dónde está ese archivo que no es capaz de abrir? —le preguntó Bailey acercándose al ordenador.

—Este es, señor —le respondió levantándose de la silla a la vez que le señalaba la pantalla de su portátil.

Godwin y los profesores se colocaron justo detrás de él rodeándole.

—¿Y dice que ninguna de sus contraseñas de seguridad ha funcionado? —le preguntó.

—Ninguna, señor. El policía encargado de realizar la búsqueda me ha avisado cuando no ha podido abrirlo con su contraseña de nivel 1.

Bailey volvió la vista hacia el puesto de trabajo de aquellos policías durante un instante.

—¿Cómo ha llegado hasta este archivo en concreto?

Milanelli sentía que su enorme curiosidad por saber qué había escondido en un documento tan inaccesible iba a acabar con él si Bailey no dejaba de hacer preguntas tontas y se decidía a abrirlo de una vez.

—Según me ha explicado —respondió Shahi—, inicialmente ejecutó el algoritmo de búsqueda introduciendo exclusivamente los nombres de los seis ministros que ustedes me indicaron. Los resultados que obtuvo de ese modo fueron en su mayoría archivos no encriptados, de modo que ejecutó una nueva búsqueda eliminando todas las relaciones entre ellos que tuvieran que ver con cualquier tipo de acto en el que los seis hubiesen estado presentes.

—¿Y esa búsqueda generó este archivo? —le preguntó sin dejarle terminar.

—No exactamente. Obtuvo siete resultados, seis de los cuales pudo abrir sin problemas con su contraseña. Salvo este.

—Entiendo. ¿Y es en ese momento cuando usted ha intentado abrirlo?

—Sí, señor —respondió—. Pero como ya les he dicho, no he sido capaz de hacerlo. Ni con la contraseña de nivel 2 ni con la de nivel 3.

Milanelli necesitaba, de algún modo, saciar su curiosidad.

—Ya que parece que no existe mucho interés en abrirlo —dijo de manera irónica— ¿podrían, por lo menos, explicarnos qué es eso de los niveles de seguridad para que podamos enterarnos de algo?

—Todos nuestros documentos que deben ser protegidos —respondió rápidamente Godwin— son encriptados con diferentes niveles de seguridad dependiendo de la importancia de la información que contienen. El nivel de seguridad 1 se utiliza para documentos relativos a los ministros del gobierno. El nivel de seguridad 2 se reserva para el Primer Ministro y otros líderes extranjeros, y el nivel 3 es exclusivo de la reina.

—Y en ese caso ¿por qué demonios ninguna de sus contraseñas abre ese archivo?

—Eso quisiera saber yo también —respondió el comisario.

Bailey se pasó una mano por la cara captando perfectamente la indirecta que Godwin le acababa de lanzar con aquel comentario.

—No ha podido abrirlo —dijo respondiéndole— porque a pesar de que lo que acaba de explicarles el comisario es cierto, existe un cuarto nivel de seguridad al que nadie dentro de este edificio tiene acceso.

Campbell sintió que se le aceleraba el corazón. De nuevo algo aparentemente inexplicable estaba sucediendo.

—¿Y cómo ha llegado ese archivo hasta aquí? —le preguntó Godwin confiando en que existía alguna razón verdaderamente importante para que él ignorase aquella información.

Bailey se giró y le miró directamente. Sabía que él era quien dirigía aquella investigación y lo que acababa de hacer en la entrada del aparcamiento había puesto en duda aquella jerarquía.

—Eso es lo que no puedo explicar —respondió—. Por esa razón le he pedido que me describiese cómo habían realizado la búsqueda. El nivel de seguridad 4 lo utilizamos exclusivamente en la Agencia, de modo que es imposible que este archivo, si es que realmente se abre con nuestro nivel de seguridad, aparezca en una búsqueda hecha desde Scotland Yard.

—En ese caso —dijo Milanelli—, tendremos que explicar este extraño suceso de la misma manera que explicamos cualquier cosa que ocurre y que dicen que es imposible.

—¿Los secuestradores de los ministros? —preguntó Godwin.

—Piénselo, comisario. Bailey acaba de decir que es imposible que una de sus búsquedas sea capaz de llegar a uno de sus archivos. Por lo tanto, si eso ha ocurrido —dijo señalando la pantalla— la única explicación es que ellos hayan sido los que han hecho posible lo imposible.

Bailey negaba una y otra vez con la cabeza aquellas palabras.

—De ninguna manera, profesor. Eso que usted está proponiendo significaría dos cosas. Una, que han entrado en nuestro sistema de seguridad y han conseguido robar esta información. Y dos, que han encontrado el modo de abrirla y saber qué es lo que hay en ella.

—Entiendo su postura, señor —respondió Campbell intentando mostrar una actitud constructiva—, pero creo que él tiene razón. Durante todo el día de hoy los

secuestradores se las han arreglado para dirigirnos por Londres a su antojo. Primero nos han llevado al Royal Albert Hall, luego al Guildhall y finalmente a la National Gallery. Lo que hemos visto en el museo ha sido además la demostración de que controlan todo lo que hacemos. ¡Pero si hasta han hecho desaparecer a un ministro que tenían bajo vigilancia cuando han querido!

Godwin y Bailey se miraron en silencio.

—Y tenga en cuenta —añadió Margaux— que hasta ahora lo único que hemos hecho ha sido encontrar los cuerpos de sus ministros. Incluso en el caso de la ministra Johnson ya hemos visto cómo lo tenían todo controlado para asesinarla, independientemente de lo que nosotros hubiésemos hecho allí. No tienen ninguna intención de permitirnos que salvemos sus vidas y tal comportamiento tiene que tener una razón. Por eso es muy posible que ese archivo contenga la información que explique el por qué de todo lo que está sucediendo.

Bailey se volvió a pasar una mano por la cara deseando que todo aquello que estaban viviendo fuese un mal sueño del que antes o después pudiera despertarse.

—Está bien —dijo sin levantar la mirada—. Llegados a este punto solo existe una manera de saber si tienen razón. Aunque les aseguro que si es lo que ustedes están diciendo, podemos ir olvidándonos de encontrar al ministro Hudson con vida.

Todos guardaron silencio, expectantes por descubrir qué era lo que había en aquel documento. Bailey pulsó sobre el nombre codificado del archivo y la ventana solicitando la contraseña volvió a aparecer en el centro de la pantalla. Lentamente la escribió y pulsó la tecla Enter. Inmediatamente, el nombre codificado se cambió por el nombre real del archivo.

Capítulo 76

En el piso 33 del One World Trade Center de Nueva York, el informático Peter Caplan se afanaba en cumplir una tarea que, en su opinión, era sencillamente utópica. Faltaban pocos meses para que el edificio que sustituiría a las torres gemelas se diese oficialmente por terminado y hasta que esa fecha llegase, muchas personas como él debían hacer, en la sombra, el trabajo titánico de preparar todo el sistema informático del que iba a convertirse en el edificio más importante de la ciudad.

Cuando pensaba que ya nada podía empeorar el día que estaba teniendo, el teléfono situado junto a la pantalla de su ordenador comenzó a sonar estridentemente. Para complicar aún más su trabajo diario, no solo debían poner a punto la informática a contrarreloj sino que, además, debían atender cada día las quejas de decenas de nuevas multinacionales que estaban comenzando a instalarse en el edificio.

—Informática, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó tratando de aparentar un mínimo de interés.

—¿Qué demonios está pasando con mi ordenador?! —le respondió furiosa la persona que realizaba la llamada.

Caplan respiró profundamente intentando ignorar aquella falta de educación y acto seguido cargó el sistema de identificación de llamadas para descubrir desde dónde estaba llamando aquella persona tan amable.

—¿Despacho 81-19?

—¡Sí! —le respondió enérgicamente.

Sin querer hablar más de lo necesario, abrió una ventana de acceso remoto y entró en su ordenador para ver qué era aquello tan urgente.

—No puede ser —murmuró al ver lo que estaba sucediendo.

En paralelo, abrió otra ventana del sistema y consultó qué empresa estaba teniendo ese problema. Lo que vio le hizo sonreír.

«¿Sois una empresa de seguridad y os están hackeando?».

Capítulo 77

El caso Coen.

—Agente —dijo levantándose bruscamente de la silla—, elimine ese archivo ahora mismo.

Los profesores se sorprendieron del tono que estaba utilizando.

—Michael, ¿qué...?

Bailey levantó la mano pidiéndole un segundo al comisario.

—Por favor, agente —repitió con un tono más calmado—, es necesario que elimine ese archivo.

—Pero no puede hacer eso —replicó alarmado Campbell—. ¡Ahí está la razón de todo lo que estamos viviendo hoy!

—Lo sé —respondió tajantemente—. Y ahora estoy de acuerdo con ustedes en que han sido los secuestradores los que han hecho que una búsqueda de la policía haya podido obtener como resultado un archivo de la Agencia.

—Entonces ¿por qué quiere borrarlo? —preguntó Milanelli sorprendido.

—Porque la información que contienen esos documentos no es relevante, profesor. Los secuestradores querían que supiésemos por qué han secuestrado a estos ministros y ya lo sabemos. No necesitan ver ese archivo.

Shahi miró al comisario intentando saber a quién debía obedecer. Godwin afirmó sutilmente con la cabeza pidiéndole que hiciera lo que Bailey le ordenaba.

—Gracias, Brian —dijo en cuanto la agente lo eliminó.

Godwin le miró con seriedad.

—Ahora creo que tienes que explicarnos qué información tan importante hay en él para que no podamos verlo y, sobre todo, por qué esa información está haciendo que los secuestradores asesinen a nuestros ministros.

Bailey volvió su mirada a la pantalla para asegurarse que había sido borrado. A continuación, respiró profundamente y comenzó a darles las explicaciones que reclamaban.

—Por suerte o por desgracia, acabamos de descubrir la razón de lo que está pasando hoy aquí y de lo que ustedes vivieron la pasada noche en París —dijo mirando a los profesores—. El caso Coen no incluye información exclusivamente de los seis ministros secuestrados, sin embargo, sí que puede explicar su desaparición.

Campbell hizo una mueca de desaprobación.

—Espero no ser el único que no entiende lo que eso significa.

—Profesor —continuó sin darle importancia a la interrupción—, el nombre de ese archivo, El caso Coen, es un nombre genérico. No hace referencia a un solo caso individual sino que bajo ese nombre se engloban una serie de acontecimientos ocurridos en las últimas décadas y en los que no ha participado necesariamente el gobierno británico de manera exclusiva.

—¿Te refieres a misiones secretas de nuestro gobierno con el de otros países? —

le preguntó Godwin.

—Algo así —respondió ambiguamente—. El problema en este caso, y la razón por la que tiene un nivel de seguridad 4, es porque la información que se engloba bajo el nombre de El caso Coen incluye algunos actos que, en determinados momentos de su historia, este gobierno ha realizado, individualmente o en conjunción con otros países, como les acabo de decir.

—¿Qué tipo de actos? —preguntó Shahi.

—Algunos de los que la mayoría de las veces no podríamos sentirnos orgullosos, agente —respondió intentando evitar nombrar uno en concreto.

—¿Como cuál, Michael? —insistió Godwin.

Bailey le miró y volvió a resoplar con fuerza. Lo que estaba revelando en aquel momento era quizá el mayor secreto que guardaba la Agencia Europea de Inteligencia.

—Profesor —dijo mirando a Campbell—, usted mejor que yo, y mejor que nadie en esta sala, conoce la relación que nuestro país, Francia y Estados Unidos tienen desde la Segunda Guerra Mundial ¿verdad?

Sorprendido por aquella repentina y extraña pregunta, Campbell apenas pudo responder afirmativamente con la cabeza.

—Bien, entonces sabrá que tras su finalización, Estados Unidos lanzó un plan de estímulo para la reconstrucción de los países europeos que peor parados habían salido de aquel conflicto.

—El Plan Marshall —dijo rápidamente Godwin.

—Sí, eso es —respondió Bailey—. Dos de los países que más se beneficiaron de aquel plan de estímulo económico fueron Francia e Inglaterra, y los buenos resultados que produjo a sus respectivas economías hizo que la relación entre estos tres países no se limitara a aquel plan sino que continuó en el tiempo y, de hecho, aún hoy continúa.

Campbell se mostró confundido.

—Como usted dice, Francia y el Reino Unido fueron, efectivamente, los dos países que más dinero recibieron en ese momento, pero el Plan Marshall duró hasta el año 1951. No hay constancia de que existiese ningún plan económico similar después de ese.

Bailey sonrió.

—Lo sé, profesor. Precisamente por eso todo lo que vino después ha permanecido hasta hora en secreto. Guardado en un archivo de nivel de seguridad 4 en la Agencia Europea de Inteligencia.

Milanelli caminó cabizbajo varios pasos por aquella sala intentando entender lo que estaba escuchando. Por un lado, él era el mayor de todos los allí presentes y no tenía ningún conocimiento acerca de lo que Bailey les estaba contando, si bien su total ignorancia y desinterés por la economía podría explicarlo. Lo que era incapaz de comprender era cómo aquella situación podía estar relacionada con el asesinato de

varios ministros del gobierno británico y, más aún, con el secuestro del hijo del presidente francés.

—No me gustaría resultar grosero, señor —expresó finalmente—, pero no consigo entender qué tiene que ver lo que nos está diciendo con lo que nosotros llevamos viviendo los últimos dos días.

Bailey asumía lo complicado que debía resultar para ellos conectar ambas historias con la escasa información que les había dado hasta ese momento.

—El problema —dijo intentando explicarse— es que la unión entre Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, una vez concluido el Plan Marshall, debía permanecer en secreto. En aquel momento, el avance del comunismo era un peligro real en Europa y la principal razón por la que el gobierno americano ideó aquel plan. Sin embargo, no habría sido bien visto por el resto de países europeos que Estados Unidos hubiese seguido ayudando solo a dos de ellos olvidándose del resto.

—Sí, pero Milanelli tiene razón —le interrumpió Margaux—. ¿Qué tiene que ver todo eso con asesinar a sus ministros?

Bailey caminó hasta la puerta de la sala y observó en silencio durante unos instantes el trabajo que estaban haciendo los policías en el exterior.

—Esa colaboración, profesora —prosiguió—, nació con buenas intenciones. Dejar fuera a otros países importantes no era la situación ideal, desde luego, pero la intención inicial era buena. Estados Unidos quería contar con los aliados más poderosos posibles, y Francia y Gran Bretaña cumplían ese papel. El problema surgió después. Lo que inicialmente debía suponer un plan para reforzar la seguridad interna de Europa y evitar que volviese a ocurrir algo similar a lo que acababa de suceder en Alemania, empezó a justificar todo tipo de acciones. Todas ellas amparadas bajo la defensa de la seguridad internacional.

—La guerra fría —dijo Godwin.

Bailey torció el gesto.

—Posiblemente esa historia esté incluida dentro de lo que se sucedió a lo largo de los años —respondió—, pero propiamente no se limita solo a un capítulo tan conocido del enfrentamiento entre rusos y americanos.

Campbell se pasó una mano por la cara intentando recapitular lo que estaba escuchando.

—Entonces ¿nos está diciendo que la razón por la que ayer secuestraron al señor Deneux y la razón por la que hoy han secuestrado y asesinado a varios de sus ministros es un acuerdo secreto entre Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña?

—Eso me temo, profesor.

—Pero ¿por qué asesinarles? —insistió.

Bailey vaciló un instante. Llegado aquel punto no podía seguir guardando información al respecto.

—Como les he dicho al principio, El caso Coen no hace referencia a un único caso, sino que bajo ese nombre se recoge la información de todas las actividades que

estos tres países han realizado en los últimos sesenta años. Actividades que en muchos momentos les han beneficiado de manera unilateral perjudicando los intereses de otros países y, en ocasiones, actividades menos honrosas, todas ellas destinadas a asegurar la seguridad y la estabilidad política internacional.

—¿Está sugiriendo que este país ha participado en asesinatos secretos durante seis décadas? —le preguntó Margaux estupefacta.

El silencio de Bailey fue la mejor respuesta posible a su pregunta.

—Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué asesinar a nuestros ministros y por qué a estos seis ministros en particular? —preguntó Godwin.

Bailey volvió a mirar durante un instante al exterior de la sala.

—Porque ellos son los únicos que conocen la existencia de El caso Coen, Brian —respondió mirándole fijamente—. Para que nuestro gobierno apruebe determinadas acciones es necesario que seis de los ministros estén de acuerdo. Además, por supuesto, del Primer Ministro. Por eso, cada vez que hay un cambio en el partido que gobierna, seis ministros son elegidos e informados de lo que durante muchos años su país lleva haciendo de manera encubierta junto con Estados Unidos y Francia. No son elegidos aleatoriamente sino que, en muchos casos, ya son nombrados como ministros a sabiendas de que serán los más indicados para pasar a formar parte de ese selecto grupo de personas.

—¿Y por qué no en Francia? ¿Por qué allí secuestraron al hijo del presidente? —preguntó Margaux.

—Porque su país, profesora —le respondió—, es diferente. Cuando se creó esta alianza se decidió que tan solo sus respectivos presidentes debían conocer su existencia y así ocurrió en el caso de Estados Unidos y Francia. El problema es que aquí la reina Isabel II, que acababa de llegar al trono, fue informada desde el principio de este plan y ella fue quien exigió que debía existir una mayoría de ministros del gobierno que estuviesen de acuerdo en la participación de Gran Bretaña. Por esa razón, el Primer Ministro Wiston Churchill se vio obligado a contar con la aprobación de seis de sus ministros, y desde aquel momento, lo mismo ha sucedido cada vez que el gobierno ha cambiado de manos.

—Y los seis ministros del gobierno actual que lo saben son, precisamente, los que han desaparecido ¿verdad? —preguntó Shahi.

Bailey afirmó con la cabeza.

—Así es, agente. Esos seis ministros y el Primer Ministro son los únicos que conocen la existencia de El caso Coen.

Milanelli se apoyó en la mesa fascinado al descubrir, por fin, la razón de todo lo que habían estado viviendo hasta ese momento.

—Con todo esto que nos está diciendo me surge la misma pregunta que le ha hecho la profesora, señor. ¿Por qué en Francia se limitaron a secuestrar al hijo del presidente?

—Eso no puedo contestarlo porque no lo sé. Pero lo que sí tengo entendido es que

el actual presidente francés, el señor Deneux, no está de acuerdo en muchas de las actividades que se llevan a cabo. Sin embargo, se ve forzado a aceptarlas como parte de un acuerdo que dura ya seis décadas y que no tiene poder para romper aunque quisiese.

—De ahí que se limitasen a secuestrar a su hijo —propuso Campbell.

Bailey se encogió de hombros.

—Supongo que sí, profesor.

Margaux repasó rápidamente en su cabeza todo lo que habían vivido la noche anterior en París y lo que ese día llevaban vivido en Londres.

—Si lo que estamos planteando es cierto —dijo finalmente— y la información de El caso Coen es la razón de todo esto, quiere decir que todavía tendrían que hacer algo contra el gobierno de los Estados Unidos ¿no es así?

—Eso me temo —afirmó rotundo Bailey—. Ellos mismos nos acaban de dejar claro cuál es la razón que les ha llevado a hacer lo que están haciendo, de modo que después de secuestrar al hijo del presidente francés, y después de asesinar a casi todos los ministros que tienen información sobre este caso, solo les falta hacer lo mismo contra el presidente de los Estados Unidos.

Capítulo 78

Godwin cerró los ojos durante unos segundos intentando abstraerse de todo lo que estaba escuchando. Si aquella historia era cierta, no parecía haber ninguna esperanza de encontrar con vida a los dos ministros que todavía permanecían desaparecidos.

—¿Qué hay de Austen y Hudson? —preguntó en voz alta cortando la conversación que estaban manteniendo.

Todos guardaron silencio durante unos segundos sabiendo que la respuesta a aquella pregunta era bastante evidente.

—Creo que la idea que desde hace tiempo venimos defendiendo acerca de que uno de sus ministros estaba involucrado en el secuestro de los otros seis acaba de quedar plenamente confirmada con la información que nos ha proporcionado Bailey —respondió Milanelli.

Campbell se mostró de acuerdo.

—Sin duda es cierto —afirmó—. Además, han sido los propios secuestradores los que nos han dado la respuesta a esa pregunta dejando ese archivo a nuestro alcance. Eso hace que nuestros esfuerzos en este momento se deban dirigir a salvar a Hudson y que nos olvidemos de su otro ministro, comisario.

Godwin miró a Bailey. Ahora entendía por qué había querido borrar tan precipitadamente aquel archivo y por qué había mantenido en secreto aquella información hasta ese momento.

—Me gustaría pensar que eso es posible, profesor —le respondió—. Pero tal como hemos visto, todo parece indicar que el ministro Hudson morirá asesinado a manos de los secuestradores como ha sucedido con el resto de sus compañeros.

Margaux percibió la resignación que se desprendía de las palabras del comisario. Si bien lo que estaba diciendo era innegable, no se podían permitir permanecer de brazos cruzados esperando a que apareciese muerto en algún punto de Londres.

—Sé lo frustrante que resulta esta situación, señor. Pero quiero creer que todavía tenemos alguna posibilidad de encontrarle y de salvarle la vida antes de que sea demasiado tarde.

Godwin levantó la mirada e hizo un esfuerzo por creer en aquellas palabras.

—¿Y cómo piensa que hagamos eso, profesora?

—Analizando lo que ha ocurrido hasta ahora —respondió enérgicamente Milanelli—. Estoy de acuerdo con ella en que no podemos esperar simplemente a que lo asesinen, sin más. No lo hicimos en París y no lo haremos ahora, comisario. Tenemos que repasar todo lo que ha ocurrido hoy, punto por punto, y descubrir en qué momento nos han dado la información que necesitamos para saber dónde se encuentra el ministro Hudson secuestrado.

—¿De verdad cree que todavía es posible salvarle la vida? —preguntó Bailey.

—Totalmente, señor —respondió—. Como digo, en París conseguimos salvar la vida de Deneux, y aunque les hemos dicho que no parece que tengan la mínima

intención de permitir que hagamos lo mismo con sus ministros, nuestra obligación es intentarlo hasta el último momento.

—En ese caso —comentó Shahi—, no solo tenemos que analizar lo que ha ocurrido aquí sino lo que han vivido ustedes en París y lo que, como han dicho en varias ocasiones, todavía no han podido explicar.

Todos se le quedaron mirando en silencio.

—Los cuadros de la galería del Guildhall —continuó—. Ustedes dijeron que con ellos los secuestradores querían que buscaran en París la información que no están siendo capaces de encontrar aquí en Londres.

Margaux sintió cómo su mente se reactivaba al escuchar aquellas palabras.

—Tiene razón, agente —afirmó emocionada—. Y todavía hay dos cosas de la pasada noche que seguimos sin encontrarles explicación.

—Las hojas de *Ética nicomáquea* y *Timeo* —dijo Campbell.

—¡Eso es! En la National Gallery creímos equivocadamente que eso era lo que querían que introdujéramos en aquella pantalla, pero no fue así. Por tanto, si admitimos que no tenemos que descubrir el paradero del ministro Austen, únicamente nos queda por encontrar al ministro Hudson. Eso quiere decir que esta es la última oportunidad que tenemos para entender por qué dejaron aquellas hojas en la boca de los dos cuerpos que encontramos en París.

Los ojos de Milanelli brillaban de excitación. De nuevo sentía que podían adelantarse a los secuestradores.

—Perfecto, perfecto... —dijo intentando pensar alguna posible explicación—. En ese caso, tendremos que averiguar si existe una relación que conecte esos dos libros con esta ciudad ¿no les parece?

Shahi se acercó de inmediato a su ordenador y tecleó el texto que quería buscar. *Timeo Londres*.

En silencio, Margaux dirigió su mirada hacia la gran pantalla que había al final de la sala para leer los resultados obtenidos.

—No, no. Esto no es lo que buscamos —dijo contrariada—. Tiene que haber alguna biblioteca o algún lugar donde haya una copia de esos dos libros. Esa es la única conexión posible.

—¿Qué propone que busquemos, entonces? —le preguntó Godwin.

Margaux pensó un instante y, a continuación, se acercó al ordenador y escribió una nueva búsqueda. *Timeo Ética nicomáquea biblioteca Londres*. El primer resultado que obtuvo incluía la imagen de un edificio con aspecto de iglesia.

—El Palacio de Lambeth —dijo Shahi sin necesidad de leer lo que traía escrito.

Margaux se dio la vuelta al escucharla.

—¿Lo conoce?

La agente tardó unos instantes en responder mientras observaba la pantalla con cara de extrañeza.

—Sí, profesora —respondió con retraso—. El Palacio de Lambeth es la residencia

oficial del arzobispo de Canterbury y su biblioteca contiene algunos libros muy importantes.

—Y algunas copias de obras clásicas, espero —dijo Milanelli sonriendo.

—¿Está muy lejos de aquí? —preguntó Campbell sin dejarles tiempo a responder.

—No, profesor —contestó rápidamente Bailey—. De hecho, está muy cerca. Insultantemente cerca como para pensar que ahí esté la respuesta que estamos buscando.

Margaux dirigió su mirada a la pantalla del ordenador sabiendo la importancia que para la vida del ministro Hudson tenía que acertaran en su siguiente paso.

—No sé qué pensará usted, señor —le dijo—. Pero si en esa biblioteca de la que habla la agente Shahi hay una copia de estos libros creo que acabamos de encontrar la razón por la que los secuestradores dejaron aquellas dos hojas en la boca de sus dos ministros que encontramos asesinados en París.

Capítulo 79

Godwin salió rápidamente de la sala sin decir una palabra. Cuando aquella misma mañana su amigo Michael Bailey le había llamado para contarle lo que había ocurrido esa noche en París, había pensado que se trataba de un historia realmente fantásica, más aparentemente sacada de una película de Hollywood que de la vida real a la que cada día ellos tenían que enfrentarse. A pesar de aquella opinión, no podía negar que se alegraba enormemente de que el final hubiese sido afortunado para la vida de aquel joven y, sobretodo, por evitar el alboroto que se hubiese formado si la opinión pública hubiese llegado a enterarse del secuestro del hijo del presidente francés.

Ahora, sin embargo, todos aquellos temores se habían convertido en realidad. Lo ocurrido en París era ya un juego de niños comparado con lo que les estaba tocando vivir a ellos. Inicialmente, la grabación que había recibido en su despacho junto con la historia que Bailey le había contado, hicieron que durante varios minutos hubiese sentido temor ante el desenlace que todo aquello podría tener. Por fortuna para ellos, la aparición mágica de aquellos tres profesores universitarios que, según su información tan importantes habían sido para encontrar a Deneux con vida, parecía ser la solución para que el secuestro de sus ministros pudiese tener el mismo final. Por desgracia, lo ocurrido a lo largo de ese día dejaba claro que su esperanza inicial se había esfumado por completo.

—Comisario —le dijo Margaux al entrar en el ascensor tras él—, creo que debemos llamar a Chavier. Desde que hablamos con él para que nos dijera las palabras que aparecían en el pórtico del Panteón no ha vuelto a tener noticias nuestras y creo que le debemos una explicación acerca de por qué necesitábamos aquella información y sobre qué ha pasado desde entonces.

Godwin cerró los ojos y recordó nuevamente sus palabras en el Aeropuerto de París-Charles de Gaulle. «Si quiere encontrar a sus ministros con vida debe hacer justo lo que los profesores le digan».

Gracias a lo que Bailey acababa de explicarles, había comprendido que salvar a los ministros en ningún momento había estado realmente en sus manos. A diferencia de lo que había ocurrido durante todo aquel día, el sentimiento de impotencia y la rabia por haber llegado demasiado tarde en cada una de las ocasiones, especialmente en el caso de la ministra Johnson, había comenzado a desvanecerse hasta casi desaparecer.

Por delante tenían ahora una misión que ellos mismos calificaban de imposible, puesto que los secuestradores no iban a permitirles, en ningún caso, salvar al ministro Hudson. A pesar de ello, hasta que encontrasen su cadáver, su obligación era hacer todo lo que estuviese en su mano para descubrir su paradero y, en esa tarea, los profesores iban a resultar fundamentales.

—Lo sé, profesora —respondió en cuanto se abrieron las puertas del ascensor—.

Sé muy bien cuál ha sido mi comportamiento con el comisario Chavrier. La ayuda que él nos ha prestado viajando hasta Roma no está acorde con el trato que yo le he dispensado. Ahora mismo le llamaremos y le informaremos de todo lo que ha ocurrido desde que hablamos por última vez con él en la National Gallery.

En silencio, los cinco subieron al vehículo. Godwin pulsó un botón en la consola central y el mismo sonido de sirena que les había acompañado en cada uno de sus desplazamientos por Londres comenzó a sonar justo en el momento en el que se incorporaron a la carretera.

—En mi opinión, comisario —dijo Campbell viendo cómo este comenzaba a marcar el número de teléfono de Chavrier en el teclado del navegador—, sería interesante que pensemos por un momento si su trabajo allí ha finalizado ya, o si por el contrario todavía hay algo que los secuestradores quieren que encontremos.

Godwin se detuvo un instante antes de pulsar la tecla de llamada.

—¿Algo como qué, profesor? —le preguntó.

Campbell sabía que lo que acababa de decirle podía ser cierto. Había algo en aquella historia que no terminaba de encajarle, si bien con la información que les había dado en el Panteón, la presencia del comisario en Roma parecía estar suficientemente justificada.

—Es difícil responder a esa pregunta, señor. Entiendo que quiere que le diga exactamente qué es lo que estoy pensando, pero debo admitir que no es nada en concreto. Solo un presentimiento que tengo.

—Y usted entiende que necesitamos algo un poco más consistente si pretendemos que Chavrier haga algo nuevo en Roma ¿verdad? —le preguntó Bailey.

El profesor miró un instante por la ventanilla del vehículo. Sabía que él tenía razón.

—¿Ustedes piensan igual, profesores? —preguntó Godwin viendo que Campbell se quedaba en silencio.

Margaux se sintió atrapada por aquella pregunta. Los dos habían coincidido prácticamente en todas sus ideas desde que se habían conocido la noche anterior en el Palacio del Elíseo. En ese momento, sin embargo, notaba que su mente estaba bloqueada. Incapaz de pensar en lo que Campbell estaba proponiendo.

—Yo, señor —respondió Milanelli intentando salir en su ayuda—, debo reconocer que, si bien es algo que no me había planteado hasta ahora, es posible que el profesor tenga razón. En varias ocasiones hemos visto cómo los secuestradores han utilizado algunas situaciones para distraer nuestra atención ocultando lo que verdaderamente querían que encontráramos.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Godwin.

—El cuerpo del ministro Humme, comisario —respondió sin dudar un instante—. Tal vez lo normal hubiese sido acudir al Guildhall y no buscar más allá una vez que hubiésemos encontrado su cuerpo. Sin embargo, aquellos dos cuadros de la galería, que ha quedado demostrado que no debían estar allí expuestos, eran lo que ellos

realmente querían que encontrásemos en aquel edificio. Aunque, indudablemente, la mayor atención la acaparaba el cuerpo calcinado de su ministro.

—Entonces ¿lo que ocurrió en el Royal Albert Hall también es un ejemplo de lo que usted está diciendo? —le preguntó Bailey.

—¡Exacto! —respondió enérgicamente satisfecho de ver cómo entendían lo que quería decirles—. Allí incluso fue más notable. De nuevo, nadie podría negar que la escena que encontramos en aquel edificio con el cuerpo de su ministro Tilden lleno de cortes salvajes sería lo que cualquiera hubiese considerado como el aspecto más importante. Sin embargo, por suerte para nosotros, la profesora relacionó astutamente aquella muerte tan característica con la forma de aquel edificio para saber qué era lo que estaban haciendo los secuestradores y para entender que con aquello querían decirnos que acudiésemos a la iglesia de San Estefano Rotondo.

—Por lo tanto —le cortó Godwin— cree que pueden haber hecho lo mismo en Roma y que Chavier todavía tenga que hacer algo diferente de lo que ha hecho hasta ahora ¿no es así?

Milanelli se encogió de hombros.

—Parece que la lógica es a lo que nos lleva, comisario. El problema es que no podemos tener la certeza para saber si esa opción es o no la correcta.

—Entiendo lo que dice —comentó Bailey— pero de nuevo tengo que repetir lo mismo, profesor. No podemos llamarle y decirle que creemos que hay algo que tiene que hacer todavía pero que no sabemos qué es.

Los tres profesores se quedaron en silencio. Aunque parecían compartir la misma opinión, ninguno era capaz de concretar la impresión que rondaba por sus cabezas. Viendo que ninguno de ellos respondía al comentario de Bailey, Godwin pulsó la tecla de llamada y los tonos comenzaron a escucharse a través de los altavoces del coche.

—Chavier le pido disculpas —se adelantó a decir Godwin en cuanto escuchó que cogían la llamada.

—No se preocupe, comisario —le respondió educadamente—. Solo espero que la información que me pidieron les haya servido para algo.

La imagen sin vida de la ministra Johnson se clavó en ese momento en su mente.

—Sí —respondió a duras penas—. Por desgracia, el final no fue el que esperábamos pero parece ser que, hagamos lo que hagamos, los secuestradores están empeñados en impedir que salvemos a nuestros ministros.

—Lamento oírle decir eso —respondió Chavier ante aquella incómoda situación.

—Comisario —dijo Margaux acercándose al hueco que había entre los dos asientos delanteros—, tenemos la sensación de que hay algo en todo lo que usted está viviendo allí en Roma que no acaba de tener sentido.

—¿El qué exactamente, profesora?

Antes de responder, dudó por un instante buscando la mejor manera de explicarle lo que ni siquiera ellos sabían con certeza.

—Vera, señor, todavía es algo que no podemos demostrar de ninguna manera concreta, pero el profesor Campbell ha sido el primero en proponer que es posible que los secuestradores hayan planeado algo que nosotros no estamos siendo capaces de descubrir.

Durante un par de segundos hizo una pausa.

—Para ser sincera —continuó—, es una opción que yo no me había planteado, pero tras escucharle y tras escuchar también lo que el profesor Milanelli ha dicho, cada vez estoy más convencida de que es posible que tengan razón y puede que aún haya algo que necesitemos que hagan.

—Muy bien, profesora —respondió excitado por la idea de saber que todavía podrían ser de ayuda.

—¿Han encontrado algo en el Panteón? —se adelantó a preguntar Milanelli.

—No, profesor. Este edificio se encuentra completamente vacío. Ahora mismo hay establecido un perímetro de seguridad en la plaza que está justo delante de él, pero salvo lo que ustedes preguntaron acerca de las letras del pórtico, no parece haber nada más interesante.

Godwin sentía que si los profesores no eran capaces de concretar en una idea precisa lo que hasta ese momento era un simple presentimiento, tal vez él sí podría decirles algo de todo lo que allí estaba viviendo que pudiese resultarle extraño.

—Comisario —comenzó—, ¿recuerda que le dijimos que en el domicilio de uno de nuestros ministros encontramos el cuadro que ustedes vieron derretirse ayer en aquella sala del Louvre?

—*El éxtasis de San Pablo*. Sí, lo recuerdo.

—Bien, pues en opinión de los profesores, que los secuestradores dejaran aquel cuadro en el dormitorio del ministro Hudson fue una señal clara de que querían que nos dirigiéramos al museo de la National Gallery. Y cuando le llamamos antes pidiéndole que nos dijera qué había escrito en ese pórtico fue porque encerraron a la ministra Johnson en una de las salas del museo y bloquearon su entrada con una especie de barrera luminosa que solo podía apagarse introduciendo un código alfanumérico en una pantalla que había justo delante de la puerta.

A pesar de lo fantástica que parecía aquella historia, el comisario sabía que después de lo que ellos habían vivido en París, los secuestradores eran capaces de hacer cualquier cosa.

—¿Y aquellas letras era lo que necesitaban? —preguntó.

—Exacto —respondió Margaux—. Desafortunadamente, aquella fue nuestra segunda opción. En primer lugar consideramos que la respuesta podía ser las hojas de *Timeo* y *Ética nicomáquea* que encontramos en los cuerpos de la Asamblea y del Panteón.

—¿Qué fue lo que ocurrió, entonces? —preguntó curioso.

Godwin miró antes de responder al edificio que se veía al otro lado del puente.

—Verá, comisario, la ministra no estaba simplemente en aquella sala sino que los

secuestradores idearon una especie de jaula de metacrilato gigante donde la tenían encerrada. Cuando introdujimos aquella primera contraseña lo que ocurrió fue que uno de los rociadores antiincendios comenzó a soltar agua en el interior de aquella jaula.

Chavrier se mostró impresionado.

—Sé que es difícil de relacionar —le dijo Margaux—, y mucho más si no vio aquella escena en directo, comisario, pero todo lo que hicieron allí fue una representación de una de las torturas que aparecen en la iglesia de San Estefano Rotondo. Por desgracia, como le dije antes, aquella primera idea resultó errónea. Poco tiempo después, el mismo rociador comenzó a soltar agua de manera constante por lo que la ministra estaba condenada a morir ahogada si no conseguíamos apagar antes aquella barrera. En ese momento, fue cuando nos dimos cuenta de que si aquello estaba ocurriendo en ese momento exacto del día era porque la respuesta que necesitábamos, la contraseña alfanumérica que debía permitirnos entrar y salvarla, debía ser algo que hubiese ocurrido paralelamente a todo aquello y allí fue cuando descubrimos que la escritura que figura en el pórtico del Panteón era justo lo que estábamos buscando.

—Pero ahí solo había letras —replicó extrañado.

—No, comisario —respondió Milanelli—. Aunque eso es lo que puede parecer en un primer momento, debe tener en cuenta que algunas de esas letras pueden ser interpretadas como números romanos dando la combinación que necesitábamos.

Chavrier levantó la mirada y observó fascinado aquellas palabras en el friso del Panteón.

—A pesar de nuestro esfuerzo —dijo Godwin deteniendo el vehículo delante de la entrada del Palacio de Lambeth— no pudimos hacer nada para salvar la vida de la ministra. Es muy frustrante asumir que, hagamos lo que hagamos, seremos incapaces de recuperar a ninguno de ellos. Sin embargo, los profesores todavía creen que es posible que nos adelantemos al plan que tienen preparado y que encontremos al ministro Hudson. Por eso, si aún hay algo en Roma que debemos descubrir, tenemos que ser capaces de saber qué es antes de que sea demasiado tarde.

—Por supuesto que sí, comisario —respondió enérgicamente Chavrier—. Pero saben que para poder ayudarles necesito que me digan qué es lo que quieren que hagamos exactamente.

Margaux sintió que de nuevo habían vuelto al punto de partida.

—Lo sé —reconoció— y lamento no poder decírselo todavía, pero creo que estamos muy cerca de descubrir por qué utilizaron aquellas dos obras de Plantón y Aristóteles en París, y tal vez eso nos proporcione las respuestas que necesitamos. También en su caso.

—De momento no podemos decirle más —añadió Godwin deseoso de finalizar aquella conversación y entrar en el edificio que tenían a escasos metros.

—No se preocupe. Esperaremos a que se pongan en contacto con nosotros.

—Gracias, comisario. Le llamaré en cuanto sepa algo —dijo despidiéndose.

Godwin finalizó la llamada y se bajó rápidamente del vehículo. Bailey y los profesores hicieron lo mismo.

—Entonces ¿es este el famoso Palacio de Lambeth? —preguntó Milanelli.

—Así es, profesor. Aquí está la biblioteca que aparecía en la búsqueda que hicieron en Internet.

Bailey mostró su reticencia ante la posibilidad de que allí dentro hubiese algo esperándoles.

—Me cuesta bastante creer que los secuestradores hayan estado aquí.

Campbell le miró sorprendido.

—¿Por qué lo dice, señor?

Bailey se giró y observó el Támesis.

—Fíjense —les dijo a los profesores—. Allí mismo, al otro lado del río, está el Parlamento. Justo un par de calles detrás, el edificio de Scotland Yard de donde venimos nosotros. Y en aquella dirección —dijo indicando a su izquierda— está el edificio del Servicio de Inteligencia.

—¿Qué quiere decirnos con todo eso? —preguntó Milanelli conociendo perfectamente la respuesta.

—Creo que es evidente, profesor —le respondió extrañado—. Nos encontramos en la que posiblemente sea la zona de esta ciudad más fuertemente vigilada. ¿Cómo demonios va a ser posible que hayan hecho algo aquí dentro con ese nivel de vigilancia?

Campbell entendió perfectamente sus dudas.

—Tiene que entender, señor, que si estamos en lo cierto y aquí dentro se encuentran dos copias de *Timeo* y *Ética nicomáquea*, no debemos pensar en nada extraño más allá del simple hecho de que posiblemente, en algún momento de los dos o tres últimos días, una persona normal y corriente, como usted y como yo, puede haber accedido a esa biblioteca y puede haber arrancado esas dos páginas de esos libros. Entiendo que pueda resultar extraño dado la importancia de los edificios que se encuentran por la zona, como usted acaba de decir, pero la sencillez de lo que deberían haber hecho aquí lo hace, en mi opinión, totalmente posible.

—Yo aún diría más —añadió Milanelli—. No solo lo hace posible sino que casi me atrevería a decir que obligatorio. Ya hemos visto en varias ocasiones cómo disfrutaban haciendo cosas que aparentemente son imposibles, y me remito al hecho de cómo han conseguido que el ministro Hudson desapareciese de su domicilio cuando ustedes lo tenían bajo vigilancia. Comparado con eso, entrar aquí dentro —dijo señalando al palacio— y arrancar un par de hojas me parece un tontería, la verdad.

Bailey resopló aceptando que ambos profesores tenían razón en lo que estaban diciendo.

—En ese caso —dijo Godwin—, la única manera que tenemos de saber quién de ustedes está en lo cierto es entrar y ver si han hecho en esa biblioteca lo que creen

que han hecho.

Los cinco cruzaron la carretera y se acercaron hasta una puerta que permitía el acceso al palacio. Bastante escondido, encontraron un pequeño botón de color blanco que parecía ser la única opción de comunicarse con el interior.

—Creo que tendríamos un gran problema si no hubiese nadie dentro —comentó Milanelli.

Godwin pulsó aquel pequeño timbre esperando que la suerte les acompañase por una vez.

—El arzobispo está fuera de la ciudad, eso desde luego —afirmó Bailey—. Pero aún así, creo que una persona se queda en todo momento encargada del mantenimiento del edificio.

Margaux le miró sorprendida al comprobar que el jefe de la Agencia Europea de Inteligencia estuviese al tanto de la agenda de un arzobispo.

—No sabía que ustedes se ocupaban de su seguridad —comentó irónicamente.

Bailey mostró una mueca de contrariedad. A pesar de que no era la tarea que más le agradaba, y a pesar de que como ya había expresado en varias ocasiones a sus compañeros la seguridad de los arzobispos de Londres no debía ser asunto de la Agencia, efectivamente aquella era una de las múltiples tareas que tenían encomendadas.

—Quizá haya sido precisamente porque usted sabría esa información que los secuestradores han elegido este lugar —propuso Campbell.

Bailey y el comisario le miraron sin comprender.

—De un modo u otro —dijo explicándose— tienen que saber que seremos capaces de entender aquello que dejan para nosotros. En las múltiples ocasiones que han utilizado obras de arte sabían que la profesora sería quien sabría interpretarlas, de la misma manera que sabían que Milanelli sería el único de todos los que nos encontrábamos en París que sabría darle significado a la ecuación que dejaron oculta en el cuadro de *La consagración de Napoleón*.

Godwin se giró después de escuchar las explicaciones del profesor Campbell y volvió a pulsar reiteradamente aquel timbre.

—Puede que tenga razón, profesor. Tal vez los secuestradores sabían esto, como parece ser que sabían en qué punto de Roma se encontraba exactamente Chavier cuando decidieron que la ministra Johnson iba a morir ahogada.

Margaux percibió la rabia que se desprendía de las palabras del comisario.

—Entiendo lo frustrante que resulta ver cómo, en cada momento, parecen ir por delante de cualquier cosa que nosotros hacemos. Eso mismo nos ocurrió la pasada noche en París y se está repitiendo hoy aquí. Como le informamos hace un momento a Chavier, entendimos que la palabra que podía permitirnos salvar a su ministra debía estar relacionada con algo del Panteón cuando nos dimos cuenta que ambas situaciones estaban conectadas en el tiempo. Recuerde que hemos planteado la posibilidad de que haya alguien allí en Roma, o incluso alguien de la policía italiana,

que trabaje con ellos y que les esté informando.

Godwin volvió a pulsar el timbre maldiciendo la poca prisa que quien estuviese allí dentro se estaba dando en abrirles.

—De hecho —añadió Campbell mirando a Bailey—, es posible que usted tenga, quizá sin saberlo, la respuesta a lo que no acabamos de ser capaces de ver en Roma.

—¿Yo? —respondió sorprendido.

—Sí, señor. Puede que no tenga la respuesta pero sí la demostración de que esto que de momento no es más que una intuición que tenemos los tres pueda ser verdad.

—¿Y cómo es eso si puede saberse? —le preguntó Godwin.

Campbell miró a aquella puerta deseando que alguien les recibiese de una vez y le sacara de aquel pequeño lío en que él solo se había metido.

—Si recuerda, comisario —comenzó justificándose lo mejor que podía—, cuando planteamos que era totalmente necesario que Chavier hubiese viajado a Roma a la iglesia de San Estefano Rotondo, Bailey opinó que quizá hubiese valido con buscar aquellas pinturas por Internet tal como hizo la agente Shahi.

—Sí, lo recuerdo, profesor —respondió cortándole.

—Bien, en ese caso —continuó—, esa misma deducción podría ser aplicable en esta ocasión. Podríamos pensar que no era estrictamente necesario que hubiese estado en el Panteón para saber qué era lo que ponía en aquel pórtico ya que de manera análoga podríamos haberle pedido a ella que lo buscara, o incluso haberlo hecho nosotros mismos en la National Gallery desde nuestro móvil.

—Creo que no entiendo a dónde quiere ir a parar, profesor.

Campbell temió que sus explicaciones no estuviesen siendo suficientemente convincentes.

—Lo que quiero decir, comisario, es que creo que las cosas están ocurriendo tal como los secuestradores querían que ocurriesen. Sin embargo, el texto del pórtico del Panteón lo podíamos haber encontrado por nuestra cuenta sin necesidad de que Chavier hubiese estado allí para decírnoslo.

—Y eso confirma nuestra sospecha de que realmente no era eso lo que querían que encontráramos en Roma —añadió Margaux.

En ese momento, un sonido metálico seguido de un leve crujido atrajo su atención y un hombre de aspecto frágil apareció tras la puerta que daba acceso al interior del Palacio de Lambeth.

«Por fin», pensó Campbell aliviado.

Capítulo 80

Tras lo ocurrido la primera vez, el policía encargado de revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad de Londres respiró aliviado al ver las imágenes proyectadas en su pantalla. En esta ocasión, había conseguido encontrar con relativa facilidad el momento en el que aquel mismo vehículo que habían visto detenerse en una puerta lateral del Royal Albert Hall aparecía por las inmediaciones del Guildhall.

Deseoso de enseñarle las imágenes a la agente Shahi, levantó la mirada y la dirigió a la sala donde se encontraba trabajando. A continuación, pulsó el botón de aviso y observó cómo se levantaba y se acercaba rápidamente hasta su posición.

—¿Ha encontrado algo nuevo? —le preguntó al llegar casi hasta él.

—Eso creo —dijo señalando la pantalla—. Por lo menos este es el mismo BMW todoterreno que aparecía antes en el Royal Albert Hall.

—¿Sale alguien desde dentro del edificio? —preguntó incrédula mientras observaba aquella grabación.

—Esta vez sí —respondió seguro—. A diferencia de lo que vimos antes, aquí había una persona al menos esperándoles en el interior.

A pesar de la lejanía con que estaban tomadas aquellas imágenes y de su baja calidad, para Shahi no quedaba la menor duda de que lo que estaba viendo era la llegada del ministro Humme al Guildhall. Tal como le estaba explicando su compañero, se podía ver cómo el mismo BMW X5 aparcaba delante de la puerta principal y rápidamente una persona salía del edificio, sacaba al ministro del vehículo y lo llevaba dentro.

—¿De qué hora son estas imágenes? —preguntó satisfecha del trabajo del policía.

—14:42, exactamente —respondió señalando el reloj de la pantalla.

Shahi bajó la cabeza y cerró los ojos intentando imaginarse el trayecto que los secuestradores habían tenido que realizar desde el Royal Albert Hall hasta el Guildhall.

—La primera grabación era de las 14:17 —murmuró—. Eso quiere decir que pasaron veinticinco minutos entre esos dos momentos, y contando con el tráfico del centro de Londres, es necesario que hayan ido directamente de un sitio a otro.

El policía asintió sutilmente.

—Eso quiere decir que desde el principio ya tenían a los dos ministros en el mismo vehículo, y si ellos han estado ocupados haciendo esto, tiene que haber sido por lo menos otro grupo diferente quien secuestró a Hudson y quien llevó a la ministra Johnson hasta la National Gallery —dijo antes de alejarse corriendo de nuevo hacia la sala de reuniones.

Capítulo 81

El capellán se quedó mirando durante unos segundos a aquellas cinco personas que habían aparecido al otro lado de la puerta y que tan insistentemente habían requerido su presencia preguntándose qué demonios querían. A pesar del inconveniente que le había supuesto cruzar todo el palacio ante el estridente sonido del timbre que había estado sonando una y otra vez sin cesar, el hecho de que entre ellos estuviese una bella joven que le miraba con una agradable sonrisa dibujada en su rostro hizo que olvidara, por un momento, el mal pie con el que había comenzado aquella historia.

—¿Cómo puedo ayudarles? —les preguntó con voz tranquila.

—¿Es usted el encargado del palacio? —contestó fríamente Godwin.

El capellán bajó la vista y se miró así mismo durante un par de segundos preguntándose interiormente si la sotana con la que vestía no serviría suficientemente para responder aquella pregunta.

—Eso me temo —respondió con ironía—. ¿Quién lo pregunta?

—El comisario Brian Godwin —dijo a la vez que le enseñaba su identificación.

Extrañado por recibir la visita de la policía, el capellán dirigió su mirada a las otras cuatro personas que le acompañaban.

—Él es el jefe de la Agencia Europea de Inteligencia —le indicó señalando a Bailey—. Y ellos tres son profesores universitarios que nos están ayudando en una investigación.

La cara del capellán denotaba que no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—Simplemente necesitamos entrar en su biblioteca y comprobar una cosa. En cuanto lo hagamos, nos iremos y no le molestaremos más —dijo Margaux con un gran sonrisa.

Tras reflexionar brevemente sobre aquella extraña historia que estaba escuchando, retrocedió un paso y abrió la puerta lo suficiente para permitir que los cinco pudiesen entrar. Con calma, volvió a cerrarla, se aseguró de que el cerrojo estuviese bien echado y comenzó a caminar de nuevo hacia el interior del edificio.

—¿Y qué puede haber en esa biblioteca que atraiga la atención de la policía? —preguntó finalmente.

Godwin lanzó una rápida mirada a la profesora invitándola a que fuese ella quien mantuviese la conversación con aquel hombre.

—Creemos que tiene dos obras que pueden ayudarnos en la investigación que estamos llevando a cabo —respondió entendiendo la idea del comisario.

El capellán se detuvo en medio del pasillo al escuchar su respuesta.

—Señorita —dijo sonriendo ante aquellas ingenuas palabras—. ¿Acaso está en peligro nuestra fe?

Margaux se quedó de piedra. Al ver que no contestaba, el capellán miró a los cuatro hombres que la acompañaban esperando a que alguno de ellos respondiera a su

pregunta.

—No sé si saben realmente a dónde han venido —añadió retomando el paso—, pero lo único que encontrarán en esa biblioteca son libros relacionados con la religión y con nuestra iglesia.

—Entonces ¿no tiene obras de Platón y Aristóteles? —preguntó bruscamente Milanelli.

Si su pregunta anterior había dejado sin respuesta a sus inesperados visitantes ahora era él quien no sabía cómo interpretar que aquel extraño conociese los pormenores de la colección más privada de la biblioteca. Justo al escuchar aquella pregunta, la imagen de la puerta semiabierta volvió a su mente.

—Sí, sí —respondió con incomodidad—. Pero igualmente ignoro cómo un libro de filosofía puede ayudarles en su investigación.

—Eso es difícil de explicar en este momento —respondió Margaux—. Lo que necesitamos saber de manera más concreta es si tienen copias de *Timeo* y *Ética nicomáquea*.

El capellán la buscó con la mirada y afirmó sutilmente con la cabeza.

—¿Y sabe si alguien ha entrado allí recientemente? —preguntó Godwin.

De nuevo, la imagen de la puerta semiabierta se fijó en su cabeza. Lo que inicialmente le había parecido un tremendo despiste por su parte se estaba convirtiendo rápidamente en algo mucho más importante.

—No, comisario —respondió ocultándole la verdad—. Yo soy la única persona que está en el palacio cuando el arzobispo se encuentra de viaje.

—Tenemos razones para pensar que alguien puede haber entrado en su biblioteca y haber hecho algo en esos dos libros que le acaba de decir la profesora.

Al llegar al final del pasillo, el capellán se detuvo delante de la puerta y sacó el juego de llaves. A continuación, eligió una de ellas y la introdujo en la cerradura. Antes de abrir, se giró para darle al comisario su opinión sobre aquella historia.

—Detrás de esta puerta —le explicó— está la biblioteca que ustedes quieren ver y en ella los dos libros por los que me están preguntando. Como les dije desde un principio, la mayoría de los libros que hay aquí son referentes a la historia de nuestra iglesia, aunque también es cierto que tenemos copias de algunas obras muy conocidas como *Timeo* y *Ética nicomáquea*. Si en ellas se encuentra lo que están buscando, o no, no puedo saberlo. Lo único que les pido es que traten cada libro con sumo cuidado. Esta biblioteca es el hijo mimado del arzobispo y no me gustaría que, sea lo que sea lo que pretenden hacer ahí dentro, a mí me cree un problema con él.

Al abrir la puerta, los profesores no pudieron evitar mirarse entre sí al ver la semejanza que tenía con la de la Asamblea Nacional. Durante varios segundos todos contemplaron en silencio su aspecto sobrio pero elegante a la vez.

—Creo que lo más rápido sería si fuese usted quien nos dijese dónde se encuentran los dos libros que estamos buscando ¿no les parece? —opinó Godwin.

Al escuchar sus palabras, los tres profesores se reunieron en la parte central donde

se encontraba junto con Bailey. El capellán resopló y se quedó mirando fijamente a una de las estanterías.

—Creo que sé dónde está una de las obras que están buscando —dijo entre dientes dirigiéndose a la estantería sobre la cual mantenía la mirada fija.

Margaux y Campbell le siguieron y se colocaron a su lado. La encuadernación de los libros hacía que todos ellos pareciesen iguales.

—¡Aquí! —dijo finalmente mostrando una contenida alegría—. *Timeo*. Cuídelo, señorita. Lo que tiene en su mano es una de las copias más antiguas que se conservan.

La profesora cogió con extrema delicadeza el libro y lo apoyó lentamente en una mesita cercana. Milanelli, Bailey y el comisario se acercaron rápidamente a su lado. Si la teoría que les había llevado hasta allí era cierta estaban a punto de descubrirlo.

—¿A qué está esperando, profesora? —preguntó Bailey viendo que no abría el libro.

Margaux resopló. Lo que acababa de decirle el capellán hacía que tuviese miedo a estropearlo de alguna manera. Aunque recordando lo que había hecho en el Louvre con el cuadro de *La consagración de Napoleón*, nada de lo que hiciese podría ser peor que aquello.

Con mucho cuidado, introdujo dos de sus dedos aleatoriamente hacia la mitad del libro y con la ayuda de la otra mano lo abrió.

—¿Y bien? —preguntó Godwin ansioso de saber si se habían equivocado.

—Espere, comisario. Necesitamos un poco de tiempo —le respondió algo molesta.

—Si les parece —dijo el capellán—, les dejaré que hagan lo que se supone que quieren hacer con ese libro mientras yo busco dónde tenemos el otro que me han pedido.

—Eso sería estupendo —le contestó Margaux amablemente.

Después de ver cómo se alejaba hacia el otro extremo de la biblioteca, la profesora dirigió de nuevo la mirada hacia la copia que tenía entre sus manos.

—En el cadáver que encontramos en el Panteón de París había una hoja de este libro —comenzó—. Y si no recuerdo mal pertenecía a la primera de las tres partes que lo componen.

—Y hablaba de política —añadió Campbell.

—Eso es —afirmó nerviosa—. Precisamente eso fue lo que confirmó nuestra idea de que todo lo que estaba ocurriendo era una especie de advertencia política para el presidente Deneux. Y bueno, escuchando lo que antes nos ha contado Bailey, parece ser que no íbamos muy desencaminados con aquella apreciación.

—Salvo porque en aquel momento pensábamos que la función de esas dos hojas escondidas en la boca de aquellos hombres era exclusivamente esa. O por lo menos, hasta ese momento, era la única que éramos capaces de darle —dijo el profesor.

Godwin sentía que el corazón le iba a estallar. Después de todo lo que habían vivido aquel día se encontraban a un solo paso de saber si, por fin, habían podido

adelantarse, aunque fuese mínimamente, a los secuestradores. Y por alguna extraña razón que su impaciencia no le permitía comprender, los profesores estaban alargando más de lo necesario descubrirlo.

—Entonces ¿pertenece o no a este libro, profesora?

Margaux lo cerró de nuevo y acto seguido abrió únicamente la tapa.

—Como les acabo de decir, aquella hoja pertenece a la primera parte de este libro, de modo que si empezamos a buscar por el principio deberíamos poder averiguarlo.

—Profesora —dijo Bailey colocándose justo a su lado—, tengo el presentimiento de que las palabras del capellán han hecho demasiado efecto sobre usted. Recuerde que si estamos aquí es porque todavía tenemos que encontrar al ministro Hudson y que nuestra intención es encontrarle con vida.

Entendiendo perfectamente lo que quería hacer, Margaux retrocedió un paso y le dejó que se colocara justo delante del libro. Sin ningún cuidado, Bailey cogió varias páginas con la mano izquierda y comenzó a soltarlas progresivamente.

—¿Han visto algo? —preguntó decepcionado al terminar de pasarlas todas.

Los tres profesores negaron con la cabeza.

Sin esperar, repitió la misma acción aunque esta vez cogió un número mayor de páginas y las fue soltando más lentamente. Todos miraron con detalle intentando descubrir si, efectivamente, aquel era el libro que habían utilizado los secuestradores.

—¡Ahí! —exclamó inconscientemente Margaux—. ¡Pare! ¡Pare!

La profesora se acercó y cogió las hojas que todavía tenía Bailey en su mano. Con cuidado las posó y comenzó a pasar varias páginas hacia atrás.

—Ahí está —dijo Milanelli llevándose las manos a la cabeza—. Las hojas que los secuestradores dejaron en los cuerpos de París salieron de esta biblioteca.

Durante varios segundos los cinco se miraron fascinados. A pesar de que aquello era exactamente lo que querían encontrar, haberlo conseguido suponía una satisfacción que les había dejado sin habla.

—La hoja ochenta y nueve es la que falta —murmuró Margaux señalando la siguiente del libro.

—Creo que eso ahora mismo es lo de menos, profesora. Lo importante es que su teoría era cierta —replicó Godwin emocionado.

—Sí, comisario, pero aunque hemos conseguido confirmar nuestra idea todavía falta la parte más importante de todas que es, precisamente, entender por qué lo han hecho —dijo rápidamente Campbell intentando que no se adelantara a celebrar demasiado rápido algo que de momento no les daba información ninguna acerca del paradero de Hudson.

—Entiendo lo que dice, profesor —reconoció—. Pero después de todo lo que les hemos visto hacer hoy...

—No tiene por qué excusarse —le interrumpió Margaux—. Todos nos alegramos de que nuestra idea haya sido acertada. Pero como acaba de decir Campbell, ahora tenemos que entender por qué justamente eligieron las obras que están en esta

biblioteca.

El sonido de las pisadas del capellán hizo que todos dirigieran su mirada hacia él.

—Creo que no podían haber elegido un libro más escondido —les dijo a la vez que lo apoyaba encima de la mesa.

Al ver que faltaba una hoja del que tenían abierto, el capellán palideció.

—Sé lo que está pensando —dijo rápidamente Godwin—, pero esto es exactamente lo que hemos venido a descubrir aquí.

—¿Qué han hecho?! —preguntó ignorando completamente sus palabras—. ¡Les dije que era un libro muy valioso!

—No hemos sido nosotros —respondió excusándose—. Como acabo de decirle, esto es exactamente lo que habíamos venido a buscar. Teníamos cierta información que nos indicaba que dos hojas que han sido recientemente encontradas por la policía francesa podían provenir de estos dos libros y, como ve, nuestra idea era correcta.

De nuevo, la imagen de la puerta semiabierta se clavó en su cabeza. Ahora sí que no podía continuar ocultándoles lo que había ocurrido unas horas antes.

—¿Quién puede haber hecho algo así? —preguntó.

—Eso no puedo decírselo —respondió taxativamente Godwin—. Lo único que suponíamos, y que ahora acabamos de confirmar, es que alguien ha entrado en esta biblioteca y ha arrancado esas dos hojas de estos dos libros.

El capellán se llevó una mano a la cabeza y respiró profundamente.

—Antes de que vinieran ustedes, hace un rato, no sabría decirle exactamente cuánto tiempo, vi desde el final del pasillo por el que hemos venido que la puerta de la biblioteca no estaba cerrada.

Campbell y Margaux se miraron instintivamente el uno al otro.

—Nunca me había pasado anteriormente —continuó—. Cada vez que el arzobispo se encuentra fuera de la ciudad yo soy el encargado de cuidar de todas las dependencias del palacio y jamás me había ocurrido algo semejante.

—Pero ¿fue usted quien se dejó la puerta abierta? —le preguntó Bailey.

El capellán tardó en responder.

—Después de lo que acaban de decirme la verdad es que ya no estoy tan seguro. Cuando lo vi me acerqué inmediatamente aquí, entré y comprobé que todo estaba en orden. ¡Y lo estaba! De modo que sin darle mayor importancia me aseguré de cerrar la puerta con llave y me fui.

—Entonces puede que no haya sido usted quien se la dejara abierta sino que hayan sido las personas a las que nos referimos ¿no es así?

Aquel hombre levantó la mirada buscando al comisario.

—Eso me temo, señor —reconoció—. El arzobispo se fue hace tres días y desde entonces nadie ha entrado aquí. Él y yo somos los únicos que tenemos una copia de la llave de la biblioteca y él jamás la dejaría abierta.

—¿No viene usted a comprobar que está cerrada a diario? —le preguntó Bailey.

—¿Yo? No, por supuesto que no —respondió—. El arzobispo es el único que

hace uso privado de esta biblioteca. Yo no tengo ningún interés por lo que hay aquí. Además —dijo suspirando—, este palacio es suficientemente grande como para mantenerme todo el día ocupado sin necesidad de venir aquí. Lo que ha ocurrido hoy ha sido más bien fruto de la casualidad. Si no hubiese pasado cerca ni siquiera me hubiese dado cuenta de que la puerta estaba abierta.

Milanelli hizo un gesto a Godwin apremiándole para que comprobaran también en el libro de *Ética nicomáquea* si faltaba la hoja que habían encontrado en el cadáver de la Asamblea.

—Bien, bien. No tiene por qué preocuparse. Si ha ocurrido algo en este lugar, o si alguien ha entrado a hacer algo, sin duda nos encargaremos de investigarlo —dijo intentando cortar aquella conversación.

El capellán mostró un gesto de conformismo y se retiró unos metros para permitir que trabajaran sin molestarles. Rápidamente, Bailey cogió aquel libro que les había traído y realizó exactamente lo mismo que había hecho con la copia de *Timeo*.

—¿Qué hay de este, profesora? —le preguntó mientras empezaba a pasar las páginas descontroladamente.

Margaux vaciló un segundo.

—Si no recuerdo mal, aquella hoja pertenecía al libro quinto —dijo con inseguridad.

Bailey levantó la mirada.

—¿Cómo que al libro quinto, profesora? Aquí solo tenemos uno.

Por un momento, aquel comentario hizo que Margaux sonriera recordando a Sanoir.

—Lo sé, señor. Eso no importa. *Ética nicomáquea* está formado por diez libros diferentes aunque eso no implica que se trate de diez libros físicamente diferentes. Tan solo es una clasificación formal.

—Sea lo que sea, por lo menos indica que debemos buscar en la parte central —dijo Milanelli señalando la cantidad de hojas que estaban dejando sin repasar.

Haciendo caso a lo que decía el profesor, Bailey abrió el libro por la mitad y cogió todas las que formaban la parte central. Poco a poco fue pasándolas hasta que de nuevo encontraron justo lo que estaban buscando.

Capítulo 82

En ese momento, el móvil de Godwin comenzó a sonar. El comisario se alejó rápidamente unos metros para no molestar a los profesores.

—Dígame, agente. ¿Qué han encontrado?

—Buenas noticias, señor —respondió Shahi—. Acabamos de localizar las imágenes en las que se ve cómo los secuestradores llegan al Guildhall y dejan allí al ministro Humme.

Por un momento, el comisario tuvo la agradable sensación de que tras mucho trabajo su suerte había comenzado a cambiar. Acababan de comprobar que la idea de los profesores acerca de aquellas hojas de París era cierta y, por otro lado, parecía que comenzaban a estrechar el cerco sobre los secuestradores.

—Me alegra oírle decir eso, agente. ¿Se trata del mismo vehículo que vimos en el Royal Albert Hall?

—Sí, comisario. El mismo BMW X5. La única diferencia es que allí era uno de los secuestradores quien bajaba del vehículo y entraba en el edificio con Tilden, mientras que en esta ocasión parece ser que uno de ellos ya estaba esperando dentro del Guildhall.

Godwin mostró su sorpresa.

—En ese caso debemos revisar las grabaciones anteriores para averiguar en qué momento esa persona llegó allí.

—Sin duda, señor. Ya hemos comenzado a trabajar en ello.

El comisario miró desde la distancia a los profesores. A pesar de las buenas noticias que estaba recibiendo de Shahi, deseaba acercarse hasta ellos para descubrir si ya habían conseguido encontrarle significado a lo que habían hecho los secuestradores.

—Perfecto. Llámeme sin falta si descubren algo nuevo ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señor. Pero todavía hay algo más —dijo antes de que colgara.

—¿El qué, agente?

—Los ministros Tilden y Humme iban en el mismo coche.

Aquella afirmación tan contundente le dejó helado.

—¿Cómo ha dicho?

—Las imágenes que acabamos de descubrir del Guildhall —le detalló— fueron grabadas a las 14:42. Justo veinticinco minutos después de las que vimos en el Royal Albert Hall. Teniendo en cuenta que el vehículo es el mismo en ambos casos, y haciendo una estimación del tiempo que necesitarían para ir de un sitio a otro, hemos llegado a la conclusión de que los dos ministros iban juntos en ese coche desde el principio.

Godwin se pasó una mano por la cabeza.

—Si es cierto lo que está diciendo, será necesario revisar todas las grabaciones que unan ambos puntos. Tenemos que descartar que hayan podido detenerse en algún

punto intermedio a recoger al ministro Humme.

—También estamos en ello, señor.

El comisario se mostró orgulloso de la efectividad mostrada por Shahi.

—Perfecto. Como ya le he dicho, no olvide llamarme si descubren algo más.

—Por supuesto, señor —respondió despidiéndose.

Godwin finalizó la llamada y caminó hacia donde se encontraban los profesores, más confiado que nunca en que la posibilidad de salvar la vida de Hudson estaba todavía en su mano.

—¿Han llegado a alguna conclusión? —les preguntó al llegar hasta ellos.

—No, comisario —respondió Campbell—. Ya está claro que esas dos hojas que encontramos en los cadáveres de París salieron de esta biblioteca, pero ahora tenemos que entender qué nos quieren decir con eso los secuestradores.

—Si han elegido esta de entre todos los lugares del mundo donde habrá copias de esos dos libros será porque quieren que utilicen la información que contiene para algo que debemos hacer ahora.

Milanelli le miró preguntándose, irónicamente, cuánto tiempo le habría llevado alcanzar una conclusión tan rebuscada como aquella.

—Eso lo tenemos claro —respondió ocultando su opinión al respecto—. Y visto el momento en el que nos encontramos, la única respuesta posible es que esa información debe llevarnos directamente hasta el ministro Hudson. El problema es que no sabemos interpretarla.

Godwin caminó unos pasos hasta colocarse de manera que pudiera ver claramente la hoja que faltaba.

—En París le dieron un significado a todo esto ¿no es así?

—Sí, señor —respondió Margaux—. Como ya les explicamos, la hoja de *Timeo* confirmó nuestra idea de que el secuestro del señor Deneux era un aviso político para su padre, el presidente de Francia. Pero antes de eso ya habíamos encontrado la hoja que falta en este otro libro, que trata sobre la moral. De modo que, gracias a eso, ya habíamos empezado a perfilar nuestra idea al respecto.

—Desde luego, si El caso Coen es la razón de todo lo que están haciendo, acertaron de lleno con las hojas que colocaron en la boca de nuestros dos ministros —opinó Bailey.

—Sin duda, señor —respondió Campbell al momento—. Siempre hemos dicho que los secuestradores tienen perfectamente planificada cada una de las cosas que hacen y en este caso no ha sido diferente.

Godwin levantó la vista y dedicó unos instantes a mirar la gran cantidad de libros que les rodeaban.

—Pues si han elegido estos dos en concreto de entre todos los que hay en esta biblioteca, indudablemente tiene que tener un significado. Y si además estamos de acuerdo en que ese significado es que el nos va a permitir saber dónde se encuentra ahora mismo el ministro Hudson no podemos demorarnos en descubrir de qué se

trata.

Campbell resopló efusivamente. Si tan fácil lo veía, no entendía por qué no había dado ya él con la respuesta que estaban buscando.

—Creo que, una vez más, tiene que haber algo que se nos está escapando. O por lo menos algo que no estamos siendo capaces de interpretar de la manera correcta —dijo Margaux en voz baja—. Con esto hemos cerrado todas las cosas que habíamos dejado en París y a las cuales no habíamos podido encontrar significado. Eso implica que tan solo nos queda apoyarnos en algo de lo que hemos vivido aquí hoy para entender qué nos quieren decir con esas dos hojas.

—Ese razonamiento me parece correcto —opinó Bailey—, pero si no estoy confundido, lo único que nos queda pendiente aquí es darle sentido al texto que apareció en la espalda del ministro Tillden.

Margaux percibió cómo la leve esperanza que sintió al escuchar esas palabras se desvanecía inmediatamente.

—No lo sé, señor —dijo a regañadientes—. Aquella estrofa... No entiendo por qué hicieron aquello, pero hasta ahora no nos ha servido para nada y no veo la manera en que pueda llegar a sernos de utilidad.

—Quizá si leemos alguna de las ciento dos páginas anteriores de este libro podamos sacar alguna idea interesante.

El profesor Milanelli saltó como un resorte al escuchar aquellas palabras.

—¿Cómo ha dicho, comisario?

Godwin le miró sorprendido. En su opinión aquella era una idea tan válida como otra cualquiera.

—Digo que, tal vez, encontremos alguna idea interesante si leemos alguna de las ciento dos páginas anteriores —repitió señalando al hueco dejado por la hoja que faltaba.

—¡Eso es! —exclamó ahogadamente el profesor.

—¿Qué ha descubierto? —le preguntó Bailey.

Sin responderle, Milanelli se colocó delante de la mesa y colocó los dos libros juntos uno al lado del otro.

—¡Santo Dios lo teníamos delante!

—¿El qué, profesor? —insistió nervioso.

—¡Lo que quieren que hagamos con las hojas que faltan, señor! —respondió Milanelli con una gran sonrisa.

Campbell y Margaux se miraron sin saber a qué se estaba refiriendo, pero totalmente seguros de que él ya había descubierto lo que estaban buscando.

—Profesor, creo que si tiene la intención de que entendamos lo que nos quiere decir va a tener que explicarse un poco mejor —dijo Godwin.

—Por supuesto, comisario —respondió sacando un bolígrafo de su bolsillo—. Hasta ahora, lo que habíamos hecho había sido interpretar solo la parte moral del mensaje que los secuestradores nos habían dejado en París con estas dos hojas ¿de

acuerdo?

Los cuatro movieron la cabeza afirmativamente.

—Bien. Hasta ese momento, aquella interpretación fue más que suficiente porque lo que nos importaba a nosotros, lo que supimos desde un principio que nos llevaría hasta Deneux, eran los números que aparecieron en las manos de aquellos tres hombres. Y fue por eso, precisamente por eso, por tener claro lo que necesitaríamos para encontrarle, que no les dimos la verdadera importancia que tenían.

—¿Y sí la tienen? —preguntó Bailey.

—¡Por supuesto! El comisario acaba de proponer que leamos alguna de las ciento dos páginas anteriores de *Ética nicomáquea* en busca de alguna idea que nos ayude ¿cierto? Fíjense en este número romano —dijo señalando la página siguiente a la que faltaba—. Esto quiere decir que la hoja que encontramos en la boca de su ministro en la Asamblea Nacional era la página 103 de este libro.

—Profesor, no creo... —dijo Godwin viendo cómo escribía con el bolígrafo sobre el libro.

—No sufra, comisario. Estoy seguro de que si ya le falta una hoja al buen arzobispo no le importará que yo escriba un poco sobre él. Y más si eso permite que salvemos la vida de su ministro ¿no cree?

Sin poder rebatir esa afirmación, Godwin se mantuvo en silencio para permitir que continuara con su explicación.

—Bien. Como les iba diciendo, 103 es el número de la página que falta en este libro. Pero no solo eso sino que los primeros números que encontramos en toda la noche, los que estaban en la mano derecha del hombre de la Asamblea eran 86103 —dijo escribiendo el 8 y el 6 delante.

Campbell y Margaux se llevaron las manos a la cabeza entendiendo lo que el profesor estaba explicando.

—Eso mismo —continuó— ocurre con la hoja que falta de este otro libro, *Timeo*. De nuevo, en la cripta del Panteón no le dimos la importancia que merecía a aquella hoja y nos centramos únicamente en los nuevos números que encontramos en la mano izquierda de su ministro. En aquella ocasión, aquellos números fueron 33589 —dijo escribiéndolos también sobre el libro— y los dos últimos, 89, son los de la página que dejaron en el cuerpo.

—Entonces...

—Entonces, comisario, esto significa que los secuestradores eligieron esas dos hojas con un doble motivo. El primero, el de su contenido, y que ya interpretamos en París, nos sirvió para intentar encontrar una explicación al secuestro de Deneux, y lo que Bailey nos ha dicho sobre El caso Coen no hace más que corroborar aquella interpretación. El problema que nosotros teníamos hasta ahora era que no habíamos considerado la posibilidad de que existiese otra razón por la que las hubiesen elegido, y es indudable que si esas hojas son de libros que están aquí, en Londres, es porque esta información que acabo de decirles es la que nos va a llevar hasta el ministro

Hudson.

Bailey y Godwin se quedaron boquiabiertos mientras Milanelli les miraba sonriente.

—Pero ¿de qué manera eso nos va a decir dónde se encuentra? —preguntó Campbell confundido.

—No, profesor. Por supuesto que eso no va a ser sencillo. Estamos hablando del último de los seis ministros que realmente han desaparecido, de modo que los secuestradores no podían dejarnos algo tan evidente.

Margaux no pudo ocultar una sonrisa al ver la cara que el comisario y Bailey ponían al escuchar esas palabras.

—Lo que yo acabo de explicarles es solo la primera parte. Lo mejor viene ahora, fíjense —les dijo señalando a la estantería que tenían detrás de ellos—. ¿Lo ven? Es la estantería número 23, justo donde se encontraba el libro *Timeo*. Y si llevamos esta cifra junto con la de la página que falta en él, solo necesitamos utilizar el número 2 para tener la segunda de las coordenadas que utilizamos en París para encontrar a Deneux. 233589.

—Es increíble... —reconoció Campbell.

—Lo sé, profesor —respondió Milanelli—. Y si mi teoría es correcta, el libro de *Ética nicomáquea* que nos trajo el capellán debería estar en la estantería 48 lo que nos permitiría completar el número 4886103 que era la primera de las coordenadas —dijo terminando de escribirlo en el libro—. Y si juntamos las dos... ¡voilà!

—¡La localización de Deneux en las catacumbas! —exclamó Margaux impresionada.

—La localización de Deneux y las coordenadas que los secuestradores nos fueron dejando en la noche de ayer en los tres cadáveres que encontramos en la Asamblea Nacional, en el Panteón y en la basílica del Sagrado Corazón. El lugar elegido para dejarle no fue arbitrario ya que no solo coincidía con el vértice de la pirámide del Louvre sino que sus coordenadas geográficas estaban formadas por los números de las estanterías y las páginas de las hojas que, desde el principio, nos dejaron en los cuerpos de aquellas personas para que ahora, precisamente ahora, seamos capaces de salvar la vida del ministro Hudson.

Capítulo 83

Godwin permaneció varios segundos en silencio observando fijamente los números que había escrito Milanelli sobre aquellos dos libros. Sabía de sobra cuál era su significado y lo importantes que habían sido para encontrar con vida al hijo del presidente francés. Lo que sin embargo le parecía absolutamente increíble era que, desde un primer momento, estuviesen perfectamente escogidos y, sobretodo, que provinieran de un lugar de Londres.

—Si no le he entendido mal, solo necesitamos saber si *Ética nicomáquea* estaba en la estantería 48 ¿no es así? —preguntó Margaux.

—Solo eso, profesora —respondió Milanelli.

Los cinco se dieron la vuelta casi al mismo tiempo dirigiendo su mirada al capellán, el cual, educadamente, se encontraba casi en el otro extremo de la biblioteca esperando a que ellos realizaran su trabajo.

—Perdone —dijo Campbell en voz alta caminando un par de pasos hacia donde él se encontraba.

El capellán alzó la mirada.

—¿Puede decirme de dónde cogió el libro de *Ética nicomáquea*?

Aquel hombre se levantó extrañado porque le hiciesen una pregunta tan particular como aquella y se acercó hasta la estantería donde había cogido el libro. A continuación, se ajustó las gafas y miró lo que le pedía el profesor.

—La estantería 48, señor —le respondió.

Campbell se llevó ambas manos a la cara completamente sorprendido por el increíble razonamiento que acababa de hacer Milanelli.

—Ya lo han oído —dijo volviendo hasta ellos.

—Realmente es... es increíble, profesor —acertó a decir Bailey—. No puedo imaginarme cómo han podido idear algo tan retorcido.

Milanelli le miró sonriendo.

—Créame que después de haber estado la pasada noche en París empieza uno a acostumbrarse a este tipo de cosas. No obstante, ahora nos falta la parte más complicada de todas y estoy seguro que de nuevo no nos lo van a poner nada fácil. Tenemos que entender cuál es el significado de estos números aquí, en Londres. En París está claro que nos indicaron dónde se encontraba escondido Deneux, pero como todo lo que han hecho siempre, no me cabe duda de que también guardan algún significado y ese es el que nos permitirá llegar hasta su ministro.

Después de lo que acababa de escuchar, Godwin sintió el deseo de llamar a Chavier y agradecerle enormemente que le hubiese aconsejado guiarse ciegamente por lo que ellos dijeran.

—¿Y tiene alguna idea al respecto? —preguntó finalmente.

Milanelli los miró unos instantes y mostró sus dudas.

—Tal vez, comisario —respondió—. En principio, en ambas coordenadas hay dos

números que todavía no han utilizado, de modo que podrían hacer referencia a un lugar concreto de esta biblioteca de manera similar a como lo hacen los demás.

—¡Eso sería fantástico!

—Yo no diría lo mismo —le cortó rápidamente intentando aplacar su euforia—. En mi opinión, la información que nos llevará hasta Hudson está aquí dentro, en esta biblioteca, el problema es que ahora tenemos que descubrir en cuál de todos estos libros se esconde esa información y la propuesta que yo acabo de hacer resulta demasiado evidente. Estoy seguro que los secuestradores habrán pensado en algo mucho más elaborado que eso.

—En cualquier caso —opinó Margaux—, no perdemos nada por probar ¿no le parece? Podemos ver a qué libro de qué estantería hacen referencia y ver si nos sirve de ayuda.

Milanelli mostró una mueca de resignación ante aquella propuesta que para él era, a todas luces, equivocada.

—¿Cuáles serían en ese caso los números? —preguntó Bailey.

El profesor los marcó con su bolígrafo.

—Estos dos, señor. El 86 y el 35.

Campbell se giró de nuevo hacia al capellán.

—Perdone —dijo en voz alta—, ¿podría indicarnos dónde se encuentra la estantería número 86?

El capellán volvió a levantar su mirada hacia aquel grupo de personas que no paraba de hacerle preguntas extrañas.

—Me temo que no puedo ayudarle en esta ocasión, señor. No hay ninguna estantería 86 en esta biblioteca.

Al escuchar su respuesta, Milanelli fijó la mirada en lo que él mismo había escrito sobre las páginas de aquellos dos libros.

—¿Quizá al revés? —propuso Godwin—. Tal vez sea la 35 la que debemos buscar.

—De ninguna manera —respondió rápidamente el profesor—. Eso rompería el orden que escrupulosamente han seguido siempre los secuestradores.

—Entonces tenemos que pensar en otra posibilidad —dijo Campbell.

—¿Cuántas estanterías hay exactamente en esta biblioteca? —preguntó Margaux en voz alta.

El capellán respiró profundamente intentando encontrar algo de paciencia.

—Cincuenta y una, señorita. Hay cincuenta y una estanterías en esta biblioteca.

Al escuchar aquella respuesta, Milanelli se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡Nuevas coordenadas! —exclamó ahogadamente.

Godwin se alegró de ver cómo nuevamente él solo había sido capaz de salir del problema en el que se encontraban.

—¿Nuevas coordenadas? —preguntó Campbell.

—¡Sí, profesor! En París, estos números —dijo señalando a los libros— fueron el

punto y final de la noche. La información que nos permitió encontrar a Deneux.

—¿Y ocurre lo mismo ahora?

—Creo que sí —respondió emocionado—. Creo que quieren que utilicemos otra vez unas coordenadas para encontrar al ministro Hudson.

—Pero usted acaba de decir que la respuesta está en esta biblioteca —replicó Bailey.

—Y lo está, señor. Los secuestradores no quieren indicarnos ningún punto de Londres con ellas porque el lugar que estamos buscando es justo en el que nos encontramos. Justo esta biblioteca.

Bailey y el comisario le miraron una vez más sin entender cuál era la idea que tenía en su cabeza.

—Esta vez —prosiguió— lo que han ideado es lo contrario de lo que vivimos ayer. En París, todos los números que fuimos encontrando acabaron por formar unas coordenadas geográficas que nos llevaron hasta Deneux. Aquí, sin embargo, esas nuevas coordenadas de las que les hablo nos dirán en qué punto de esta biblioteca está la información necesaria para encontrar a su ministro.

Ambos se miraron mutuamente sin estar seguros si aquello había aclarado lo que pretendía hacer, o si por el contrario, únicamente había servido para liarlos aún más.

—¿Tiene ahí su teléfono, profesora? —preguntó mirando a Margaux.

—Sí —respondió sacándolo de su bolsillo.

—Bien. Necesito que utilice el localizador GPS para decirme cuáles son las coordenadas geográficas del lugar en el que nos encontramos. Mejor dicho —rectificó cogiéndola del brazo y llevándola hasta el centro de la biblioteca—. Necesito que me diga las coordenadas de este punto exacto.

Margaux abrió la aplicación de mapas de su teléfono y, a continuación, pulsó sobre la tecla del localizador. En apenas unos pocos segundos un punto de color rojo marcó su localización en aquel pequeño mapa.

—¡Perfecto! —exclamó Milanelli—. Ahora necesitamos las coordenadas.

La profesora abrió una pestaña y buscó la información que necesitaban. Al verla, Milanelli volvió hasta la mesa donde tenían los dos libros abiertos.

—Dígame, por favor, en qué coordenadas nos encontramos, profesora.

—La primera es 51,49713, y la segunda 0,11861.

Milanelli miró extrañado lo que acabada de decir.

—¿Es posible que la segunda cifra que me ha dicho lleve un signo negativo delante?

Margaux se acercó un poco el teléfono a los ojos para poder verlo más claramente.

—Sí, profesor, disculpe.

—¡Perfecto!

—¿Ya tiene lo que necesitaba? —le preguntó Godwin nervioso.

—Sí, comisario.

—¿Y sabe dónde debemos buscar?

Milanelli levantó la mirada.

—Todavía no, señor. Pero pronto lo sabré. Solo debe darme un momento.

—¿Cómo puede estar seguro de que eso es lo que los secuestradores quieren? —le preguntó algo contrariado Bailey.

—Está claro que no podemos tener una certeza completa al respecto —respondió el profesor entendiendo sus dudas—. Pero realmente en ningún momento a lo largo del día de hoy ni de la noche de ayer la hemos tenido.

Durante un momento se mantuvo en silencio estudiando aquellos nuevos números.

—De todas formas —continuó—, si su pregunta es más bien por qué de repente he sabido que debíamos encontrar unas nuevas coordenadas, le diré que lo supe por la pregunta que la profesora Margaux le ha hecho al capellán. Él ha dicho que aquí dentro hay cincuenta y una estanterías y ha sido justo eso lo que me ha hecho darme cuenta. Sabiendo que la latitud de París es 48, y teniendo en cuenta la distancia que separa a ambas ciudades, cabía la posibilidad de que la latitud de Londres, y por tanto también la del punto que ocupa esta biblioteca, fuese 51 y, en ese caso, como afortunadamente así ha sido, no tenía ninguna duda de que los secuestradores querrían que las utilizáramos para saber en qué punto de la biblioteca buscar.

—¿Y lo del signo negativo? —le preguntó Margaux.

Milanelli levantó la mirada y sonrió esperando que ella sola encontrara la respuesta.

—El meridiano de Greenwich —dijo avergonzada por su torpeza.

—Efectivamente —afirmó Milanelli—. Como acaba de recordar la profesora, el meridiano de Greenwich marca el punto de longitud cero. Y, casualidad o no, ese punto está en esta ciudad. Y a pesar de que es la primera vez que visito Londres, creo que ya la hemos recorrido lo suficiente como para saber que nos encontramos geográficamente a la izquierda de ese punto. Es decir en los valores negativos de longitud.

Bailey se llevó una mano a la cabeza y resopló efusivamente incapaz de asimilar que semejante complicación fuese necesaria para encontrar al ministro Hudson.

—Si pretende que después de todo lo que les hemos visto hacer, después de lo que les han hecho a sus cinco ministros, nos iban a indicar fácilmente dónde está el último de ellos para que fuésemos tranquilamente a buscarlo, creo que todavía no ha entendido de lo que son capaces de hacer, señor —le dijo algo molesto Milanelli.

—Sí, por supuesto. Discúlpele, profesor —dijo rápidamente Godwin—. Pero entienda que para nosotros todo esto es realmente nuevo.

Campbell se acercó hasta Milanelli.

—Según lo que ha dicho, entonces, la información que nosotros necesitamos se encuentra en la estantería 51 ¿no es así?

—Eso es —afirmó Milanelli—. Lo único que nos falta por saber es la página del

libro donde está exactamente esa información.

—¿Y cómo piensa descubrir eso? —preguntó el comisario.

—Muy sencillo. De hecho, puede que sea lo más simple que hayamos visto en estos dos días. La coordenadas de longitud negativa nos indica, claramente, lo que tenemos que hacer.

—¿Restar? —preguntó Campbell sorprendido porque efectivamente fuese algo tan sencillo.

—Eso es, profesor —respondió Milanelli mostrando una sonrisa—. No todo iban a ser complicaciones ¿no le parece?

—¿Y qué número se obtiene? —preguntó Margaux.

Milanelli utilizó la página de *Timeo* para realizar aquella operación.

—5137852 —leyó extrañado Godwin.

—Así es —respondió el profesor—. Aunque yo prefiero verlo como que los secuestradores nos están diciendo que en la página 52 de un libro de la estantería número 51 de esta biblioteca encontraremos el lugar donde se encuentra el ministro Hudson esperando a que vayamos a salvarle la vida.

Capítulo 84

Eugene sintió cómo se le disparaba el corazón al escuchar el pitido que acababa de emitir su ordenador. Después de las horas que llevaba encerrada en el laboratorio mirando como tonta aquella pantalla, ese sonido dejaba claro que estaba muy cerca de saber desde dónde se había accedido a la base de datos de la Interpol.

Cuando tiempo atrás había diseñado aquellos dos algoritmos de búsqueda, lo había hecho pensando en que todos sus compañeros del departamento, incluso cualquier policía del cuerpo, pudiese hacer uso de ellos cuando lo necesitase. Por esa misma razón, había introducido aquella sencilla manera de avisar al usuario de que el resultado que buscaba estaba muy cerca de desvelarse. Eso le había permitido a ella misma, en varias ocasiones, continuar con su tarea diaria mientras el algoritmo hacía su trabajo. En esta ocasión, sin embargo, lo que debía descubrir era demasiado importante como para distraerse con otras cosas.

—Doscientos puntos —murmuró en voz baja—. En pocos minutos sabré dónde te escondes pequeño.

Capítulo 85

El capellán observaba preocupado cómo aquellas personas se encontraban delante de una de las estanterías de la biblioteca hablando entre ellos. Después de ver lo que le había ocurrido a la copia de *Timeo* prefería no saber qué era lo que estaban planeando en ese momento. Sin embargo, el temor a que alguno más de sus libros sufriera el mismo final hizo que se acercase hasta ellos para saber si podía ayudarles de alguna manera.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para resolver el misterio que parece esconder para ustedes esta estantería a la que tan detenidamente están mirando?

Al escucharle, todos se dieron la vuelta.

—En verdad, puede que sí —respondió rápidamente Godwin—. Hay algo en uno de estos libros que esconde la razón por la que hemos venido hasta aquí y tal vez usted pueda ayudarnos.

—Creía que esa razón era descubrir lo que alguien les ha hecho a aquellos dos libros —replicó señalando desde la distancia la pequeña mesa donde se encontraban *Timeo* y *Ética nicomáquea*.

—Sí... —reconoció Margaux dubitativa—. Sí, es cierto. Esa era la principal razón. Pero precisamente lo que descubrimos allí es lo que nos ha llevado a tener la certeza de que alguno de los libros de esta estantería esconde el verdadero motivo de nuestra visita.

El capellán miró a la profesora y, a continuación, resopló resignado.

—En ese caso —contestó—, no han podido elegir peor, la verdad.

—¿Y eso por qué? —preguntó Milanelli rápidamente.

—Como les dije antes, esta biblioteca tiene un total de cincuenta y una estanterías. Esta —dijo señalándola— es la última de todas ellas. La número cincuenta y uno. Y eso, precisamente, la hace especial. No porque en ella haya ningún libro particularmente importante, sino más bien todo lo contrario. Todos los libros que no pueden ser correctamente catalogados con el criterio que rige la ordenación de esta biblioteca acaban en esta estantería. Además, aquí se encuentran todos los libros que el arzobispo trae de cada uno de sus viajes. En ocasiones, él mismo se lleva alguno de ellos para usarlo de ofrenda para alguien y, a cambio, vuelve con otro diferente. Es por eso que ni siquiera tenemos un registro de qué libros hay o no hay en ella porque, como les digo, continuamente están entrando y saliendo, y eso haría que intentar tenerlos controlados fuese una locura.

Milanelli devolvió su mirada hacia la estantería convencido más que nunca de que justo ahí delante estaba la solución que tanto habían estado buscando.

—¿Quiere decir eso que su valor es menor al del resto de libros de esta biblioteca? —preguntó.

El capellán se mostró sorprendido.

—Señor, no sé qué idea tiene en mente, pero si acaba de escuchar lo que he dicho

entenderá que estos libros son, en muchos casos, un regalo personal al arzobispo. Puede interpretarse que su valor no sea el mismo que el de aquellas dos copias de Platón y Aristóteles —dijo señalando de nuevo a la mesa—, pero como puede ver son todo obras antiguas y, por lo tanto, sí que tienen un gran valor.

—Está bien —dijo Margaux zanjando la conversación—. Puede estar seguro de que trataremos cada uno de ellos con sumo cuidado. Lo que estamos buscando está escondido aquí. Más concretamente en la página 52 de alguno de estos libros.

La cara del capellán fue de absoluta sorpresa.

—Entiendo su extrañeza, pero sería casi imposible para cualquiera de nosotros explicarle de manera resumida por qué lo sabemos. La cuestión —continuó convencida— es que debemos coger cada uno de ellos y mirar esa página en concreto para ver cuál es el que estamos buscando.

El capellán retrocedió un paso prefiriendo ignorar lo que estaban a punto de hacer. Después de lo que ya había visto hasta ese momento estaba convencido de que al arzobispo no le iba a hacer la menor gracia toda aquella historia.

—Creo que les dejaré trabajar tranquilamente. Hay labores en este palacio que debo atender y algo me dice que esa tarea de la que usted está hablando puede llevarles todavía un buen rato.

—Le entiendo perfectamente —dijo Godwin encantado con la idea de que pudieran quedarse solos en la biblioteca—. Me encargaré personalmente de informarle en cuanto nuestro trabajo aquí haya finalizado.

Resignado, el capellán hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y comenzó a caminar hacia la puerta. Cuando salió, el comisario se dio la vuelta y observó de nuevo aquella estantería.

—Está bien, profesores. Aquí está lo que querían, y me atrevería a decir que después de la historia que nos acaba de contar este hombre, hay más razones todavía para pensar que la idea del profesor Milanelli es acertada y que aquí está lo que estamos buscando.

—No sabe cuánto me alegra oírle decir eso —afirmó entusiasmado el profesor—. Sin duda demuestra que entiende la manera de trabajar de los secuestradores. Y si como ha dicho él esta estantería contiene tal mezcla de libros diferentes, quiere decir que han elegido la más difícil de cuantas hay en esta biblioteca para dejar lo que quieren que encontremos.

Margaux se acercó a mirar los libros que estaban colocados justo a la altura de su cabeza.

—¿Ve alguno especialmente interesante, profesora? —preguntó Bailey.

—No especialmente, señor —respondió al instante—. Afortunadamente para nosotros, no tenemos que hacer ningún tipo de razonamiento especial para tratar de descubrir cuál de todos estos es el que estamos buscando. Simplemente creo que debemos coger uno por uno y buscar en la página 52 a ver qué es lo que contienen y si, de alguna manera, podemos relacionarlo con lo que está pasando aquí.

A Campbell no le parecía que aquella tarea fuese tan sencilla.

—Creo que si algo hemos visto hoy es que no estamos siendo capaces de descubrir a la primera lo que los secuestradores quieren que encontremos. De modo, que tal vez debamos plantear otra posibilidad.

—¿Qué sugiere, profesor? —le preguntó Godwin.

Antes de responder, caminó un par de pasos hacia el centro de la biblioteca y miró a su alrededor.

—En mi opinión, comisario, sería mucho más interesante si pudiésemos cogerlos todos y colocarlos aquí, en el suelo, abiertos todos por la misma página. Eso nos permitiría tener una visión global de lo que estamos buscando.

Margaux miró a Godwin y afirmó repetidamente con la cabeza.

—Está bien —dijo apresurándose a coger los dos primeros libros.

—Un momento, comisario —le cortó la profesora—. Sin duda es una buena idea, pero creo que debemos hacerlo de una manera ordenada. Sabiendo que siempre hacen cada cosa con una intención determinada creo que debemos colocarlos exactamente del mismo modo en el que se encuentran en la estantería.

—La profesora tiene razón —afirmó Milanelli—. Es posible que una vez que hayamos descubierto cuál es el que necesitábamos, su colocación inicial pudiera darnos alguna información importante para encontrar a su ministro.

Bailey y el comisario se miraron completamente seguros de que debían confiar en ellos una vez más.

—Muy bien —aceptó Godwin volviendo a colocar en su lugar los dos libros que había cogido—. ¿Cómo proponen que nos organicemos entonces?

—Si les parece —respondió Margaux—, yo iré cogiendo los libros de la estantería. Ustedes dos y el profesor Milanelli buscarán la página 52 y se los darán a Campbell que los colocará en el suelo siguiendo la misma disposición en la que están ahora colocados. Empezaremos de izquierda a derecha y de abajo a arriba.

Siguiendo sus instrucciones, Bailey, Godwin y Milanelli se colocaron detrás de ella mientras que Campbell, un poco más alejado, se situó en la parte central de la biblioteca imaginando mentalmente el espacio que necesitaría para colocar todos aquellos libros.

—Cuando quieras, Emilié —le dijo elevando el tono de voz.

La profesora cerró los ojos e inspiró profundamente. Una vez más estaban cerca de descubrir si su idea había sido acertada. A continuación, se agachó y cogió los dos primeros libros del estante inferior y se los dio a Bailey. Después otros dos al comisario y dos más a Milanelli. Cada uno de ellos, buscó rápidamente la página 52 y se los entregó al profesor Campbell que los fue colocando cuidadosamente en el suelo reproduciendo una especie de estantería de libros abiertos.

Durante varios minutos todos realizaron aquel trabajo en silencio, conscientes de la importancia que tenía para la vida del ministro Hudson acertar con lo que estaban haciendo. Cuando solo quedaba el estante superior, la profesora se acercó a coger

rápidamente la silla en la que minutos antes había estado sentado el capellán y la utilizó para poder alcanzar los últimos libros que quedaban. Al dejarla completamente vacía, se bajó de la silla y se acercó para ver cómo había quedado la ordenación que Campbell había hecho.

—Ochenta y un libros —dijo el profesor observando aquella especie de estantería imaginaria dibujada en el suelo—. En algún punto de este laberinto se esconde lo que los secuestradores han dejado para nosotros.

—No solo eso —comentó Bailey—, sino que creo que vamos a necesitar que agudicen su ingenio más que nunca para descubrir dónde se encuentra la información que debe llevarnos hasta el ministro Hudson.

Margaux caminó en silencio por el lado derecho de aquella explanada de libros intentando hacerse una idea rápida de a lo que se enfrentaban. Durante el tiempo que le llevó rodearlos por completo todos la observaron con la esperanza de que al final pudiese tener una idea de por dónde empezar la búsqueda.

—¿Qué le parece, profesora? —le preguntó sin perder tiempo Godwin al ver que estaba de nuevo casi justo en el mismo punto donde había comenzado.

—Me temo que una vez más hay algo en toda esta situación que no estamos teniendo en cuenta, comisario.

Durante un instante hizo una pausa sin dejar de observar los libros.

—Estoy convencida de que el razonamiento que el profesor Milanelli ha hecho para que hayamos llegado hasta aquí es correcto, pero no veo nada que pueda ayudarnos. Por lo menos no a simple vista. Por eso creo que hay algo que se nos escapa. Algo que los secuestradores han dejado para nosotros y que nos permita saber cuál de todos estos libros es el que necesitamos.

—Pero si supiésemos esa información ya no tendríamos nada que descubrir —comentó Bailey.

Margaux dirigió su mirada hacia él.

—¿Y cuál es el problema que ve en eso, señor?

—No lo sé —respondió sorprendido por su pregunta—. Si nos dijeren qué libro buscamos no tendría sentido todo esto ¿no le parece?

—Creo que sé a lo que se refiere —dijo Campbell—. Pero, en realidad, la profesora tiene razón. En todos los casos, tanto ayer en París como aquí a lo largo del día de hoy, los secuestradores han utilizado un mismo procedimiento. Dejan algo en algún lugar concreto y nos revelan cierta información que debe llevarnos hasta él. Pero siempre que conseguimos descubrir de qué lugar se trata, simplemente encontramos lo que han dejado para nosotros.

—Es cierto —continuó Margaux—. Eso nos ha ocurrido hoy tanto en el Guildhall como en la National Gallery. Y de la misma manera fue lo que vivimos ayer cada vez que nos mostraban un cuadro del Louvre. Nos ponen una prueba y una vez que la superamos descubrimos qué había detrás de ella.

—¿Y qué quieren decir con eso, exactamente? —preguntó Godwin confundido.

—Pues que esa prueba ya la hemos superado en esta ocasión. Creo que es indudable que querían que viniésemos a esta biblioteca, y el hecho de que sean las copias de *Timeo* y *Ética nicomáquea* que se conservan aquí las que ellos utilizaron para dejar en los cuerpos de París, lo demuestra. En ese caso, una vez aquí, la prueba que nos han puesto sería encontrar dónde han dejado ellos escondida la información que debe llevarnos hasta su ministro y ha sido la deducción de Milanelli la que ha resuelto esa prueba.

—Pero yo no veo que sepamos dónde buscarle —le contradijo Bailey.

—Claro que no —reconoció Margaux—. Y es por eso que les estamos diciendo que tiene que haber algo que nos hayamos saltado. Si ya hemos resuelto la prueba, que era descubrir dónde encontrar la información, creo que de algún modo en todo lo que ha ocurrido hoy, los secuestradores nos han indicado cuál de estos libros es el que necesitamos y, sin embargo, nosotros no hemos sido capaces de verlo.

Godwin se agachó un momento, leyó el título del libro que tenía delante y volvió a ponerse de pie.

—Entonces está diciendo que una vez más debemos repasar todo lo que hemos ido haciendo hasta ahora para encontrar la solución al problema que tenemos delante de nosotros en este momento.

—Sí, comisario. Eso creo.

Milanelli hizo un recuento rápido para asegurarse de que lo que iba a decir no era equivocado.

—Yo también creo que ellos tienen razón, señor —comenzó—. Si miran lo que tenemos aquí delante, hay un total de ochenta y un libros. En dos de ellos la página 52 está en blanco, lo cual es una pequeña ayuda para nosotros. Del resto, seis contienen una imagen en esa página y los demás contienen únicamente texto. Eso supone que tenemos setenta y tres libros llenos de texto y cualquiera de ellos puede ser el que nos indique dónde está su ministro. Eso es precisamente lo que en mi opinión demuestra que los profesores están en lo cierto. Necesitaríamos bastante tiempo para leer todas esas páginas.

—Por no decir que algunas incluso están en latín —comentó Bailey señalando el que tenía justo delante de ellos.

Los profesores miraron al libro que les estaba mostrando.

—Lo que tenía el ministro Tilden en su espalda también estaba escrito en latín —dijo Godwin—. Tal vez eso sea un punto de partida.

Margaux casi podría haber asegurado que el comisario haría ese mismo comentario tras escuchar a Bailey.

—No lo creo —respondió rápidamente—. Si recuerda lo que nos ha dicho el capellán, muchos de estos libros son regalos que el arzobispo trae de sus viajes. Si consideramos que se trata de copias de obras antiguas, que estén escritas en latín es algo muy normal, se lo aseguro.

Godwin resopló.

—Entonces debemos buscar qué se nos está escapando, como ustedes dicen — admitió.

—Eso me temo —murmuró—. Es frustrante que tengamos que repasar una y otra vez lo que ya hemos hecho, pero creo que solo así descubriremos qué nos hemos saltado en esta ocasión.

Durante casi un minuto todos permanecieron mirando aquellos libros intentando recordar lo que habían estado haciendo y dónde podría esconderse la información que necesitaban.

—Empecemos por el Royal Albert Hall —dijo Bailey—. Si ninguno sabemos de qué se trata creo que lo mejor es que todos juntos repasemos lo que hemos hecho hasta ahora.

Los profesores le miraron aceptando que aquella era la mejor opción que tenían.

—Allí encontramos el cuerpo de Tilden y usted se dio cuenta de que querían que fuésemos a la iglesia de Roma.

Margaux se restregó los ojos con la mano derecha antes de responder.

—Sí, y aparte de eso, luego apareció el texto del que acabamos de hablar en su espalda. Pero como ya he dicho, eso no debemos considerarlo sabiendo la antigüedad que tienen estos libros.

—Está bien —continuó Bailey sin desanimarse—. De ahí fuimos al Guildhall donde encontramos el cadáver de Humme y aquellos dos cuadros en la galería.

A pesar de no expresarlo en alto, Campbell y Milanelli sentían que aquello que estaban haciendo no iba a ayudarles demasiado.

—Sí, lo sé —admitió una vez más Margaux—. Pero creo que a la presencia de aquellos dos cuadros que no debían estar allí ya les dimos un significado relevante.

—Eso nos lleva a la National Gallery —dijo Godwin.

—Donde claramente no hay nada que buscar. Por desgracia, lo que ocurrió allí fue lo suficientemente importante como para pensar que algo más pudiera servirnos de ayuda ahora.

La contestación de Campbell fue un jarro de agua fría para todos ellos. La primera oportunidad que habían tenido de salvar la vida de uno de sus ministros no la habían aprovechado y todo parecía indicar que tampoco conseguirían salvar a Hudson.

—Tiene que ser otra cosa —murmuró Margaux agachándose a mirar uno de los libros.

—Solo nos quedaría pensar en el comisario Chavrier —propuso Campbell con la mirada perdida—. Pero lo que ha hecho en el Panteón parece suficientemente importante como para explicar por qué querían los secuestradores que fuésemos a Roma.

Bailey le miró confundido.

—Pero creí entender que ustedes pensaban que debía existir otra razón.

Margaux se levantó al escucharle.

—Sí, señor, eso creemos —respondió—. Porque como usted dijo antes, la información que él nos dio la podríamos haber buscado nosotros mismos, o por medio de la agente Shahi.

—Pero que acudiera a la iglesia de San Estefano Redondo nos sirvió para comprobar que la manera en la que han asesinado a todos nuestros ministros ha sido siguiendo las torturas que allí están representadas —replicó Godwin.

—Sí, comisario. Pero...

En ese momento, Margaux se quedó completamente helada. Por fin creía saber dónde se escondía lo que estaban buscando.

—¿Cómo que «todos nuestros ministros»? —preguntó intentando demostrar su idea.

Godwin la miró extrañada.

—Sí, profesora. Usted fue quien lo dijo cuando encontramos el cuerpo de Tilden. La muerte de los dos ministros que aparecieron en París y la de los que hemos encontrado aquí reproducen torturas escenificadas en aquella iglesia.

—No, señor —le rebatió segura de que ya había encontrado la solución a su problema—. En ningún momento hemos dicho que lo que vimos en la Asamblea y en el Panteón fuesen torturas.

El comisario se quedó bloqueado.

—Chavier nos lo confirmó por teléfono...

Campbell se llevó las manos a la cabeza entendiendo lo que estaba pasando.

—¡No, comisario! —exclamó—. ¡Eso no lo sabíamos!

—¿Cómo...? Pero si me lo dijo cuando estábamos en casa del ministro Hudson. ¡Justo cuando encontramos aquel cuadro en su dormitorio!

—Pero usted nunca dijo nada acerca de que su muerte apareciese en una pintura de esa iglesia. ¡Tan solo nos dijo que habían identificado aquellos dos cuerpos como dos de sus ministros desaparecidos!

Durante unos instantes, Godwin intentó recordar cómo había sido la conversación con Chavier y lo que después él mismo les había dicho al entrar en la habitación.

—Cuando el comisario Chavier me llamó —dijo tratando de explicar aquel malentendido— me informó de que aquellos dos cuerpos que ustedes encontraron en París con números en sus manos pertenecían a nuestros ministros Brown y Austen. Me dijo que él mismo había pedido a su forense que se asegurase de que aquellas identificaciones eran correctas por la trascendencia que tenía, y me aseguró que tenían una certeza absoluta al respecto. No obstante, también me dijo que no hacían falta esas pruebas que lo corroborasen porque en el momento en que estábamos hablando por teléfono tenía justo delante de él una pintura donde se representaba ese tipo de tortura.

Margaux se llevó las manos a la boca y caminó instintivamente un par de pasos hacia atrás.

—¡Eso es lo que buscábamos, comisario! ¡Lo que hemos buscado todo este

tiempo!

—¿Esa pintura? —preguntó confundido.

—¡Sí! ¡En la iglesia de San Estefano Rotondo no hay ninguna pintura que represente nada parecido a lo que les hicieron a aquellos dos hombres en París!

—Pero Chavier...

—¡Lo que ha visto Chavier lo hicieron los secuestradores! —exclamó emocionada.

Bailey y Godwin se miraron asombrados.

—Y esa es la verdadera razón por la que querían que fuésemos a Roma —dijo excitado Milanelli—. No era para corroborar nuestra idea inicial, ni siquiera para saber qué estaba escrito en el pórtico del Panteón porque cualquiera de esas dos cosas las podríamos haber buscado por nuestra cuenta. Por tanto, como nosotros mismos hemos defendido, debía existir alguna razón por la que realmente debíamos ir hasta allí ¡y es esta, comisario! Esa pintura falsa es la que los secuestradores han dejado ahí para nosotros. Es la que contiene la información que nos hemos saltado. La que debe decirnos cuál de estos libros nos indica dónde se encuentra el ministro Hudson escondido.

Durante unos segundos Godwin se quedó completamente paralizado. Aquel error suyo podría costarle la vida a una persona y si eso llegaba a suceder nunca podría perdonárselo.

—Comisario —dijo Margaux en voz alta intentando que reaccionara—, tenemos que llamar a Shahi y que nos confirme lo que le estoy diciendo. Estoy completamente segura pero aún así creo que ella debe confirmarlo antes de pedirle a Chavier que vuelva a la iglesia para descubrir qué se esconde debajo de esa pintura.

Godwin sacó su teléfono y le pidió a la agente que hiciese justo lo que decía. Durante los segundos que tardó en repasar las fotografías de las pinturas todos mantuvieron un tenso silencio.

—La profesora tiene razón, señor. No hay ninguna que se asemeje lo más mínimo a lo que ellos descubrieron en París.

Capítulo 86

Chavrier consultó nuevamente su reloj. Hacía casi una hora que había hablado por última vez con los profesores y, desde entonces, él y los inspectores permanecían en el exterior del Panteón esperando saber qué era lo que debían hacer a continuación. Lo peor de aquel retraso era que la propia policía italiana empezaba a mostrarse impaciente al ver que tenían bloqueada toda la plaza y el acceso a un edificio tan importante para los turistas sin que, en realidad, ni ellos ni nadie estuviesen haciendo en su interior algo relevante.

Cuando iba a acercarse a hablar con los inspectores el sonido de su teléfono móvil le dio esperanzas de que por fin aquella espera estuviese a punto de terminarse.

—Buenas tardes, de nuevo —dijo al ver quién le llamaba.

—¡Comisario!

La voz nerviosa de Margaux hizo que se le disparara el corazón.

—¿Qué ocurre, profesora?

—¿Es cierto que vio en la iglesia de San Estefano Rotondo una pintura que mostraba la muerte de los dos hombres que encontramos en París?

—Sí, es cierto. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Porque esa pintura es falsa!

Chavrier se quedó atónito al escuchar su respuesta. Paccaud y Bingleau se acercaron hasta él al ver la expresión de su rostro.

—¿Cómo que...?

—¡No existe esa pintura! —repitió Margaux interrumpiéndole—. ¡Eso era lo que querían que descubriésemos en la iglesia! Nosotros podíamos haber confirmado mi idea inicial buscando esa información en Internet, como también lo podíamos haber hecho con el grabado del pórtico. Por eso los profesores y yo hemos seguido pensando que tenía que existir una razón real por la que querían que fuésemos allí.

—Esa pintura esconde algo...

—¡Exacto! Y estamos convencidos de que eso mismo que los secuestradores han ocultado debajo de esa pintura falsa es la información que necesitamos para descubrir dónde tienen secuestrado al ministro Hudson.

Chavrier sintió cómo aquella nueva oportunidad espoleaba su ánimo.

—¡Cavalli! —exclamó corriendo hacia su vehículo—. ¡Debemos volver a la iglesia!

El inspector miró inmediatamente a dos de sus compañeros que se encontraban en un coche de policía vigilando la plaza.

—*Torniamo alla chiesa! Veloce! Veloce!* —gritó.

Cavalli cogió las llaves que le ofrecía Chavrier y arrancó su vehículo. Los inspectores se colocaron en los asientos traseros. El coche de policía encendió la sirena y salió de la plaza a toda velocidad seguido por el de Cavalli.

—Ya estamos en camino, profesora —dijo Chavrier con voz agitada—. ¿Sabe

exactamente qué quieren encontrar en ella?

—No, no... —respondió—. Ahora mismo estamos en el interior de la biblioteca del Palacio de Lambeth y estamos seguros de que uno de estos libros nos llevará hasta el ministro Hudson.

—Entonces esa pintura oculta esa información.

—Eso es lo que creemos, sí. Hemos reducido nuestra búsqueda a una serie muy concreta de libros pero pensamos que ahí estará la información definitiva que necesitamos.

Chavier no podía evitar maldecirse interiormente mientras escuchaba las explicaciones de la profesora. Durante el tiempo que habían permanecido en aquella iglesia se había limitado únicamente a observar cada una de aquellas pinturas y posiblemente una de ellas era la que habían ido a buscar sin que ellos hubiesen podido descubrirlo. A pesar de tenerlo justo delante de sus narices.

—Muy bien, profesora, la llamaré de nuevo tan pronto como llegemos ¿de acuerdo?

—Gracias, comisario —respondió escuetamente.

Margaux cortó la llamada y le devolvió el teléfono a Godwin.

—Ya están en camino —les dijo—. Nos volverá a llamar en cuanto lleguen allí.

Los cinco dirigieron instintivamente su mirada a los libros que estaban cuidadosamente colocados en el suelo de la biblioteca. Saber que en alguno de ellos se escondía la respuesta que estaban buscando y que no podrían hacer nada para descubrirlo hasta que Chavier contactase con ellos resultaba casi imposible de aceptar.

—Lo que no entiendo de todo esto —comentó Bailey— es cómo demonios esa pintura falsa va a llevarnos hasta Hudson si podríamos haberla descubierto hace mucho tiempo. Incluso cuando ni siquiera había desaparecido todavía.

Campbell entendió las dudas que podía generarle aquella situación.

—Es cierto que podríamos habernos dado cuenta de eso mucho antes, pero creo que no hubiese cambiado nada. Tiene que entender que sea lo que sea lo que se esconde en ella, solo es información que ahora mismo sabemos cómo utilizar, pero que de haberla obtenido hace unas horas se hubiese convertido en una cosa más que no hubiésemos entendido.

—Pero quizá podríamos haber evitado que Hudson desapareciese.

Milanelli le miró extrañado.

—¿Cómo habríamos podido hacer eso, señor? —le preguntó—. Lo que le está diciendo el profesor Campbell es cierto. Estoy prácticamente seguro de que debajo de esa falsa pintura se esconde una información muy concreta que, como él dice, simplemente no habríamos sabido interpretar en otro momento del día. Es evidente que el modo en que han ido ocurriendo las cosas parece ser el diseñado por los secuestradores, pero tiene que pensar que ahora estamos aquí y nos falta la información oculta en la pintura. Tenemos, por así decirlo, la mitad de la información

pero con la ventaja de saber dónde se encuentra la otra mitad.

—¿Y tienen idea de qué puede ser lo que han dejado allí para nosotros? —les preguntó Godwin.

Margaux negó repetidamente con la cabeza.

—Ni idea, comisario. Lo único de lo que estoy segura es que no será algo tan evidente como a nosotros nos gustaría.

—¿Tal vez algún tipo de número que nos indique qué libro es el que necesitamos? —propuso Bailey.

La profesora dirigió su mirada hacia él.

—Quiero decir —se explicó— que ustedes han dicho antes que era importante que colocáramos estos libros exactamente de la misma manera en la que estaban en la estantería. Si ahora descubriésemos, por ejemplo, un número, este podría indicarnos un estante concreto, o un estante y un libro determinado.

Milanelli también negó lo que estaba escuchando.

—Creo que eso no es posible por dos razones, señor. La primera porque es demasiado evidente, impropio de los secuestradores. Y la segunda, porque creo que indicar una localización concreta sería demasiado arriesgado. Tenga en cuenta que el capellán o el propio arzobispo podrían cambiar la colocación de los libros.

Bailey mostró su resignación ante una explicación que parecía muy convincente.

—Tiene que ser algo más elaborado —murmuró Campbell—. Piensen en la manera tan sutil que utilizaron en el Guildhall para que nos diésemos cuenta de que debíamos pensar en cosas de París para entender lo que estábamos encontrando aquí en Londres.

—Los profesores tienen razón —dijo Margaux apoyándose—. Tiene que tratarse a la fuerza de algo elaborado y, a su vez, algo que nos señale inequívocamente uno solo de estos libros sin correr el riesgo de que su colocación en aquella estantería pudiese cambiar.

El sonido del teléfono del comisario interrumpió a la profesora. Godwin conectó el manos libres y cogió la llamada.

—¿Ya están en la iglesia? —preguntó Margaux.

—Acabamos de aparcar, profesora. Nadie ha entrado desde que nos fuimos.

La voz entrecortada de Chavrier denotaba que iba corriendo a la vez que hablaba con ellos.

—Está bien. Necesito que vayan directamente hasta donde se encuentra esa pintura y que me diga si todavía está exactamente como usted la vio antes.

Chavrier se detuvo justo a la entrada para orientarse intentando recordar su localización. Enseguida la vio desde la distancia.

—Ya estoy justo delante, profesora —le dijo al llegar hasta ella.

Margaux cerró los ojos un instante para intentar calmarse y pensar fríamente.

—¿Ha cambiado algo con respecto a la primera vez que la vio? —preguntó.

—No, profesora, nada.

—¿Ve algo inusual? —preguntó Campbell—. ¿Algo que le llame la atención?

Antes de responder, el comisario observó la que estaba justo a su lado para comparar.

—Nada en absoluto, profesor —respondió con seguridad—. Si ustedes no me asegurasen que es falsa pueden estar seguros de que nadie se daría cuenta de ello.

Margaux se llevó una mano a la barbilla intentando pensar lo más rápidamente posible.

—Perfecto, comisario. Podemos asumir que si no ve nada extraño es porque lo que buscamos no es algo que pueda verse a simple vista.

—¿Me está diciendo que estamos igual que en el Louvre?

—Eso es —respondió aliviada—. Es posible que los secuestradores hayan utilizado una estrategia parecida a la que vimos con el cuadro de *El éxtasis de San Pablo* y que lo que estamos buscando esté oculto debajo de esa pintura.

—Muy bien, muy bien —dijo nervioso—. ¿Y cómo propone que lo descubramos?

—Tiene que conseguir borrarla, comisario —le indicó Milanelli—. Está claro que no puede contar con la ayuda del calor en esta ocasión, de modo que habrán pensado en algo que estuviese a su alcance en este momento. Piense qué podría utilizar de todo lo que le rodea.

Chavrier se dio la vuelta y miró nervioso a su alrededor. Lo que le estaba diciendo el profesor por teléfono parecía mucho más sencillo de lo que realmente era.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cavalli viendo lo que estaba haciendo.

El comisario se dio cuenta en ese momento. La policía italiana era quien podía tener la solución a aquel problema.

—Necesitamos borrar esta pintura —le dijo.

La cara de Cavalli fue de completa sorpresa.

—No se preocupe. Es falsa. Esto es lo que hemos venido a buscar a Roma.

—Podemos utilizar el agua de la pila —propuso Paccaud señalándola.

—No, comisario —respondió rápidamente Milanelli al escuchar al inspector—. No es posible que se borre con agua. La humedad de la iglesia podría haberla afectado y estoy seguro que los secuestradores no se habrían arriesgado a ello.

—Entonces...

—¡Los botiquines! —dijo Cavalli antes de salir corriendo hacia la salida.

—¡Eso sí! —exclamó entusiasmada Margaux—. ¡El alcohol puede disolver la pintura!

Chavrier la miró detenidamente preguntándose cómo demonios iban a poder borrar todo aquello con un poco de alcohol.

—Espero que sepan lo que hacen, profesores.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Godwin sorprendido.

—El tamaño de esta pintura —respondió Chavrier—. No sé si han podido darse cuenta de ese detalle a través de las fotografías que vieron, pero es imposible que lleguemos a la parte superior. Es demasiado grande.

Campbell recordó en ese momento lo que había ocurrido en el Louvre en una situación similar.

—Acuérdese de lo que hicieron con el cuadro de *La consagración de Napoleón*, señor. A pesar de las enormes dimensiones que tenía, la ecuación que dejaron allí grabada estaba a una altura a la que podíamos llegar sin necesidad de que lo hubiésemos descolgado.

En ese momento, Cavalli entró con un bote de alcohol en cada mano.

—Esto es todo lo que tenemos en los botiquines de los dos coches, comisario.

Chavier los miró y de nuevo observó el tamaño de la pintura.

—Ya tenemos el alcohol, profesores. Vamos a intentarlo.

Cavalli le dio un bote a Paccaud y cada uno de ellos se colocó en un lado diferente de la pintura.

—Empezaremos haciendo una pequeña prueba en la parte más alta que alcancemos ¿les parece?

—Sí, comisario —respondió Margaux—. Perfecto.

Cavalli estiró el brazo todo lo que pudo y lo oprimió con cuidado.

—¡Funciona! —exclamó asombrado.

Margaux resopló intentando liberar parte de la tensión que tenía acumulada.

—¡La pintura se está borrando rápidamente!

—¿Ven algo? —preguntó Milanelli.

—Todavía no, profesor. Solo la piedra que hay debajo de ella, de momento.

Todos se mantuvieron en silencio mirando al teléfono que Godwin sostenía en su mano esperando a que el comisario dijese lo que estaban deseando escuchar.

—Esperen un momento. ¡Ahora sí! ¡Maldita sea creo que una vez más tenían razón, profesores!

Los cinco respiraron aliviados.

—¿Qué es lo que aparece? —preguntó entusiasmado Campbell.

—Letras, profesor. Parece que los secuestradores han dejado una frase.

Paccaud comenzó a mojar la parte donde estaba apareciendo el texto para ayudar a Cavalli. Cuando los dos acabaron con todo el alcohol que tenían el mensaje que se escondía debajo de aquella pintura era perfectamente legible.

Inmediatamente, Chavier lo leyó en voz alta.

*Come; and let's in solemn wise
Both address to sacrifice;
Old religion first commands,
That we wash our hearts, and hands.*

Margaux cerró los ojos y comenzó a repetir interiormente aquel texto.

—¿Nada más? —preguntó Milanelli.

—No, profesor. Esto es todo lo que han dejado para nosotros, se lo puedo

asegurar.

Bailey y Godwin se volvieron hacia la profesora.

—¿Alguna idea? —le preguntó con delicadeza Campbell.

Margaux abrió los ojos y le miró.

—Me suena mucho... pero no sé exactamente por qué.

—¿Cree que ya hemos encontrado lo que buscábamos allí? —le preguntó Bailey —. El comisario está diciendo que...

—Sí, sí —le interrumpió—. Estoy de acuerdo con él en que ya tenemos exactamente lo que buscábamos.

Godwin desconectó el manos libres y se acercó el teléfono al oído.

—Creo que ya ha escuchado a la profesora.

—Sí, señor. Y me alegro de haberlo conseguido. No duden en llamarnos de nuevo si necesitan nuestra ayuda.

El comisario apreció cómo rápidamente estaba despidiéndose para permitirles que continuaran con su trabajo. Tras finalizar la llamada miró a la profesora.

—Entonces ¿esas palabras nos dirán qué libro estamos buscando? —le preguntó.

Antes de responderle, Margaux revisó rápidamente todos los libros que estaban en el suelo.

—Sí, comisario. Pero creo que para conseguirlo vamos a necesitar la ayuda de la agente Shahi otra vez.

Sin que hiciese falta que dijera una sola palabra más, Godwin sacó de nuevo su teléfono móvil y la llamó.

—Agente —dijo en cuanto le escuchó coger la llamada—, necesito que busque información acerca de un texto que la profesora Margaux le va a decir ahora mismo ¿de acuerdo?

—Sí, señor. Por supuesto.

Godwin le acercó el teléfono a la profesora que repitió exactamente lo que Chavier les había leído que aparecía escrito bajo la falsa pintura de la iglesia.

—Es el comienzo de un poema de Robert Herrick, señor —dijo tras unos segundos de búsqueda—. Un poeta inglés del siglo XVII. El poema en sí mismo es un poco más largo y se llama *El sacrificio*.

Todos se miraron al escuchar aquel nombre.

—Y pertenece a una obra titulada *Hespérides, obras divinas y humanas*.

Margaux afirmaba una y otra vez recordando por fin por qué le sonaban aquellas líneas. De repente, una imagen volvió a su cabeza.

—¡Ya sé qué libro estábamos buscando! —exclamó.

—¿Lo sabe? —preguntó esperanzado Bailey.

Margaux miró a Godwin.

—Espere un segundo, comisario. Vamos a necesitar su ayuda una vez más.

Casi sin terminar de decirle su petición, la profesora comenzó a buscar entre aquellos libros cuidadosamente colocados en el suelo la imagen que acababa de

clavarse en su mente.

—¡Aquí está! —exclamó agachándose a recoger uno de ellos.

Campbell la observó desde la distancia seguro de que ya habían encontrado lo que estaban buscando.

—Este cuadro que aparece en la página 52 de este libro se llama *El jardín de las Hespérides* y también su autor es inglés —les dijo volviendo hacia ellos.

—Ambas cosas son muy apropiadas —comentó con ironía Milanelli.

Al llegar, la profesora les mostró lo que estaba explicándoles.

—Miren —dijo enseñándoles el cuadro—. Su autor es Frederic Leighton, inglés, como ya les he dicho. El único problema es que si no estoy confundida este cuadro no está en Londres.

—Tiene usted razón —afirmó Shahi—. Normalmente se encuentra expuesto en la galería de arte Lady Lever en Birkenhead. Sin embargo, según figura en su página web, hasta el próximo 1 de agosto permanecerá expuesto aquí en Londres. En el museo Tate Modern.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de Margaux.

—¡Lo tenemos! —exclamó ahogadamente Bailey sin terminar de creerlo.

—Sí, señor. Ya sabemos dónde se encuentra el ministro Hudson —respondió sin parar de sonreír.

Godwin finalizó la llamada y comenzó a correr hacia la salida de la biblioteca. Sin decir una palabra, Bailey y los profesores le siguieron. Tenían muy claro qué era lo que tenían que hacer a continuación y no podían perder más tiempo allí dentro. Al llegar a la puerta Campbell echó la vista atrás y vio el aspecto con el que dejaban la pulcra biblioteca que se habían encontrado.

«Creo que esto no le va a hacer ni pizca de gracia al arzobispo», pensó antes de continuar corriendo hacia la salida del palacio.

—¡Capellán! —gritó el comisario mientras continuaba corriendo—. ¡Tenemos que irnos urgentemente!

Sin esperar a que este apareciese, Godwin salió del edificio y comenzó a correr por el patio hasta la puerta de salida. Al llegar, abrió bruscamente el cerrojo y continuó hacia el vehículo.

—¿No deberíamos...?

Cuando Milanelli quiso terminar la frase, el comisario ya estaba dentro del coche con el motor encendido. No había duda de que, en ese momento, la educación hacia aquel hombre había quedado relegada a un aspecto sin importancia. Rápidamente los tres profesores entraron en la parte trasera y Godwin se incorporó a la carretera a toda velocidad.

—Espero que esta vez no lleguemos tarde, profesora —dijo a la vez que encendía la sirena.

Margaux miró a través de la ventanilla la silueta del Big Ben en la otra orilla del río antes de responder.

—Yo también lo espero, señor. Creo firmemente que por fin hemos conseguido resolver todos los problemas que nos han puesto delante.

—¿Qué creen que pueden haber planeado en esta ocasión? —les preguntó Bailey.

Los tres revivieron en un instante la desagradable experiencia que habían tenido que presenciar en la National Gallery.

—No lo sé —respondió Milanelli—. Pero estoy relativamente seguro de que no será similar a lo que vimos con la ministra Johnson. Está claro que tienen una amplia variedad de martirios donde elegir, pero hacer algo tan retorcido como lo que vimos con ella...

—En mi opinión —dijo Campbell—, todo dependerá de si realmente tienen o no intención de permitirnos que salvemos su vida. Desde que llegamos a Londres hasta este momento hemos visto una evolución en lo que han hecho con sus ministros. Con Tilden y Humme sencillamente encontramos sus cadáveres y con la ministra, a pesar de que la encontramos con vida, ya hemos llegado a la conclusión de que no hubiésemos podido salvarla en ningún caso. Por esa razón, lo que yo me planteo es si, efectivamente, en esta ocasión la historia va a ser diferente. *A priori*, todo en torno al ministro Hudson así lo ha sido. No fue secuestrado inicialmente lo cual puede hacernos pensar que a pesar de formar parte de El caso Coen haya algo en él que explique el diferente trato que le han dado los secuestradores.

—¿Algo como qué? —preguntó Bailey.

—No lo sé, señor. Usted es quien más sabe sobre eso y por tanto usted es quien puede tener la respuesta a su pregunta. Pero desde el principio lo han tratado de una manera completamente diferente y eso puede abrir una ventana de esperanza y hacernos pensar en que esta vez sí podamos salvarle.

Al incorporarse a Stanford Street, las luces del vehículo se encendieron automáticamente. La noche estaba ganando terreno rápidamente y la visibilidad cada vez era más escasa.

—Lo que usted está proponiendo —comentó Godwin— solo sería posible si el ministro Hudson se hubiese mostrado contrario a alguna de las decisiones que han tomado dentro de El caso Coen ¿no les parece?

—Exactamente, señor —respondió—. Esa es la única explicación que encuentro al modo en que están actuando en su caso.

Bailey se pasó una mano por la barbilla intentando recordar.

—Hasta donde yo sé —les dijo— para que una de las actividades propuestas por Francia o los Estados Unidos reciba la aprobación británica es necesario que el Primer Ministro esté de acuerdo y por lo menos cuatro de los seis ministros implicados.

—Eso explicaría el diferente comportamiento que han mostrado con Johnson y Hudson respecto al resto —opinó rápidamente Milanelli.

—No creo que, por lo menos en el caso de la ministra, lo que le han hecho pueda considerarse diferente, profesor —respondió algo molesto el comisario.

—Sí, lo sé. Y entiendo su postura. Pero si nos limitamos a lo que está proponiendo Campbell, es cierto que existe un cambio claro en la manera de actuar de los secuestradores. Y es posible que exista alguna razón que lo explique. Simplemente.

Godwin permaneció unos segundos pensativo.

—¿Creen que merece la pena que investiguemos sobre ello?

—Yo sí lo creo —respondió ágilmente Margaux—. Todo lo que pueda ayudarnos a entender lo que está pasando, y más aún si podemos entender por qué se comportan de una manera diferente según de qué ministro estemos hablando, por supuesto que merece la pena.

Después de escuchar la respuesta de la profesora, Godwin desvió su mirada hacia Bailey. Si alguien podía autorizar que aquello sucediese era precisamente él.

—De acuerdo —aceptó a regañadientes—. Llama a Shahi e intentemos descubrir si los profesores tienen razón.

El comisario hizo rápidamente lo que pedía.

—¿En qué puedo ayudarle, comisario?

—Agente Shahi, soy Bailey. Necesito que haga nuevamente la misma búsqueda que antes hizo que encontraran el archivo de El caso Coen.

—Un segundo, señor.

El sonido del teclado comenzó a escucharse claramente.

—Ya está —dijo tras unos segundos—. Tengo el archivo codificado de nuevo en pantalla.

Bailey cerró los ojos intentando recordar cómo había sido posible que llegasen al extremo de que una persona ajena a la Agencia estuviese a punto de abrir el que posiblemente era el archivo más secreto que tenían.

—Está bien, agente. Le voy a decir cuál es la contraseña que permite abrirlo. Necesitamos que revise, únicamente, los casos que encuentre desde el 10 de mayo de 2010 en adelante ¿entendido?

—¿Quiere que espíe lo que ha hecho el actual gobierno? —preguntó sorprendida.

Bailey volvió a cerrar los ojos durante un instante tratando de no arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer.

—Los profesores creen que puede haber algo en esos documentos que permita explicar por qué los secuestradores se han comportado de una manera diferente con la ministra Johnson y con el ministro Hudson respecto a lo que han hecho con el resto.

—Entiendo.

—Y según hemos hablado —continuó—, puede que ellos hayan estado en contra de alguna de las decisiones que se hayan tomado. Si es así, o no, solo lo podremos saber revisando esos documentos.

El silencio de Shahi denotaba que estaba lista para realizar aquella tarea.

—Le voy a hacer una pregunta y no debe contestar en voz alta. Simplemente piense en la respuesta ¿de acuerdo? —le preguntó Bailey.

—Sí, señor.

—Bien. ¿Recuerda el nombre del primer caso de espionaje de nuestro gobierno que salió a la luz?

—Sí, señor —respondió sin dudar.

—¿Y recuerda el año en que se produjo?

—Sí, lo recuerdo.

—Está bien. En ese caso, necesito que escriba en primer lugar el año seguido del nombre de aquel caso pero invirtiendo el orden de la letras ¿lo ha entendido?

Godwin detuvo el vehículo al final de Hopton Street. El Tate Modern estaba tan solo a unos metros de distancia.

—Sí, un momento, por favor.

El sonido de las teclas fue lo único que se escuchó durante unos instantes.

—Ya está, señor. De nuevo se ha descriptado el nombre del archivo.

Capítulo 87

Godwin finalizó la llamada y se bajó del vehículo. El museo Tate Modern llevaba ya bastante tiempo cerrado por lo que la situación que en teoría se encontrarían allí dentro sería bastante similar a la que horas antes habían vivido en la National Gallery.

Sin perder tiempo, los cinco comenzaron a caminar hacia la entrada.

—Señor, creo que en esta ocasión sería mejor que pidiésemos ayuda antes de entrar ahí dentro —dijo Milanelli convencido.

El comisario se detuvo y se giró para descubrir por qué, en ese preciso momento, uno de ellos proponía una opción que iba en contra de todo lo que habían dicho a lo largo del día.

—¿Por qué, profesor? ¿Acaso ya no piensa que es mejor que hagamos las cosas por nosotros mismos?

—Sí, señor, sigo opinando lo mismo —respondió—. Sin embargo, me he pasado todo el viaje hasta aquí pensando en las similitudes que esta situación tiene con lo que vivimos en París al final de la noche.

—¿Qué similitudes? —preguntó Bailey.

—En primer lugar, creo que estaremos todos de acuerdo en que este es el último ministro que debemos intentar salvar puesto que el ministro Dean, según pensamos, podría estar detrás del secuestro de sus compañeros. Si eso es así, no puedo evitar recordar lo útil que fue para nosotros la ayuda de aquellos policías que utilizó Chavrier la última vez que acudimos al Louvre.

—¿Se refiere a las fuerzas de asalto? —preguntó Godwin boquiabierto—. ¿Me está diciendo que quiere que hagamos lo mismo ahora?

Milanelli observó durante unos instantes la fachada del museo con su imponente torre central.

—Entiendo su sorpresa, señor. Pero sí creo que sería una buena idea. En realidad, se lo estoy proponiendo porque aunque el descubrimiento que hemos realizado en la biblioteca del Palacio de Lambeth nos dirige hasta este lugar, dudo mucho que su ministro esté ahí dentro.

Godwin montó en cólera.

—¿Cómo dice?!

—Lo que acaba de oír, comisario —respondió mostrándose impasible—. Como les he dicho hace un momento, hay varios aspectos de esta historia que me recuerdan enormemente a lo que vivimos en París. No solo por el hecho de que nos encontremos a las puertas de un enorme museo en el que se supone que debe estar la persona que estamos buscando, tal como ocurrió con Deneux, sino porque una vez más los secuestradores nos dirigen a un punto de la ciudad con la esperanza de encontrar a alguien con vida.

—Perdone, profesor, pero por lo menos yo no estoy entendiendo qué es lo que pretende decirnos —dijo Bailey molesto.

Milanelli volvió a mirar la fachada antes de responder.

—Verá, señor, en París fuimos al Louvre tras saber que todos los números que habíamos encontrado en aquellos cuerpos formaban unas coordenadas geográficas que marcaban, exactamente, el vértice de su pirámide. Desde que encontramos los primeros números en el cadáver de la Asamblea Nacional tuvimos bastante claro que ellos serían los que nos llevarían hasta Deneux, como así sucedió finalmente. El problema es que, a pesar de que aquella información nos dirigía indudablemente de nuevo al Louvre, Deneux no se encontraba allí, como ya saben, y estoy relativamente seguro de que algo similar está a punto de ocurrirnos ahora.

—¿Y qué haremos cuando encontremos el cuadro? —preguntó Campbell.

—No lo sé —reconoció—. Solo digo que tengo la sensación de que estamos repitiendo lo mismo que ya vivimos la pasada noche y temo que, desgraciadamente, el ministro Hudson no esté ahí dentro esperando que llegemos a salvarlo.

Godwin se tomó unos instantes para intentar evaluar la opción que les estaba planteando Milanelli.

—¿Usted está de acuerdo con él, profesora?

Margaux, que había escuchado atentamente las explicaciones de su compañero, también tenía una sensación parecida.

—Sí, señor. Aunque en mi opinión todo depende de si tienen la intención o no de permitir que le salvemos la vida.

—¿En qué sentido? —preguntó rápidamente Bailey sin dejar que se explicara.

—Creo que Milanelli estará en lo cierto siempre y cuando nos permitan la posibilidad de salvarle. Si es así, estaríamos en una situación totalmente similar a la que vivimos con Deneux ayer, como él dice. Y estoy de acuerdo en que bajo esa circunstancia el ministro Hudson no estará en la misma sala donde se encuentre el cuadro que hemos venido a buscar, sino que nos llevará más tiempo encontrarle. Por el contrario —dijo suspirando—, si estamos equivocados y su final es morir asesinado igual que el resto de sus compañeros, sí es posible que se encuentre ahí dentro y, tal vez, con alguna escena pintoresca similar a la que vimos en la National Gallery.

—¿De modo que también opina que tenemos que pedir refuerzos? —le preguntó Godwin intentando llegar cuanto antes a la respuesta que necesitaba.

—Sí, señor —respondió contundentemente—. En cualquiera de las dos opciones que acabo de plantearles creo que una ayuda como la que vimos en el Louvre nos vendría muy bien. Si Hudson no está aquí dentro lo sabremos mucho antes con su ayuda y eso jugaría a su favor porque tendríamos más tiempo para poder encontrarle. Y si está dentro...

—Si está dentro —continuó Campbell— puede que ante una situación como la que vimos con la ministra Johnson una fuerza de asalto como la del Louvre pueda ser de gran ayuda. No sé cómo exactamente, pero creo que podría ser de gran ayuda.

Godwin miró a Bailey que mostró una cara de resignación ante aquella propuesta

en la que los tres profesores parecían estar unánimemente de acuerdo.

—Está bien —dijo sacando el teléfono de su bolsillo—, pero deben saber que tardarán unos minutos en llegar.

—No hay problema —respondió Margaux—. Independientemente de eso nosotros podemos entrar como teníamos planeado a buscar ese cuadro.

Sin responderle, Godwin se alejó unos metros para hablar por teléfono.

—Entonces no creen que el ministro Hudson esté ahí dentro ¿verdad? —preguntó Bailey.

—Como acaba de escuchar —respondió Campbell—, es difícil imaginarse qué es lo que habrán planeado en esta ocasión. Pero en cualquier caso, creemos que revisar este edificio lo más rápidamente posible puede ser de gran ayuda para que al final podamos salvarle.

Margaux sacó también su teléfono móvil y abrió una ventana del navegador.

—¿Qué hace, profesora? —le preguntó Bailey.

—Creo que en todo este tiempo no hemos hecho algo que resulta fundamental, señor. Sabemos que el cuadro de *El jardín de las Hespérides* está aquí expuesto, como nos ha dicho Shahi antes, pero no sabemos en qué sala exactamente.

—Podríamos llamarla...

—No es necesario —le contradijo—. Ella está ahora mismo haciendo algo mucho más importante. Recuerde que necesitamos saber qué hay en esos documentos de El caso Coen para intentar comprender por qué los secuestradores están actuando de manera diferente con la ministra Johnson y con el ministro Hudson que con el resto de sus compañeros.

En ese momento, Godwin volvió hasta donde se encontraban.

—Ya está, profesores. En pocos minutos estará aquí una unidad de asalto. Prepárense porque van a volver a revivir la misma situación que vieron ayer en el Louvre.

Campbell desvió su mirada hacia la fachada del museo y recordó el momento en el que aquellos policías fuertemente armados aparecieron por la misma planta en la que ellos se encontraban tratando de encontrar a Deneux.

—Debo reconocer, señor, que en París yo fui el primero en mostrarle al comisario Chavier mi oposición a aquella idea. Sin embargo, a la postre resultó ser de gran ayuda para que no perdiésemos más tiempo del necesario revisando el museo.

—Pues espero que esta vez resulte igualmente útil para nosotros y que podamos descubrir cuanto antes si el ministro Hudson se encuentra o no aquí dentro, profesor —comentó esperanzado Godwin.

Capítulo 88

—¡Sala 29 del cuarto piso! —exclamó exultante Margaux.

—¿Cómo dice, profesora?

—El cuadro, comisario —le respondió apartando la mirada del teléfono—. Hemos venido hasta aquí pero no habíamos hecho lo más importante de todo que era saber dónde se encontraba expuesto.

—Ya podemos entrar, entonces. ¿No es así?

—Sí, señor.

Godwin se dio la vuelta y comenzó a caminar rápidamente hacia la puerta de entrada. Todavía había bastantes personas en los alrededores del museo a pesar de que este ya estaba cerrado. Al llegar, vieron a un vigilante de seguridad sentado en la mesa de recepción el cual parecía ser la única persona que quedaba allí dentro.

—Comisario —dijo Milanelli al adivinar su intención—. Creo que debemos reflexionar un momento acerca de qué es lo que debemos hacer.

Bailey y Godwin le miraron extrañados.

—Ese hombre —dijo señalando al vigilante— es indudablemente la persona con la que vamos a tener que hablar dentro de unos instantes y estoy seguro que recuerdan lo que ocurrió en París con el falso vigilante que estaba en la Asamblea Nacional.

Ambos conocían muy bien aquella historia. En París, el vigilante al que se estaba refiriendo Milanelli había resultado ser uno de los secuestradores que se encontraba en la Asamblea para vigilar lo que ellos hacían. El verdadero vigilante lo habían encontrado varias horas más tarde atado a una columna de la cúpula de la basílica del Sagrado Corazón segundos antes de que muriera.

—Entiendo lo que quiere decir. ¿Creen que ese hombre puede trabajar para ellos?

Campbell se mostró de acuerdo con aquella posibilidad.

—Yo sí lo creo, señor. De hecho, el profesor ha sido muy inteligente avisándonos antes de que entráramos. Recuerde que, desde el principio, hoy le hemos resaltado la diferencia que veíamos en todos los lugares a los que acudíamos. Todos estaban llenos de gente y cualquier de esas personas podría ser uno de los secuestradores que estuviese observándonos. En el Royal Albert Hall, en el Guildhall y delante de la National Gallery. Aquí —dijo mirando a su alrededor—, es cierto que también hay gente pero creo que la situación es muy diferente.

—¿En qué sentido? —preguntó Bailey.

—Piense, señor, que si lo que nos vamos a encontrar es simplemente un cadáver, con que una persona vigile desde el exterior que entramos en este edificio sería suficiente para ellos. Sin embargo, si nuestra idea es correcta y existe una posibilidad de salvar al ministro Hudson, los secuestradores necesitan a alguien que vigile mucho mejor lo que estamos haciendo.

—¡Pero si están diciendo que el ministro no está aquí dentro!

—Precisamente por eso, comisario —respondió Margaux—. Si Hudson no está aquí los secuestradores necesitan tener un modo mucho más preciso de saber que somos capaces de descubrir aquello que han dejado para indicarnos realmente dónde se encuentra.

—Y este hombre es ese modo.

—¡Exacto, comisario! —exclamó sonriendo.

Godwin volvió a mirar al vigilante. Ahora su percepción hacia él era completamente diferente.

—¿Qué proponen que hagamos, entonces? —preguntó Bailey.

—Teniendo en cuenta nuestra experiencia en París —respondió Milanelli— estoy seguro de que si pretende vigilar lo que vamos a hacer ahí dentro nosotros no podremos impedirselo. Además, la pasada noche siempre defendimos que era importante que los secuestradores sintiesen que tenían la situación bajo control por el bien de la vida de Deneux, de modo que creo que un razonamiento similar es extrapolable a nuestra situación actual.

—Entonces ¿debemos entrar ahí dentro y permitir que nos vigilen sin más? —insistió.

—Sí, señor —respondió Campbell—. Creo que esa es la mejor opción posible. Nosotros hemos venido hasta aquí con una intención muy concreta que es ir hasta esa sala que ha dicho la profesora a ver qué hay en ese cuadro, o incluso ver qué hay ella. Por tanto, en mi opinión, ceñirnos a ese plan es lo mejor para la vida de su ministro.

Godwin consultó su reloj.

—El grupo de asalto tiene que estar a punto de llegar —comentó.

—En ese caso, señor —dijo Milanelli—. No debemos retrasarnos más. Tenemos que llegar a la sala 29 cuanto antes.

El comisario cogió aire y, a continuación, golpeó decididamente el cristal de la puerta. El vigilante levantó la mirada atraído por el ruido y caminó rápidamente hasta la entrada.

Al verle acercarse, Godwin sacó su placa para identificarse.

—Buenas noches, señor —les dijo con voz asustada nada más abrirles la puerta—. ¿Ocurre algo?

—Nada importante —respondió escuetamente el comisario—. Vamos a subir a la cuarta planta. Quiero que permita la entrada de los policías que van a llegar en unos minutos y que usted permanezca en su sitio sin moverse ¿entendido?

El vigilante asintió nervioso. Godwin comenzó a caminar hacia los ascensores sin decir nada más. Bailey y los profesores le siguieron en silencio.

—No podemos dejarnos llevar por las apariencias —dijo Milanelli en voz baja seguro de la idea que todos tenían en su cabeza—. El hombre de la Asamblea también parecía completamente normal y al final resultó ser uno de los secuestradores.

Nada más abrirse la puerta, el comisario entró en el ascensor.

—No se preocupe por eso, profesor —respondió—. Afortunadamente, nosotros tenemos la ventaja de conocer la experiencia que ustedes tuvieron ayer, de modo que de ninguna manera volverá a repetirse lo mismo.

Margaux observó mientras subían la pantalla del ascensor. Cada vez que aumentaba un número el piso por el que iban pasando su corazón latía más y más deprisa. Al llegar a su destino, las puertas se abrieron. Delante de ellos apareció una gran sala diáfana en la que tímidamente se podían ver las puertas de acceso a otras salas.

Godwin salió del ascensor y de inmediato las luces se encendieron.

—No se asuste, comisario —dijo Margaux viendo su cara—. Sensores de movimiento. Cada vez son más comunes en los museos modernos. Permiten que el propio sistema sea el que se ocupe de encender y apagar las luces según haya o no personas en las salas. Se supone que es una solución más eficiente y, sobretodo, permite ahorrar en personal de mantenimiento.

Aliviado por descubrir que aquel repentino cambio en la iluminación no tenía nada que ver con los secuestradores ni con el vigilante que habían dejado en la recepción, caminó un par de pasos más hasta detenerse. Tenía muy claro que de ahí en adelante era ella la que debía decidir hacia dónde debían dirigirse.

—Parece que esta planta tiene una disposición simétrica —dijo mirando a ambos lados—. De modo que debemos elegir uno de ellos.

—Podemos separarnos de nuevo —propuso Campbell.

La profesora le miró y, a continuación, sacó su teléfono móvil.

—Creo que esta vez esa no será una opción para nosotros —respondió a la vez que comenzaba a caminar hacia las salas que se encontraban a su izquierda.

Todos las siguieron.

—¿Por qué no, profesora? —preguntó extrañado Bailey—. Así lo hicimos en la National Gallery y funcionó.

—Lo sé —le contestó sin dejar de mirar los números de las salas intentando orientarse—. Pero en esa ocasión buscábamos a una persona. Ahora buscamos un cuadro y no estoy segura de si recuerdan cuál era su aspecto.

Bailey y el comisario se quedaron en silencio.

—Eso suponía —continuó—. No se preocupen. Si no estoy confundida podremos revisar estas salas muy rápidamente. Este museo no es tan grande en su interior como aparenta serlo desde fuera.

El teléfono de Godwin comenzó a sonar.

—Sí, adelante —dijo únicamente antes de finalizar la llamada.

Los tres profesores le miraron.

—La unidad de asalto ya está aquí —les explicó—. Debemos darnos prisa en encontrar ese cuadro.

Margaux se giró y miró el número de la sala en la que se encontraban.

—Estamos en la sala ocho —murmuró en voz baja a la vez que la atravesaba

rápidamente.

—¿Saben esos policías lo que tienen que hacer aquí dentro? —preguntó Milanelli.

Godwin le buscó con la mirada.

—Comprobar que no está el ministro Hudson, profesor.

—¡Aquí es! —exclamó Margaux atrayendo la atención de ambos.

—¿La sala donde está ese cuadro? —preguntó Bailey.

La profesora dio un repaso rápido a todos los que se encontraban allí expuestos antes de responder.

—Sí, señor. Aunque me temo que hemos elegido el lado equivocado.

El comisario la miró extrañado.

—*El jardín de las Hespérides* solo puede estar en un lugar —dijo comenzando a caminar rápidamente hacia el *hall* al que daban acceso los ascensores.

Cuando pasaron por él, el sonido cada vez más fuerte de pisadas denotaba que los policías se estaban acercando hacia ellos.

—¿Sabe qué es ese sonido verdad, profesora?

—Perfectamente, comisario. No han pasado ni veinticuatro horas desde que lo escuché por última vez.

Margaux comenzó a caminar mucho más rápido que antes por las salas del otro lado de aquella planta sin pararse en esta ocasión a comprobar el número de cada una de ellas.

—Si este museo tiene una disposición simétrica, estoy segura de que la distribución de sus salas también lo será —dijo intentando explicar lo que estaba haciendo—. Y si mi idea es cierta no será necesario que nos detengamos una por una para comprobar cuál es cada una de ellas porque...

Margaux se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Godwin.

—No es necesario que nos detengamos en comprobar cada una de ellas porque aquí está el cuadro que estábamos buscando, comisario —finalizó acercándose hasta él.

Capítulo 89

Tate Modern es, en realidad, el nombre informal bajo el que se denomina comúnmente al Museo Nacional Británico de Arte Moderno. La particularidad de las obras que expone va en clara conjunción con el estilo genuino del edificio donde está ubicado. En 1996 el gobierno compró, gracias a las donaciones de millones de británicos, la antigua central energética de Bankside y la reconvirtió en lo que desde el 12 de mayo de 2000 es la nueva localización del Museo de Arte Moderno cuyas obras habían estado expuestas hasta ese momento en la National Gallery. Dado el propósito que tuvo inicialmente ese edificio, el Tate Modern es, con diferencia, uno de los museos más particulares de la ciudad lo que le ha permitido convertirse en muy pocos años en el tercer museo de arte moderno más visitado del mundo.

—Me alegra que hayamos descubierto el cuadro que hemos venido a buscar —dijo Bailey—. Pero yo no veo al ministro Hudson por ninguna parte.

Margaux se giró para contestarle.

—Lo sé, señor —respondió—. Y como dijimos antes de entrar aquí esta es una de las dos posibilidades que podían ocurrir.

—Entiendo que eso es una buena noticia —comentó Godwin inseguro.

—Claro que sí, comisario —dijo rápidamente Campbell—. Tal como la profesora acaba de decir, sabíamos que solo podía haber dos posibilidades. Una, que encontrásemos en esta sala algo similar a lo que vimos en la National Gallery con la ministra Johnson, y la otra, que Hudson no estuviese aquí y por tanto sí tengamos la posibilidad de salvarle.

En ese momento, un grupo de policías irrumpió en la sala. Al ver al comisario, uno de ellos levantó la mano para que se detuvieran y se acercó a hablar con él.

—¿Han encontrado algo? —preguntó Godwin.

—Nada de momento, señor.

El comisario se mostró satisfecho.

—¿Qué partes del museo quedan por revisar?

—Las dos plantas superiores. La quinta y la sexta, señor.

Godwin se dio la vuelta para asegurarse que los profesores estaban escuchando las respuestas del policía.

—Está bien. En cuanto terminen vuelva e infórmeme.

—Sí, señor.

De nuevo el policía hizo un gesto con la mano y todos comenzaron a caminar de manera acompasada hasta desaparecer por la puerta que daba acceso a la siguiente sala.

—No sé si lo he entendido bien, profesora —dijo volviéndose hacia ellos—. Están afirmando que el hecho de no haber encontrado aquí al ministro quiere decir que todavía podemos salvarle la vida.

—Sí, señor —respondió decida.

—¿Y eso por qué, exactamente?

—Comisario —se adelantó a explicar Milanelli—. Si recuerda lo que hablamos antes, les dijimos que en París las coordenadas geográficas nos llevaron al Louvre donde se suponía que estaba Deneux. Sin embargo, todos en aquella ocasión teníamos bastante claro que era imposible que estuviese en el mismo edificio en el que habíamos pasado gran parte de la noche. Y, efectivamente, eso fue lo que ocurrió. Las coordenadas nos dijeron dónde estaba pero no de una manera tan evidente como quizá podríamos haber esperado al principio.

—¿Quiere decir que estamos en la misma situación que vivieron entonces? —preguntó Bailey.

—Exactamente, señor —respondió el profesor—. Creo que los secuestradores han mostrado ya su voluntad de permitirnos salvar la vida de su ministro. Por qué hacen esto con él después de ver las crueldades que han cometido con todos sus compañeros no podemos decírselo, por supuesto, pero estoy seguro que ahora mismo nos encontramos justo donde ellos querían que estuviésemos.

—Pero que estuviésemos ¿para qué? —insistió Bailey.

—Para encontrar con vida al ministro Hudson, señor.

Milanelli hizo una pausa intentando hallar la manera de que entendieran lo que para él era algo evidente.

—Comprendo que sin haber vivido lo que nosotros vivimos en París pueda resultar más difícil de entender, pero deben confiar en nosotros si les decimos que tenemos la sensación de que estamos reviviendo lo mismo que pasamos ayer antes de encontrar finalmente a Deneux.

Godwin resopló rezando porque el final de aquellas dos historias fuese el mismo.

—Está bien, profesor. Asumiendo que tienen razón ¿qué fue lo siguiente que hicieron al ver que Deneux no estaba en el Louvre?

—En un primer momento, señor —respondió Margaux—, ninguno de nosotros estábamos seguros de que el hijo del presidente fuese a estar en aquel museo. Fue por esa razón por la que la idea del comisario Chavrier de utilizar un grupo de asalto para revisarlo lo más rápido posible se reveló finalmente como una gran idea. Y es por eso que el profesor Milanelli le propuso que hiciésemos lo mismo en esta ocasión esperando, como así ha sido afortunadamente, que Hudson no se encontrase en esta sala.

El sonido del teléfono de Godwin interrumpió a la profesora.

—¿Ha encontrado algo que pueda sernos de utilidad? —preguntó el comisario a la vez que activaba el manos libres.

—Creo que sí, señor —respondió Shahi—. Existen seis acuerdos dentro de El caso Coen en los que participan miembros del gobierno actual y más concretamente los seis ministros que han desaparecido y el Primer Ministro.

—¿Hay algo que permita explicar por qué se comportan de manera diferente con unos y con otros? —interrogó Milanelli.

—Sí, profesor. En todos ellos los cuatro ministros que encontramos asesinados mostraron su acuerdo desde un primer momento. Según he podido entender, para que exista el visto bueno del gobierno británico es necesario que el Primer Ministro y cuatro de los seis ministros participantes voten a favor.

—¿Y qué ocurre con Johnson y Hudson? —preguntó Campbell impaciente.

—La ministra Johnson se mostró favorable a cuatro de esos acuerdos mientras que inicialmente no estuvo de acuerdo en los otros dos, aunque finalmente acabó votando positivamente.

—¿Y el ministro Hudson? —insistió.

—Con Hudson —respondió Shahi— ocurre todo lo contrario, profesor. Desde un primer momento se mostró activamente en contra de todas las propuestas que iban recibiendo por parte de los gobiernos francés y americano aunque en todos los casos los acuerdos salieron finalmente adelante gracias a los votos de sus compañeros.

Campbell buscó al comisario con la mirada. Acababan de descubrir por qué los secuestradores les estaban permitiendo salvarle la vida.

—Gracias, agente —se despidió seguro de que ya sabían todo lo que necesitaban.

—Creo que está claro —comentó Milanelli—. Ese hombre ha sido el único que no ha querido formar parte de esas decisiones y por eso los secuestradores actúan con él de una manera diferente a la del resto de sus ministros.

—¿Y la ministra Johnson? —preguntó Bailey.

—No lo sé, señor. Pero escuchando lo que nos acaba de decir la agente Shahi parece que han aplicado sobre los ministros un castigo proporcional a su implicación en los acuerdos de El caso Coen. Y, tal vez, por la reticencia inicial que mostró en dos de ellos decidieron hacer algo diferente con ella.

—Pero el final fue el mismo —dijo molesto el comisario.

—Sí, señor —respondió Margaux intentando apoyar al profesor—, pero Milanelli tiene razón. La actuación de estas personas en esos acuerdos explica perfectamente cómo los secuestradores se han comportado con ellos. O mejor dicho, lo que les han hecho concuerda con ese comportamiento. Los cuatro primeros ministros votaron a favor de todos esos acuerdos desde el primer momento y por eso los han asesinado sin contemplación, mientras que la ministra Johnson se mostró en contra de dos de ellos aunque acabó votando también a favor. Eso va plenamente acorde a lo que ella ha sufrido. No la asesinaron directamente sino que digamos que reprodujeron cruelmente su cambio de opinión con la escena que vivimos en la National Gallery.

—Lo cual corroboraría de nuevo lo que ya les dijimos —añadió Campbell—. Que el final de esa mujer estaba escrito de antemano independientemente de lo que nosotros hubiésemos hecho allí.

Godwin cerró los ojos y se pasó ambas manos por la cara intentando despejar la mente.

—Entonces el ministro Hudson está ahí fuera todavía esperando a que le rescatemos.

—Sí, señor —dijo Margaux—. Es evidente que debemos esperar a que sus compañeros nos digan si el edificio está o no completamente vacío, pero según nuestra experiencia podríamos decir que nos encontramos en nuestro Louvre londinense particular y ahora debemos descubrir dónde se encuentra realmente el ministro.

Bailey miró unos instantes el cuadro antes de expresar sus dudas al respecto.

—Según dice no tenemos nada más que hacer aquí ¿verdad? —le preguntó señalándolo.

—No, señor —respondió categóricamente la profesora—. Creo que los secuestradores han utilizado el texto que Chavrier encontró en la pintura falsa de la iglesia de San Estefano Rotondo para que supiésemos qué libro de la biblioteca del Palacio de Lambeth debíamos buscar, pero más allá del hecho de estar aquí creo que ya no nos va a servir para nada.

Después de escuchar la respuesta de Margaux, Godwin comenzó a caminar hacia el *hall* donde estaban los ascensores. Si no tenían nada más que hacer en aquel museo debían decidir a dónde acudir lo antes posible.

—Lo que no entiendo, profesora, es la razón por la que querían que viniésemos aquí.

Margaux le miró sin saber qué contestar.

Al llegar hasta los ascensores el comisario se detuvo esperando a que el policía regresara a informarle de si habían encontrado o no algo en las plantas superiores que les faltaban por inspeccionar.

—Indudablemente tiene que existir una razón por la que nos han traído hasta esta planta de este museo —opinión Milanelli—. De la misma manera por la que existía una razón por la que aquellas coordenadas señalaban el vértice de la pirámide del Louvre.

—Pero no sabemos cuál es esa razón, profesor —replicó Bailey.

—Lo sé, lo sé —reconoció—. Pero tampoco lo sabíamos en París hasta que finalmente lo descubrimos.

El ruido de las pisadas comenzó a escucharse de nuevo cada vez con más intensidad. Todos dirigieron su mirada hacia las escaleras. En pocos segundos, el mismo grupo de policías que habían visto en la sala 29 apareció delante de ellos.

—El edificio está completamente vacío, señor.

Godwin demoró unos instantes su respuesta. En aquel momento no sabía si eso era lo que quería escuchar, o si por el contrario, prefería terminar con aquella historia cuanto antes.

—Está bien —dijo finalmente—. Pueden retirarse.

Inmediatamente, todos los policías se giraron y desaparecieron por las escaleras que llevaban a la tercera planta.

—Ya lo han escuchado, profesores —dijo el comisario—, aquí dentro solo estamos nosotros y el vigilante de la entrada. De modo que, aunque crean lo

contrario, algo tiene que haber en ese cuadro que no estamos siendo capaces de ver.

—¿Podría ser algo que todavía no hayamos descubierto en Roma? —propuso Bailey.

Campbell negó rápidamente con la cabeza.

—No lo creo, señor. Indudablemente allí había algo que los secuestradores querían que encontrásemos pero no me cabe la menor duda que se trataba del texto escrito debajo de aquella pintura falsa.

Margaux miró al profesor feliz de comprobar una vez más que ambos pensaban de la misma manera. Sin duda, les había costado descubrir qué había en Roma esperándoles pero ella también estaba segura de que su trabajo allí había terminado por completo. Pensativa, se alejó unos pasos hasta la cristalera que servía de enorme ventana. La noche era casi cerrada y la mayoría de los edificios importantes de la ciudad mostraban ya orgullosos su espectacular iluminación nocturna. Cuando fijó la mirada en el horizonte descubrió, por fin, dónde se encontraba el ministro Hudson.

Capítulo 90

Eugene sentía cómo su corazón se aceleraba por momentos. Aunque su disciplina y su frialdad a la hora de trabajar eran perfectamente conocidos en el departamento, lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas había hecho que se tomase aquella historia como una afrenta personal.

En la pantalla de su ordenador la red de líneas se había ido reduciendo, poco a poco, hasta la situación que mostraba en ese momento. Tan solo quedaban conectados varios puntos de Europa y Estados Unidos, y tal como mostraba el marcador, apenas quedaban cuarenta posibles localizaciones. La efectividad de sus dos algoritmos de búsqueda era máxima permitiendo reducir prácticamente a la mitad el número de posibilidades a cada minuto.

Satisfecha de saber que estaba a punto de descubrir por fin desde dónde se habían conseguido colar en la base de datos de la Interpol, sacó su teléfono del bolsillo para llamar al comisario Chavrier. El margen de error de la localización que obtuviese era menor de diez metros. No había duda, estaba a punto de descubrirlo.

Cuando los algoritmos finalizaron su trabajo el ordenador emitió un pitido. A continuación, apareció en la pantalla una ventana emergente con el nombre de la ciudad y el lugar exacto.

—No puede ser —murmuró atemorizada.

Capítulo 91

Margaux se llevó ambas manos a la cabeza y exhaló un sonoro suspiro.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Godwin.

La profesora se dio la vuelta con los ojos completamente abiertos denotando la enorme sorpresa que le había producido lo que acababa de descubrir.

—¡Ya sé dónde está el ministro Hudson, señor! —exclamó emocionada.

—¿Lo sabe?! —preguntaron Bailey y Godwin a la vez.

—Sí, lo sé, señor —respondió—. Claro que hay una razón por la que nos han traído hasta aquí y también por la que han elegido ese cuadro en concreto.

—¿Y cuál es? —le preguntó Milanelli.

Margaux se acercó hasta ellos.

—Acabo de recordar por qué no estaba segura de que el cuadro de *El jardín de las Hespérides* estuviese expuesto en Londres. Shahi nos ha dicho cuál es su ubicación actual, pero no cuál era la original.

Godwin la miró sin comprender.

—El ministro Hudson está allí, señor —dijo apuntando hacia la ventana—. Ese cuadro fue inicialmente pintado para exponerse en la catedral de San Pablo aunque su destino final haya sido la galería de arte de Lady Lever en Birkenhead. Por eso tenía algún recuerdo en mi mente que lo relacionaba con Londres.

Bailey y el comisario se quedaron completamente bloqueados.

—Estamos volviendo exactamente al principio —afirmó Milanelli asombrado.

—¿Cómo dice? —le preguntó Godwin.

—Lo que han hecho los secuestradores a lo largo de todo el día de hoy, señor. Las coordenadas de la biblioteca, el texto bajo la pintura de la iglesia de San Estefano Redondo. Han ido repitiendo diferente cosas que ya habíamos visto hasta ahora y al final han decidido terminar esta historia en el mismo lugar donde la comenzaron. En una catedral.

El comisario miró al profesor Campbell con la intención de que le dijese si él también estaba de acuerdo con lo que estaban proponiendo sus compañeros.

—Desde luego tiene sentido —comenzó entendiendo sus intenciones—. Si lo que dice la profesora es cierto se estaría repitiendo la posibilidad que ya les dijimos antes, comisario. Que venir hasta aquí era un paso previo para encontrar a su ministro.

—¿Y lo que ha dicho Milanelli?

—También coincido con él —respondió—. De algún modo la historia del secuestro de sus ministros comenzó la noche anterior en París con los cuerpos de la Asamblea y el Panteón. Es decir que ha ido paralela al secuestro de Deneux desde el principio. Y nuestra noche en París comenzó en la catedral de Notre Dame por lo que no sería descabellado pensar que para cerrar esta historia hayan elegido, en este caso, la catedral de San Pablo. Conociendo el gusto que tienen por los lugares más llamativos, no me imagino una posibilidad mejor que esa —dijo señalándola a través

del cristal.

Sin decir una palabra el comisario se dio la vuelta y comenzó a bajar a toda prisa por las escaleras. La importancia de lo que habían descubierto era suficiente como para no perder ni un solo segundo. Durante el tiempo que tardaron en llegar al *hall* de entrada todos bajaron por aquellas escaleras en completo silencio concentrados en lo que en ese momento se les presentaba por delante.

Al llegar abajo, el comisario siguió corriendo aún más rápido sin pararse a hablar con el vigilante. Una vez fuera se detuvo a pensar qué opciones tenían.

—Creo que debemos atravesar el puente —opinó Bailey.

Godwin le miró y movió la cabeza afirmativamente. Intentar llegar hasta la catedral en coche suponía atravesar el puente de Blackfairs y el tráfico podría detenerles.

—Si lo que proponen es cierto —dijo retomando el paso hacia el puente del Milenio—, ¿quiere decir que no encontraremos nada similar a lo que vimos con la ministra Johnson?

—No lo sé —respondió Margaux adelantándose hasta donde él se encontraba—. Es difícil responder a esa pregunta. Por un lado creo que es innegable que nos están dando una oportunidad de que le salvemos, pero por otro, me cuesta creer que simplemente esté allí en la catedral esperando a que le encontremos.

—Pero eso mismo ocurrió con Deneux —comentó Bailey.

Margaux temía que la actitud que parecía haber mostrado aquel hombre en lo referente a los acuerdos de El caso Coen hiciese creer al comisario y a Bailey que los secuestradores lo fuesen a tomar por alguien completamente inocente.

—Sí, señor —respondió—. Pero a pesar de eso no debemos olvidar que en París el hecho de que secuestrasen al hijo del presidente suponía un aviso político para él, para su padre. Por eso desde el principio tuvimos la relativa seguridad de que le encontraríamos con vida. Aquí, sin embargo, lo que está sucediendo es diferente. No cabe duda que gracias a lo que nos ha dicho la agente Shahi sabemos cuál es la razón por la que han tratado de manera diferente a sus ministros, pero de ahí a pensar que vayamos a encontrarle simplemente encerrado en la catedral como encontramos a Deneux en las catacumbas creo que es algo demasiado optimista.

Al terminar de cruzar el puente, Godwin incrementó el ritmo. La catedral estaba cada vez más cerca y tenían que llegar cuanto antes. En ese momento le vinieron a la cabeza todas y cada una de las extrañas situaciones que habían vivido aquel día. Desgraciadamente, no habían podido salvar la vida de ninguno de sus ministros y no le cabía la menor duda del escándalo que se formaría en cuanto la opinión pública se enterase de lo sucedido. Por lo menos, tenía la seguridad de que habían hecho todo lo posible para salvarles y parecía que todavía tenían la posibilidad de conseguirlo con uno de ellos.

—¿Puede asegurarme que ahí estará el ministro Hudson? —preguntó sin desviar la mirada de su objetivo.

—Absolutamente, señor —respondió Milanelli decidido—. En mi opinión, en la biblioteca del Palacio de Lambeth pasamos el momento más delicado, el que podía habernos llevado a buscarle por un camino completamente equivocado.

—¿Y qué le hace pensar que este es el verdadero? —preguntó Bailey—. ¿Por qué no podría ser todo un cúmulo de casualidades?

El profesor negó con la cabeza.

—Es cierto que hay una coincidencia importante entre el texto que apareció en la iglesia de Roma y la imagen del libro que eligió la profesora, pero es posible que fuese otro el que realmente hubiésemos tenido que encontrar —insistió.

A pesar de que no le gustaba que se pusiese en duda su trabajo, Margaux dudó por un momento al escuchar el planteamiento que proponía Bailey. Quizá era por la presión a la que estaban sometidos, pero en su interior, una pequeña parte parecía empezar a dudar de su decisión.

—Créame que no es posible —dijo Milanelli—. Y una vez más tengo que decirle que quizá sin haber vivido en primera persona todo lo que nosotros vivimos en París puedo entender que le surjan esas dudas. Pero si lo piensa fríamente, si intenta tener una visión global de todo lo que han hecho hoy, cómo eso encaja perfectamente con la actuación de sus ministros en las decisiones de El caso Coen, y más recientemente en el caso de Hudson cómo todo lo han planeado de manera milimétrica y retorcida, como siempre, entenderá que no hay ninguna duda de que nos estamos dirigiendo al lugar correcto. No me cabe la menor duda de que en el interior de la catedral de San Pablo está su ministro.

Al llegar a Carter Lane Gardens, Godwin comenzó a caminar más despacio. Ya estaban justo donde quería y nada podía estar más lejos de su intención que atraer inútilmente la atención de las personas que se encontraban en los alrededores.

—Esa de ahí es una entrada lateral —dijo señalando la parte de la catedral que tenían justo delante—. La entrada principal está tan solo a unos metros.

Godwin cruzó la calle y caminó en silencio paralelamente a la fachada lateral de la catedral hasta llegar a las escaleras que daban acceso a la entrada. Justo al comenzar a subir los primeros escalones, Campbell se giró un instante y miró a su alrededor. La sensación de que en todo momento cualquiera de las personas que había por la calle podía ser uno de los secuestradores vigilándoles era algo que no había podido quitarse de la cabeza en todo el día.

—Evidentemente está cerrada —maldijo probando con una de las puertas.

La voz del comisario atrajo su atención e hizo que se acercara rápidamente hasta donde ellos se encontraban.

—Puede que debamos probar con alguna de las entradas laterales como la que usted nos acaba de indicar —sugirió Margaux.

Milanelli se mostró en contra de aquella idea.

—No, no lo creo, profesora. Si este es el acto final que han planeado estoy seguro que no quieren que entremos por ningún otro sitio.

—Pero estas puertas están cerradas —replicó Bailey probando con la segunda de las tres que daban acceso a su interior.

—Permítame que insista, señor. Estoy seguro que...

—¡Esperen! —exclamó al probar con la tercera puerta.

Godwin corrió hacia él.

—Esta también se encuentra cerrada pero no como las otras —les explicó.

El comisario empujó bruscamente intentando forzarla. Margaux dio un paso atrás inconscientemente al recordar lo que había ocurrido en la biblioteca de la Asamblea Nacional en una situación similar.

—Parece que puede ceder si hacemos la suficiente fuerza —opinó Campbell colocándose al lado de ellos para ayudarles.

Entre los tres empujaron varias veces intentando abrir aquella puerta pero, a la vez, tratando de no atraer la atención de la gente.

—Creo que ya lo tenemos —dijo el comisario—. Debemos dar uno o dos golpes más ¿de acuerdo? Uno, dos, ¡tres!

Después de un claro crujido de madera rota, aquella puerta se abrió por completo. Al entrar, los cinco comprobaron aterrorizados la escena que los secuestradores habían preparado.

—¡Dios mío! —exclamó Margaux.

Desde la entrada de la catedral podían ver claramente en la distancia cómo en el altar principal tres hombres se encontraban crucificados boca abajo. El ruido que hacían denotaba que todavía estaban vivos.

—¡Los policías que estaban con él! —exclamó ahogadamente Bailey a la vez que se dirigía corriendo hacia ellos.

Al llegar hasta el altar, el policía que se encontraba situado a la derecha era el único de los tres que no emitía ningún tipo de ruido de modo que Campbell y Milanelli se dirigieron a ayudarlo lo más rápido posible. Godwin y la profesora comenzaron a liberar al ministro Hudson, situado en el centro, el cual no paraba de balbucear algo inteligible. Bailey, por su parte, hizo lo mismo con el policía que se encontraba a la izquierda.

Cuando consiguieron soltarles las ataduras que les mantenían suspendidos en aquella postura, los cuerpos de aquellos tres hombres cayeron desplomados sobre el suelo de piedra.

—¡Respira! —exclamó Campbell aliviado.

Godwin se giró y vio cómo el policía que sostenía Bailey entre sus brazos movía levemente la cabeza y también estaba respirando.

—¿Está bien el ministro? —preguntó Milanelli.

La profesora, presa de los nervios, solo pudo mover afirmativamente la cabeza varias veces mientras las lágrimas brotaban de sus ojos. Contrariamente a todo lo que habían creído hasta ese momento, parecía que por fin habían conseguido salvar la vida del ministro Hudson y también la de aquellos otros dos policías que le habían

servido de escolta en su domicilio.

—Creo que nos está intentando decir algo —indicó el comisario.

Margaux acercó su cabeza hasta él para tratar de entender lo que repetía una y otra vez sin descanso. Lo que escuchó la dejó completamente paralizada.

—¿Qué le ha dicho? —le preguntó Godwin viendo su cara.

La profesora se incorporó y le miró fijamente a los ojos.

—Van a asesinar al Primer Ministro.